Linda McDowell

Género, identidad y lugar

Un estudio de las geografías feministas

Traducción de Pepa Linares

Feminismos

Consejo asesor:

Giulia Colaizzi: Universitat de València
María Teresa Gallego: Universidad Autónoma de Madrid
Isabel Martínez Benlloch: Universitat de València
Mary Nash: Universidad Central de Barcelona
Verena Stolcke: Universidad Autónoma de Barcelona
Amelia Valcárcel: Universidad de Oviedo
Instituto de la Mujer

Dirección y coordinación: Isabel Morant Deusa: Universitat de València

Título original de la obra:
Gender, Identity and Place.
Understanding feminist geographies

Diseño de cubierta: Carlos Pérez-Bermúdez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

N.I.P.O.: 207-00-065-X
© Linda McDowell, 1999
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2000
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 37.175-2000
I.S.B.N.: 84-376-1853-3
Tirada: 2.000 ejemplares
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)

Prefacio y agradecimientos

Hace algunos años, antes de que los estudios feministas se consolidaran en el ámbito geográfico, me preguntaron en una entrevista de trabajo: «¿Y qué es esto de las mujeres y la geografía?» No creo que mi entrevistador hubiera sido hoy tan ofensivo, pero aún es normal que cualquier persona nos pregunte qué tienen que ver la geografía y el género.

Este libro es un intento de responder dicha pregunta. Mi primera intención es ofrecer una idea general de los vínculos más importantes entre las perspectivas geográficas y los enfoques feministas, e ilustrarlos con el trabajo empírico que he leído y disfrutado durante los cinco años últimos. El contenido refleja, como es común a los textos de esta clase, mis propios intereses y parte del trabajo que yo misma he realizado. He estudiado, sobre todo, varios problemas de género en la actual Gran Bretaña y, en menor medida, en otras sociedades «avanzadas». Soy geógrafa social y urbana, interesada en la naturaleza variable del trabajo en las ciudades globales, y eso también se reflejará en mis ejemplos. He intentado ser ecléctica, pero, aun así, no trataré en las páginas que siguen de las relaciones de género en el «Tercer Mundo» o de los enfoques y las campañas ecofeministas. Una de las delicias, y de las frustraciones, de nuestra materia es su amplísimo alcance, que no permite a nadie ser experto en todos los subcampos. Así pues, este libro no será capaz de satisfa-

cer todo lo que el lector desea conocer de la geografía y el género, pero espero que sea un lugar interesante y divertido para comenzar y que le estimule a indagar en lo que, a mi parecer, es uno de los estudios más apasionantes de nuestra disciplina en el momento actual. Presento a los «clásicos» y algunos trabajos recientes, y espero que los estudios de casos resulten estimulantes para todas aquellas geógrafas que estén pensando en abordar una investigación feminista.

Aunque el nombre que aparece en la portada es el mío, un libro así es el resultado del desarrollo de las redes feministas que unen a las geógrafas en muchos países. Uno de los grandes placeres de la vida académica ha sido participar en esas redes, y el entusiasmo académico y las numerosas amistades que he encontrado en ellas. Me resulta difícil mencionar a todas las personas que han sido importantes para mí, y quizá sería injusto escoger sólo a unas cuantas, pero no me resisto a dar las gracias en particular a Gillian Rose, cuyos agudos comentarios sobre el primer borrador tuvieron una mezcla justa de apoyo amistoso y crítica profesional; a Doreen Massey, con quien trabajé durante varios años y cuya energía y entusiasmo siempre me han movido a redoblar mis esfuerzos; a Joni Seager, por su generosidad personal y el ejemplo de su trabajo; a Sophie Bowlby, Jo Foord, Susan Hanson, Jane Lewis, Suzanne Mackenzie y Janice Monk, que estuvieron a mi lado desde el principio; a Michelle Lowe, por su larga amistad; a Jo Sharp, por las últimas alegrías de su colaboración; y a esas cinco extraordinarias graduadas feministas, con las que tengo el placer de trabajar en la actualidad: Dorothy Forbes, Flora Gathorne-Hardy, Rebecca Klahr, Paula Meth y Bronwen Parry.

La versión anterior del capítulo 9 se publicó en el *Journal of Geography in Higher Education* (1997), como «Women/Gender/Feminisms». Agradezco al editor y a los autores de la edición el permiso para reproducir varias partes.

La autora y los editores quieren agradecer también el permiso para utilizar el siguiente material registrado:

Black Rose Books, por una tabla de T. Amott y J. Matthaei, *Race, Gender and Work: A Multicultural Economic History of Women in the US* (1991), pág. 325, tabla 10.3;

Routledge, por las tablas de S. Reinharz, «Experimental analysis: a contribution to feminist research», en G. Bowles y R. Duelli-Klein (eds.), *Theories of Women's Studies* (Routledge and Kegan Paul, 1983), pág. 168, tabla 11.1, y págs. 170-172, tabla 11.4, y material de J. Fiske, *Reading the Popular* (1992), pág. 57;

Royal Geographical Society, por la tabla de J. G. Townsend, «Towards a regional geography of gender», *Geographical Journal,* 157 (1991), págs. 26-7, tabla 1;

University of California Press, por los párrafos de C. Enloe, *Bananas, Beaches, and Bases: Making Feminist Sense of International Politics* (1989), págs. XI-XII, 16, 17, 95, 97, 184, 189-190, 190-191. Copyright 1989 Cynthia Enloe.

Hemos hecho un esfuerzo por nombrar a todos los propietarios del copyright, pero si aun así hemos olvidado inadvertidamente a alguno, los editores lo remediarán en la primera oportunidad.

1
Introducción: el género y el lugar

El lugar del género

¿Cómo se relacionan el género y la geografía? ¿Dependen las diferencias entre los hombres y las mujeres de la zona del mundo en que habitan? Si los atributos de género son una creación social, ¿cómo varían la feminidad y la masculinidad en el tiempo y el espacio? ¿Cuántas variantes conocen las relaciones sociales entre los hombres y las mujeres? ¿Todas las sociedades conceden al hombre un papel central y sitúan a la mujer en los márgenes? ¿Tiene algo que decir la geografía a este propósito?

Tales son los interrogantes que pretendo examinar en este libro, dada su importancia para numerosas disciplinas relacionadas con las humanidades y las ciencias sociales, en las que han abundado durante los últimos años análisis y debates predominantemente orientados en sentido geográfico. Los estudiosos de estos campos escriben sobre viajes y emigraciones, sobre límites y fronteras y sobre el lugar y el no lugar, tanto en términos literales como metafóricos, y recogen en sus debates los conflictos y los cambios que durante las últimas décadas han transformado la naturaleza de la relación que une a los pueblos con un lugar concreto. Las grandes emigraciones de dinero y de personas —capital y mano de obra en el lenguaje más abstracto de las ciencias so-

ciales—, consecuencia de la mundialización de las relaciones sociales y de las conexiones internacionales de nuestra época, han cambiado la vida de millones de personas. Los movimientos nacionalistas, las guerras y las hambrunas, por un lado, y el desarrollo del capital transnacional y de las corporaciones mundiales, por otro, han producido el desplazamiento forzoso de cientos de miles de personas, al tiempo que otros muchos cientos de miles se trasladaban voluntaria y, por lo general, temporalmente a grandes distancias, por el placer de viajar o por ampliar los horizontes de su vida.

Ambos movimientos han cambiado de un modo radical la relación del individuo con la identidad de grupo, la vida cotidiana y el territorio o el espacio. Abandonar su patria se ha convertido en un hecho común para muchas personas, en algunos casos para establecerse y conquistar una vida nueva lejos de su lugar de origen; en otros, los más, para convertirse en los «parias» y los «desplazados» del mundo, condenados al limbo de aquellos que se caracterizan por no pertenecer a nada, ni a una nación con territorio ni a una región ni a una clase. Para la mayor parte de las mujeres, la participación en esos desplazamientos ha supuesto, además, entrar en un proceso de proletarización, a medida que el capital, local o multinacional, las ha ido convirtiendo en mano de obra asalariada de la nueva división internacional del trabajo. Con el nuevo alcance mundial del capital, una mujer de Corea, Camboya o Katmandú puede acabar trabajando para las mismas empresas que cualquier otra mujer de la Europa occidental.

En este último caso, el viaje no tiene por qué incluir un gran desplazamiento geográfico; de hecho puede ser local e incluso puede realizarse sin desplazamiento físico alguno. Se trata de una experiencia de cambio que resulta de la transformación de las circunstancias económicas, sociales y culturales de las mujeres que comienzan a trabajar en fábricas, o en las casas de la elite, como personal de servicio, y que, por primera vez, entran en relación con otros tiempos y otros espacios, porque la información tecnificada y la cultura popular de Occidente penetran en su mundo y se instalan en él.

El hecho de que el movimiento sea físico o no tiene que ver casi siempre con la renegociación de las divisiones de género, como veremos en los siguientes capítulos.

Antes de abordar la investigación y las teorías que se han ocupado de las transformaciones, a escala espacial, en el hogar, el puesto de trabajo o los espacios públicos, me gustaría examinar qué efecto han producido esos profundos cambios materiales en nuestro modo de entender los vínculos del espacio con la identidad.

El espacio, el lugar y el ámbito local

Suele creerse que el aumento de la escala global, tanto en los desplazamientos como en las interconexiones mundiales, se produce en detrimento de «lo local», de la cantidad de tiempo que vive una persona en una zona geográfica concreta, del número de amigos y parientes de su entorno y de la capacidad de control sobre las decisiones y actos políticos locales o sobre las consecuencias económicas de las actuaciones del capital. Así pues, se teme el fin del apego y la pertenencia a un lugar concreto, con su correspondiente idiosincrasia y sus formas culturales. Lo cierto, sin embargo, es que tales cambios sólo afectan a un determinado número de personas en ciertas zonas del mundo —naturalmente a los ricos (hombres) de Occidente—, porque la vida cotidiana de la mayoría de la gente sigue desarrollándose en términos estrictamente locales. Incluso en aquellos casos de extrema movilidad —el financiero internacional constituye quizá el mejor ejemplo—, una gran parte de las actividades cotidianas, tanto laborales como domésticas, se producen, como no podía ser de otro modo, en una zona delimitada. El profesional que mueve el mercado internacional del dinero realiza su tarea a una velocidad de vértigo, pero él (porque suele tratarse de un hombre) permanece sentado frente a una pantalla en Londres, Nueva York, Hong Kong o cualquier otro centro financiero, y lo más probable es que la mayoría de las noches, cuando vuelve a casa, no tenga que trasladarse a un aero-

puerto para viajar al otro lado del mundo, sino que le baste con tomar un transporte de cercanías.

Pero, aunque la «localización» de la vida cotidiana sea un hecho indiscutible, cabe preguntarse qué efectos producen unos cambios tan profundos como los de nuestro siglo en el «sentido del espacio». ¿Existe aún la sensación de formar parte de un área local? ¿Se asume la responsabilidad hacia el entorno cercano? ¿La pérdida de la estabilidad o, por mejor decir, de la inmovilidad que antes vinculaba a la gente a un determinado lugar durante toda su vida, e incluso durante generaciones y generaciones de una misma familia, se corresponde con la decadencia de las costumbres que antes caracterizaban ese lugar y lo distinguían de otros?

Estas preguntas, quizá particularmente acuciantes para la antropología, puesto que la razón de ser de esa disciplina está en investigar lo que distingue a las «otras» formas de vida (Okely, 1996; Olwig y Hastrup, 1997), no lo son menos para los geógrafos preocupados por las consecuencias de la modernidad, del dominio creciente del capitalismo global y de la supuesta falta de pertenencia a un lugar concreto. No obstante, la evidencia empírica ha venido a mitigar su angustia, pues abundan los signos de que el sentido de lo local, lejos de perderse, se ha intensificado en numerosas zonas del mundo. Ahora bien, esos signos son muy diferentes entre sí, pues van desde la recuperación de las costumbres y las hablas locales, en formas más o menos aceptables, a los temibles efectos del nacionalismo étnico y el aumento de la pobreza y las privaciones, que atrapan en sus lugares de origen a millones de personas. Por otro lado, como reconocen cada vez en mayor medida geógrafos y antropólogos, los cambios que agrupamos bajo el término de mundialización no han unificado el mundo, ni han reducido las diferencias locales, porque «la diferencia y la diversidad ya no se generan en la comunidad local, íntegra y auténtica, enraizada en la tradición, que puede resistirse o adaptarse al nuevo sistema mundial con fuerzas renovadas, sino, paradójicamente, en las propias condiciones del cambio globalizador» (Marcus, 1994: 42).

Pero la preocupación por comprender el significado del espacio, y el descubrimiento de que las fuerzas de la mundialización, más que destruir, reconstruyen lo local, han producido, entre otros efectos positivos, una conceptualización más compleja de la propia noción de espacio, y un cuestionamiento de la idea geográfica tradicional de lugar como conjunto de coordinadas situadas en un mapa que fijan un territorio bien definido y delimitado. Los estudiosos de la geografía saben ahora que el espacio es conflictivo, fluido e inseguro. Lo que define el lugar son las prácticas socioespaciales, las relaciones sociales de poder y de exclusión; por eso los espacios se superponen y entrecruzan y sus límites son variados y móviles (Massey, 1991; Smith, 1993). Los espacios surgen de las relaciones de poder; las relaciones de poder establecen las normas; y las normas definen los límites, que son tanto sociales como espaciales, porque determinan quién pertenece a un lugar y quién queda excluido, así como la situación o emplazamiento de una determinada experiencia.

Como sostiene Smith, «la construcción del espacio implica la producción a escala (geográfica), en la medida en que cada espacio es distinto a otro». Por tanto, la escala es «el criterio de la distinción no tanto entre lugares como entre distintos *tipos* de lugares» (Smith, 1993: 99, la cursiva es suya). En consecuencia, «la escala geográfica es lo que define los límites y delimita las identidades, en función de las cuales se ejerce o se rechaza el control» (pág. 101). En este sentido, al igual que la definición espacial de diferencia entre distintos *tipos* de lugar, la escala ha sido adoptada recientemente en numerosos textos de geografía como un mecanismo organizador fundamental. En *Space, Gender, Knowledge,* Jo Sharp y yo misma lo hemos utilizamos (McDowell y Sharp, 1997), y también lo hicieron David Bell y Gill Valentine en su libro sobre la alimentación: *Consuming Geographies: We Are Where We Eat* (1997). En esta obra adoptaremos el mismo recurso.

Pero definir los lugares y distinguir las diferencias entre ellos por la escala no implica que éstos estén formados por

procesos que operan sólo a una escala espacial. Así, una casa o una vecindad constituyen una localidad delimitada por la escala —esto es, reglas-relaciones de poder que mantienen fuera a los demás—, pero se constituyen por la intersección de un conjunto de factores que coinciden allí, sin que por ello su funcionamiento quede restringido al nivel local. Como ha planteado Doreen Massey (1991), las localidades surgen en la intersección de los procesos locales y globales, es decir, de las relaciones sociales que operan con el alcance de escalas espaciales. Esto produce lo que ella denomina «un sentido global del lugar». Los lugares ya no son «auténticos», ni están «arraigados en la tradición», como sugería Marcus en el párrafo antes citado, sino que se definen por las relaciones socioespaciales que se entrecruzan en ellos y les proporcionan su carácter distintivo.

Así pues, en Kilburn, el ejemplo que nos brinda Massey en su estudio, la sensación de peculiaridad que experimentan tanto ella como los demás habitantes del lugar se basa, entre otras cosas, en la combinación de inmigrantes irlandeses y paquistaníes, en la tienda «china» donde lo mismo venden curry y patatas asadas que tallarines, y en una firma internacional de ropa donde trabajan mujeres de la zona que a veces han llegado a Kilburn desde Chipre, África del Sur o el subcontinente indio para elaborar las prendas de una cadena de tiendas de lujo del centro. Por tanto, la «autenticidad» de un lugar en una ciudad contemporánea y globalizada como Londres se debe, más que a la estabilidad y la raigambre, a las corrientes, los movimientos y los entramados de relaciones sociales. Muchos espacios del centro de Londres podrían constituir ejemplos extremos de globalización del ámbito local (¿globalización?, término sin duda espantoso, pero que sintetiza lo que quiero decir); a finales del siglo XX quedan pocas zonas «intactas».

También en la antropología se ha llegado a una conclusión parecida respecto al espacio. Judith Okely, una antropóloga interesada por la naturaleza variable del lugar, dentro y fuera de Gran Bretaña, ha destacado su origen relacional, y afirma que se define, mantiene y altera por el efecto de las

relaciones desiguales de poder. Okely sostiene que «los distintos grupos que habitan un mismo lugar pueden establecer y cambiar los límites con medios muy sutiles» (Okely, 1996: 3) y, por supuesto, con otros de menor sutileza, como la fuerza o la exclusión legal. Las nuevas naciones del centro y el este de Europa se han definido a sí mismas basándose en la exclusión del «otro» (por ejemplo, los bosnios de Macedonia); y, a una escala menor, el espacio nacionalista y el espacio «lealista» de las ciudades del Ulster representan otro ejemplo extremo de definición por exclusión. Pero el hecho de que los diferentes vivan juntos, como ocurre en otras zonas del mundo, no evita el distanciamiento. Las distancias sociales no siempre necesitan una lejanía geográfica, y los ocupantes de los mismos espacios «cartesianos» pueden vivir en lugares distintos. Más allá de lo que se ha denominado lugares relacionales —formados por las relaciones sociales entre los grupos y los individuos— asciende y desciende la escala espacial, como conjunto de actuaciones sociales que conectan, de un modo distinto para los distintos habitantes, lo local con lo regional, o lo nacional con lo global.

El diagrama de esta nueva idea del lugar y la escala no sería tanto la figura de aquellos antiguos fruteros de tres pisos, para mantener separadas las frutas, como la de una doble hélice. La teórica feminista Elizabeth Grosz, aunque estudia más el cuerpo que el espacio, ha utilizado una imagen semejante —no la doble hélice, sino la banda de Möbius— que recoge también la idea de cambio e interrelación. Sin embargo, no conviene dejarse llevar demasiado lejos por la fluidez de esta nueva representación del lugar relacional, dado que las costumbres y las estructuras institucionales tienden a sobrevivir y a «fijar» los lugares en el espacio y el tiempo. Pero los cambios rápidos también son posibles; a fin de cuentas, el mapa de la Europa central y oriental se ha vuelto a dibujar de 1989 a 1991. Puede que existan regímenes de lugares, o asociaciones socioespaciales estables y relativamente estables que sobreviven a través del tiempo, pero lo cierto es que se derrumban y se reemplazan en los momentos de crisis.

Esta idea de régimen para referirse a un conjunto de relaciones sociales relativamente estables, que se mantienen pese a las pequeñas alteraciones o variaciones, aunque se hallan sometidas a sacudidas periódicas, sobre todo en los momentos de crisis relacionadas con cambios económicos, constituye también una vía fecunda para el estudio de las relaciones de género. En el siguiente apartado de mi introducción abordaré el asunto con mayor detalle, pero antes quiero referirme, aunque sea brevemente, a la argumentación del antropólogo francés Marc Augé (1993), según el cual el resultado extremo de los cambios que hemos experimentado en las sociedades capitalistas es la sustitución del lugar por el no lugar.

Un no lugar es aquel emplazamiento propio del mundo contemporáneo en el que las transacciones y las interacciones se realizan entre individuos anónimos, por lo general, despojados de cualquier símbolo de identidad social que no sea el número identificativo de una tarjeta de crédito o de un pasaporte. Como es lógico, los aeropuertos o los centros de cambio son, según Augé, ejemplos acabados de no lugar, porque allí nos relacionamos, como individuos anónimos, con un objeto técnico o con un funcionario o un empleado que no demuestra el menor interés por nosotros como personas, sino como números o estadísticas; como una corriente que fluye en el anonimato. En tales espacios, nuestros atributos sociales e individuales o nuestra pertenencia a un grupo social son cosas que carecen de importancia, naturalmente siempre que dispongamos del dinero necesario para hacer la transacción o comprar el pasaje. Por tanto, en el no lugar, el género e incluso el cuerpo sexuado no significan nada, lo que, paradójicamente, abre un espacio tanto de libertad como de control. Aunque podamos escapar de nuestras conexiones y obligaciones personales por un momento o unas horas, tales transacciones están cuidadosamente grabadas y controladas, de modo que nuestros movimientos se ven sometidos a múltiples formas de vigilancia electrónica.

Las ideas de Augé resultan interesantes por su paralelismo con el control y la libertad que se ejerce y se disfruta,

respectivamente, en el ciberespacio. Al navegar por la red, nuestros atributos corporales pierden importancia e incluso se vuelven alterables a voluntad. No hay nada que nos impida entrar en un *chat* ciberespacial. El único límite lo establece nuestra imaginación, que, naturalmente, tiende a someterse a las limitaciones posibles en el espacio «real», pero a no ser que nuestros intercambios en la red se materialicen, los atributos que nos definen como hombres o mujeres en otras formas de interacción carecen allí de importancia. Avancemos, pues, para explorar los aspectos materiales del género y sus relaciones, sin perder nunca de vista la idea de «lugar» como intersección de un conjunto variado de corrientes e interacciones que operan en un abanico de escalas espaciales. Volveré sobre este concepto de lugar al final del capítulo.

La definición del género

Si la conceptualización del lugar ha adquirido nuevos matices en los recientes trabajos geográficos, otro tanto podríamos decir de la definición del género. También el enfoque de las estudiosas feministas, algunas de ellas geógrafas, ha pasado de las desigualdades materiales entre los hombres y las mujeres en las distintas zonas del mundo a una nueva convergencia de intereses en el lenguaje, el simbolismo, el sentido y la representación en la definición del género, así como en los problemas de la subjetividad, la identidad y el cuerpo sexuado. Hace unos diez años, revisando la obra de las antropólogas feministas, Henrietta Moore (1988) planteaba que la finalidad de los estudios feministas en su disciplina es analizar «qué significa ser mujer, cómo varía en el tiempo y el espacio la concepción cultural de la categoría "mujer", y cómo influye esa idea en la situación de las mujeres dentro de cada sociedad» (pág. 12). Según Moore, el desarrollo de la idea necesita del concepto de «género» y del concepto de «relaciones de género», es decir, de las distintas definiciones de hombre y mujer, con los correspondientes atributos aceptados de la feminidad y la masculinidad, a tra-

vés del tiempo y del espacio. El género, según Moore, debe considerarse desde dos perspectivas: «Como construcción simbólica o como relación social».

En realidad, ambos aspectos —el género como significado simbólico y como conjunto de relaciones sociales materiales— son inseparables. Al definir el género, como en el caso de los cambios que acabamos de constatar en la definición del lugar, debemos tener en cuenta que las actuaciones sociales, entre ellas un amplio espectro de interacciones en múltiples lugares y situaciones —por ejemplo, en el trabajo, la casa, el bar o el gimnasio— y las distintas formas de pensar y representar el lugar y el género se relacionan entre sí y se crean unas a otras. Todos actuamos como nos dictan nuestras ideas, que siempre responden a una creación cultural y están histórica y espacialmente situadas. Por ejemplo, mis sentimientos hacia los hombres jóvenes se encuentran condicionados por lo que pienso de su comportamiento, por mi propia experiencia como madre de un adolescente y por mi conocimiento de cómo se comporta la juventud de Cambridge cuando sale de noche. Estos hechos influyen en mi forma de reaccionar frente a ellos y en la suya frente a mí, lo que, a su vez, se refleja en mi comportamiento, mis ideas y mis intenciones futuras, así como en mi modo de captar y comprender el mundo y el puesto que ocupa en él la gente que no es como yo.

Así pues, lo que la sociedad considera un comportamiento propio del hombre o de la mujer influye en la idea que ellos mismos tienen de lo que debe ser masculino y femenino y de cuál es la actitud que corresponde a cada género, a pesar de las diferencias de edad, clase, raza o sexualidad, y estas expectativas y estas ideas cambian de un lugar y un tiempo a otro. Las nociones prácticamente universales, intocables e inalterables de la feminidad sólo son posibles en un icono o una imagen como quizá la de la Virgen María; para todas las demás, las ideas establecidas cambian en el tiempo y el espacio.

Junto al llamado «giro cultural» en los estudios feministas y, desde luego, en la investigación geográfica (Barnes y

Duncan, 1992; Duncan y Ley, 1994) —esto es, un mayor énfasis en los símbolos, significados y representaciones—, se ha producido también un cambio en los fines políticos del movimiento feminista desde hace aproximadamente treinta años. Mi intención es ofrecer aquí un resumen de estas transformaciones, necesariamente breve desde el momento en que existen otros lugares donde encontrar un tratamiento más amplio de la historia del feminismo en la geografía (Bondi, 1990, 1992; Duncan, 1996b; Jones III *et al.,* 1997; McDowell, 1992a, 1992b, 1992c; G. Pratt, 1993; G. Rose, 1993; Massey, 1994; Women and Geography Study Group 1984, 1997), y aún más extensos (Alcoff y Potter, 1993; Gunew, 1990, 1991; Jackson, 1993; Lovell, 1990; Barrett y Phillips, 1992; Pollock, 1996). La nueva obra, escrita en colaboración por las integrantes del Women and Geography Study Group (1997), ofrece un excelente punto de partida. Tanto en el resumen que ofrezco en este capítulo como en los capítulos que siguen se reflejarán estos cambios de enfoque de las geógrafas feministas, en los conceptos y en las teorías y los casos prácticos analizados. En el capítulo final trataré de ilustrar estos cambios de énfasis con un enfoque metodológico, para mostrar no sólo las nuevas cuestiones que se plantea la indagación, sino también los métodos que se utilizan para abordarlas.

Los estudios feministas

La esencia de los estudios feministas estriba en demostrar que la construcción y el significado de la diferenciación sexual constituyen principios organizadores fundamentales y ejes del poder social, así como una parte decisiva de la constitución del sujeto y del sentido individual de la identidad, en tanto que persona con sexo y género. Una de las definiciones más interesantes del pensamiento feminista que he encontrado recientemente es la debida a Griselda Pollock en el prefacio a su selección titulada *Generations and Geographies in the Visual Arts:*

> El feminismo propone a la mujer un compromiso político y un cambio para sí y para el mundo. El feminismo plantea un compromiso para la plena apreciación de lo que las mujeres inscriben, articulan e imaginan en formas culturales: las intervenciones en el campo del sentido y la identidad que proceden de ese lugar llamado «la mujer» o «lo femenino». El feminismo se refiere también a una revolución teórica en la comprensión de los conceptos de arte, cultura, mujer, subjetividad, política, etc., pero no implica la unidad en el campo teórico, en la perspectiva adoptada o en la posición política. El feminismo se ha identificado con un movimiento de mujeres, lo cual es importante desde el punto de vista histórico, pero en el momento actual su autonomía como lugar en el que se sitúa la cuestión del género adquiere un significado político y teórico especial (1996: XV).

El feminismo, como afirma Pollock con claridad meridiana, es tanto un movimiento político como un campo teorético de análisis. La definición refleja, como no podía ser de otro modo, su propia experiencia de historiadora del arte, y nosotras, como geógrafas y científicas sociales, dedicadas al estudio de las actuaciones políticas y los comportamientos cotidianos —tanto en su aspecto material como en sus intervenciones representacionales— podríamos quizá incluir una frase que implica lo mismo, probablemente después de su segunda proposición. Por otro lado, su definición, además de parecerme excepcionalmente precisa y completa, subraya la diversidad de la teoría feminista, lo que resulta aún más importante, como veremos en un momento. No cabe duda de que muchas geógrafas hablan ya de los «feminismos» y las «geografías feministas», con una preferencia por el plural que manifiesta la diversidad de enfoques y perspectivas. Nótese que el título del libro introductorio escrito en común que antes he mencionado es *Feminist Geographies: Explorations in Diversity and Difference,* mientras que su predecesor de 1984 llevaba el más escueto de *Geography and Gender.*

Pero, como observa Pollock, el feminismo académico no es sólo el lugar en el que se plantean ciertas preguntas sobre

el género —su definición, variaciones y efectos—, sino también el espacio al que deberíamos dirigir otras preguntas, esta vez políticas, sobre quién está representado dentro de sus cuatro paredes, como estudiosas y como objetos estudio. De momento, pospondremos el problema de las mujeres en tanto que intelectuales para el final del capítulo, con el objetivo de analizar antes el género como objeto de estudio.

Como afirma Pollock en su libro, «el feminismo ha tenido que luchar mucho y muy duramente para comprender la centralidad organizadora de la diferencia sexual, con sus resultados de género y sexualidad como uno de los niveles de la constitución subjetiva y social» (1996: 4), y esto no es menos cierto en nuestra disciplina que en otras. Como afirmaba Susan Christopherson (1989), con cierta amargura, en un artículo publicado en *Antipode* —una revista radical de geografía— los problemas relativos al género, la justicia y la igualdad quedaban «fuera del programa» para la mayoría de los geógrafos, incluso para aquellos que se identifican a sí mismos como radicales interesados en la desigualdad de clase y el cambio social. Hubo que luchar mucho para que los geógrafos de la línea mayoritaria aceptaran las divisiones de género como un eje fundamental de la diferenciación social, al mismo nivel que, por ejemplo, la clase y la raza o la etnicidad. Se asume con excesiva frecuencia que el género es sólo un atributo de la feminidad y, por tanto, un asunto de interés sólo para las estudiosas. Las que damos clases en cursos que versan sobre el género y la geografía (las geografías) o incluso sobre las geografías feministas, o introducimos perspectivas feministas en cursos que tratan de otros temas, por ejemplo, la geografía económica, nos hemos visto muchas veces obligadas a cambiar impresiones para lograr que nuestras clases se tomen en serio o para mantener el interés no sólo de las mujeres, sino también de los hombres.

A estos malentendidos de nuestro trabajo por parte de la audiencia habría que añadir otra incomprensión aún mayor. Por lo general, se sobrentiende, erróneamente, que los estudios feministas abordan sólo el género y excluyen cualquier

otro eje de constitución y discriminación, lo cual añade un equívoco más. Como subraya Pollock:

> El género no es al feminismo lo que la clase al marxismo o la raza a la teoría poscolonial. En primer lugar, porque feminismos hay muchos, y porque sus alianzas con los análisis de qué es lo que determina la opresión de la mujer son muy variadas. El feminismo socialista siempre se ha ocupado de la cuestión de la clase, mientras que las feministas negras, por ejemplo, incluyen las configuraciones del imperialismo, la sexualidad, la feminidad y el racismo. En su amplitud y su pluralidad, los feminismos tratan de la complejidad y la textura de las configuraciones del poder relacionadas con la raza, la clase, la sexualidad, la edad, la fuerza física, etc., pero necesitan ser también el espacio político y teórico concreto en el que se nombra y se analiza la diferencia sexual como eje de poder que opera específicamente, sin concederle prioridad, exclusividad o predominio sobre otros, ni aislarlo conceptualmente de las texturas de poder y resistencia al poder que constituyen lo social (1996: 3-4).

Sobre la complejidad de tales metas convendría oír de nuevo a Pollock, cuya argumentación plantea también cuestiones tan importantes como difíciles a propósito de la relación que existe entre los análisis teoréticos y la movilización política por el cambio, que, el lector lo recordará, son para ella los dos focos del feminismo, ya que sitúa los intereses de las mujeres en la clase y la etnia. Desde mi punto de vista, no cabe duda de que Pollock tiene razón. Es imprescindible conocer el entramado de relaciones que se produce entre todos los ejes del poder y la opresión social, así como las formas de constitución de las diferencias sexuales y las relaciones de género en el espacio y en el tiempo a causa de su interconexión con los citados ejes de poder, pero debemos insistir, una vez más, en que lo que distingue los estudios *feministas* es la indagación de cómo se constituyen las relaciones de género y las diferencias sexuales y cómo forman una base de poder. Pero eso no es

todo, porque si queremos cambiar las relaciones entre el sexo, el género y el poder tendremos que mantener el compromiso político. Las feministas no se conforman con analizar, quieren desmantelar las estructuras que refuerzan la inferioridad de la mujer, y desafiar la definición convencional de la feminidad y la opresión a la que se ve sometida. Como ha sostenido Nancy Miller (1988), las feministas «protestan contra la ficción convencional sobre lo que significa hacerse mujer». Se trata de un proyecto al que, poco a poco, se van sumando los hombres que también quieren poner en tela de juicio las ficciones convencionales de la masculinidad.

El proyecto feminista —su examen teorético de las distintas formas de ser hombre o mujer y su oposición a las opciones convencionales— no es, desde luego, una empresa fácil, dado que pide ni más ni menos que el desmantelamiento de las bases que sostienen las relaciones sociales cotidianas y la mayoría de las instituciones y estructuras de poder, así como de los fundamentos teoréticos de las divisiones convencionales de género. Y ello es así porque el establecimiento de una diferencia de categorías entre las mujeres y los hombres —si las primeras son una cosa, los segundos serán todo lo contrario— se halla profundamente enraizada en nuestro sentimiento de individuos, en las interacciones cotidianas y en las estructuras institucionales y el pensamiento occidental. A pesar de que cada vez es mayor el reconocimiento de la diversidad y la pluralidad de las experiencias sociales, se reproduce continuamente la tendencia a pensar en una forma distintiva de feminidad para las mujeres, y otra de masculinidad para los hombres. Como sostiene Doreen Massey: «Los dualismos profundamente interiorizados [...] estructuran la identidad personal y la vida cotidiana, y este hecho tiene consecuencias para la vida de otras personas, porque estructura, a su vez, la práctica de las relaciones y las dinámicas sociales, y extrae la codificación de lo femenino y lo masculino de los cimientos sociofilosóficos más profundos de la sociedad occidental» (1995: 492). Aunque las intelectuales feministas han

demostrado de un modo convincente su debilidad natural, este sistema binario de las divisiones de género sigue siendo uno de los elementos decisivos del comportamiento de las sociedades contemporáneas. Así, las mujeres y las características asociadas a la feminidad son irracionales, emocionales, dependientes y privadas, y más cercanas a la naturaleza que a la cultura; mientras que los atributos masculinos se presentan como racionales, científicos, independientes, públicos y cultivados. Las mujeres, según suele afirmarse, se hallan a merced del cuerpo y las emociones; los hombres, en cambio, representan la superación de esos aspectos básicos; ellos son a la mente lo que las mujeres al cuerpo.

Como ya han demostrado muchas estudiosas feministas, la diferencia categorial, que es binaria y jerárquica, crea una mujer inferior al hombre, y valora menos los atributos de la feminidad. Esta idea se halla hondamente enraizada en las estructuras del pensamiento occidental, en las instituciones sociales y en la división de las disciplinas sociales; por eso las ciencias económica y política se ocupan de estudiar los atributos públicos del Estado y el mercado, en tanto que las decisiones «privadas», es decir, las que se toman dentro del mundo doméstico, son materia de estudio para la sociología y la psicología. La selección editada por Pateman y Grosz (1987) nos brinda una introducción muy clara a la estructura binaria de la ciencia social de Occidente.

Esa división binaria tiene mucho que ver con la producción social del espacio, con la definición de lo que es un entorno «natural» y un entorno fabricado y con las regulaciones que influyen en quién ocupa un determinado espacio y quién queda excluido de él. Como en otras ciencias sociales, las categorizaciones binarias también estructuran los estudios geográficos (véanse más ejemplos y análisis en Mackenzie y Rose, 1983; McDowell, 1992a, 1992b; Massey, 1994; G. Rose, 1993; Women and Geography Study Group, 1984, 1997). Es, pues, evidente que las geógrafas feministas nos hemos planteado un proyecto muy ambicioso: derribar primero y reconstruir después las estructuras de nuestra dis-

ciplina; de ahí nuestro modo de teorizar y de relacionar las personas con los lugares.

En consecuencia, la finalidad específica de una geografía feminista consiste en investigar y sacar a la luz la relación que hay entre las divisiones de género y las divisiones espaciales, para descubrir cómo se constituyen mutuamente, y mostrar los problemas ocultos tras su aparente naturalidad. Nuestro propósito será examinar hasta qué punto los hombres y las mujeres experimentan de un modo distinto los lugares y los espacios, y mostrar que tales diferencias forman parte de la constitución social tanto del lugar como del género. El propio sentido común nos habla de la existencia de una geografía de las relaciones de género, debido a las enormes variaciones que podemos encontrar de un país a otro, o dentro de un mismo país, en materia de subordinación o de autonomía relativa de las mujeres o del correspondiente poder de los hombres. De igual modo, existe una no menos evidente multiplicidad en la creación social del género, en sus divisiones y en los significados simbólicos asociados a lo femenino y lo masculino. Construir una geografía o geografías del género, como apunta Pollock, «consiste en llamar la atención sobre la trascendencia de conceptos como el lugar, el emplazamiento y la diversidad cultural, conectando los problemas relativos a la sexualidad con la nacionalidad, el imperialismo, la emigración, la diáspora y el genocidio» (1996: XII).

Pero las relaciones de género interesan también a las geógrafas porque las divisiones espaciales —público y privado; dentro y fuera— tienen una importancia fundamental para la construcción social de las divisiones de género. La asignación a la mujer de un lugar concreto no es sólo la base de un amplio abanico de instituciones que van de la familia al puesto de trabajo, o del centro comercial a las instituciones políticas, sino también un aspecto esencial del pensamiento ilustrado occidental, de la estructura y división del conocimiento y de los temas que deben estudiarse dentro de tales divisiones.

Veamos una lista de las distinciones binarias en función del género que, sin duda, nos resultará familiar:

Masculino	*Femenino*
Público	Privado
Fuera	Dentro
Trabajo	Casa
Trabajo	Recreo-Diversión
Producción	Consumo
Independencia	Dependencia
Poder	Falta de poder

Ésta es sólo una de las posibles listas de oposiciones binarias, pero podríamos encontrar otras muy parecidas en un análisis cualquiera de las instituciones y las relaciones sociales de la Gran Bretaña actual o en los textos explícitamente feministas. Las características y los atributos asociados a la mujer y a lo femenino se consideran «naturales» y, por tanto, no necesitadas de explicación, o triviales y, por consiguiente, no adecuadas para el análisis académico serio. Recordemos, por ejemplo, el tiempo que tuvieron que invertir las economistas y las sociólogas feministas en convencer a sus colegas de que las tareas caseras son «trabajo», como el que se remunera en fábricas y oficinas, y que, por tanto, debían incluirlo en sus análisis (véase Oakley, 1974; Rowbotham, 1989). Tampoco las actividades relacionadas con el ocio y el consumo han tenido importancia para el análisis geográfico hasta hace relativamente poco tiempo (Wrigley y Lowe, 1996).

Descubrir cuál es el papel que desempeñan los lugares comunes relativos al género en la estructuración del pensamiento y del conocimiento mismo tiene una enorme trascendencia, porque ayuda a replantear la división de los géneros y supone, ni más ni menos, que la reconstrucción del cuerpo de conocimientos de Occidente, es decir, una meta que podría ir más allá de la superación de las desigualdades estructurales entre el hombre y la mujer, aunque, naturalmente, una cosa depende de otra.

Veamos ahora un breve resumen de esta reconstrucción del pensamiento, tanto en nuestra disciplina como en términos más generales.

Una reflexión sobre el género

Desde el resurgimiento del feminismo a finales de los años sesenta se ha introducido y vuelto a definir el término «género», que, en la actualidad, se emplea en dos sentidos distintos aunque relacionados entre sí. Me serviré aquí de la historia de su uso que ha trazado Linda Nicholson (1995) en su esclarecedor ensayo «Una interpretación del género».

La distinción entre sexo y género

En primer lugar, el término «género» se utiliza en oposición al término «sexo». Mientras que el segundo expresa las diferencias biológicas, el primero describe las características socialmente construidas. En 1949, Simone de Beauvoir, la gran feminista y pensadora existencialista francesa, planteó un serio desafío al determinismo biológico en su obra *El segundo sexo,* publicada ese mismo año, donde afirmaba que la mujer no nace, se hace.

«No nacemos mujeres, nos hacemos mujeres. No existe ningún destino biológico, psicológico o económico que determine el papel que un ser humano desempeña en la sociedad; lo que produce ese ser indeterminado, entre el hombre y el eunuco, que se considera femenino es la civilización en su conjunto» (Simone de Beauvoir, 2000).

La posición de la mujer entre el hombre y el eunuco ha merecido tantas críticas como el carácter etnocéntrico de la obra, pero la idea de la feminidad como creación social tuvo una enorme importancia para el resurgir de la segunda época feminista en Gran Bretaña y Estados Unidos. El renacimiento feminista (en la teoría y en la práctica) de los años sesenta, así llamado para distinguirlo de la «primera época», la de la lucha por el sufragio, se inspiró, entre otros, en el libro de Simone de Beauvoir. La idea de la feminidad como creación social tuvo tal resonancia que se adoptó el término «gé-

nero» para distinguir la «construcción» de la identidad femenina del sexo biológico de la mujer. Así pues, una gran parte de las feministas contemporáneas han dedicado sus mayores esfuerzos a desmentir las aparentemente inmutables diferencias basadas en el hecho biológico, a minar el pensamiento basado en la diferencia absoluta entre el hombre y la mujer, y a demostrar que la supuesta inferioridad femenina en materia de agilidad mental y fuerza física no responde a un fenómeno «natural».

La diferenciación entre género y sexo permite teorizar sobre el primero como creación social o cultural del segundo, al tiempo que lo convierte en materia susceptible de cambios. Otras aportaciones decisivas fueron el concepto antropológico de cultura y la evidente naturaleza intercultural de los roles femeninos y masculinos, aunque incluso en este ámbito se dieron por descontados ciertos procesos «naturales». Como escribieron Ortner y Whitehead en 1981:

> Los aspectos naturales del género, y los procesos naturales del sexo y la reproducción, son sólo un telón de fondo, sugerente y ambiguo, de la organización cultural del género y la sexualidad. Qué es el género, qué es un hombre y qué es una mujer, que relaciones existen o deberían existir entre ellos [...], estos interrogantes no sólo se plantean a partir de los «hechos» biológicos reconocidos, sino que son también, y en gran parte, producto de procesos sociales y culturales (pág. 1).

En uno de los artículos mejor conocidos y más influyentes de la segunda época del feminismo, Gayle Rubin (1975) demostró la interrelación de estos procesos a través de lo que denominó un sistema de sexo-género. El sistema consiste en «un conjunto de mecanismos sociales que sirven para transformar la sexualidad biológica en un producto de la actividad humana, y para dar satisfacción a las necesidades sexuales así transformadas» (pág. 159). Mediante tales transformaciones y mediante la regulación social, el «sexo» se convierte en «género». Con una significativa analogía, Lin-

da Nicholson compara este modelo o relación entre el sexo y el género con un «perchero». El sexo o diferencia biológica sería la estructura básica en la que cada sociedad a lo largo de los distintos periodos históricos ha ido colgando distintas prendas, que son los mecanismos socialmente definidos de las características de género. La gran ventaja de esta distinción estriba en que ha permitido a las feministas criticar la «naturalidad» de las divisiones de género y teorizarlas como hechos susceptibles de cambio. Permitió también plantear las igualdades y las diferencias entre las mujeres, y, para las geógrafas, ayudó a demostrar que las características de género no sólo varían de un país a otro y de una época a otra, sino también en los espacios y las relaciones de la vida cotidiana. Así por ejemplo, en los bares, los clubes, los parlamentos nacionales, los colegios mayores, las oficinas, etc., varían tanto el uso de los símbolos como las expectativas del comportamiento apropiado para cada género.

La absorción del sexo por el género

En un segundo y posterior uso, el «género» no se distingue ya del sexo, porque el primer término absorbe al segundo. Nicholson (1995) cita el análisis de Joan Scott sobre esta segunda definición del género en *Gender and the Politics of History.*

> Por tanto, el género es la organización social de la diferencia sexual, lo cual no significa que refleje unas diferencias naturales e inmutables entre el hombre y la mujer; por el contrario, el género sería aquel pensamiento que dota de significado a las diferencias anatómicas [...] Sólo podemos entender las diferencias sexuales como una función de nuestro pensamiento sobre el cuerpo, un pensamiento que nunca es puro, porque no se puede aislar de su relación con un amplio número de contextos discursivos (Scott, 1988: 2).

De este modo, se desmiente el fundacionalismo biológico de la primera perspectiva sobre las diferencias de género,

y los atributos de la diferencia sexual supuestamente aplicables en una dimensión universal se revelan como lo que son: «Hechos específicos de la cultura occidental o de ciertos grupos concretos de esa misma cultura» (Nicholson, 1995: 42). Este planteamiento significa lo siguiente:

> No podemos establecer a partir del cuerpo los supuestos culturales de la distinción hombre-mujer [...] las diferencias lo recorren todo [...] y no sólo tienen que ver con los fenómenos que la mayoría asociamos al género (por ejemplo, los estereotipos culturales de la personalidad y el comportamiento), sino también con las distintas formas de entenderlo culturalmente y con lo que significa ser hombre y ser mujer (pág. 43).

La idea de cuerpo queda, pues, expuesta al análisis y a la teorización no como una constante, sino como un hecho variable. En el capítulo siguiente abordaremos los trabajos más recientes sobre la materia.

El patriarcado, los regímenes de género y la negociación entre los géneros

En los primeros trabajos de las geógrafas feministas, entre otros estudios, el género se ha definido y analizado sobre todo en el primer sentido, haciendo hincapié en el hecho de que las actuaciones sociales materiales producen unas relaciones de género desiguales. El concepto de patriarcado ha tenido una enorme importancia por su utilidad para vincular el género a la clase y para construir una teoría sobre las razones de la opresión femenina en una amplia muestra de sociedades. En general, el término patriarcado significa la ley del padre, el control social que ejercen los hombres en cuanto padres sobre sus esposas y sus hijas. En el sentido más específico de los estudios feministas, el patriarcado es aquel sistema que estructura la parte masculina de la sociedad como un grupo superior al que forma la parte femenina, y dota al primero de autoridad sobre el segundo. Las socieda-

des industriales avanzadas presentan numerosas formas de estructurar y reforzar la superioridad y el control de los hombres sobre las mujeres; por ejemplo, a través del ordenamiento jurídico, de los impuestos, del sistema de seguridad social y del comportamiento cotidiano.

Si tomamos el ejemplo del ordenamiento jurídico, vemos que la mujer británica tuvo un estatus legal dependiente durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, ya que su vida y sus propiedades estaban en manos del padre o del marido. Hasta 1885, año en que se aprobó la Married Women's Property Act, la mujer perdía todas sus posesiones, a favor del marido, al contraer matrimonio. El voto femenino no fue posible hasta después de la Primera Guerra Mundial; hasta 1948 no hubo mujeres entre los miembros de pleno derecho de la universidad de Cambridge; no existió el aborto legal hasta 1967, ni tampoco el acceso a la financiación hipotecaria sin aval masculino hasta la década de los setenta.

En su obra *Theorizing Patriarchy* (1990), Walby afirma que las relaciones patriarcales en las sociedades industriales avanzadas se construyen y se mantienen gracias a seis estructuras analíticamente separables, en las que los hombres dominan y explotan a las mujeres: la producción doméstica (los hombres se apropian del valor del trabajo doméstico no remunerado); las relaciones patriarcales en el trabajo remunerado (las mujeres quedan relegadas a las tareas peor pagadas); las relaciones patriarcales en el plano del Estado (los hombres dominan las instituciones y elaboran una legislación claramente desventajosa para las mujeres); la violencia machista; las relaciones patriarcales en el terreno de la sexualidad (los hombres controlan el cuerpo femenino); y las relaciones patriarcales en las instituciones culturales (los hombres dominan tanto la producción y la forma de los distintos medios como las representaciones que éstos ofrecen de la mujer).

La crítica al patriarcado ha pecado de generalismo. En las primeras teorizaciones, el patriarcado se consideraba un aspecto universal de las relaciones entre el hombre y la mujer, de modo que no parecía quedar margen para ningún cam-

bio, ni mucho menos para un intento de liberación por parte femenina. La distinción que establece Walby entre sus seis estructuras evita en parte esa generalización, porque adjudica formas específicas a las relaciones patriarcales en cada una de las seis esferas que formula, pero incluso esa formulación ha recibido acusaciones de generalización y etnocentrismo (se basa en las sociedades de capitalismo avanzado). Walby también ha recibido críticas por haber ignorado la vinculación entre las relaciones de género y otras divisiones sociales, tales como las que se basan en la etnia, la edad y las orientaciones sexuales diferentes.

En sus últimas formulaciones, Walby acepta las críticas y mantiene la idea de las estructuras interrelacionadas, aunque plantea que esas estructuras o conjuntos de relaciones se conectan de distinta forma en función del lugar y la circunstancia. Sustituye el término «patriarcado» por el concepto de «régimen de género», formado también por los seis grupos de relaciones. Walby distingue dos regímenes principales en las sociedades industriales avanzadas: el régimen doméstico, caracterizado por relaciones patriarcales de índole privada; y el régimen público, dominado por las relaciones patriarcales en ese ámbito. Oigamos cómo describe ambos regímenes:

> El régimen doméstico de género se basa en la producción doméstica como principal estructura y lugar del trabajo femenino, donde se explota su trabajo y su sexualidad, y en la exclusión de las mujeres de la vida pública. El régimen público de género no excluye a las mujeres del ámbito colectivo, pero las subordina dentro de las estructuras del trabajo remunerado y del Estado, mediante la cultura, la sexualidad y la violencia. La vida doméstica no deja de ser una estructura importante de la forma pública, pero nunca es la principal. Los beneficiarios de la versión doméstica son en primer lugar los maridos y los padres de las mujeres que están en casa, mientras que en la versión pública se produce una apropiación más colectiva. En su forma doméstica, la principal estrategia del patriarcado es la exclusión de las mujeres del terreno público; en la forma pública, es la segregación y la subordi-

> nación. Pero en ambos casos comprobamos la importancia de las seis estructuras, aunque éstas se relacionan entre sí de un modo distinto. Para comprender cualquier régimen de género es imprescindible comprender primero que el género y las relaciones étnicas y de clase se estructuran mutuamente (Walby, 1997: 6).

Pese a la distinción analítica que establece entre sus estructuras, Walby reconoce que coexisten con frecuencia y que las mujeres se encuentran implicadas en ellas a distintos niveles.

> Las distintas formas del régimen de género coexisten como resultado de la diversidad de las relaciones del género con las derivadas de la edad, la clase, la etnia y la región. [En Gran Bretaña] las mujeres mayores se hallan insertas en el régimen doméstico en mayor proporción que las jóvenes. Aquellas mujeres cuyas ocupaciones las sitúan en los grupos socioeconómicos más altos están más cercanas a la forma pública. Las mujeres que han nacido en familias de Paquistán o Bangladesh se encuentran dentro de la forma doméstica, mientras que las mujeres negras de ascendencia caribeña pertenecen más al ámbito público que las blancas (pág. 6).

Según mi opinión, estos regímenes distintos, compuestos de estructuras separadas pero conectadas entre sí, resultan analíticamente útiles para distinguir las cambiantes relaciones de género, especialmente desde que Walby ha incluido las diferencias étnicas y de clase en su última formulación. En los capítulos que siguen examinaré muchas de las áreas y relaciones sociales que aborda Walby, centrándome, por ejemplo, en las relaciones sociales dentro de la casa, y en el papel que desempeñan las relaciones sociales del puesto de trabajo en la construcción de las relaciones de género cuando se trata de un sistema capitalista.

La reciente sustitución que ha realizado Walby del patriarcado por el concepto mucho más matizado de regímenes de género acerca su obra a la de otro importante teórico de

las relaciones de género. Me refiero a Robert Connell, que ha ejercido un fuerte influjo en los estudios feministas, quizá por haber sido uno de los primeros autores en analizar la construcción social de la masculinidad (Connell, 1987, 1995). También él considera útil el concepto de régimen de género, y, como Walby, subraya el cambio y la variedad en sus estructuras. Connell escribe desde una perspectiva gramsciana (Gramsci analizó los aspectos no coercitivos del poder, que operan a través de la cultura, en oposición a las formas más directas y brutales de dominación). En contraste con Walby, que teoriza sobre la coerción y el dominio que ejerce el hombre sobre la mujer en la línea de Marx cuando habla de la opresión de clase, Connell se interesa por las formas de acuerdo y satisfacción cultural, así como por los múltiples modos de creación y mantenimiento de las relaciones de género.

Aunque Connell sostiene que cada sociedad se caracteriza por un régimen de género dominante o hegemónico, que se mantiene relativamente estable a lo largo del tiempo, afirma también la posibilidad de que coexista con otros regímenes opuestos que transgreden los valores establecidos respecto al género y la sexualidad y preparan la vía hacia el cambio. De este modo, supera la crítica al patriarcado como un sistema omnipresente y, al parecer, inasequible al cambio. Por otro lado, afirma que las ideas sobre la sexualidad y los papeles atribuidos a cada género no sólo se sostienen a fuerza de poder y opresión, sino gracias a la satisfacción que encuentran los sujetos en su posición dentro de un régimen de género determinado. Este planteamiento le acerca a la argumentación de aquellas feministas que comienzan a reconocer el hecho de que la creación social de la feminidad proporciona satisfacción e incluso placer a las mujeres, tomadas individualmente (véase, por ejemplo, Coward, 1984).

Los regímenes de género, según Connell, consisten en tres grupos de estructuras, frente a los seis de Walby. Connell distingue relaciones de «a) poder, b) producción, y c) *cathexis* (dependencia emocional)» (1995: 73-4). Por tanto, si, además del dominio impuesto por la fuerza, tal como

sostiene Walby, adoptamos el planteamiento de Connell, será más fácil comprender las razones que llevan a los individuos, especialmente a las mujeres, a aceptar, incluso de buena gana, y defender su situación en el sistema de relaciones patriarcales, lo que antes las feministas mencionaban en tono desaprobador bajo la etiqueta de «connivencia femenina con el patriarcado». Veamos con mayor detalle el modelo tripartito con el que Connell distingue poder, producción y *cathexis:*

> a) Relaciones de poder. El eje principal del poder en el orden de género, tanto en América como en Europa, es la absoluta subordinación de la mujer al dominio masculino, es decir, a la estructura que el Movimiento de Liberación de la Mujer denomina patriarcado. Esta estructura sobrevive en términos generales, a pesar de que en algunas facetas la situación se ha dado la vuelta (por ejemplo, las mujeres que se convierten en cabeza de familia o las maestras que enseñan a estudiantes varones), y a pesar también de las variadas formas de resistencia que actualmente canaliza el feminismo.
>
> b) Relaciones de producción. Las divisiones de género más comunes en el ámbito del trabajo afectan al reparto de las tareas, que a veces alcanza un detallismo extraordinario [...] La misma atención merecen, también en el terreno laboral, las consecuencias económicas de la división del trabajo, es decir, los beneficios que recogen los hombres a partir de una desigual distribución del producto del trabajo social. Este apartado se analiza casi siempre como desigualdad salarial, pero no debemos olvidar que también el capital tiene carácter de género. Una economía capitalista que funciona a través de la división de género en el trabajo es, necesariamente, un proceso de acumulación basado en el género. Por tanto, el hecho de que sean los hombres quienes controlan la mayor parte de las grandes empresas y las grandes fortunas privadas no es un accidente estadístico, sino un aspecto de la creación social de la masculinidad. Aunque parezca poco verosímil, la acumulación de riqueza se halla estrictamente vinculada al terreno reproductivo a través de las relaciones sociales de género.

(Aquí cabría destacar el interés que, de cara a la herencia, demostraron siempre las clases capitalistas en el matrimonio endogámico y la legitimidad de los hijos. En este hecho se basó Engels para analizar el dominio que se ejerce sobre la mujer dentro de la familia, anticipándose en más de un siglo al trabajo de Connell.)

> c) *Cathexis*. El deseo sexual se considera un hecho tan natural que suele excluirse de las teorías sociales, pero cuando consideramos el deseo en el sentido freudiano, como energía emocional que se fija en un objeto, su carácter de género se hace patente, y esto vale tanto para el deseo heterosexual como para el homosexual. Así pues, las actuaciones sociales que conforman y realizan el deseo son otros tantos aspectos del orden de género. A este tenor podríamos plantearnos ciertos interrogantes políticos sobre las relaciones: ¿Son consensuadas o coercitivas?, ¿Se da y se recibe equitativamente el placer? En los análisis feministas de la sexualidad estas preguntas son imprescindibles para conocer los vínculos de la heterosexualidad con la posición predominante del hombre en la sociedad (Connell, 1995: 74-5).

Vemos, pues, que existen coincidencias muy claras entre el modelo de Walby y el de Connell. Ambos tienen su origen en las teorías marxistas y ambos subrayan las relaciones sociales de producción y reproducción. Si comparamos las estructuras quinta y sexta de Walby —sexualidad y cultura— con la *cathexis* de Connell, comprobamos que el poder aparece en este último como una estructura aparte, pero sostiene las restantes estructuras, mientras que en el caso de Walby, la autora reconoce el poder en el terreno de la producción y la reproducción, pero identifica su manifestación concreta en la violencia masculina contra las mujeres, como una estructura aparte.

A mi parecer, el principal fallo del análisis de Walby es que no explica las razones del apego de la mujer a un hombre en particular o a un orden o régimen de género concreto. Connell, por su parte, lo capta mejor, gracias a su concepto

de dependencia emotiva, pero creo que no destaca lo suficiente los casos en que la mujer no puede elegir y no le queda otro remedio que «aceptar» el orden de género dominante. Por esta razón pretendo introducir ahora una tercera vía para comprender los regímenes de género. Al contrario que Walby y Connell, cuyos trabajos se basan en ejemplos tomados de las sociedades industriales avanzadas, Deniz Kandiyoti, en un artículo publicado en 1988, se centra expresamente en las sociedades no europeas. Kandiyoti demuestra un gran interés no sólo por distinguir las estructuras patriarcales a una escala geográfica muy amplia (por ejemplo, el patriarcado africano del asiático), sino también por explorar las razones que llevan a la mujer a no rebelarse contra el sistema patriarcal, y, para ello, vuelve la mirada a las estructuras familiares en las que las esposas y las viudas dependen de las relaciones patriarcales de parentesco, concluyendo que su interés por apoyar el sistema reside en que va en ello su supervivencia a largo plazo y su bienestar material, aun cuando suponga la opresión para ellas y para sus hijas.

Kandiyoti insiste en que las mujeres que viven bajo esas dos grandes formas de patriarcado ocupan un puesto subordinado pero no necesariamente servil. Pueden trabajar dentro del sistema y hasta cierto punto subvertir las relaciones de patriarcado, de modo que, como Connell, e incluso como Walby en su último trabajo, Kandiyoti reconoce posibilidades de cambio en el régimen de género. Los tres autores insisten en los conceptos de variedad y complejidad, tanto por las múltiples formas en que las relaciones de género producen desigualdades entre el hombre y la mujer como por el número de razones y de fines que pueden inspirar el cambio, e insisten también en la relación entre género, posición de clase y orígenes étnicos. En su libro, *Masculinities* (1995), Connell muestra, por ejemplo, que la idea que los hombres blancos tienen de sí mismos se construye en relación con un concepto idealizado de la masculinidad negra y en oposición a la feminidad blanca (Lynn Segal, 1990, en *Slow Motion* defiende lo mismo), y llega a la conclusión de que las ideas establecidas sobre la feminidad y la masculinidad varían

de acuerdo con la clase, la «raza», la época, el país o el continente.

Por tanto, el concepto de regímenes dominantes y oponentes, en sí mismo complejo y variable, nos proporciona un modo útil de investigar la diversidad geográfica de las relaciones de género, del que me serviré en los últimos capítulos. Mi propia indagación empírica, como las de Walby y de Connell, junto con mis lecturas durante su desarrollo, se ha basado en los estudios de casos pertenecientes a las sociedades industriales avanzadas, tal como se reflejará en esta obra. En ciertos momentos introduciré casos estudiados por otros autores en otras sociedades, pero temo que mi conocimiento en ese ámbito sea demasiado limitado para brindar al lector comparaciones globales entre el «norte» y el «sur».

Una última palabra sobre el enfoque estructural antes de emprender nuestro viaje por la historia de las teorías feministas. La consideración del patriarcado y los regímenes de género como un conjunto estructurado de desigualdades se ha visto atacada recientemente desde las filas del posmodernismo y el deconstructivismo con argumentos sobre la obsolescencia de las categorías de «hombre» y «mujer» (volveré sobre ello con mayor detalle más adelante) y la imposibilidad de comprender la diversidad y la diferencia a través de las «grandes teorías». Sin embargo, creo, con Walby, que no hace falta renunciar a ideas de amplio espectro como las relaciones estructuradas para establecer teorías sobre hechos complejos. Las tres teorías que acabamos de ver reconocen la complejidad de la relación del género con la clase, la edad, la etnia y otros factores tales como la sexualidad, pero desde el momento en que las mujeres, como grupo, están claramente subordinadas a los hombres, como grupo, y éstos las dominan en unas relaciones desiguales, me parece que debemos mantener las teorías sobre las desigualdades estructurales entre grupos sociales. Por muy fluida y muy variada que resulte la creación social de la feminidad y la masculinidad, aún es práctica habitual creer que una de esas creaciones es inferior a otra y que, por tanto, los hombres, como grupo, están implicados en el dominio sobre las mujeres.

De lo que acabamos de ver, el lector puede deducir con toda claridad que las relaciones de género «son, básicamente, relaciones de poder, desiguales y jerárquicas, y no meras dicotomías o relaciones simétricas y complementarias, como pretenden las categorías del pensamiento común» (De Almeida, 1996: 8). Existen múltiples formas de «crear el género» (West y Zimmerman, 1987), de ser hombre y mujer. Tantas y tan opuestas como las versiones hegemónicas de la feminidad y la masculinidad. Tienen su especificidad geográfica e histórica, y varían en un amplio abanico de escalas espaciales. El propio género es ya objeto de estudio como una variable entre otras o, por mejor decir, como un hecho que se constituye en mutua relación con la clase y la etnicidad (Brewer, 1993; Davis, 1981; Giddings, 1984; Kobayashi y Peake, 1994; Malson *et al.,* 1990; Mirza, 1997; Peake, 1993).

Pese a esta aceptación de la variedad y las diferencias entre las mujeres, un grupo de críticos, influidos especialmente por la teoría postestructural y poscolonial, comenzaron a deconstruir desde la década de los setenta el concepto de género como creación absolutamente estable, partiendo de la crítica de las feministas negras al protagonismo de la mujer blanca en la mayoría de los estudios y en la práctica política del feminismo. Por ejemplo, en el marco de la lucha política por el derecho de la mujer a disponer de su cuerpo, el acceso gratuito a los métodos anticonceptivos y el aborto fueron siempre demandas fundamentales, pero muchas mujeres de color, esterilizadas contra su propia voluntad, consideraban más importante el derecho a ser fértiles y tener hijos. De igual modo, las lesbianas señalaban el carácter implícitamente heterosexual de gran parte de los trabajos feministas de investigación, y pedían la inclusión de los problemas relacionados con la sexualidad «alternativa». La crítica adquirió cada vez más fuerza gracias al rápido aumento de los tra-

bajos de gays y lesbianas durante la década de los ochenta (Craig, 1992; Fuss, 1990; Herdt, 1992; Kimmel, 1988; Sedgwick, 1990; Simpson, 1994; Weeks, 1986).

Por su parte, las feministas influidas por la teoría posmoderna denunciaron que, pese a la crítica del primer feminismo al pensamiento ilustrado, en tanto que reflejo de una concepción del mundo masculina y burguesa, el feminismo actual continuaba manteniendo esa concepción centrada en el sujeto y defendiendo una visión idealizada del progreso social. En un intento de incluir las voces de los desposeídos —un abigarrado conjunto de «otros»— en el discurso académico, se discutieron ciertas ideas establecidas (lo que Haraway (1991) llamó «la perspectiva desde ninguna parte»). Algunas críticas poscoloniales como Gayatri Spivak (1988) y Chandra Talpade Mohanty (1991), y las mujeres de color, entre ellas bell hooks (1982), obligaron a las blancas a revisar el sujeto femenino que aparecía en sus obras, a incluir en sus teorías la complejidad de las identidades de raza y a escribir desde su situación concreta, es decir, no como la «Mujer», sino como las mujeres blancas que eran. Nace entonces un nuevo tipo de estudio feminista, que investiga la «racialización» de la mujer blanca. Vron Ware (1992), por ejemplo, ha estudiado la situación de las mujeres blancas en la India imperial, y Ruth Frankenberg (1993) ha indagado en sus propias ideas y las de otras mujeres de su etnia sobre el racismo durante su periodo de crecimiento como jóvenes blancas en los Estados Unidos de la posguerra.

A esta variedad de puntos de vista vino a sumarse un problema de mayor trascendencia, a medida que las feministas conocían la literatura psicoanalítica y la obra de Michael Foucault. Se llegó entonces a una nueva teorización, en la que el sujeto se hizo contingente y relacional. Éste dejó de ser esa identidad fija y estable que encontramos en el mundo de las relaciones sociales, con su correspondiente género, para convertirse en algo siempre fluido y provisional, en continua conversión. El género se crea y se mantiene a través de un discurso y de unos actos cotidianos. Podríamos agrupar las distintas versiones de esta tendencia bajo la etiqueta

de feminismo deconstructivo, sobre el cual volveré con mayor profundidad en el próximo capítulo. Antes, sin embargo, diré que cuestiona la distinción dicotómica de la diferencia sexual y la división bipolar de los atributos de género. Donna Haraway, por ejemplo, sostiene que «en lo que se considera "femenino" no hay nada que se ajuste naturalmente a la mujer. La propia "feminidad" no es más que un conjunto extremadamente complejo de categorías creadas en el ámbito de un discurso científico sexual, entre otras actuaciones sociales» (1991: 155).

Una de las teóricas más importantes del nuevo análisis feminista del género, Judith Butler, apartándose en cierto modo de Haraway, afirma que los cuerpos sexuados se crean como tales a partir del punto de vista de un género ya dicotomizado —es decir, se da por sentado que existen los dos géneros: el hombre y la mujer— y que el discurso científico y médico consolida la misma identificación para los cuerpos. Según Butler (1990a, 1993), esa construcción se mantiene a lo largo del tiempo gracias a lo que llama comportamiento de género, por el cual la ficción reguladora que representa la heterosexualidad obliga a la mayoría de las personas a comportarse conforme a las normas hegemónicas que definen los roles masculinos y femeninos en cada contexto societal específico. No obstante, cree en la posibilidad de destruir esa creación discursiva o convencional del género bipolar con comportamientos subversivos, entre los que destaca el fenómeno del travestismo. Aunque analizaré estos argumentos con más detalle en el capítulo próximo, adelanto aquí que han planteado preguntas trascendentes sobre la materialidad y la realidad del cuerpo. Comentando estos debates, Caroline New (1997) ha realizado recientemente un intento de devolver la dimension «real» a la creación discursiva del cuerpo sexuado.

> Afirmo que la diferencia sexual es una realidad, aunque no meramente dicotómica. Sin embargo, no podemos considerar una casualidad que los seres humanos hayan podido dicotomizarla con mayor o menor éxito: las diferencias sexuales tienen, en efecto, una distribución bipo-

> lar, como muestran los estudios evolucionarios de la sexualidad. Las capacidades y las incapacidades masculinas y femeninas existen realmente, aunque su concreción en los casos particulares dependa de todo el contexto causal (New, 1997: 179).

Por mi parte, estoy de acuerdo con el espíritu de las palabras de New, que, de hecho, presenta una gran afinidad con los conceptos realistas de ciencia que tanta importancia han tenido para nuestra disciplina, aunque no acepto su atribución de la causalidad al contexto. A mi parecer, las relaciones del sexo con el género son histórica y espacialmente contingentes, aunque, como observa New, los cambios biológicos evolucionarios afectan a la diferencia sexual «real». Por tanto, el significado de ser hombre o mujer depende de un contexto, y es relacional y variable, aunque se halle siempre sometido a las leyes y regulaciones de cada época, que establecen lo que está permitido y lo que puede ser un acto transgresor. Por eso, el género, como defiende Lind Alcoff, una politóloga feminista, «no es el punto de partida, en el sentido de una identidad establecida, sino un principio o construcción, formalizable de modo no arbitrario a través de una matriz de hábitos, prácticas y discursos» (1988: 43).

La nueva teoría del género como construcción discursiva y ficción relacional ha sido muy fructífera. En los estudios relativos al puesto de trabajo, por ejemplo, ha facilitado la respuesta a un gran número de preguntas sobre las distintas culturas laborales (cómo se construyen las identidades de género mediante las interacciones cotidianas en el trabajo) y, lo que es muy importante, ha proporcionado una posibilidad de denunciar la desigualdad de las relaciones de género. El reconocimiento de la diversidad y las estrategias de oposición a las ideas establecidas posibilitan un análisis de la subordinación de la mujer en el puesto de trabajo mucho más matizado que el concepto global de dominación patriarcal, e introducen además nuevas vías de investigación sobre la gestualidad, el lenguaje y la presentación del cuerpo (Halford *et al.,* 1997; McDowell, 1997a; Tannen, 1994).

El nuevo estímulo para conceptualizar el género como un hecho fluido ha venido de la mano de las recientes tecnologías de la reproducción o la cirugía reconstructiva. Es como si el género se hubiera liberado de los imperativos del cuerpo o, más precisamente, se hubiera definido de nuevo. El control de la reproducción, por ejemplo, desde la fertilización *in vitro* a los tratamientos de fertilidad o el alquiler de madres, han hecho del género y la sexualidad algo cada vez más fluido y maleable, casi como una elección, como un aspecto más de la identidad personal. Las mujeres son «libres» de convertirse en madres después de la menopausia o de rehacerse el cuerpo a su gusto, al parecer, con la sola limitación del precio. Es como si hubiéramos llegado, en palabras de la antropóloga feminista Marilyn Strathern (1992), a una época «posterior a la Naturaleza», en la que los tradicionales lazos de sangre, de matrimonio y de parentesco hubieran pasado a ser algo casi irrelevante para la reproducción y la vida familiar.

El éxito del giro «cultural» o deconstructivo del feminismo ha consistido en situar sus ideas sobre la especificidad y la singularidad justo en el centro de un nuevo trabajo comparativo. En este sentido podemos pretender, no sin justicia, a mi modo de ver, que las cuestiones geográficas ganen importancia para los estudios feministas. Esta pretensión no viene sólo del ámbito de la geografía (véase, por ejemplo, Katz y Smith, 1993), sino también de otras disciplinas (véase, por ejemplo, la obra que escribió, en 1996, Kirby, que se dedica a la enseñanza del inglés). En todos estos casos se subraya la importancia del lugar, el emplazamiento y la posición de la persona que habla, los modos de escuchar y de interpretar las voces marginales que hemos ignorado con frecuencia (McDowell, 1992a, 1992b). Las nuevas teorías sobre el sujeto y la deconstrucción de las identidades estables plantean, sin embargo, nuevas dudas sobre la posibilidad de una política y una investigación específicamente feministas. Si ya no existe la categoría estable «mujer», ¿cómo reivindicar sus derechos?

«Son muchas las feministas que han sopesado las consecuencias de este dilema (Fox-Genovese, 1986; Grosz, 1994;

Mascia-Lees *et al.,* 1989; McDowell, 1991b). Oigamos, a este propósito, la voz representativa de Linda Alcoff: «¿Qué pedir en nombre de una "mujer" que no existe? ¿Qué lograrían las reivindicaciones sino reforzar el mito de su existencia? ¿Cómo exigir el aborto legal, los medios para una adecuada protección de la infancia o la igualdad salarial, sin recurrir al concepto de "mujer"?» (1988: 420). No hay duda de que se trata de problemas peliagudos, pero yo no los considero insolubles. Nuestra obligación como científicas sociales es descubrir y analizar las estructuras y los procesos mediante los cuales se crean las distinciones y se sitúa a los seres humanos en grupos sociales cuyas relaciones son desiguales. En las sociedades capitalistas contemporáneas —y con el siglo XX a punto de acabar parece que el capitalismo triunfa en un número cada vez mayor de países— los seres humanos están divididos en clases sociales con oportunidades radicalmente distintas, y, por otro lado, las actitudes racistas y la discriminación racial cierra las puertas a muchas personas de color. Como ya he sostenido en la introducción y trataré de analizar con más detalle en los restantes capítulos, las mujeres, como grupo, tienen muchas menos oportunidades que los hombres, como grupo, e incluso existen sociedades en las que se les niega toda posibilidad de educación. Prácticamente en todas, las mujeres ganan menos que los hombres y apenas tienen relación con las fuentes de riqueza. Aunque no abrigo la menor intención de pintar a la mujer como una víctima, no puedo dejar de constatar su sometimiento a formas concretas de dominación y violencia. En tales circunstancias, mientras no desaparezcan las diferencias que las discriminan —diferencias de clase y etnicidad, por ejemplo, y de lugar en distintas regiones—, las mujeres tendrán que seguir hablando como mujeres y proclamando la idea de un futuro mejor. Como afirma Nancy Fraser: «Las feministas necesitan tanto la deconstrucción como la reconstrucción; desestabilización de la ideología y proyección de una esperanza utópica» (1991: 175).

Las feministas y la geografía

Como ya ha quedado establecido, los seres humanos, el conocimiento y las instituciones sociales se hallan sujetos a unas divisiones desiguales de género que, a su vez, los definen. Sean cuales sean las variaciones entre los hombres y el alcance (a veces enorme) de los cambios que ha experimentado la condición femenina de unas décadas a esta parte, los hombres, como grupo, continúan siendo mayoría en la base del poder de las sociedades contemporáneas. Y esto vale también para las instituciones académicas. A pesar de aquel periodo decisivo para los estudios feministas que se extendió de comienzos de los setenta a finales de los noventa, y de los enormes cambios en el ámbito de la geografía, que transformaron la naturaleza misma de la disciplina y su forma de relacionarse con el «mundo real», las jefaturas de los departamentos y las cátedras de los comités decisivos siguen en manos de hombres. El enorme aumento en términos comparativos de mujeres licenciadas (mayoría desde hace unos años en mi propio departamento) no se corresponde (¿aún?) con un aumento similar en la enseñanza y la investigación profesional, aunque cada vez hay más mujeres entre los últimos nombramientos de jóvenes aspirantes en los departamentos ingleses de geografía. Pero entre los grupos de más edad, las mujeres escasean —en Gran Bretaña sólo hay catedráticas en cuatro departamentos de geografía—, y la investigación geográfica a este nivel continúa en manos de los hombres, aunque algunos de ellos (pocos) se muestran tan interesados en las cuestiones relacionadas con la diferenciación geográfica de la feminidad y la masculinidad como muchas geógrafas. Naturalmente, no todas las mujeres se interesan por las cuestiones del género, y sería un grave error, no sólo creerlo, sino pensar que los problemas del «género» son problemas de mujeres. Con todo, me interesa que haya quedado absolutamente claro en las páginas anteriores que los hombres también tienen género.

Los orígenes de la organización feminista en el ámbito de la geografía, por lo menos en el mundo de habla inglesa, datan de los años setenta. Desde el principio se abordaron las dos facetas: una indagación de las geografías del género, y, siempre que fue posible, una actuación alternativa. Así pues, cuando en 1979 se creó, dentro de la asociación profesional británica, el Institute of British Geographers (hoy fundido con la Royal Geographical Society), su doble finalidad fue tanto el estudio teorético de los problemas de género como el compromiso de promocionar a las mujeres dentro de las instituciones académicas. Un compromiso político mayor quizá hubiera asustado en aquel momento al *establishment* grográfico, dejando aparte el hecho de que nosotras mismas lo rechazamos por excesivamente utópico, y, por otra parte, el idealismo de la hermandad universal de las mujeres no resistió la evidencia, cada vez más reconocida en los años ochenta, de las diferencias y las distancias que nos separan también a nosotras. Si las divisiones de clase, etnia, edad y preferencias sexuales, entre otras, hicieron imposible hablar en nombre de todas las geógrafas, qué decir cuando se trata de las mujeres en general.

El compromiso con un proyecto político, no obstante, fue siempre una de las principales finalidades. Los grupos feministas formados por geógrafas en las universidades de Estados Unidos y Canadá también declaraban explícitamente su intención de promocionar a las mujeres en el ámbito académico, y durante varios años se realizaron estadísticas para seguir de cerca el movimiento de las mujeres en los puestos institucionales (McDowell y Peake, 1990; Momsen 1980; G. Rose, 1993). Existe en la actualidad un pequeño grupo de feministas declaradas en posiciones de poder, con cátedras de geografía, por ejemplo, en Gran Bretaña, Estados Unidos, Australia y Canadá, pero aún son pocas. Aunque, como ya he apuntado, las estudiantes, al menos en Gran Bretaña, dominan la disciplina al nivel de no licenciadas, la proporción entre los graduados sigue siendo de dos a uno a favor de los hombres. Se ha dicho que la estructura y la práctica de nuestra disciplina tienen algo irremediablemente

masculino; en otro contexto, Cosgrove lo denominó «una disciplina de pelo en pecho» (Cosgrove, 1993). En su compromiso con los ideales ilustrados de pensamiento racional y abstracto (véase G. Rose, 1993), la geografía no es, sin duda, distinta a las ciencias sociales o a otros tipos de ciencia, pero quizá sea su relación con los descubrimientos, exploraciones e imperios (Driver, 1992; véase también Stoddart, 1986, y Livingstone, 1992, sobre los orígenes de la geografía), que comparte con la antropología, lo que atraiga de un modo especial a los hombres.

Desde finales de los años setenta se ha producido un acusado aumento de los estudios feministas en la materia, por lo menos han crecido de modo espectacular los trabajos sobre la dominación masculina, y debo decir que ha ocurrido en un tiempo muy breve. En la actualidad se dispone de un grupo de actividades relacionadas con los estudios geográficos feministas: nuevas asignaturas en muchos departamentos, una nueva publicación —*Gender, Place and Culture*— y un número cada vez mayor de ponencias en otras publicaciones (véanse los cambios en *Society and Space,* por ejemplo), nuevos libros (Gregson y Lowe, 1994; Hanson y Pratt, 1995; Massey, 1994; G. Rose, 1993), conferencias (McDowell y Sharp, 1997) y colecciones (Jones III *et al.,* 1997; Women and Geography Study Group 1984, 1997); y las series de *International Studies of Women and Place* (las editoras generales son Janice Momsen y Janet Monk). No menos rápido ha sido el crecimiento de los grupos feministas en las asociaciones profesionales de varios países, especialmente entre las mujeres más jóvenes. No obstante, conviene aclarar que, por lo menos en Gran Bretaña, las pioneras fueron mujeres que habían iniciado sus estudios superiores en la década de los sesenta y que ejercieron una fuerte influencia en los primeros años, lo cual, naturalmente, no debe sorprender a nadie, dado que fue la época del movimiento feminista y de otras luchas políticas radicales. El feminismo, el antirracismo, el pacifismo y los movimientos estudiantiles se hallaban en pleno auge a finales de los sesenta.

Ciertos atisbos de la historia de esas mujeres y las razones que las llevaron a interesarse por la geografía feminista aparecen en numerosos escritos. Yo misma entrevisté a Susan Hanson para el *Journal of Geography in Higher Education* en 1993 (McDowell, 1994a), y Susan Hanson y Janice Monk, coautoras de uno de los primeros estudios feministas editados en una publicación estadounidense (Hanson y Monk, 1982), han escrito introducciones, especialmente personalizadas en el caso de Monk, en la nueva colección americana *Thresholds in Feminist Geography* (Jones III *et al.,* 1997). La reflexión sobre su vida y sobre los cambios que ha experimentado la geografía, me llevó a examinar mi propio compromiso con los estudios feministas, y llegué a la conclusión de haber sido feminista durante toda mi vida, aunque no tuviera conciencia de ello durante mis primeros veinte años o no hiciera coincidir después, durante algún tiempo, mi trabajo académico con mis ideas políticas. Crecí en una familia de tres hermanas, donde nuestros padres «trabajaban», ambos cocinaban y se ocupaban de la limpieza de la casa. Creo que no me daba plena cuenta de hasta qué punto mi casa era una excepción, porque el hecho de que mi mejor amiga del colegio recibiera de sus padres un trato muy diferente al que daban a su hermano mayor me producía una enorme perplejidad.

Ann Oakley (1985) ha destacado la importancia que tuvo para muchas mujeres comprometidas desde finales de los sesenta y durante toda la década de los setenta, el momento que ahora se conoce como segunda época feminista, el hecho de haber crecido entre hermanas o haber acudido a institutos femeninos, y mi caso no es una excepción. En efecto, después de acabar los estudios de secundaria en una institución donde sólo estudiaban niñas, pasé tres años en Newnham, un *college* femenino de Cambridge, donde el predominio de las mujeres neutralizaba la atmósfera singularmente masculina del departamento de geografía en aquella universidad y en aquella época (finales de los sesenta y principios de los setenta), donde no había una sola mujer entre el profesorado. Hasta que me trasladé a estudiar a Lon-

dres no fui consciente del predominio masculino, ni me vi afectada por ello. En aquel momento había muy pocas estudiantes y aún menos profesoras en el University College de Londres. Por fortuna, durante mi carrera académica nunca fui la única en ninguno de los departamentos para los que trabajé (aunque durante mis tres primeros años como profesora éramos sólo dos mujeres), y he disfrutado también de apoyo, como miembro que soy del Women and Geography Study Group desde 1979.

Este grupo ha publicado recientemente una segunda obra editada sobre la geografía feminista (1997). Participé en la primera (1984), cuando el trabajo reflexivo, ahora mucho más común, apenas afectaba a la disciplina. Elegimos deliberadamente el anonimato dentro del grupo que produjo los primeros estudios publicados de geografía feminista, y no (me molesta tener que aclararlo) porque quisiéramos escondernos del *establishment,* sino porque más que la autoridad nos interesaba afirmar una voz colectiva. El segundo grupo de estudiosas feministas —en cierta forma solapado con el primero— eligió también la misma estrategia colectiva, aunque, a mi parecer, también se identificaron con mayor claridad. En un fascinante capítulo de su obra *Feminist Geographies: Explorations in Diversity and Difference* (el título refleja, naturalmente, ciertos cambios en los intereses de las feministas, que ya he destacado en este capítulo), titulado «Writing personally», diez geógrafas del Women and Geography Study Group incluyeron datos de su historia personal como feministas. Por mi parte, recomiendo su lectura, y me gustaría que el presente libro —mi contribución al estudio de la geografía feminista— se leyera junto a *Feminist Geographies* y *Thresholds in Feminist Geography* (Jones III *et al.,* 1997). Hay en estas tres obras muchas coincidencias y muchas discrepancias, pese a estar dirigidas a un mismo grupo de lectores: todos aquellos que comienzan su carrera de geografía y, espero, muchos otros que sientan curiosidad por saber en qué consiste la llamada geografía feminista.

Mi libro es también compañero de *Feminism and Geography,* de Gillian Rose (1993). Mientras que el interés de

esta autora se centra sobre todo en el estatus teorético de los estudios geográficos y en su naturaleza de género, mi enfoque aquí está dirigido a los cambios sociales y culturales en las relaciones de género, pero las dos obras se parecen más de lo que haría suponer su argumento, ya que el mayor interés de nuestro trabajo académico es para las dos la reflexión sobre la forma femenina de ver y conocer el mundo. Por otra parte, mis temas y mis aproximaciones reflejan y complementan el enfoque de *Space, Place, and Gender* (1994), una recopilación de trabajos escritos por Doreen Massey a lo largo de veinte años, donde seguimos el fascinante recorrido de la autora hasta el descubrimiento de sus nuevos intereses y su dedicación a las relaciones de género. He tenido el honor de trabajar con Doreen durante más de diez años, y de ser una de las autoras de su colección, de modo que también nos une una relación personal. Finalmente, colaboré hace poco tiempo con Jo Sharp en la preparación de una colección de lecturas feministas, *Space, Gender, Knowledge* (McDowell y Sharp, 1997), escritas por geógrafas y otras estudiosas con la finalidad de introducir a los estudiantes en algunos trabajos «clásicos» sobre el espacio, el lugar y la identidad; también en este caso espero que resulte una guía útil.

Estas últimas publicaciones han demostrado que existe un público ávido por conocer qué es lo que constituye la feminidad y la masculinidad en los distintos lugares, y cuáles son los cambios que pueden o podrían producirse al final del milenio.

Estructura de la obra: terrenos firmes, corrientes y escalas

En los capítulos que siguen analizaré la amplitud de los cambios que ha experimentado la vida cotidiana de los hombres y las mujeres a finales del siglo XX, siempre desde el punto de vista de su relación con uno o varios lugares en concreto. Como ya he observado, se afirma con frecuencia que el resultado de la actual movilidad es que ni los hombres

ni las mujeres viven ya como miembros de comunidades relativamente estables, basadas en el territorio, ni se hallan integrados en las redes que antes abarcaban toda su vida. Nada que oponer a la idea del aumento de la movilidad (tanto de personas como de dinero), pero, como Massey, me gustaría demostrar que los lugares —y el apego a ellos— siguen siendo importantes. La mayoría de las personas vivimos mucho tiempo en un área restringida, llevamos una vida geográficamente limitada en una casa, una vecindad, una ciudad y un puesto de trabajo, y todo ello dentro de un Estado-nación. Naturalmente, todos estos lugares son un conjunto complejo de relaciones sociales que se entrecruzan y operan a muchos niveles, en función de unas ideas y unos comportamientos, unas imágenes y unos símbolos que son, ellos mismos, cada vez más variables y complejos. La televisión, el vídeo e Internet han puesto al alcance de una mayoría (pese a todo, restringida; por lo general, un individuo con medios, que vive en una ciudad del «Norte») una variedad casi infinita de textos e imágenes sobre cualquier cosa que se pueda concebir. Aun así, todo ese material llega a un público cuyos miembros pertenecen a distintos tipos de comunidades —algunas espacialmente fijas y territorialmente restringidas— en las que existen divisiones de clase, raza, edad y género.

Tales comunidades pueden ser «reales», porque hay un conocimiento mutuo entre sus miembros, que interactúan con regularidad y en encuentros cara a cara. De este modo, en casa, en las calles de nuestra ciudad o en el puesto de trabajo conocemos a muchas personas cuyo «lugar» coincide con el nuestro. En otros casos se trata de una comunidad «imaginada» en el sentido que da Benedict Anderson (1991) al Estado-nación. Pertenecemos a un mismo «lugar», pero no nos conocemos; nuestra «comunidad», en el sentido de pertenencia, se ha construido a partir de mitos e imágenes, costumbres y rituales que refuerzan nuestra conciencia de ser, digamos, británicos, franceses, japoneses o keniatas. En los capítulos que siguen pretendo examinar ese conjunto de lugares en los que se crea dentro de nosotros la conciencia de ser hombre o mujer. Sostendré que tanto las personas

como los espacios tienen un género, y que las relaciones sociales y las relaciones espaciales se crean mutuamente.

Los capítulos se organizarán aproximadamente en una escala espacial ascendente, partiendo de las relaciones de carácter local. Analizo una serie de lugares en los que las relaciones de género se crean de un modo distinto, de forma que reflejan y afectan tanto a la naturaleza de ese espacio en concreto como a las ideas comunes sobre las formas aceptadas de lo masculino y lo femenino. Como ya he observado, un lugar es aquel conjunto de relaciones que se entrecruzan a escala espacial, mas para analizar esas interrelaciones hay que aplicar un enfoque local. En otras palabras, el suelo firme de las pautas y comportamientos espacialmente localizados. Convendría recordar que también he apuntado que para la mayoría de los miembros no influyentes de toda sociedad, la vida cotidiana es un asunto local. No obstante, si deseamos comprender las relaciones locales, por ejemplo, en Glasgow, donde los emigrantes chilenos reconstruyen su idea de «hogar», o en Londres, donde los refugiados tamiles hacen lo propio, combinando los hábitos y las culturas de «aquí» y de «allí» para crear una nueva idea de lugar, no sólo hay que realizar un análisis *in situ,* sino también desmenuzar las relaciones y las prácticas sociales en el tiempo y en el espacio. En el cruce de estas redes, y a través de los significados culturales asociados a ellas, se constituye el lugar.

El concepto representa todo un desafío al escritor, porque, como también ha reconocido Marcus, la plasmación de las interconexiones exigen una nueva escritura; por eso se pregunta:

> ¿Qué hacer si la descripción etnográfica ya no puede circunscribirse a la comunidad o situación local, es decir, al lugar donde se manifiesta el proceso cultural y se puede localizar en el presente etnográfico? ¿Cómo describir el proceso cultural que ocurre en un espacio transcultural, en distintos lugares al mismo tiempo, en mundos paralelos, separados pero simultáneos? (1994: 40).

Marcus plantea la posibilidad de adoptar una técnica de montaje para distanciarse del estilo lineal y realista. Yo, menos ambiciosa, he adoptado en las páginas que siguen una escritura tradicional. Puede que el montaje sea más útil para la representación del campo de trabajo original que para la tarea de revisora que me espera aquí, para lo cual parece más apropiada una estructura narrativa convencional. En cierto sentido, no obstante, el montaje o por lo menos la simultaneidad, son cada vez más evidentes en las obras de geografía, sobre todo cuando el enfoque de la mirada analítica se centra tanto en el tema como en el autor. Qué duda cabe, como demuestra la mirada analítica de muchas publicaciones, que últimamente los geógrafos han desarrollado una enorme dependencia del material visual y del texto al publicar sus trabajos.

He dividido el material en capítulos centrados sobre todo en lugares concretos, diferenciando, por ejemplo, el centro comercial del puesto de trabajo, la calle de la casa, el vecindario local del espacio más anónimo de las calles urbanas y las zonas públicas. Quizá se me reproche que algunas de estas distinciones resultan artificiales, y, en efecto, lo son, porque los lugares territorialmente circunscritos a distintas escalas espaciales son también construcciones sociales. Como las ideas relativas al género, las relativas al lugar, los límites y la pertenencia, son creaciones de la sociedad. Por mi parte, la elección de los lugares que analizo aquí se debe a que son localizaciones significativas de construcciones alternativas de género, así como comportamientos e imágenes determinadas por el género en las sociedades industriales (la mayor parte de las veces) contemporáneas. Para los jóvenes y los menos jóvenes, hombres o mujeres, para los homosexuales o los heterosexuales, los distintos espacios tienen distintos significados y representan distintas relaciones de poder que varían con el tiempo. La casa puede constituir para las mujeres que tienen niños pequeños, por ejemplo, un lugar seguro y una trampa al mismo tiempo, y para los trabajadores asalariados, al acabar la jornada, puede convertirse en un refugio largamente deseado o en el espacio donde hay que negociar

y renegociar continuamente unas complejas relaciones de edad y género. Las calles y los parques de la ciudad, que para algunos son espacios de liberación y descubrimiento, resultan para otros inaccesibles, temibles o peligrosos.

Como ya he apuntado, tales divisiones, especialmente las que separan lo público de lo privado, siempre han estado asociadas a las divisiones de género, que, supuestamente, son esferas «naturales» de cada uno de los dos sexos. Uno de los mayores logros de los estudios feministas desde hace unos veinte años ha sido deconstruir y desnaturalizar tales divisiones. En las páginas que siguen yo también intentaré criticar los tópicos con carta de naturaleza y mostrar las conexiones entre los distintos espacios de las actividades sociales, pero también mostraré las divisiones significativas que permanecen dentro de las estructuras legales e institucionales de muchas sociedades, así como en la constitución de las relaciones de género, porque continúan teniendo una enorme importancia a la hora de dividir la materia de nuestra disciplina, y separar la geografía económica de la geografía social, la geografía urbana de la geografía del mercado, por ejemplo. Pero aquí, pese a que mis capítulos van en paralelo a estas divisiones, subrayaré sobre todo el problema de las interrelaciones. A fin de cuentas, no es muy común encontrar un análisis de todos estos temas juntos bajo la cobertura única de un texto geográfico.

He tratado de entrelazar las relaciones de género con el feminismo como movimiento social, como suma de cambios teoréticos y como material de análisis, aunque mi interés se dirige sobre todo al último aspecto. Mi intención es aclarar los cambios teoréticos a través de detallados ejemplos y estudios empíricos, que he tomado de un amplio abanico de fuentes. He utilizado partes de mi propia obra siempre que lo he creído oportuno, pero también pretendo introducir el trabajo de muchos otros autores tanto desde dentro como desde fuera de los límites de la disciplina geográfica. Incluyo numerosas referencias a otras obras, esperando con ello estimular posteriores indagaciones en las cada vez más ricas literaturas sobre la diferenciación de género en las ciencias so-

ciales y las humanidades. Me queda la esperanza de que el lector encuentre los capítulos que siguen interesantes y provocadores, y de que le sirvan de estímulo para otros estudios feministas.

Otras lecturas recomendadas

Existen muchas introducciones de calidad a las teorías y la investigación feministas, tanto en el ámbito geográfico como en el de otras disciplinas. Aunque ya me he referido a algunas en el texto, quisiera mencionar algunas más. La historia geográfica se ha contado en *Geography and Gender* (Women and Geography Study Group, 1984), *Feminism and Geography* (G. Rose, 1993), en *Feminist Geographies* (Women and Geography Study Group, 1997), *Thresholds in Feminist Geography* (Jones III *et al.*, 1997) y en *Space, Gender, Knowledge* (McDowell y Sharp, 1997). He proporcionado un resumen de investigaciones realizadas durante los setenta y los ochenta en dos artículos de *Progress in Human Geography* (McDowell, 1992a, 1992b). No obstante, estas obras y estos artículos presentan un enfoque predominantemente centrado en el mundo anglosajón. Existen numerosas revistas sobre el desarrollo de los estudios grográficos feministas en otras sociedades. Lynn Brydon y Sylvia Chant (1989), por ejemplo, Janice Monk (1994) y Janet Momsen, solas (1991) y en colaboración con Janet Townsend (1987) y luego con Vivian Kinnaird (1993), han comenzado a narrar la historia, pero quedan muchos detalles. La publicación *Gender, Place and Culture* anima a las feministas que trabajan en instituciones no occidentales a publicar en sus páginas, y la International Geographic Union's Commission on Gender publica una hoja informativa muy útil de las novedades, tanto en libros como en artículos, debidas a la comunidad internacional de geógrafas feministas. *Progress in Human Geography* incluye también excelentes resúmenes anuales de las recientes investigaciones feministas en materia geográfica.

Para una idea más general de los estudios feministas, el lector puede acudir a Terry Lovell, *British Feminist Thought* (1990), Sneja Gunew, *Feminist Knowledge: Critique and Construct,* a *A Reader in Feminist Knowledge* (Senja Gunew, 1991), a Heide Safia Mirza, *Black British Feminism* (1997), o al reciente y excelente texto de Mary Evans, *An Introduction to Contemporary Feminist Thought* (1997), entre los cuales este último presenta la ventaja añadida de la brevedad. Existen dos excelentes análisis de antropología feminista, que, después de todo, se encuentra muy cerca de la geografía feminista [véanse *Antropología y feminismo,* de Henrietta Moore (1988), y *Gender at the Crossroads of Knowledge,* de Maria de Leonardo (1991)]. Finalmente, para quienes necesiten una ayuda en la comprensión de los términos hay un *Glossary of Feminist Theory,* que resulta muy práctico, editado por Sonya Andermahr *et al.* (1997), al que, cuando este libro esté en la calle, se habrá unido *A Glossary of Feminist Geography* (McDowell y Sharp, 1999).

2
Dentro y fuera de lugar: cuerpo y corporeidad

Introducción

Como apunté en el capítulo anterior, uno de los modos más útiles de introducir un poco de orden en la variedad de temas y cuestiones que absorben a las geógrafas feministas sería centrar el estudio en distintos tipos de lugares, diferenciados unos de otros por las relaciones de poder que determinan los límites que los separan. Empezaré por el más inmediato de todos: el cuerpo. Un cuerpo, aunque no todos los estudiosos de la geografía lo crean, es un lugar. Se trata del espacio en el que se localiza el individuo, y sus límites resultan más o menos impermeables respecto a los restantes cuerpos. Aunque no cabe duda de que los cuerpos son materiales y poseen ciertas características como la forma y el tamaño, de modo que, inevitablemente, ocupan un espacio físico, lo cierto es que su forma de presentarse ante los demás y de ser percibido por ellos varía según el lugar que ocupan en cada momento. Por ejemplo, los ademanes, los adornos corporales y la libertad con que ocuparíamos el espacio en un club no se parecen en nada a los que tendríamos, un domingo por la mañana, asistiendo a una conferencia. En el presente capítulo me ocuparé de estos atributos de flexibilidad, presentación y ocupación del espacio, para sostener que, contrariamente a

lo que sugieren el sentido común o la primera impresión, los cuerpos son fluidos y flexibles. Dado que esta mutabilidad se halla vinculada al lugar y la posición, muchos de los temas que abordaremos por primera vez en este capítulo volverán en otros posteriores; así pues, retomaré el tema del cuerpo en el puesto de trabajo en el capítulo 5, y durante unas vacaciones, por ejemplo, en la playa, en el capítulo 6, pero será en este primer capítulo donde establezca las bases para el estudio de las geografías del cuerpo.

El capítulo se divide en cinco partes, con las que pretendo introducir al lector en una de las investigaciones más apasionantes que se han llevado a cabo en los estudios feministas de los últimos años. Este aumento del interés por el cuerpo no sólo ha servido para desmentir muchos tópicos sobre su naturaleza, sino también para obligar a las feministas, entre otros autores y otras autoras, a revisar sus ideas sobre el cuerpo físico, la biología y la distinción entre el sexo y el género. Una diferenciación, esta última, que ha llevado a las feministas a plantearse muchas preguntas sobre el cuerpo sexuado.

Volveremos sobre ello en un momento. Las cuestiones y los temas que pretendo desarrollar en cada una de las cinco secciones son los siguientes. En primer lugar, ¿por qué interesan tanto, en la actualidad, los problemas relacionados con el cuerpo a los sociólogos? En segundo lugar, ¿conocemos cómo ocupan los cuerpos el espacio, y qué consecuencias podemos extraer de ello como científicos sociales? En tercer lugar, pretendo saber por qué se ha considerado el cuerpo como algo natural y diferenciado de la mente. Sostendré que la dicotomía mente-cuerpo ha sido un factor decisivo para la construcción de una mujer distinta e inferior al hombre. En esa misma sección defenderé también que las diferencias entre los cuerpos —de tamaño, de forma, etc.— constituyen la base de la discriminación y las desventajas sociales, de modo que su importancia para el concepto de justicia social es muy grande. En cuarto lugar, intentaré replantear la distinción mente-cuerpo, preguntándome cuál es la relación de los cuerpos con el género y hasta qué punto son variables sus

posibles distinciones. ¿Por qué tienen tanta importancia los cuerpos? ¿Son, acaso, guiones y representaciones sociales? ¿Existen teorías al respecto? Y, finalmente, como en todos los capítulos de este libro, daré a conocer algunas investigaciones geográficas sobre nuestro tema.

Las cuestiones que afectan al cuerpo no suelen considerarse relacionadas —no de un modo espontáneo— con la investigación geográfica, ya que la tradición sitúa a la disciplina en el terreno público, con total exclusión de lo privado, y el cuerpo, con sus atributos, su conducta y su sexualidad, siempre se ha tenido por un interés estrictamente privado, aunque, como demostraré aquí, los estudios feministas más recientes han demostrado que también el cuerpo es una construcción de los discursos y las actuaciones públicas que se producen a distintas escalas espaciales. El estudio del cuerpo ha transformado también la comprensión del espacio, porque ha demostrado que las divisiones espaciales —en la casa o en el puesto de trabajo, en el plano de la ciudad o del Estado-nación— reflejan y se ven reflejadas en las actuaciones y relaciones sociales de carne y hueso. Así pues, y dado que la nueva forma de estudiar el cuerpo se expande rápidamente, demostrando una gran capacidad teorética y crítica, le dedicaré aquí algo más que una mera introducción. Las lecturas de referencia que el lector encontrará al final de la obra le ayudarán a conocer con mayor detalle esos trabajos.

¿A QUÉ SE DEBE EL RÁPIDO AUMENTO EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LOS ESTUDIOS RELACIONADOS CON EL CUERPO?

Como manifiestan muchas y muy buenas introducciones al pensamiento feminista, la división espacial de la vida cotidiana, tanto en la llamada esfera pública, asociada al hombre, como en la privada, asociada a la mujer, constituyó el tema central de los análisis feministas durante muchos años (véanse, por ejemplo, Jones III *et al.,* 1997; Lovell, 1990;

Pateman y Grosz, 1987; Phillips, 1987; Massey, 1994; McDowell, 1992a; G. Rose, 1993; Women and Geography Study Group, 1984, 1997). Sin embargo, el cuerpo nunca ocupó muchas páginas. Esta indiferencia hacia el cuerpo —sus atributos físicos, sus sensaciones y sus deseos— se explica en parte porque siempre constituyó un problema para las teóricas feministas, ya que volver la mirada hacia él plantea la inquietante cuestión de las diferencias físicas entre el hombre y la mujer. Pero en los últimos años ha visto la luz una abundante literatura social sobre el cuerpo, aunque no necesariamente centrada en las diferencias de género (Butler, 1993; Bordo, 1993; Diprose y Ferrell, 1991; Falk, 1994; Featherstone *et al.,* 1991; Grosz, 1994; Jacobus *et al.,* 1990; Jagger y Bordo, 1989; Martin, 1987; Synnott, 1993; Tseelon, 1995; Turner, 1996; Young, 1990a, 1990b). Parece que, a medida que alcanzamos el final del siglo XX, el cuerpo se convierte en una de las principales preocupaciones teoréticas de las ciencias sociales y, al mismo tiempo, en objeto de escrutinio y regulación por parte de la sociedad en su conjunto.

En efecto, el cuerpo constituye un objeto de interés personal para la mayoría de la gente, y un asunto decisivo para la sociedad. A finales del siglo XX parece que el miedo y la fascinación caracterizan las actitudes más corrientes hacia el cuerpo; su cultivo —deporte, dietas, intervenciones quirúrgicas—y su exaltación conviven, por ejemplo, con el desarrollo del sida, el síndrome del siglo que ha hecho estragos en el organismo humano. Como han puesto de manifiesto los temores que despierta esa enfermedad, el cuerpo está íntimamente asociado a la sexualidad y a la conducta sexual. La prensa sensacionalista lo ha vinculado también al exceso, a las «perversiones», a la anormalidad, de modo que las cuestiones relacionadas con el cuerpo, su forma, su sentido y sus prácticas se asocian con complicados asuntos referentes a la identidad y la subjetividad, así como con actuaciones sociales que unas veces se consideran profundamente personales y otras son objeto de comentario público. Por mi parte, sostendré que tanto el cuerpo como la conducta sexual son

construcciones sociales y, por tanto, susceptibles de variación, basadas en determinadas ideas (no menos susceptibles de cambio) sobre lo que es «natural» y «normal». En otras palabras, posee una historia y una geografía.

La importancia que ha adquirido el cuerpo en la teoría social más reciente se debe, al menos en parte, a los profundos cambios materiales que se han producido a finales del siglo XX en los países industriales avanzados. El rápido cambio económico ha transformado la naturaleza misma del trabajo y el ocio, y ha situado el cuerpo en el centro del interés del individuo y la sociedad, de modo que es tanto un motor de desarrollo económico como una fuente de dolor y de placer individual. Bryan Turner afirma lo siguiente:

> La importancia que tienen el placer, el deseo, la diferencia y el juego para el consumismo de nuestra época se explica por la cultura que dejaron a su paso esos procesos que conocemos con los nombres de postindustrialismo, posfordismo y posmodernismo. La erosión de la ortodoxia puritana cristiana y la extensión del consumo de masas han destruido prácticamente el aparato moral del capitalismo burgués industrial y sus ideas éticas y religiosas contrarias al disfrute sexual (1996: 2).

Ya he sostenido en otro lugar que, con el paso de una economía industrial a otra de servicios, la corporeidad del trabajador ha dejado de ser fuerza muscular para convertirse en parte de un producto de intercambio (McDowell, 1997a). En especial, los trabajos corporales relacionados con el sector de servicios forman parte de procesos de intercambio y, como dice ingeniosamente Turner, «el cuerpo productor se ha convertido en cuerpo deseador» (1996: 2).

El físico también ha conquistado un puesto central en las actividades relacionadas con el ocio. El idealizado cuerpo deseado y deseoso del capitalismo tardío necesita cultivarse para ofrecer la imagen pulcra y aceptable que triunfa en esta época. La esbeltez y la forma física, deseos dominantes tanto en la mujer como en el hombre, no sólo se consiguen con el ejercicio, sino también con el cuidado de la salud y la elec-

ción de la dieta (pese a los recientes sustos que han dado, por ejemplo, las carnes rojas en Gran Bretaña). Un cuerpo deseable se consigue también con los avances quirúrgicos que permiten eliminar, reformar, arreglar y ocultar. En este sentido, el cuerpo se ha convertido para mucha gente en un objeto mucho más variable y maleable que antes. Puede que la manifestación más llamativa sea el cambio de sexo, porque allí la asociación entre la figura corporal y la identidad sexual se altera por completo. Naturalmente, no han faltado críticos que consideren el cuerpo la última frontera de la posmodernidad, el espacio del reto, donde aún caben las variaciones.

Todas estas cuestiones propias del siglo XX señalan el final de un largo periodo en el que el cuerpo estuvo estrechamente unido al sexo, la propiedad y la fertilidad. En el periodo feudal y durante el desarrollo del capitalismo industrial, las ideas tradicionales sobre el sexo, es decir, la pureza y la fidelidad de la mujer, eran imprescindibles para asegurar la herencia transmisora de la riqueza y la propiedad privada. Para Friedrich Engels, los orígenes de la opresión femenina debían buscarse en el control que ejerce el hombre sobre el cuerpo de la mujer en el capitalismo industrial. [Véanse los excelentes resúmenes y críticas de Evans y Redclift (1987) y Coward (1983) sobre los argumentos de Engels.] Los cambios económicos y sociales del siglo XX, entre ellos la contracepción eficaz, la legislación del divorcio, la mayor independencia económica de la mujer a raíz de su integración masiva en el mercado del trabajo asalariado, el auge de las industrias de servicios, el consumo de masas y la publicidad han cambiado la forma de vida y las ideas sobre la monogamia y las relaciones entre hombres y mujeres. Y no cabe duda de que la búsqueda de la felicidad, el hedonismo y el deseo han venido a sustituir a la fidelidad, un cambio que no todo el mundo considera positivo.

Los cambios han sido tan profundos que, en palabras del sociólogo Anthony Giddens (2000), «han transformado la vida íntima». Para muchas mujeres, dice Giddens, han resultado beneficiosos, porque las han liberado del miedo al em-

barazo y del control masculino de su propia fertilidad (aunque los tratamientos médicos contra la infertilidad continúan estando casi exclusivamente en manos de hombres). Según Giddens, en este momento es posible un nuevo contrato social entre el hombre y la mujer, basado en la expresión de las emociones y la intimidad del cuerpo, una nueva forma de sexualidad que el sociólogo denomina «sexualidad plástica», más basada en la negociación que en el poder y el enfrentamiento entre los dos miembros de la pareja. Sin embargo, quedan muchas mujeres y muchos hombres que no se benefician de los efectos de tales cambios. Cada vez son más los hombres que, no pudiendo reprimir el temor a la independencia económica y emocional de la mujer, reaccionan violentamente; en cuanto a las mujeres, la necesidad de negociar relaciones discontinuas las obliga a vivir solas durante largos periodos de tiempo. Estos datos no carecen de interés, pero en el libro de Giddens encontramos más ejemplos intelectualmente provocadores que una evaluación profunda de las pruebas empíricas de la amplitud de los cambios y de sus diferencias según la clase social, los grupos de edad o las regiones de un país, por ejemplo. Por otra parte, ignora el enorme aumento de la diferencia en la distribución de las rentas más bajas y más altas, como ocurre en el caso de aquellas mujeres para las que el final de una relación significa la pobreza. Con todo, no podemos negar que la importancia del cuerpo y la sexualidad en la cultura contemporánea de las sociedades industriales no tiene parangón histórico.

Los cambios materiales han llegado de la mano de ciertas transformaciones teóricas de la época «posmoderna». Los estudios feministas han ocupado un puesto de primer orden en la nueva forma de pensar en el cuerpo y teorizarlo a finales del siglo XX, aunque también otros teóricos, desde Freud, a finales del siglo pasado, a los postestructuralistas franceses, han hecho del análisis del cuerpo sexuado el centro de sus investigaciones. La deconstrucción de la oposición cuerpo-mente, heredada de la Ilustración, también constituye un elemento fundamental del nuevo planteamiento. Como apunta Lois McNay:

> La intención ha sido desmantelar el concepto de sujeto estable y unificado, demostrando que sus fundamentos, la racionalidad y la reflexión, se basan en la exclusión y la represión del mundo del cuerpo y de todo aquello que, por analogía, representa: el deseo, la necesidad, la materialidad, etc. La categoría «cuerpo» adquiere entonces un valor táctico, en la medida en que puede emplearse contra la ideofilia de la cultura humanista (1992: 3).

Por otro lado, como ya queda mencionado en el capítulo anterior, el cuerpo se ha convertido en el lugar privilegiado de las nuevas teorías feministas, desde el momento en que la tendencia tradicional a no reconocer la importancia de lo corporal —de ahí la eficaz distinción feminista entre sexo y género— se vio igualmente sometida a la deconstrucción ante las nuevas formas de pensar en el sujeto humano (Gatens, 1991).

Definiciones

Antes de abordar el examen del cuerpo y las cuestiones relativas al espacio convendrá repasar los términos que aparecerán en este capítulo. Aunque son muchos los autores que intercambian sin problemas el término «cuerpo» y el concepto de «corporeidad», creo que este último resulta más eficaz porque capta el sentido de la fluidez, del desarrollo y la representación, elementos decisivos de los actuales planteamientos teóricos que ponen en cuestión las relaciones entre anatomía e identidad social. En esta obra, como tendremos ocasión de comprobar, no se dará nunca por sentado el cuerpo como entidad fija y acabada, sino plástica y maleable, lo que significa que puede adoptar numerosas formas en distintos momentos, y que tienen también una geografía.

Aunque no pretendo analizar sólo la sexualidad —también aparecerán, por ejemplo, aspectos tan corporales como el peso o la salud—, me parece útil empezar por definirla. La sexualidad abarca un conjunto de deseos, identidades y conductas sexuales influidos por las ideas y las ideologías

que sancionan o regulan la actividad sexual en concreto. Por tanto, y según Michel Foucault (1992), la sexualidad se relaciona con «los placeres del cuerpo». Nadie ignora en la actualidad que se trata mucho más de un asunto de costumbres y conductas que de un instinto «natural», y ya se ha dicho que en materia de sexualidad humana el órgano más importante se encuentra situado entre las dos orejas. Así pues, la conducta sexual está histórica y socialmente definida y tiene lugar en un ámbito de relaciones sociales, entre las cuales, las más comunes dentro del mundo heterosexual son la definición y el control de la sexualidad femenina por parte del hombre. No pretendo negar con esto la existencia de relaciones de poder entre las personas del mismo sexo, ni tampoco las numerosas formas de dominio que, en determinadas circunstancias, pueden ejercer las mujeres, tomadas individualmente, sobre los hombres. La eficacia de esta definición de sexualidad se debe, por ejemplo, a que los estudios más recientes sobre la discriminación de género en el puesto de trabajo han demostrado que las propias empresas están llenas de atributos de deseo y placer, y que en ellas se construye cierto tipo de cuerpo —por lo general, aunque no sólo, femenino— como una entidad fundamentalmente sexual y, por tanto, fuera de lugar en el trabajo. Veamos ahora en qué consiste la problemática de los cuerpos que están dentro o fuera de lugar.

El cuerpo en el espacio-El cuerpo como lugar

Por el momento, abordaremos en este segundo párrafo lo que podríamos llamar el cuerpo occidental, es decir, el de los habitantes de las sociedades industriales contemporáneas. Como es lógico, las ideas y las actitudes hacia el cuerpo varían enormemente de una sociedad a otra, y no nos faltará ocasión de comprobarlo antes de acabar el capítulo. Comenzaremos con las palabras de la geógrafa Neil Smith, tomadas de su obra sobre la escala que ya he mencionado en el capí-

tulo 1. Smith describe cómo sigue el cuerpo a escala (recuérdese su definición del concepto de escala como frontera entre lugares de distinto tipo):

> El primer lugar físico de la identidad personal, la escala del cuerpo, es una construcción social. El lugar del cuerpo establece la frontera entre el yo y el otro, tanto en el sentido social como en el físico, e implica la creación de un «espacio personal» que se añade al espacio literalmente fisiológico. El cuerpo es también un «lugar cultural con significados de género», según Judith Butler [...] Como se sabe, Simone de Beauvoir sostuvo que la cultura masculina identifica a la mujer con la esfera del cuerpo y reserva al hombre el privilegio de la identidad no corporal. Naturalmente, el género no es la única diferencia social que se crea a partir de la identidad del cuerpo. Young ha defendido que la «escala de los cuerpos», como ella lo llama, utiliza no sólo el sexo, sino de una enorme variedad de diferencias corporales —la raza es la más evidente, pero también la edad o las dotes personales— para justificar la opresión social y el «imperialismo cultural» (Smith, 1993: 102).

Así pues, como reconoce Smith, la situación de los cuerpos en el espacio suscita numerosas preguntas. Empezaremos ahora precisamente por esa localización espacial. Obsérvese que Smith hace referencia a Judith Butler, Simone de Beauvoir e Iris Marion Young, tres teóricas del feminismo cuyas ideas examinaremos en éste y en el último párrafo. Pero vayamos en primer lugar a los cuerpos situados en el espacio. La ergonomía —probablemente la única disciplina que se ocupa en exclusiva de los cuerpos en el espacio— no sólo estudia el diseño y la forma de la maquinaria y el mobiliario que se adaptan al cuerpo humano «estándar» (o precisamente no «estándar»), sino también cómo se adapta ese cuerpo a ciertos espacios. Esta última parte, conocida con el nombre de proxemia, estudia la proximidad entre extraños en los lugares públicos o semipúblicos; aborda, por ejemplo, la investigación de los factores relativos a las aglo-

meraciones en el transporte público (en el metropolitano de Londres y Tokio, por ejemplo, se añade un «factor de aglomeración» a los cálculos sobre la cantidad de pasajeros que pueden «apretarse» en los vagones a una hora punta), a la elección de dónde sentarse o permanecer de pie en un espacio público como una librería o un medio de transporte e incluso en el que ocupa la fila de un cine (al parecer, el público de las películas eróticas se junta más en la fila que el de los otros tipos de películas). Los científicos sociales —en especial psicólogos, sociólogos y antropólogos— también se interesan por los cuerpos en el espacio, pero enfocan el problema desde el punto de vista de la clase, el estatus, la etnicidad, la sexualidad, la aceptación y la exclusión por parte del grupo, y no suelen plantearse cuestiones prácticas sobre las multitudes y los factores de aglomeración.

«Hexis»

La obra del antropólogo francés Pierre Bourdieu ha contribuido a desarrollar la comprensión del significado social de los cuerpos y su emplazamiento físico en el espacio. Bourdieu estudió las distinciones de clase que se manifiestan en las posturas, los gestos, la expresión facial y la voz, cuyos efectos resumió en el concepto de *hexis,* término que describe la relación entre el mundo social y su inscripción en los cuerpos. *Hexis* se refiere también a cómo conviven con su cuerpo los individuos y los grupos, cómo se lo presentan a los demás y cómo lo mueven o le encuentran un espacio. Bourdieu sostiene que «las distinciones sociales se hallan insertas en los gestos aparentemente más automáticos o en las técnicas aparentemente más insignificantes del cuerpo: la forma de andar o de sonarse la nariz, el modo de comer o de hablar» (1991). Como él mismo afirma:

> La relación que establecemos con el mundo social o con el lugar apropiado para nosotros nunca se expresa con mayor claridad que en aquel espacio y aquel tiempo

> que nos creemos autorizados a tomar de los demás; más concretamente, en el espacio que reivindicamos con nuestro cuerpo, a través de unos gestos de seguridad o de reserva, expansivos o reprimidos («presencia» o «insignificancia») (1991).

Como saben muchas mujeres, en especial las que han volado hace poco en clase turista, sentadas al lado de algún hombre, éste se muestra autorizado a ocupar la mayor porción de espacio posible. En palabras de Bourdieu, los hombres son la presencia en el espacio, mientras que las mujeres son la insignificancia.

Bourdieu afirma también que el cuerpo puede teorizarse como un recuerdo que no resulta fácil eliminar con el pensamiento o la acción consciente, y comenta:

> No existe mejor imagen de la lógica de la socialización, para la cual el cuerpo es una especie de resorte capaz de «poner en marcha» los recuerdos, que el conjunto de gestos, posturas y palabras —desde las simples interjecciones a los «latiguillos» favoritos— que inmediatamente, como si fueran un atrezo teatral, despiertan, gracias al poder evocador de una némesis corporal, un universo de sentimientos y experiencias familiares. Los actos elementales de la gimnasia corporal, sobre todo en su aspecto específicamente sexual y biológicamente preconstruido, están cargados de valores y significados sociales que funcionan como una sencilla metáfora capaz de evocar un universo de relaciones con el mundo y, a través de él, un mundo entero (1991).

Como vemos, el cuerpo sexuado es para Bourdieu un objeto «natural» y «biológicamente preconstruido», un argumento que las feministas y, más tarde, los teóricos postestructuralistas del cuerpo se han tomado el trabajo de deconstruir. Antes de volver sobre los argumentos de estos últimos sigamos con la cuestión de los cuerpos, es decir, de sus gestos, palabras, vestidos, cabello y adornos, y con su puesto en el espacio, cambiando el enfoque de Bourdieu en la clase por una mirada a las diferencias de género.

La política del cuerpo

La construcción de unos gestos, un estilo y una presentación del cuerpo ha constituido siempre una de las principales preocupaciones de la política feminista. El movimiento de liberación de la mujer, vinculado a la segunda época de la teorización feminista, apareció en Occidente a finales de los sesenta, al mismo tiempo que el movimiento estudiantil contra la guerra, el racismo y el consumismo, y que los movimientos obreros, y compartió ciertos temas y ciertas estrategias con todos ellos. Desde el principio, el derecho de la mujer a disponer de su propio cuerpo, abortar y emplear anticonceptivos, entre otras cosas, se convirtió en una de las principales reivindicaciones. Es probable que a muchos lectores les cueste imaginar el clima reinante en Gran Bretaña durante los años cincuenta y los primeros sesenta, cuando el acceso a una receta de anticonceptivos era imposible para una mujer soltera (recuerdo mi temor a que no me enviaran en un discreto sobre marrón la publicación del *Sunday Times,* «Vivir con la píldora», que solicité a finales de los sesenta, cuando aún no había acabado mis estudios) y el aborto era todavía ilegal (se legalizó en 1967). Hubo también una fuerte crítica a la medicación de los «trastornos femeninos», que se canalizó a través de una red de movimientos de autoayuda apoyada en la publicación del manual *Our Bodies Ourselves,* del Boston Women's Health Collective, cuya edición británica de 1976 contribuyó al desarrollo de las llamadas *Well Women clinics* en muchas ciudades.

Se produjo igualmente un movimiento de oposición a la modificación y «normalización» del cuerpo femenino con las dietas, el maquillaje y los concursos de belleza. Una de las primeras acciones en Estados Unidos fue la manifestación de agosto de 1968, bajo el lema «No más miss América». En aquellos primeros años, Andrea Dworkin, activista y escritora, redactó unas apasionadas páginas sobre la construcción de la mujer como artificio y la pérdida de su liber-

tad física desde la niñez. Más recientemente, Naomi Wolf (1991) ha recuperado estos temas, si bien con una actitud más positiva hacia el concepto de «artificio». Oigamos las palabras de Dworkin:

> Los modelos de belleza expresan con toda precisión las relaciones de un individuo con su propio cuerpo, porque describen su movilidad, sus posturas, su espontaneidad, sus andares y, en general, los usos que puede darle, y definen concretamente las dimensiones de su libertad física. Y, naturalmente, existe un auténtico cordón umbilical entre la libertad física, el desarrollo fisiológico, las posibilidades intelectuales y la capacidad creativa.
>
> En nuestra cultura no ha quedado sin tocar o alterar una sola parte del cuerpo femenino [...] De los pies a la cabeza, todas las facciones del rostro de una mujer, todas las zonas de su cuerpo están sometidas a modificaciones, en un proceso continuo, repetitivo y vital para la economía, que es la esencia de la diferenciación hombre-mujer, la realidad física y psicológica más inmediata del ser mujer. Desde que cumple los once o los doce años hasta que muere, una mujer invierte una gran parte de su tiempo, su dinero y sus energías en ceñirse, pintarse, depilarse y desodorizarse. Suele decirse, equivocadamente, que los travestidos crean con sus maquillajes una caricatura de la mujer, cuando en realidad cualquiera que conozca el espíritu romántico sabe que esos hombres han penetrado en el núcleo mismo de lo que significa ser mujer: una construcción romántica (1974: 113-14).

En aquellos primeros años, el placer físico se convirtió en un asunto de interés político, y las mujeres enarbolaron la bandera de una libertad sexual que el acceso a la contracepción hacía posible. No obstante, muchas feministas activas en el movimiento de los sesenta llegaron después a la conclusión de que el «amor libre» de la época fomentó en el hombre el deseo sexual sin compromiso (Rowbotham, 1989; Greer, 1997). En cualquier caso, supuso un enorme reto a la hipocresía sexual de la década de los cincuenta y las anteriores, y la libertad permitió a la mujer explorar una enorme va-

riedad de imágenes corporales y deseos sexuales. En tiempos más recientes, las feministas han comenzado a recuperar la moda y el artificio, que prefieren a la modificación del cuerpo, y a ensalzar la imagen, el estilo y la forma física.

A propósito de estas cosas, no hay acuerdo sobre si las intervenciones para alterar y arreglar el cuerpo constituyen una elección libre. Susan Bordo, por ejemplo, se declara en manifiesto desacuerdo con un artículo de *Hypatia,* una publicación feminista norteamericana, donde se defiende la cirugía estética aduciendo que *«por encima de cualquier otra consideración* [...] significa llevar las riendas de nuestra propia vida» (Davis, 1991: 23, citado por Bordo, 1993: 20, la cursiva es suya). Bordo lo considera irresponsable cuando, por poner un ejemplo, ni siquiera se conocen bien los riesgos de la silicona en los implantes de mama, por no hablar del peligro inherente al acto de adecuarse a la imagen de una belleza femenina que corresponde a una clase y una raza determinadas.

La mujer y la naturaleza-la mujer como naturaleza

Ya hemos visto en la cita de Smith (1993) que Simone de Beauvoir sostenía que nuestra cultura restringe el universo femenino al cuerpo, en tanto que considera mental e incorpóreo al hombre. Como dije en el capítulo anterior, la aplicación de categorías binarias a los atributos sociales de feminidad y masculinidad es un aspecto fundamental del pensamiento ilustrado, para el que los atributos biológicos de la mujer, en especial la menstruación, la lactancia y la crianza de los hijos constituyen el origen supuestamente evidente de su diferencia y su inferioridad respecto al hombre. La aparente naturalidad de esas actividades hace muy difícil la liberación de una mujer atrapada en su propio cuerpo. En efecto, el cuerpo ha resultado enormemente problemático para la teoría feminista porque la diferencia entre el físico del hombre y el de la mujer parece un hecho patente y «natural». La

decisión original de la teoría feminista de separar el sexo del género —aparentemente natural e inmutable el primero, construido socialmente y, por tanto, susceptible de cambio, el segundo— dio origen a un problema, como ha reconocido Sheila Rowbotham: «Para un antifeminista resulta muy fácil determinar a una mujer por su anatomía, precisamente porque las feministas se empeñan en ignorarla por completo» (1973: 11). Los conflictos no han disminuido ni siquiera ahora que la distinción sexo-género se ve amenazada por nuevas formas de entender el cuerpo. Henrietta Moore no ha sido la única en reaccionar contra el trabajo teórico de las feministas en este terreno: «¿De veras se basan nuestras semejanzas en nuestros cuerpos? Debo confesar que sólo con pensar en la pregunta tengo que hacer un serio esfuerzo para que no me rechinen los dientes» (1994: 17).

La pregunta, no obstante, sigue en pie: ¿significa algo el cuerpo? ¿Tiene algo que ver con los fundamentos del poder y la dominación del hombre sobre la mujer? Como han visto los antropólogos, en distintas sociedades y épocas la distinción biológica aparentemente natural entre el hombre y la mujer se ha construido a partir de una diferencia de valor o calidad social. Se consideraba a las mujeres más cercanas a la Naturaleza, irracionales e impuras, sagradas pero inferiores, a causa de la menstruación y de su capacidad para criar hijos. Los hombres, por su parte, representaban la civilización, la racionalidad superior, la mente frente al cuerpo femenino, lo regular y, por supuesto, lo incorpóreo. Tan absoluta ha sido la asociación de la «Mujer» con el mundo natural que las representaciones simbólicas de la Naturaleza y la Tierra han sido casi siempre hembras.

En su espléndido libro *The Death of Nature* (1980), Carolyn Merchant ha trazado la senda histórica de esta relación en los mitos y las leyendas, el arte, los textos científicos y otras formas de representación dentro de un extenso abanico de sociedades. En los mitos de los indios Hopi, por ejemplo, la tierra se considera una mujer a la que hay que cuidar como un tesoro y proteger de la violación, pero también en la poesía pastoril inglesa de los siglos XVIII y XIX se la representa

como una hembra llena de dones. A esta imagen se corresponde otra absolutamente inversa, que abunda en la misma asociación: la de una Naturaleza con garras y colmillos y una mujer amenazadora, por ejemplo, en la figura de bruja. La adopción de la imagen de la madre tierra por parte de algunos grupos ecologistas es sólo un ejemplo más, en este caso, reciente. Los geógrafos no han resultado más inmunes a esta tendencia y, ni cortos ni perezosos, han utilizado cubiertas e ilustraciones con colinas y valles que recuerdan el cuerpo desnudo de una mujer [véase, por ejemplo, el frontispicio al libro de Porteous *Landscapes of the Mind* (1990)]. Como desafío a estas asociaciones estereotipadas de la feminidad con la Naturaleza, la fotógrafa Diane Baylis representa el paisaje como un cuerpo de hombre (véase Nash, 1996b).

La asociación de la mujer con la Naturaleza, o la representación de esta última en forma de mujer, se halla tan extendida que, según la antropóloga Sherry Ortner (1974), la división del mundo en naturaleza y cultura y la asignación de cada una de ellas a la mujer y al hombre, respectivamente, podría ser la base de la distinción intercultural o universal de los dos sexos. Pese a la extraordinaria diversidad de las concepciones culturales y las simbolizaciones de la mujer y la feminidad, el puesto secundario de las mujeres ha sido, en efecto, un hecho universal. Buscando una explicación, Ortner afirma que la mujer debe estar forzosamente asociada a algo que todas las culturas menosprecian, y según su opinión: «Sólo existe una cosa que encaja en la descripción: "la Naturaleza", en el sentido más general del término» (Ortner, 1974: 72). Puesto que el hombre se identifica simbólicamente con la cultura, que es un intento de dominar y trascender la Naturaleza, la mujer, por su cercanía a esta última, deberá ser igualmente dominada. Conviene aclarar enseguida que Ortner no afirma que la mujer sea «natural» o que pertenezca al mundo de la Naturaleza, sino que esa asociación se produce en un elevado número de sociedades. Pese a las críticas que ha recibido el universalismo de sus planteamientos y el hecho de que dé por sentada la división binaria entre hom-

bres y mujeres, su trabajo resulta extremadamente útil para analizar la construcción social del género, que, como ella se ocupa de subrayar, es un concepto socialmente elaborado y mantenido, que presenta una enorme diversidad.

Sin embargo, los últimos trabajos antropológicos han cuestionado la aparente universalidad de la distinción binaria hombre-mujer. Olivia Harris (1980), por ejemplo, descubrió que los indios del altiplano de Bolivia relacionan a los individuos con la Naturaleza, y a las parejas casadas, con la cultura. Diez años después, Anna Meigs (1990), basándose en sus investigaciones del altiplano oriental de Papúa-Nueva Guinea, sostuvo que los individuos no estaban clasificados sólo por su sexo anatómico, sino también por las distintas cantidades de ciertas sustancias masculinas o femeninas que aparecían en su cuerpo, que podían ser alteradas o transferidas mediante la comida o el contacto casual. En efecto, Thomas Lacquer afirma que la actual división binaria en «dos sexos» no predominó en las sociedades occidentales hasta el siglo XVIII; basándose en el estudio de los textos médicos conservados a partir de los griegos, llegó a la conclusión de que el concepto de «un solo sexo» era completamente común. Dentro de una «economía corporal genérica de fluidos y órganos» (Lacquer, 1990: 35-6), las mujeres sólo se distinguían de los hombres por su versión algo menos desarrollada de unos órganos idénticos. El concepto moderno de los «dos sexos» apareció en Occidente de la mano de otros cambios sociales y culturales, especialmente de los relacionados con el yo y el progresivo distanciamiento entre la vida doméstica y la vida social.

En Occidente, al contrario que en otras partes, la asociación del sexo a los genitales impide definir al hombre como mujer y viceversa (salvo en el caso de los transexuales). Por ejemplo, en ciertas sociedades africanas, una persona con genitales femeninos puede ocupar el puesto de «marido», lo cual es imposible en Gran Bretaña (Amadiume, 1987), y se encuentra el ejemplo contrario en algunos pueblos nativos de América. Dado que la identidad se crea tanto a partir del cuerpo como de los valores espirituales, un «hombre» —un

poseedor de genitales masculinos— puede ser identificado como mitad hombre y mitad mujer (Williams, 1986).

Muchas antropólogas han notado que durante el trabajo de campo su prestigio interfiere en el género que se le atribuye (véase Okely y Callaway, 1992). Deborah Gewertz, por ejemplo, descubrió, durante su investigación de las diferencias de género, la corporeidad y la identidad en Tchambuli, que su participación en reuniones con hombres hacía pensar a sus entrevistados que «quizá no era una mujer, sino una extraña criatura a la que le crecían genitales masculinos cuando se ponía pantalones» (Gewertz, 1984: 618). Y, como ha observado Linda Nicholson, las mujeres que trabajan en el ámbito académico representan un reto para algunos tópicos sobre la feminidad y el cuerpo femenino: «Seres cuyos genitales son completamente femeninos, pero cuya formación política y cuya presencia en una institución tan masculina hasta ahora como la académica podría indicar una cierta socialización masculina» (Nicholson, 1995: 57).

El desarrollo de una antropología expresamente feminista en las dos últimas décadas también ha contribuido a desmentir la idea supuestamente indiscutible en «Occidente» de que el yo y el cuerpo son cosas congruentes, fijas y limitadas. Como dice Henrietta Moore, los estudios antropológicos de los conceptos de algunos pueblos indígenas sobre el yo y la identidad «ponen en cuestión nuestra idea de la persona como una entidad bien delimitada y dotada de una esencia fija, y lo mismo puede decirse de nuestra pretensión de que el cuerpo es siempre la fuente y el lugar de la identidad» (1994: 36).

Creo que el predominio absoluto en Occidente de la idea del yo racional y limitado nos impide comprender bien estos argumentos, pero seguramente podremos entender que los cuerpos son superficies que la fuerza de los hábitos sociales puede distinguir, transformar y presentar ante determinados públicos como cosas distintas. En el siguiente párrafo examinaré ambos conceptos —el cuerpo como superficie inscrita y las representaciones corporales—, puesto que se trata de dos temas fundamentales de las recientes teorías feminis-

tas, pero antes me gustaría concluir éste recuperando por un momento el debate sobre la posibilidad de que la asociación con el cuerpo o el confinamiento al mismo y a su fisicidad esté en el origen de la desigualdad y la opresión de ciertos grupos, en particular del que forman las mujeres, pero también de un conjunto muy variado de colectivos sociales.

La escala del cuerpo y el imperialismo cultural

El concepto de «escala del cuerpo» —es decir, la distinción del valor social en función de las diferencias corporales— se debe a la politóloga feminista Iris Marion Young, que escribía en *Justice and the Politics of Difference:* «La situación de una mujer cualquiera dentro de un determinado conjunto de circunstancias sociohistóricas, independientemente de las variables individuales en materia de experiencia, oportunidades y posibilidades, responde a una unidad susceptible de descripción y comprensión» (1990b: 142). Tal unidad, añade, se basa en su cuerpo de mujer. En este libro, que representa una profunda crítica a las teorías liberales de la justicia social (volveremos sobre él, con más detalle, en el capítulo 7), Young subraya lo que denomina el mecanismo del «imperialismo cultural», creador de los grupos dominantes y los grupos dominados. Las diferencias corporales tienen una enorme importancia a la hora de decretar una situación de inferioridad, ya que los grupos dominados no tienen otro modo de definición que su cuerpo, que se convierte para ellos en una prisión no deseada, mientras que los grupos dominantes ocupan un puesto neutral, universal e incorpóreo, que es siempre, por defecto, blanco y masculino. Las mujeres, atrapadas en su cuerpo y marcadas por gestos inapropiados, se definen como lo «otro». El confinamiento se completa con la construcción de un cuerpo femenino idealizado (por lo general, joven, blanco y esbelto) imposible de conseguir para la mayor parte de las mujeres. Como explica Young: «Aunque es cierto que existe un espacio cultural reservado a reverenciar a la mujer hermosa y de-

seable, la otra cara de esa especie de camafeo hace de la mayoría de las mujeres un cuerpo feo, gris, repulsivo e incluso horroroso» (pág. 123).

Tseelon ha ampliado el razonamiento mediante cinco paradojas que construyen la corporeidad femenina y aprisionan y penalizan a las mujeres; a saber, la paradoja de la modestia: la mujer se construye como seducción, pero la seducción se castiga; la paradoja de la duplicidad: la mujer es un artificio, pero la falta de consistencia y autenticidad conduce a la marginación; la paradoja de la visibilidad: la mujer es un espectáculo, pero es invisible desde el punto de vista cultural; la paradoja de la belleza: la mujer es hermosa, pero al mismo tiempo es fea; y, finalmente, la paradoja de la muerte: la mujer es la muerte, pero al mismo tiempo es la defensa contra ella (1995: 5-6). Mediante el imperialismo cultural se construye a la mujer como un cuerpo inadaptado al espacio racional de la mente, especialmente en los puestos de trabajo relacionados con la burocracia o en los ámbitos académicos, científicos y de alta tecnología. En mis estudios del mercado de trabajo, yo misma he intentado demostrar que las mujeres, atrapadas en su cuerpo, se definen a sí mismas como «lo otro» en aquellos puestos de trabajo donde los atributos incorpóreos (léase masculinos) del intelecto racional se valoran de modo especial (McDowell, 1997a). Doreen Massey (1995) emprendió una labor parecida en los laboratorios de alta tecnología del parque científico de Cambridge. En el capítulo 5 volveré sobre los problemas del género y la corporeidad en el trabajo.

La crítica a la dicotomía mente-cuerpo: el cuerpo como superficie y representación

Michel Foucault, el historiador francés de las ideas, muerto a mediados de los años ochenta, ha sido el teórico social más influyente de los que trataron el cuerpo y la sexualidad después de la Segunda Guerra Mundial. La obra ha llegado a ser muy conocida entre los geógrafos, dado que la

construcción social del espacio y el tiempo constituyó su interés principal. En los tres volúmenes de su influyente estudio sobre la historia de la sexualidad en la Europa posterior a la Ilustración, Foucault (1987, 1992, 1993) critica la separación de la mente y el cuerpo, propia del racionalismo laico cartesiano, y niega la idea ilustrada del cuerpo como realidad anterior a su inclusión en el marco de las relaciones sociales. A través de un detallado análisis histórico, muestra que la conducta moral, las estructuras jurídicas e institucionales y las actitudes personales e interpersonales producen las formas de corporeidad sexuada que regulan. Es decir, en pocas palabras, Foucault sostiene que no existe el cuerpo «natural», y que incluso sus atributos biológicos se crean a través del discurso científico y otros discursos sociales.

Foucault sostiene que no hay nada de «natural» o de «normal» en los placeres del cuerpo y las costumbres sexuales. Al contrario que la mayoría de las historias de la sexualidad, que generalmente afirman el carácter secreto y silencioso de tales costumbres, él manifiesta que en cada periodo histórico se produce un acuerdo sobre lo que es «normal», sobre cuáles son las costumbres sexuales que se permiten y cuáles, por considerarse transgresoras y ofensivas para las normas de la «decencia», las que se prohiben; denomina régimen discursivo al cuerpo de ideas sobre la sexualidad que predomina en cada momento, y vincula los diferentes regímenes discursivos al desarrollo de las relaciones sociales del capitalismo y a la creación de las sociedades modernas.

El capitalismo moderno introdujo nuevas formas de regulación social para ejercer el control sobre una población recientemente urbanizada. Según Foucault, con la aparición de lo que él llama sociedades disciplinarias, la regulación se basó en el control social del cuerpo a través de nuevos mecanismos de vigilancia. En *Vigilar y castigar* (1994) sostiene que en la época moderna el poder no se impone desde lo alto con prohibiciones, sino como una fuerza que opera desde abajo, y lo denomina biopoder, para significar la importancia del control corporal. No se trataría tanto de unos ciudadanos sojuzgados por la imposición de un poder que llega

desde las instituciones estatales como de una sutil red de relaciones capilares o a microescala, capaces de vincular los objetos, los acontecimientos y los distintos niveles de la sociedad a través de relaciones positivas que producen, por ejemplo, un aumento de la salud y la calidad de vida. Así pues, la regulación de la sexualidad no procede sólo del control estatal, sino de lo que él denomina la autovigilancia de la conducta personal. Según la memorable observación de Ángela Carter, hasta en el dormitorio, donde creemos practicar la más privada y la más «natural» de las actividades humanas, llevamos incorporado «el bagaje de nuestra sociedad», que influye en quién hace qué, y dónde y cómo lo hace.

Según Foucault, la regulación del cuerpo y la sexualidad es un aspecto fundamental de las sociedades modernas, en las que el biopoder actúa controlando la sexualidad de las mujeres y los niños, regulando la procreación e identificando las perversiones sexuales con problemas propios de una patología individual. La larga historia de la política sexual del siglo XX constituye un intento de destruir tanto el poder de esos discursos dominantes como los tópicos sobre lo que se considera «normal».

Dejando aparte la regulación de la sexualidad y volviendo al cuerpo *per se,* Foucault afirma que se trata de una superficie inscrita a través de las costumbres sociales, sobre la que se actúa en los escenarios institucionales que crea el discurso. El resultado es una conducta establecida que normaliza y disciplina los cuerpos, y facilita la reproducción social. Ese acto disciplinario tiene lugar en un amplio número de escenarios, entre otros la casa, la escuela y el puesto de trabajo. Aunque Foucault se interesó de modo especial en cierto tipo de instituciones, tales como prisiones y manicomios, donde encontraba individuos criminales o «anormales», observó que la utilización económica del cuerpo supone tanto relaciones de poder como de sometimiento:

> Nunca se inserta el cuerpo en un sistema de relaciones de poder y dominación como cuando se le considera

> una fuerza productiva; mas, por otro lado, sólo puede convertirse en mano de obra si se integra en un sistema de sometimiento; así pues, sólo se convierte en energía útil cuando es al mismo tiempo un cuerpo productivo y sojuzgado (Foucault, 1994).

El equilibrio de estas fuerzas y su regulación pueden variar del hombre a la mujer, pero Foucault no trata las diferencias específicamente sexuadas en la producción de cuerpos masculinos y femeninos. Desde el ámbito de la geografía se ha comenzado a investigar de qué modo produce el biopoder esos cuerpos dóciles y adaptados a diferentes lugares y emplazamientos. Philo, por ejemplo, que comparte el interés de Foucault por lo «anormal», ha realizado un estudio de los manicomios decimonónicos (Philo, 1989; y véase Philo y Parr, 1995), y las geógrafas interesadas en la producción de cuerpos «dóciles» en el puesto de trabajo han seguido también las huellas del pensador francés, como tendremos oportunidad de cfomprobar más adelante.

El cuerpo como superficie

Si para las estudiosas feministas ha sido fructífero el concepto foucaultiano del cuerpo como mapa, como superficie susceptible de inscripción social, la analogía geográfica ha resultado no menos estimulante para las geógrafas. No obstante, para Elizabeth Grosz (1990) el concepto plantea preguntas de mayor calado, porque no logramos saber cómo se inscriben los mensajes en esa superficie en blanco, ni mucho menos cómo oponernos a ellos. Foucault sugiere la existencia de cuerpos y placeres al margen del discurso analítico o discurso de poder, pero no especifica cuáles son ni dónde tienen su origen. Pese a estas carencias, Grosz defiende la utilidad de la metáfora del cuerpo inscrito para las feministas interesadas en contar la historia del cuerpo femenino y descubrir los mecanismos que emplea el patriarcado, sirviéndose del pensamiento y las instituciones, para neutrali-

zarlo. Según Grosz, las feministas reconocen que el biopoder no siempre se percibe como un hecho negativo. Por un lado, el cuerpo se inscribe mediante prácticas violentas y represivas que lo hacen dócil y productivo; por otro, está marcado por un conjunto de «costumbres voluntarias, hábitos y estilos de vida que distinguen el cuerpo masculino del femenino; el maquillaje, los tacones, los sostenes, la laca, el vestido y la ropa interior distinguen a la mujer de igual modo que el peinado, la formación profesional, el traje formal, la postura, el paso, el culturismo y el deporte distinguen al hombre» (Grosz, 1994: 142).

Comprobamos, pues, los paralelismos con la obra de Bourdieu y Foucault, y los lazos con el análisis y las campañas políticas de las feministas que he mencionado en este mismo capítulo. Con todo, si algo distingue a Grosz de autoras feministas como Dworkin, por ejemplo, es su interés por la inscripción no sólo del cuerpo de la mujer, sino también del cuerpo del hombre. Las feministas reconocen ya que también el cuerpo masculino se encuentra sometido al poder disciplinario y a sus regímenes de producción, si bien en distintos grados y formas. Como observa Grosz, las mujeres «no son ni más culturales ni más naturales que los hombres, porque el poder patriarcal no reserva para ellas su control disciplinario, dejando a los hombres al margen; no es una cuestión de más o menos, sino de producción diferencial» (1994: 144). Por otro lado, unas y otros son capaces de resistirse a ese poder o de plegarse a él, de aceptar de buen grado la inscripción de su cuerpo o de subvertir el discurso dominante.

El cuerpo como superficie susceptible de decoración no es, sin duda, nada nuevo. Por el contrario, posee una larga historia, en la que los ejemplos más evidentes serían el tatuaje y las perforaciones, que, como actos decorativos y transgresores al mismo tiempo, aparecen continuamente a lo largo del tiempo y el espacio, desde los pueblos primitivos hasta los actuales *punks* (Maffesoli, 1990).

En su obra más reciente, Grosz intenta teorizar sobre la posible multiplicidad de los cuerpos femeninos, para anali-

zar aquellas formas que se apartan del cuerpo maternal, y con ello se opone a los trabajos de las primeras teóricas feministas radicales, empeñadas en localizar en esta variante las diferencias de género. Grosz, como Foucault, cree que el cuerpo es una superficie que hay que inscribir, pero, yendo más lejos, lo considera una producción cultural, carente de una existencia previa, como una porción de carne, por así decirlo, inerte. Con sus propias palabras:

> El cuerpo o mejor los cuerpos, no pueden entenderse como objetos ahistóricos, naturales o preculturales, porque no sólo están inscritos, marcados y grabados por las presiones culturales externas, sino que son en sí mismos el producto y el efecto directo de la propia constitución social de la Naturaleza. No se trata de que adopten representaciones adecuadas a los imperativos históricos, sociales o culturales, conservando al mismo tiempo su esencia, sino de que todos esos factores *producen* un determinado tipo de cuerpo (1994: X, la cursiva es mía).

Grosz afirma que «las representaciones y las inscripciones culturales constituyen los cuerpos de un modo prácticamente literal y contribuyen a producirlos como tales». Los cuerpos se distinguen de otros objetos «por ser centros de perspectiva, de reflexión, de deseo y de actuación [...] No son inertes; funcionan interactiva y productivamente, y, mediante un proceso de acción y reacción, generan lo nuevo, lo sorprendente, lo imprevisible» (1994: X-XI).

Aun así, seguimos sin saber cómo se producen las diferencias de sexo, aunque en este punto la propia Grosz plantea un conjunto de cuestiones interrelacionadas que pueden brindarnos alguna ayuda, cuando se pregunta:

> ¿Son acaso las formas sexuales que conocemos la resultante de inscribir unos cuerpos sexualmente neutros, indeterminados o hermafroditas? ¿Por el contrario, los cuerpos, todos los cuerpos, poseen una dimensión sexual específica (de mujer, de hombre o de hermafrodita) que se inscribe física y culturalmente conforme a su morfolo-

> gía? En otras palabras, ¿existe una diferencia sexual primaria y una inscripción cultural que subraya o reescribe la distinción ontológica previa? O bien, ¿es toda diferenciación sexual el producto de varias formas de cuerpos culturalmente específicos? ¿Es la diferenciación sexual producto de unas inscripciones, o implica la diferencia sexual un modo de inscripción diferencial? (1994: 189).

Creo que las respuestas a tales preguntas requieren un examen exhaustivo de las complejas relaciones entre los cuerpos y sus distintas inscripciones a lo largo del tiempo y el espacio, mediante geografías comparativas de la corporeidad, aunque la materialidad del cuerpo y la distinción sexual binaria en la mayor parte de las sociedades parecen hechos evidentes. Grosz sostiene: «La bifurcación de los cuerpos sexuados es, a mi modo de ver, un hecho universal irreductible en todas las culturas» (1994: 160). (No olvidemos, sin embargo, que Lacquer no admite su aceptación en Occidente hasta el siglo XVIII, y que el conocimiento que aporta la antropología sobre ciertas sociedades actuales arroja muchas dudas al respecto.) Incluso aceptando la bifurcación, queda aún un terreno de estudio infinitamente amplio sobre el cuerpo y las formas, procesos y actividades que adopta y desarrolla. Todo aquello que resulta posible o está permitido en algunas culturas en determinadas épocas, puede resultar imposible o estar prohibido en otros tiempos y otros lugares. Butler, por ejemplo, a cuyo trabajo volveremos enseguida, acepta con Grosz la irreductible materialidad del cuerpo, pero no está tan segura de la preexistencia o universalidad de la bifurcación sexual. Como veremos más adelante, Butler afirma que la distinción binaria es producto de actuaciones sociales.

El cuerpo como representación

Las teorías sobre la naturaleza fluida y cambiante del cuerpo y del yo han llevado al convencimiento de que las características físicas del cuerpo y de su representación de género no son necesariamente coherentes. Aunque ya desde

los años sesenta, a partir de la obra Goffman, se impuso como norma general que la conducta social consiste en un conjunto de representaciones espacialmente variables, desde los noventa la compleja obra teórica de feministas como Judith Butler ha ejercido una enorme influencia. El concepto central de la obra de Butler es «el género performativo». Según esta autora, en las sociedades contemporáneas las identidades de género son representaciones *(performances),* consistentes en la «repetición estilizada de unos determinados actos» (1990a: 140) dentro de un régimen de heterosexualidad impuesta. (Recuérdese lo dicho sobre los regímenes de género en el capítulo 1.) Butler sostiene que lo que aceptamos como «un hecho natural» sobre nuestra identidad de género prácticamente no existe; por tanto, deberíamos tratar de destruirla mediante actos transgresores capaces de desenmascarar «esa ficción reguladora que es la coherencia heterosexual» (1990b: 338).

Butler sostiene que en las sociedades industriales avanzadas existe un régimen epistémico de heterosexualidad impuesta que produce y reifica esa división de género —las creaciones «hombre» y «mujer»— responsable de la inferioridad femenina, pero insiste en que el género, más que una división binaria basada en la diferencia biológica, es una continua falsificación que confundimos con la realidad. Ser mujer no es un «hecho natural», sino una «representación cultural [en la que] la "naturalidad" se crea mediante un conjunto de actos impuestos por el discurso, que producen un cuerpo a través de las categorías de sexo y dentro de ellas» (1990: 338). La finalidad de esta elaboración es lograr una identidad coherente, que, para la mayor parte de la población, consiste en lo que llamamos ficción reguladora de la heterosexualidad. Con los actos, los gestos y la vestimenta construimos o fabricamos una identidad que se crea, se manifiesta y se sostiene gracias, entre otros, a los signos corporales. Todo esto conduce a Butler a la siguiente conclusión:

> El género no se construye como una entidad estable, un lugar de acción, del que se desprenden determinadas

> actuaciones, sino como una identidad inestable constituida en el tiempo e instituida en un espacio externo mediante la *repetición estilizada de unos determinados actos*. El efecto del género se produce a través de la estilización del cuerpo; por eso debe entenderse como la forma común de fabricar, mediante gestos, movimientos y múltiples estilos corporales, *la ilusión* de un yo permanente y sexuado (1990a, 140-1, la cursiva es suya).

Nos encontramos ante un concepto bastante cercano al de Bourdieu, con la significativa diferencia de que en esta ocasión no se da por descontada la diferencia sexual. Para Butler, el cuerpo no es una superficie sexuada y preexistente susceptible de inscripción cultural, porque está limitado y constituido por fuerzas políticas que forman sistemas de heterosexualidad impuesta. Este concepto de «cuerpo» choca frontalmente con el de materia inerte, propio del punto de vista cartesiano. Butler afirma que incluso los límites corporales están establecidos por la praxis hegemónica, por los límites sociales de aceptabilidad que definen los «lugares fijos de permeabilidad e impermeabilidad corporal» (1990a: 132).

Si el género se considera una construcción coherente con los discursos y las actuaciones dominantes en un determinado lugar, y no una categoría fija y estable, se abre ante nosotros no sólo la posibilidad de analizar cómo adquiere su posición hegemónica una determinada representación heterosexual, sino también la de oponernos a ella. La obra de Butler resulta especialmente estimulante en este punto, ya que, al identificar las posibilidades de transgredir la división de género mediante acciones culturales que «dificulten» las categorías binarias, llama nuestra atención sobre otras formas de construcción de las representaciones del cuerpo. Según nuestra autora, existe todo un mundo de actos capaces de introducir asonancias en las categorías establecidas, y de poner en tela de juicio la pretendida relación entre las categorías de «sexo», «género» y «deseo». La posibilidad de «subvertir y desplazar los conceptos naturalizados y reificados de género que sostienen la hegemonía masculina y el poder heterosexual no [surge] de las estrate-

gias que se desarrollan a partir de una utopía superior, sino de la movilización y la confusión subversiva de aquellas categorías constitutivas que tienden a mantener el género en su lugar mediante la ilusión fundacional de la identidad» (Butler, 1990a: 33-4).

La propia Butler investiga esas disonancias analizando los tabúes del incesto y la homosexualidad. Su obra ha influido especialmente en el ámbito de la geografía; así, por ejemplo, en la comprensión de temas tales como los actos de resistencia urbana de gays y lesbianas, o en el análisis de la marginación de las sexualidades «perversas» en distintos ambientes de la ciudad (Bell y Valentine, 1995). Al final del capítulo abordaré algunos aspectos de las «perversiones sexuales» y las representaciones paródicas, así como el reciente interés de las geógrafas por acometer el estudio del cuerpo durante la gestación y la enfermedad.

Por el momento, confío en que haya quedado claro para el lector que la cuestión del cuerpo sexuado, su desarrollo y su diferenciación, así como su vinculación con el género y la sexualidad, constituyen el fundamento de todos los análisis de las relaciones de género. En los capítulos siguientes trataré de demostrar que las ideas sobre la localización correcta del cuerpo femenino han servido, bien para justificar el sistema de dominación patriarcal que excluye a la mujer de unos ámbitos y le dificulta la integración en otros, bien para luchar contra él. En este sentido, «saber cuál es su lugar» tiene para las mujeres un significado tanto literal como metafórico, y la corporeidad sexuada se encuentra íntimamente ligada al emplazamiento geográfico. Las relaciones sociales y los procesos espaciales se refuerzan mutuamente (de modos distintos en cada tiempo y lugar, lógicamente, lo que hace del análisis geográfico de las relaciones de género una actividad tan pertinente como llena de interés) en la construcción de los regímenes de género, con sus pautas especiales de segregación sexual y su jerarquización del poder según los géneros.

Por tanto, a medida que avancemos por los siguientes capítulos encontraremos una y otra vez cuerpos sexuados y re-

presentaciones de género: en la casa, en el trabajo o, por ejemplo, durante el tiempo de vacaciones. Al final del presente capítulo, analizaré los cuerpos sexuados basándome en un corto número de estudios empíricos estudiados por autoras feministas, geógrafas o no. Los dos primeros grupos de ejemplos se relacionan con los temas que aparecerán mediado el capítulo —sobre los límites corporales y los cuerpos que producen rechazo—, mientras que los últimos proceden del trabajo geográfico en el que Judith Butler desarrolla sus ideas sobre las representaciones corporales. En el ejemplo final volveremos sobre las asociaciones metafóricas del cuerpo con la ciudad.

Estudios empíricos sobre el cuerpo en determinados lugares y espacios

1. *El cuerpo en el colegio*

Pretendo señalar las diferencias que separan al cuerpo masculino del femenino al ocupar un espacio, a partir de ciertos estudios empíricos realizados en el ámbito de los estudios políticos, la antropología, la geografía y la teoría de la cultura. Para ello empezaré por un esclarecedor análisis de cómo se educa a las niñas para que ocupen el espacio según pautas de género.

En su libro *Own or Other Culture,* Judith Okely vuelve su mirada de antropóloga hacia su propia formación infantil en un internado femenino de la Inglaterra de los años cincuenta. Oigamos sus palabras sobre los espacios permitidos a los cuerpos adolescentes de los niños y las niñas:

> El deporte es un juego de chicos. Mientras que en los juegos aconsejados por el currículum del internado femenino se imponen límites artificiales a las capacidades de las niñas, en los del internado masculino se tiende a potenciarlas. Esta continua discriminación de género existe igualmente en las escuelas públicas. Entre los deportes

propios de los chicos están el rugby, el fútbol y el boxeo. [En nota a pie de página, la autora aclara que desde mediados de los ochenta han aparecido algunos equipos femeninos de rugby y de fútbol, pero no ha cambiado el absoluto dominio masculino de estos y otros deportes, tal como puede comprobarse en cualquier programa deportivo de televisión o en la sección de deportes de cualquier periódico.] Los más apropiados para las chicas son el llamado básquet de mujeres, el lacrosse y el hockey. Ambos sexos juegan al tenis y, ocasionalmente, al cricket.

Las diferencias entre los deportes del hombre y la mujer implican otras tantas formas diferentes de experimentar el cuerpo. Ciertas características de los deportes masculinos se hallan ausentes de los que están permitidos a las mujeres. El rugby impone el contacto físico entre los jugadores, ya que no sólo los brazos sino el resto del cuerpo se utiliza como un arma, y los jugadores tienen que arrojarse y arrojar a sus oponentes al suelo. En los deportes femeninos no encontramos nada parecido a este empleo del cuerpo que supone un estrecho contacto físico...

Para jugar al rugby y al fútbol hay que abrir y levantar las piernas e impulsar con fuerza el balón. Las mujeres nunca dan patadas a un balón, por miedo a que ocurra algo distinto, ya que desde la ideología del hombre dominador, toda mujer que levanta las piernas para dar patadas está exponiendo metafóricamente sus genitales. Existe una versión institucionalizada de ese movimiento, si bien carente de objetivo, en el picante can-can (1996: 144).

Okely subraya el sometimiento de los cuerpos de las niñas de su colegio a un control que iba de la prohibición de abandonar la compostura a una serie de reglas de importancia menor.

La postura de las alumnas se vigilaba constantemente. En todo momento, sentadas, de pie o andando, debíamos mantenernos derechas, con la barbilla alzada, la espalda recta y los hombros bien echados hacia atrás. Las profesoras de educación física, en su calidad de guardianas del porte y los movimientos de las niñas, tenían un

> poder considerable. Se nos inspeccionaba en las comidas, en la capilla y en el momento de «pasar lista». Teníamos miedo a sentir repentinamente clavado en la espalda un dedo a modo de bayoneta cada vez que alguna de nosotras se relajaba y se encogía [...] Nos revisaban el uniforme, nos inspeccionaban las uñas. Debíamos cortarnos el pelo cuando empezaba a rozarnos los hombros, porque la melena se consideraba una insinuación sexual (1996: 140).

Diez años más tarde, en el colegio estatal femenino que frecuenté estaban vigentes las normas relativas al pelo, y había una que nos prohibía subirnos las mangas, porque, en palabras de la directora, «parecíamos fregonas». En resumen, se vigilaban tanto las limitaciones de género como las de clase. Me gustaría saber si las lectoras han experimentado algo parecido o la experiencia de Okely les suena ya a cosa de otro mundo.

2. *Cuerpos «fuera de lugar»: cuerpos gestantes y cuerpos enfermos*

a) Cuerpos gestantes

El primer ejemplo sobre este tema procede de la obra de Iris Marion Young, que lo enfoca de un modo expresamente espacial. A Young le interesan los problemas que plantean los cambios que experimentan el cuerpo y sus límites durante la gestación, una parte esencial de la experiencia subjetiva del embarazo en relación con el lugar que ocupa el cuerpo.

No debería sorprender que la subjetividad de la mujer gestante haya recibido tan escasa atención por parte de los filósofos de la existencia corporal; a fin de cuentas, no existe ejemplo más claro de las limitaciones del concepto cartesiano de un sujeto singular unitario. Como dice Young: «El embarazo es un ejemplo de experiencia corporal en la que la unidad transparente del yo se disuelve y el cuerpo se cuida

de sí mismo al tiempo que realiza sus proyectos»; es decir, no se trata de un sujeto unificado.

> La mujer gestante está descentralizada, escindida o duplicada en varios sentidos. La mujer experimenta su cuerpo como algo suyo y al mismo tiempo como algo no suyo, porque sus movimientos internos pertenecen a otro ser, pero no son ajenos, porque sus contornos corporales cambian y porque su autolocalización corporal está tan focalizada hacia el abdomen como hacia la cabeza [...] La vida de la gestante representa [también] el único proceso temporal de crecimiento en el que la mujer puede experimentarse como una escisión entre el pasado y el futuro (1990a: 161).

Y, naturalmente, la gestación altera de un modo radical el concepto de individuo como cuerpo delimitado, separado de los demás por el espacio. «El embarazo [...] hace más fluidos los límites entre lo que está dentro, el yo, y lo que está fuera, separado de mí. Vivo mi interior como espacio de otro, sin olvidar que es mi propio cuerpo»; el parto es quizá «la suspensión más extrema de la distinción corporal entre un dentro y un fuera» (Young, 1990a: 163. Si Freud y Lacan sostuvieron que el niño carece de sentido de los límites entre él y su madre, Young afirma que las gestantes y las recién paridas experimentan algo parecido.

> La integridad de mi cuerpo durante la gestación está socavada no sólo por esa exteriorización de mi interior, sino también porque mis propios límites físicos se hallan sometidos a un cambio continuo. Se puede decir que durante la gestación no tengo certeza de dónde acaba y dónde empieza mi cuerpo; se desorganizan los hábitos corporales previamente automatizados; se rompe la continuidad entre el cuerpo de antes y el de ahora [...] Sigo moviéndome como si pudiera pasar entre las sillas o entre la gente como hace siete meses, pero, de pronto, me doy cuenta de que estoy bloqueada por mi propio cuerpo, que sobresale delante de mí; sin embargo, no he sido yo misma, porque no tenía la intención de bloquearme el paso.

> Cuando me agacho en la silla para atarme un zapato, me sorprende el roce del inmenso vientre con el muslo. No había anticipado este roce entre dos partes del cuerpo, porque mis hábitos conservaban el recuerdo de los límites antiguos (Young, 1990a: 164).

Young sostiene que algunas mujeres experimentan la gestación como un peso material que «produce una sensación de poder, de solidez y de valía», una fuerte autoestima en una sociedad que tiende a devaluar y trivializar a la mujer y en la que los ingredientes de la belleza femenina son lo grácil y lo delgado. Young dice que la gestante suele experimentar satisfacción personal y afecto hacia su cuerpo, una especie de continuidad sexual primordial con el cuerpo maternal que la teórica feminista francesa Julia Kristeva ha denominado *jouissance*. «La separación cultural entre gestación y sexualidad la libera de la cosificación sexual que, en otros estados, la aliena y la instrumentaliza» (Young, 1900a: 167). Naturalmente, el optimismo de Young disminuye al analizar el trato que recibe la mujer por parte de la profesión médica y el resultado igualmente alienante de la experiencia de la gestación, especialmente cuando llega el momento del parto, que, por lo general, se trata como un «trastorno» o una disfunción que necesita de la intervención médica.

Robyn Longhurst, una geógrafa que trabaja en Nueva Zelanda y ha elegido para su tesis doctoral el tema del cuerpo gestante en el espacio, examina la respuesta de las gestantes a los cambios físicos, y los motivos de su incomodidad en ciertos espacios, especialmente los públicos. Longhurst cree que, en vez de autoestima y seguridad en sí mismas, como sostiene Young, lo que sienten las mujeres en ese estado es una profunda incomodidad por el cambio que experimenta la relación de su cuerpo con el espacio (Longhurst, 1996, 1997). Una de las respuestas más comunes consiste en enclaustrarse en ámbitos privados y concretos, de modo que las mujeres reducen poco a poco su vida social en los espacios públicos, e incluso se sienten fuera de lugar en la calle, las tiendas y, para sorpresa de la propia Longhurst, en el hos-

pital o en la consulta del médico, aunque esto último podría deberse al disgusto que experimenta la mujer, como demuestra Young, ante la medicación de su embarazo como si fuera un trastorno.

Como en el embarazo, también la enfermedad, el exceso de peso o el envejecimiento convierten el cuerpo en una carga, mucho más pesada en los últimos casos. Durante el embarazo, la situación es dual, porque si bien pesa también gratifica a medida que el cuerpo experimenta los cambios pertinentes. Por otro lado, se trata de unos límites y un peso que tienen una duración específica, e incluso a veces se recuperan prácticamente los límites anteriores. En cambio, la enfermedad se experimenta de otro modo, como una alienación del cuerpo y una permanente renegociación del propio sentido del yo del individuo como hombre o como mujer. A continuación examinaré algunos trabajos recientes sobre las incapacidades.

b) Cuerpos «enfermos»

En los recientes trabajos geográficos sobre la enfermedad, la invalidez y el cuidado de la salud, encontramos casos muy parecidos a los de los cuerpos que hemos situado «fuera de lugar» (Dyck, 1995, 1996). Como ya se ha argumentado en numerosas ocasiones, el «medio», en su sentido amplio, abarca tanto los edificios y las infraestructuras de carácter material como las relaciones personales entre individuos sanos de cuerpo y mente, sin dependencia de otras personas. En un interesante estudio de Pamela Moss e Isabel Dyck se plantea que la corporeidad es un fenómeno evidente para aquellas personas que padecen una enfermedad crónica (Moss y Dyck, 1996). Moss y Dyck, en sendos estudios sobre las mujeres mayores afectadas de artritis y sobre las mujeres afectadas de esclerosis múltiple demuestran que tanto el discurso como las prácticas materiales (representaciones biomédicas y generales del cuerpo y del género) convierten a estas mujeres en cuerpos «desviados». Sin embargo, y siempre según ambas autoras, las mujeres que entrevistaron no sólo se

negaban a entrar en esa categoría, sino que conseguían resolver los problemas físicos de acceso y movimiento dentro de sus casas y de sus lugares de trabajo y eran capaces de elaborar otra forma de comprenderse a sí mismas como cuerpos sexuados y sujetos femeninos.

En ciertos casos, tales recursos presentaban las connotaciones positivas que asociamos, quizá con demasiada frecuencia, al concepto de «resistencia». Por ejemplo, ciertas mujeres con discapacidades «invisibles», como la fatiga crónica, luchaban por mantener un «rendimiento adecuado» en su puesto de trabajo. Como observan Moss y Dyck:

> Uno de los recursos más eficaces consiste en aprender a conciliar los síntomas con la ocultación del diagnóstico. Así por ejemplo, subir por las escaleras, como el resto de las compañeras, aunque les resulte más cómodo tomar el ascensor; seguir el paso de las demás al volver de comer, para disimular una incipiente cojera; o llevarse a casa los trabajos que requieren una hábil coordinación de las manos, son distintas formas de mantener su identidad como mujeres capaces. Todo ello para evitar las consecuencias estigmatizantes de la representación biomédica de sus cuerpos enfermos (1996: 744).

Sin embargo, debo advertir que en tales casos el comportamiento resistente me parece más dictado por el miedo que por una estrategia positiva que debería alegrarnos. Otras mujeres toman el camino contrario y se empeñan, mediante tratamientos y cuidados especiales, en lograr que se reconozca la situación anormal que vive su cuerpo. Podemos concluir, en cualquier caso, que para Moss y Dyck el cuerpo es un lugar tanto de opresión como de resistencia, porque «establecer un acuerdo entre el propio cuerpo y la representación del mismo sirve para definir los límites de la identidad individual, aunque se trate de límites que hay que ajustar continuamente» (1996: 474). Me parece una forma interesante de plantear no sólo el carácter fluido de la identidad de los sujetos, sino también de la identidad de su cuerpo (de él o de ella), que, por otra parte, puede aplicarse tanto a los

cuerpos «sanos» o capaces como a los «desviados». Como han observado numerosos teóricos, la mayoría de los hombres y las mujeres intentan adecuarse a las representaciones idealizadas del cuerpo que desean en cada momento de su vida, de modo que este «llegar a un arreglo» es un fenómeno muy extendido que afecta al sentido que tenemos de nosotros mismos.

3. *La representación de la corporeidad como reto a una heterosexualidad impuesta*

En los últimos años han aparecido varios estudios geográficos de gran interés sobre la relación entre las formas «perversas» de la sexualidad y la transgresión de las ideas establecidas sobre determinados lugares. Son cada vez más las geógrafas (Adler y Brenner, 1992; Bell *et al.,* 1994; Bell, 1995; Bell y Valentine, 1995; Forest, 1995; Geltmaker, 1992; Knopp, 1992, 1995; y Valentine, 1993a, 1993b) que estudian el sentimiento de marginalidad que experimentan gays y lesbianas en los espacios considerados «normales». Como sostendré con mayor detalle en otros capítulos, la arquitectura refleja las ideas dominantes a propósito de las relaciones sociales, e incide en ellas. En una sociedad que sólo considera «normales» las relaciones heterosexuales y familiares, aquellos individuos que no responden a esas expectativas se sienten incómodos en los espacios estructurados según las normas heterosexuales. Las efusiones de afecto heterosexual, por ejemplo, se consideran neutras o tolerables en restaurantes, cafeterías, hoteles y espacios públicos, pero no ocurre lo mismo con las muestras de cariño entre dos personas del mismo sexo.

En su artículo «All hyped up and no place to go» (1994), David Bell, John Binnie, Julia Cream y Gill Valentine analizan las ideas de Judith Butler sobre la conducta propia de las distintas identidades sexuales en el espacio y sus argumentaciones sobre el carácter transgresor de la identidad homosexual, como parodia del régimen heterosexual dominante,

mediante «una larga observación de dos de las identidades sexuales disidentes más comunes: la hipermasculina del "cabeza rapada gay" y la hiperfemenina de la "lesbiana *lipstick*" (pág. 31), y observan: «El mimetismo heterosexual de gays y lesbianas contiene un alto potencial transgresor del equilibrio de la masculinidad y la feminidad, porque destruye su pretensión de ser algo natural y genuino. La heterosexualidad es una representación creada en la misma medida que lo es la homosexualidad, pero se le concede la ventaja de representar el modelo original» (pág. 33). Oigamos sus palabras:

> Una representación excesiva de masculinidad o de feminidad dentro del ámbito homosexual no sólo desenmascara la naturaleza fabricada de la condición heterosexual, sino también sus pretensiones de autenticidad. El «hombre macho» y la «mujer hembra» no son meras tautologías, sino formas de romper las ideas establecidas sobre lo que debe ser un hombre masculino y una mujer femenina tanto en la construcción heterosexual como en la homosexual. El gay, con su cabeza rapada, sus botas de doctor Marten, sus vaqueros ajustados y su cazadora de aviador, y la lesbiana *lipstick,* con su maquillaje y sus tacones altos, responden a distintas herencias históricas y han sido protagonistas de numerosos debates, desde el neofascismo al feminismo, pero lo que realmente les une es que los dos parodian la heterosexualidad (pág. 33).

En su artículo, los autores examinan un amplio espectro de temas que les preocupan sobre la «aceptación» en los espacios normales y las consecuencias de las actitudes y la visibilidad (un asunto especialmente importante en el caso de los gays hipermasculinos), y sobre los comportamientos susceptibles de ser captados por los que «entienden», tanto en espacios heterosexuales como homosexuales, así como sobre las posibilidades de transgredir las representaciones heterosexuales de género y la codificación de los espacios. Al analizar el estilo de los gays con la cabeza rapada, por ejemplo, afirman que su visibilidad les brinda un poder desafiante: «Lo último que espera una per-

sona "normal" de dos "cabezas rapadas" es que se cojan de la mano en público o se besen tiernamente; por eso no pueden pasar inadvertidos. Un gay con la cabeza rapada está en condiciones de desestabilizar tanto la identidad masculina como el espacio heterosexual» (pág. 36). Por otro lado, es un medio de reconocerse entre los suyos: «La visibilidad permite ciertos comportamientos, como un cruce mutuo de miradas en plena calle, que facilitan a los gays con la cabeza rapada la creación de un espacio homosexual dentro del mundo heterosexual, lo cual es en sí mismo una forma de poder» (pág. 37).

Aproximadamente en la misma época en que el estilo «cabeza rapada» adquirió importancia para los gays (comienzos de los noventa), las lesbianas iniciaron una «recuperación de lo femenino desde otros presupuestos» (pág. 42), es decir, desde una parodia de la hiperfeminidad que refleja y desafía al mismo tiempo la feminidad heterosexual. Los autores explican así la aparente paradoja:

> La hiperfeminidad de la lesbiana *lipstick* ha roto, teóricamente hablando, el último eslabón que unía al hombre y la mujer, por un lado, y la masculinidad y la feminidad, por otro, como opuestos binarios dentro de una matriz heterosexual, porque mientras el concepto de inversión —la «mujer auténtica» y la mujer marimacho— destruye la idea de que la identidad de género (masculino o femenino) se inscribe necesariamente en cuerpos binarios y sexuados (hombre, mujer), pero mantiene el vínculo entre la identidad de género y el deseo sexual, porque la mujer masculina (la invertida, el marimacho) sigue deseando a la mujer «auténticamente» femenina, la lesbiana *lipstick* representa lo femenino que desea a lo femenino; por eso rompe el último vínculo estable de la heterosexualidad. Así como la mujer marimacho les parece a los no integrados un refuerzo de la validez del modelo original, la lesbiana *lipstick,* con su sutil mezcla de significados heterosexuales dentro de una apariencia femenina, descubre que el «original» heterosexual no es más que, como dice Butler (1990a), una imitación (pág. 42).

El efecto transgresor se debe a que se trata de una representación frecuente en el mundo de las mujeres.

> De ahí su capacidad para cuestionar a las mujeres heterosexuales cómo se interpreta su propia apariencia, para criticar su forma de ver a otras mujeres, contribuyendo así a desestabilizar el espacio heterosexual. Por otro lado, esa ruptura del espacio dificulta a los hombres heterosexuales la distinción de su objeto de deseo (pág. 42).

Con esta selección de las principales ideas de su estudio no pretendo ir más allá que los propios autores, porque, como ellos mismos concluyen, lo importante son los interrogantes que plantean. «¿Contribuye la actitud de los gays cabezas rapadas y de las lesbianas *lipstick* a desestabilizar la "heterosexualidad" de los espacios "normales"? [...] ¿En qué consiste la parodia? ¿Y la transgresión? ¿Quién gana y quién pierde con las "bromas"?» (pág. 44). Por otro lado, los autores no pasan por alto la crítica de Susan Bordo (1992) al trabajo de Butler. Según Bordo, esta autora no considera el contexto cultural de las representaciones transgresoras, ni la importancia de la posible variación de la respuesta según proceda de un público u otro:

> Butler no tiene en cuenta la posibilidad de respuestas distintas por parte de distintos "lectores" (hombres-mujeres, blancos-negros, jóvenes-mayores, gays-heterosexuales, etc.) o los prejuicios que pueden complicar sus "lecturas" [...] Siempre que [como Butler] hacemos abstracción del contexto del cuerpo surgen los problemas de comprensión (Bordo, 1992, 171; y cita en Bell *et al.*, 1994).

En efecto, estoy de acuerdo con su comentario, aunque espero que el trabajo empírico sea capaz de recoger «las respuestas de distintos públicos». Por esa razón, yo misma intenté recogerla durante mi investigación en bancos comerciales; volveré sobre ello en el capítulo 5. Sorprendentemente en un trabajo de geógrafos, Bell *et al.* prestan escasa

atención a los espacios concretos, pues sus gays y sus lesbianas (en especial, las últimas) no parece que frecuenten muchos sitios.

En un número posterior de *Gender, Place and Culture* (donde se publicó el artículo de Bell *et al.)* aparecieron cuatro respuestas muy interesantes (Kirby, 1995; Knopp, 1995; Probyn, 1995; Walker, 1995). Probyn y Knopp planteaban formas de superar la abstracción en los estudios sobre la sexualidad y el espacio; como decía la primera: «Pretendo descubrir qué tiene de singular el cuerpo de una lesbiana en el espacio cuando se relaciona con los cuerpos de otras lesbianas.» A Probyn le interesa «la reflexión sobre el deseo de la lesbiana y su capacidad para introducir cambios en las estructuras de la espacialidad, y para cambiar dentro de distintas estructuras espaciales» (Probyn, 1995: 79). Sirviéndose de la escena en un hipotético pub, que ella describe con mucha viveza, Probyn plantea lo que puede ocurrir cuando una mujer distinta entra en un ambiente masculino, y recuerda a los geógrafos que «las condiciones de la creación de un espacio sexuado varían histórica, material y estratégicamente», subrayando que en este caso se trata de un sujeto doble, por ser al mismo tiempo lesbiana y mujer.

Según Probyn: «La lesbiana es un ejemplo de espacio doble, y, al mismo tiempo, de sujeto que provoca la producción o superposición de un espacio sobre otro» (1995: 81). La idea se capta mal por exceso de abstracción, pero me parece que Probyn pretende decir algo semejante al concepto que la geografía tiene del espacio que al mismo tiempo influye en las relaciones sociales y se ve influido por ellas. En este caso concreto, por volver al ejemplo del pub de Probyn, una lesbiana *lipstick* entra con su compañera en un espacio masculino, cuyo carácter heterosexual se encargarán de subrayar inmediatamente el intercambio de miradas entre los hombres. Si entonces las dos mujeres muestran abiertamente su afecto desestabilizarán tanto el espacio del pub como la percepción que los hombres tienen de ellas como mujeres, de modo que, momentáneamente, crean un espacio sexuado lesbiano. Vemos, pues, que cabe la posibilidad de cambiar el

sexo de los espacios, aunque el predominio masculino y heterosexual apenas se vea afectado.

Volveré sobre estos temas, con otros estudios empíricos, en capítulos posteriores, a propósito de la sexualidad como base de la identidad local (capítulo 4) y de la sexualidad en el trabajo (capítulo 5).

4. *Cuerpos-ciudades*

Para este estudio final no me serviré de otro ejemplo empírico, sino de un trabajo teórico y especulativo en el que Elizabeth Grosz (1992) ha comenzado a documentar la relación entre las formas en que los cuerpos son inscritos como creaciones socioculturales y las que ellos mismos tienen de «reinscribirse y proyectarse en su medio sociocultural, de modo que ese medio produce y, a la vez, refleja la forma y los intereses del cuerpo» (1992: 242). Creo que en este punto Grosz se acerca mucho a Probyn, ya que, en el artículo que acabamos de analizar, esta última considera que son los cuerpos los que imprimen al espacio su carácter sexual: «Mediante el movimiento relacional de un cuerpo [...] hacia otro» (Probyn, 1995: 81). Como dije antes, las geógrafas aceptan ya mayoritariamente la idea de que la creación de una determinada forma influye en las relaciones sociales y las refleja, al mismo tiempo; y como no me cansaré de insistir, el espacio y el lugar son sexuados y tienen un carácter de género, y las relaciones de género y la sexualidad están «espacializadas». Grozs, por su parte, niega que el cuerpo y la ciudad sean dos formas separadas y distintas:

> El cuerpo y su medio no forman un ecosistema orgánicamente unificado; por el contrario, se crean mutuamente como formas de lo hiperreal, como modos de simulación que transforman y rebasan la realidad que cada uno pueda tener en la imagen del otro: la ciudad se crea y se recrea en el simulacro del cuerpo, y éste, a su vez, se transforma, se «ciudadaniza», se urbaniza como un cuerpo característicamente metropolitano (1992: 242).

Grosz nos proporciona un vínculo entre el tema de este capítulo y el del siguiente, uniendo especulativamente los cuerpos y las ciudades:

> La forma, la estructura y las normas de la ciudad se infiltran e influyen en los restantes elementos que intervienen en la construcción de la corporeidad y la subjetividad (o en la corporeidad como subjetividad). Influyen en la mirada de los individuos (la arquitectura doméstica y la división de la casa en el dormitorio conyugal, separado de los restantes espacios destinados a la vida o el sueño, así como la especialización de las habitaciones son tan significativas para esa mirada como el menor tamaño de la familia) y en la comprensión que éstos tienen de su alineación y su posición en el espacio. Las distintas formas de vivir la espacialidad (la verticalidad de la ciudad, en oposición a la horizontalidad del campo, por lo menos en «Occidente») influyen en la forma de vivir el espacio, de tal modo que el comportamiento y las orientaciones del cuerpo, así como su esfuerzo, el territorio que debe negociar a diario, con el consiguiente efecto sobre su estructura muscular y su contexto nutricional, le proporcionan las formas más elementales de apoyo y sustento material. Más aún, la ciudad es también, naturalmente, el espacio de la saturación cultural del cuerpo, de su superación y transformación a través de las imágenes, los sistemas de representación, los medios de masas y las artes; es el lugar en el que el cuerpo se reexamina, se transforma, se contesta y se reinscribe mediante la representación. A su vez, el cuerpo (como producto cultural) transforma y reinscribe el paisaje urbano según sus distintas necesidades (demográficas, económicas y psicológicas), ampliando los límites urbanos y suburbanos, hasta alcanzar, incluso, el campo que los rodea (1992: 248-9).

Aunque a primera vista el pasaje parece complejo, creo que en una segunda lectura se hace más claro y menos discutible, pese a lo cual los geógrafos han tendido a ignorar hasta ahora los vínculos que Grozs establece entre el cuerpo y la ciudad; pero, como sugiere la propia autora, y como han

reconocido las geógrafas feministas, «la ciudad organiza y orienta a la familia y las relaciones sociales y sexuales, en la medida en que divide la vida cultural en dos terrenos, el público y el privado, y separa y define geográficamente las posiciones sociales concretas y el puesto que ocupan los individuos y los grupos». Satisface comprobar que una teórica social es capaz de establecer con tanta claridad las premisas de la geografía como disciplina clave para las ciencias sociales.

Grosz finaliza su ensayo especulando sobre los efectos que la «implosión del espacio en el tiempo, la transformación de la distancia en velocidad, el carácter instantáneo de las comunicaciones y la conversión del puesto de trabajo en un sistema casero y computerizado», pueden producir «tanto en la especificidad sexual y racial del cuerpo de los habitantes de la ciudad como en la forma y estructura de esta última». Grosz cree que la ciudad y el cuerpo acabarán formando parte de unas redes electrónicas, «de una maquinaria de información en la que los órganos y los miembros corporales serán partes intercambiables con el ordenador» (1992: 251). Así pues, la edad del cyborg, sobre la que Donna Haraway (1991) ha escrito con tanta lucidez, se da por clausurada, y todos nosotros (como cuerpos/cyborgs intensificados) nos acercamos cada vez más al no lugar de Augé (dentro de él y entre él). Sea como fuere, Grosz está convencida de que las nuevas tecnologías «transformarán de un modo radical tanto nuestra forma de concebir las ciudades y los cuerpos como su interrelación (1992: 252).

No cabe duda de que se trata de un ensayo divertido, ni de que los paralelismos entre el cuerpo y la ciudad resultan provocadores, aunque creo que Grosz lleva la analogía demasiado lejos. Es cierto que tanto las ciudades como los cuerpos son «cosas», pero entre ellas hay también diferencias. En efecto, David Harvey sostiene que «carece de sentido hablar de la ciudad como si fuera una "cosa" idéntica al cuerpo (sus límites, por ejemplo, son mucho más amplios; su característica son las instituciones, no la psique o el comportamiento, como en el caso del ser humano)» (1996: 278).

Según mi opinión, Grosz minimiza la significación de las instituciones dominantes. Las estructuras sociales, económicas y políticas resultan decisivas para la definición y el mantenimiento no sólo de una forma urbana concreta sino también de las versiones concretas de lo que es un cuerpo aceptable.

Con todo, la historia de las analogías entre el cuerpo y la ciudad en el ámbito de la arquitectura y el urbanismo se remonta al pasado. En su fascinante análisis de la historia de la ciudad en la civilización occidental, desde la antigua Atenas hasta el Nueva York contemporáneo, Richard Sennett (1994) ha seguido el rastro de las conexiones entre el conocimiento médico del cuerpo, sus imágenes y representaciones, y la forma y el trazado de las urbes. Sennett demuestra, por ejemplo, que las ideas de Roma sobre la perfección geométrica del cuerpo se aplicaron al trazado de la ciudad en tiempos del emperador Adriano, y examina también la ciudad cristiana, demostrando que el desarrollo de las ideas sobre la impureza del cuerpo produjo tanto la creación de los santuarios como de los guetos judíos. En la ciudad moderna, ciertos avances de la medicina, tales como el descubrimiento de la circulación de la sangre, se han convertido en analogías urbanísticas para mejorar el tránsito, por ejemplo, a través de las arterias urbanas, y en numerosos desarrollos cívicos para fomentar el crecimiento de ciudades «sanas».

La historiadora del arte australiana Sue Best amplía el paralelismo entre la ciudad y el cuerpo cuando afirma que es frecuente concebir la primera (y escribir sobre ella) en términos masculinos o femeninos. En su ensayo sobre el carácter sexuado del espacio, Best estudia sus vínculos con el cuerpo de la mujer analizando las metáforas y los usos sociales. Veamos un extracto del mismo:

> Marina Warner describe París, «la capital del siglo XIX», como una ciudad de señoras, de naturaleza esencialmente femenina. La totalidad del espacio público parisiense se acolcha para acomodarse a la carne femenina, incluso se describen los edificios con «contornos mamarios y va-

ginales [...] con tejados almohadillados y entradas que parecen bocas abiertas» (1985: 36-7).

Nueva York, «la capital del siglo XX», no es tan acogedora, porque presenta un estilo más rápido y propio de su época. Scott Fitzgerald establece con ella una relación nocturna, porque, a su parecer, es «esencialmente cínica e inhumana, salvo aquella noche en que se iluminó el tejado del Ritz» (1971: 143). Como corresponde a una mujer del siglo XX, Nueva York posee una libido activa —al contrario que la edípica y vaginal París—; por tanto, tiene un clítoris a la entrada del puerto, o, mejor, un «apéndice en forma de clítoris», como llama Rem Koolhaas a Coney Island (1978: 23).

Los Ángeles, completamente moderna, la futura capital del siglo XXI, será probablemente un simulacro de mujer. Según Lyotard [en *Le Mur du Pacifique*], no es más que una extensión de piel blanca, una superficie sin huecos ni profundidades [...] El encuentro erótico con esta ciudad de autopistas es frígido y está mediatizado, naturalmente, por el automóvil. El coche se convierte así en una mano que busca las zonas erógenas que quedan en ese cuerpo extendido, recosido, a retazos: «La ceguera del coche en el laberinto de Los Ángeles se parece a la de la palma de la mano que recorre la superficie de los muslos, la amplitud de la espalda o de las ingles» (Lyotard, 1989: 64) (Best, 1995: 182).

Best comienza su ensayo citando a dos teóricas del feminismo francés, Kristeva (1986) e Irigaray (1987), que establecen la relación entre el espacio y la feminidad. Por el contrario, el tiempo, según ellas, tiende a asociarse con lo masculino. Doreen Massey (1992) ha criticado tales asociaciones en un interesante ensayo sobre la teorización del espacio y el lugar como hechos no pasivos. Como ya he sugerido en estas páginas, el espacio no es una cosa inerte, ni un mero depósito de la acción social, sino un elemento significativo en la construcción de la identidad. Los ensayos de Massey y Best merecen una lectura completa, que, por mi parte, recomiendo al lector que quiera seguir estas nuevas e interesantes formas de reflexionar sobre los vínculos entre el sexo y el género, el espacio y las ciudades.

Conclusiones

La posición del cuerpo en pleno centro de la teoría social constituye probablemente uno de los cambios más interesantes en el esfuerzo teórico contemporáneo. Como no me canso de argumentar, las cuestiones referentes al cuerpo sexuado —su creación, regulación y representación diferenciada— son absolutamente decisivas para la comprensión de las relaciones de género a escala espacial. La actitud referente al puesto que ocupa el cuerpo traspasa el sentido de la nación y del hogar, así como las ideas sobre la comunidad y los espacios abiertos como la calle y la ciudad. Todos estos temas serán analizados con mayor extensión en los próximos capítulos. Por el momento, espero haber demostrado con los extractos teóricos y los ejemplos empíricos el cambio que ha experimentado a lo largo del tiempo la comprensión del cuerpo y la contribución de ese cambio al entendimiento del cuerpo femenino y masculino en toda su variedad.

Los teóricos de la Ilustración han ignorado, por lo general, el cuerpo de la mujer, naturalizándolo y teorizándolo como una falta o como una ausencia. Para hacer frente a la carencia, las teóricas feministas plantean el cuerpo femenino como un objeto de análisis teórico, pero paradójicamente, al menos en un principio, han copiado el pensamiento convencional ignorando el cuerpo del hombre y, por eso mismo, manteniéndolo en el lugar de la norma. Los estudios más recientes han construido una teoría del cuerpo como superficie inscrita por los usos sociales, convirtiéndolo (tanto para el hombre como para la mujer) en un objeto problematizado, espacial y temporalmente variable, y con ello han abierto un campo muy rico para el análisis geográfico y el trabajo interdisciplinar. Las ideas sobre la corporeidad y sus significados, sobre la posibilidad de hablar desde el cuerpo y pensar a través de él, tanto en sus relaciones materiales como simbólicas con el mundo, se acercan, a mi parecer, a las ideas sobre la posición y la localización. Se trata de conceptos

geográficos, y parece que las teóricas del feminismo que no están directamente interesadas en los asuntos de la corporeidad describen cada vez con mayor frecuencia de este modo la particularidad de las diferencias de género. Naturalmente, esto ha redundado en una vuelta de la geografía a la reflexión sobre la posición y la localización dentro de un debate interdisciplinar, así como en la producción de magníficos trabajos teóricos y empíricos de un número cada vez mayor de geógrafas feministas.

Otras lecturas

Para los lectores interesados en conocer mejor la comparación entre las distintas teorías del cuerpo sexuado, el espléndido análisis del feminismo y el psicoanálisis en el libro de Jane Flax, *Thinking Fragments* (1990) resultará especialmente esclarecedor e inspirador. La obra de Elizabeth Grosz, *Volatile Bodies* (1994), constituye también una excelente introducción crítica a un amplio abanico de planteamientos y a los más recientes análisis feministas del cuerpo. Merece la pena la lectura de la edición de Caroline Ramazanoglu *Up Against Foucault* (1993), para aquellos que deseen conocer la reacción feminista a la obra de Michel Foucault y sus desarrollos; y el breve texto introductorio de Michel Bristow, *Sexuality* (1997), servirá para conocer algunas teorías importantes, así como la obra de los teóricos de sexo masculino. La selección a cargo de David Bell y Gill Valentine, *Mapping Desire* (1995), recoge algunos trabajos debidos a geógrafas sobre el cuerpo y la sexualidad; y el volumen editado por Beatriz Colomina, *Sexuality and Space* (1992), ofrece una mirada interdisciplinar a los asuntos relacionados con las representaciones de un amplio espectro de espacios.

Steve Pile, en *The Body and the City* (1996), y su colaboración con Nigel Thrift, en *Mapping the Subject* (1995), y con Heidi Nast, en *Places through the Body* (1998), ha analizado la relación del cuerpo con la subjetividad y el espacio. *Gender, Place and Culture* recoge a menudo trabajos sobre

la geografía del cuerpo en distintos lugares; conviene, por tanto, no perder de vista esta publicación. Catherine Nast, por ejemplo, critica en uno de sus artículos (1996b) las ideas sobre la feminización del paisaje y el significado de la mirada masculina, al analizar el placer femenino observando una serie de imágenes del cuerpo del hombre como paisaje. Nast parte de las teorías de varias feministas dedicadas a la teoría cinematográfica y del trabajo de la geógrafa Gillian Rose (1993), que ha demostrado cómo han influido en los análisis geográficos del paisaje las ideas sobre la mirada masculina.

La propia Rose realiza un interesante trabajo con registros fotográficos de la mujer como cuerpo situado en un espacio. Véase, por ejemplo, su reciente artículo sobre los fotógrafos de los años treinta en East London (Rose, 1997) y su colaboración en *Mapping the Subject* (Rose, 1995a), donde trata los vínculos entre espacialidad y subjetividad en una serie de imágenes debidas a artistas feministas. Las geógrafas feministas han comenzado a examinar las representaciones corporales en distintos terrenos. Lynda Johnston (1996) demuestra que los cuerpos esculpidos de las mujeres que practican la gimnasia constituyen un desafío a las concepciones binarias de la masculinidad y la feminidad, y, junto a Robyn Longhurst (Johnston y Longhurst, 1998), ha comparado sus formas corporales con las de la mujer embarazada. Clare Lewis y Steve Pile (1996) examinan la erotización de las representaciones del cuerpo en el carnaval de Río de Janeiro. Existe un tratamiento cada vez mayor de los cuerpos no aceptados; por ejemplo, en los artículos de una edición especial de *Environment and Planning D: Society and Space* (1997), y en un estudio muy útil (Park *et al.,* 1998), con una excelente bibliografía, en *Progress in Human Geography.*

El color de la piel es una de las ausencias de este capítulo, porque, hasta la fecha, existen pocos trabajos geográficos al respecto, aunque mencionaré varios estudios recientes en el capítulo 4. No obstante, existe una abundante literatura social sobre el cuerpo negro, donde se analiza su deseo y rechazo simultáneos por parte de la población blanca. Con fre-

cuencia aparecen en los medios de información ciertos estereotipos que asocian, por ejemplo, la masculinidad negra a la heterosexualidad más exuberante, parodiado en las películas del estilo de *Las noches rojas de Harlem* en los años setenta, pero con terribles consecuencias, como las acusaciones de violación que provocaron linchamientos en algunas zonas del sur de Estados Unidos. Lynne Segal (1990) ha examinado la creación de ciertos mitos tales como «el hombre negro del hombre blanco». Los geógrafos han desmitificado la asociación entre el espacio y el negro en ciertas representaciones de África como continente «oscuro» en textos geográficos y literarios (Barnett, 1996; Jarosz, 1992), y Pieterse (1995) ha analizado las imágenes de África en la cultura popular de Occidente.

Desafiando las connotaciones negativas, la frase *Black is beautiful* se convirtió en el símbolo de la dignidad de los negros, pero entraña ciertos peligros desde el momento en que exalta características impuestas por lo que bell hook (1991c, 1994) ha llamado la sociedad heteropatriarcal. Ann DuCille (1996) apunta que, al integrar estas modificaciones en la publicidad, «el capitalismo se ha apropiado de lo que considera el significado de la *negritud,* para hacerla comercial» (pág. 27), pero no ha podido emplear modelos negros en cantidad significativa. Debbie Weekes (1997) recoge la definición que de la belleza hacen las jóvenes negras inglesas, enfrentadas a imágenes contradictorias de la *negritud.*

3
La casa, el espacio y la identidad

Introducción

He sostenido en los dos capítulos anteriores que la construcción social del género y la corporeidad combina las relaciones sociales materiales y las representaciones simbólicas de la diferencia, para distinguir lo masculino de lo femenino, lo alabado de lo detestable, lo deseable de lo indeseable; pues bien, de igual modo se combinan la «realidad» y el sentido simbólico de la casa para crear una versión del hogar concreta y distinta de una sociedad a otra.

El término «hogar» debe de ser uno de los más connotados de la lengua inglesa, y, probablemente, de cualquier otra. El geógrafo David Harvey, por ejemplo, cita continuamente la obra de Heidegger, el pensador alemán de ideología nacionalsocialista, que defiende el hogar como espacio en el que se produce la unidad espiritual de los seres humanos con las cosas. Veamos la lírica descripción que hace Heidegger de su hogar ideal, una granja en la Selva Negra:

> Lo que ordena aquí la casa es la autosuficiencia que permite al cielo y a la tierra, a los dioses y a los mortales formar una única unidad con las cosas. Es eso lo que sitúa la granja mirando al sur, en la ladera de la montaña protegida de los vientos, entre los prados cercanos al ma-

> nantial, y la dota de un tejado con ancho voladizo de guijarros, cuya característica pendiente no sólo aguanta el peso de la nieve, sino que desciende hasta abajo para resguardar las habitaciones de las tormentas durante las largas noches invernales. No olvida el altar en un rincón, detrás de la mesa comunitaria, y halla sitio en la habitación para el sagrado lugar del parto y para el «árbol de los muertos» —pues así llaman aquí al ataúd—, y de ese modo determina, para las distintas generaciones que conviven bajo el mismo techo, el carácter de su viaje a través del tiempo. La habilidad artesana, surgida ella misma de la morada, que aún emplea sus herramientas y sus estructuras como si fueran cosas, edifica la casa de labor (citado por Harvey, 1996: 300).

También para el teórico francés Gastón Bachelard (citado asimismo por Harvey), la vivienda y el hogar son elementos decisivos que permiten al sujeto desarrollar un sentido de su propio yo, en tanto que perteneciente a un lugar determinado.

> Todo espacio realmente habitado contiene la esencia del concepto de hogar, porque [allí] se unen la memoria y la imaginación, para intensificarse mutuamente. En el terreno de los valores forman una comunidad de memoria e imagen, de tal modo que la casa no sólo se experimenta a diario, al ensartar una narración o al contar nuestra propia historia, sino que, a través de los sueños, los lugares que habitamos impregnan y conservan los tesoros del pasado. [Así pues] la casa representa una de las principales formas de integración de los pensamientos, los recuerdos y los sueños de la humanidad [...] Sin ella, el hombre *[sic]* sería un ser disperso (Bachelard, 1993).

Vemos, pues, el interesante paralelismo entre la casa y el cuerpo como depósitos de memoria. El concepto de casa que tiene Bachelard ha ejercido una enorme influencia. Así, por ejemplo, tanto Nancy Mairs (1989), en las memorias de su infancia y de su progresiva paralización a causa de una es-

clerosis múltiple, como la antropóloga francesa Joelle Bahloul (1992), en su estudio antropológico sobre la casa de sus ancestros judíos en la Argelia francesa, han recogido la siguiente cita de Bachelard al comienzo de sus respectivas obras: «No sólo los recuerdos, también las cosas que hemos olvidado están "almacenadas". El alma es una morada. Recordando las "casas" y las "habitaciones" aprendemos a morar dentro de nosotros mismos» (Bachelard, 1993).

Todas estas descripciones de carácter lírico nos enseñan el poder que los teóricos conceden a la casa y a la vivienda, con sus connotaciones de refugio y seguridad, espacio del placer y del acopio de recuerdos. En el caso de los hombres, podría decirse que tanto Bachelard como Heidegger, especialmente este último, vuelven la mirada a un idílico estado preindustrial y, por supuesto, ignoran el trabajo (del hombre y de la mujer) que requiere la construcción y el mantenimiento de una vivienda, en definitiva la conversión de un edificio en un hogar. En la cita de Heidegger, por ejemplo, es como si la granja se construyera sola, y el fenómeno parece casi tan «natural» como el propio paisaje. Sin embargo, la obra de Bachelard habla claramente a la mujer cuando reconoce la importancia de la casa para la creación social del sentido y la subjetividad; el espacio doméstico es «la representación material del orden social» y la «reproducción social se consigue perpetuando simbólicamente el orden social representado en el hábitat» (Bahloul, 1992: 129).

Esta *representación* en forma de orden y espacio doméstico es lo que Pierre Bourdieu denomina *habitus* (Bourdieu, 1991). Por eso, los recuerdos de la casa argelina que Bahloul toma de sus habitantes entre 1937 y 1962 son la representación del orden social de la Argelia colonial y del puesto que ocupaban en ella los judíos y los musulmanes. Cuando las relaciones sociales se enfocan desde dentro del espacio doméstico se pueden superar los límites entre lo público y lo privado, entre lo particular y lo general, es decir, al contrario de lo que suele creerse, no se trata de un enfoque «meramente» doméstico o reducido a la esfera privada.

Descubrir y hacer visibles las ideas que subyacen a esa especie de reificación espiritual de la casa como ámbito de la seguridad y descanso del cruel mundo del trabajo, que encontramos no sólo en la obra de Heidegger, sino en muchos otros autores, fue la meta de algunos de los primeros trabajos de las feministas posteriores al sesenta y ocho, a partir de las críticas más significativas de las feministas de los años anteriores. Todo lo que escribieron aquellas mujeres desde finales de los sesenta subrayaba que la división del espacio urbano en dos mundos, el de la casa y el del trabajo remunerado —el mundo privado, asociado a la mujer, y el mundo público del hombre—, dentro del capitalismo industrial de Occidente, ejercio un enorme influjo en la vida y el estatus de las mujeres (Allen y Crow, 1989; Mackenzie y Rose, 1983; Madigan y Munro, 1991). Para las mujeres, estimuladas (y a veces forzadas) a identificarse con la casa y restringir su vida a sus paredes, ésta se convirtió «en el espacio de la imposibilidad de emancipación, del abuso y de la satisfacción, alternativamente. Si al hombre se le ha animado tradicionalmente a "buscarse los medios de vida", de la mujer se esperaba que "cuidara la casa"» (Mertes, 1992: 58), y puesto que el cuidado de la casa se consideraba adaptado a las capacidades «naturales» de la mujer y carecía de recompensa económica, se devaluó y quedó al margen de toda teorización.

Pero, una a una, las mujeres fueron plenamente conscientes de la realidad del trabajo doméstico, de su tediosa repetición y, en muchos lugares, de la dureza del esfuerzo que requería cuidar de la casa y criar a los hijos. Desde finales del siglo XIX, se organizaron campañas en Gran Bretaña y Estados Unidos para compensar la aportación femenina a la familia y la economía mediante alguna forma de subsidio familiar por parte del Estado. Por ejemplo, durante su campa-

ña para mejorar la salud de las mujeres de la clase obrera en los años treinta, Margery Spring Rice realizó una encuesta a 1.250 mujeres pobres que reveló las penosas condiciones del trabajo doméstico y su lucha por sobrevivir con unos ingresos insuficientes. Como demostró Spring Rice, el trabajo de las mujeres, realizado «por amor»:

> Es mucho más continuo que el de los hombres, y sólo las más fuertes son capaces de llevarlo a cabo sin sufrir esas trágicas consecuencias para su salud, su felicidad y sus costumbres culturales, cuando no morales, que comprobamos a diario. Lo último que puede esperarse de ellas es la tranquilidad para pensar o para realizar cualquier otra actividad que no sea el mínimo que demanda la tarea que tienen entre manos. Su vida es completamente privada, y frecuentemente solitaria, su trabajo desorganizado y sin remuneración. Es inevitable que su esfuerzo se considere un hecho irrelevante, tanto por su parte como por la del resto de la población, que ha crecido y prosperado gracias a ello. Los miembros del Parlamento, a quienes ahora pueden votar, no saben nada de lo que ocurre en el pequeño taller oscuro y desorganizado que hay entre esas cuatro paredes (Spring Rice, 1981: 18).

Se trata de un testimonio revelador, que demuestra que el trabajo doméstico es trabajo, como cualquier otro, y que sus condiciones pueden ser mucho peores que las de otras tareas. Como sostiene Spring Rice, la permanencia en la casa implica una vida aislada:

> Para la inmensa mayoría de los hombres, que trabajan fuera de casa, el hogar supone descanso y recreo. En casi todas las familias, los miembros más jóvenes, salvo los muy pequeños, pasan mucho tiempo fuera de casa, en el colegio o, cuando han acabado los estudios, en sus primeros trabajos remunerados, de modo que, también para ellos, el hogar es el espacio del descanso o del juego. Tanto para los hombres como para los hijos, el tiempo que están en la calle significa la posibilidad de conocer gente nueva y divertirse, ya sea en clubes, campos de deporte o

intereses más serios; pero la madre, en general, no sale de casa (1981: 13-14).

A finales del siglo pasado, no faltaron en Estados Unidos pensadores utópicos que plantearon varias formas de reorganizar la provisión doméstica. Dolores Hayden, en su libro *Seven American Utopias* (1976), documenta la existencia de varios proyectos de casa sin cocina y ayudas facilitadas por las comunidades socialistas entre 1790 y 1935, parecidas a las planteadas por los socialistas owenianos a mediados del siglo XIX en Gran Bretaña [para un breve resumen de sus ideas véase *Eve and the New Jerusalem,* de Barbara Taylor (1983)]. Por desgracia, la mayoría fracasaron o tuvieron una vida muy corta. La novelista estadounidense Charlotte Perkins Gilman (entonces Charlotte Stetson) publicó en 1898 *Women and Economics,* donde criticaba la esclavitud doméstica de la mujer y exigía su participación en la vida pública, y no sólo como forma de garantizar la igualdad, sino por estar absolutamente convencida de que la tendencia a la colaboración, típica de las mujeres, era imprescindible para «equilibrar» el exceso de combatividad característico de la esfera pública masculina, y planteaba que la mujer, como el hombre, debía abandonar el hogar para emprender, según sus propias palabras, «un trabajo en el mundo».

Gilman aborda también las cuestiones relacionadas con el feminismo en su literatura de ficción, cuya lectura resulta muy interesante a un siglo de su publicación. *The Yellow Wallpaper* (desde 1892) es la historia de una joven madre a quien un bientencionado marido vuelve loca, que, al parecer, volvió a publicarse como literatura de terror, hasta su posterior reinterpretación feminista en los años setenta. En otras novelas, entre ellas *Herland* (desde 1915), la más famosa de la autora, Gilman describe una mítica sociedad socialista, en la que las mujeres tienen poder, las tareas domésticas desaparecen del hogar familiar y la comunidad se hace responsable de los hijos. Ideas que aún parecen radicales, e incluso utópicas, cien años después.

No obstante, la separación de la casa y el mundo del trabajo en las sociedades industriales de Occidente durante el siglo XIX, y la consiguiente reclusión de la mujer en la esfera privada, nunca fueron completas; por ejemplo, en Gran Bretaña, más de un tercio de las mujeres realizaron alguna forma de trabajo remunerado en los cien años que median entre 1850 y 1950, pero, durante el siglo XIX, se las excluyó poco a poco de los empleos industriales mejor pagados, porque los hombres comprendieron enseguida el peligro que representaba la competencia del trabajo femenino, peor remunerado que el suyo. Por otra parte, las terribles condiciones en que realizaban su tarea aquellas primeras trabajadoras y la elevada mortalidad de los niños convencieron a los filántropos de que no se debía permitir la presencia de mujeres en ciertos oficios (C. Hall, 1992). Conviene recordar también que la necesidad de mantener unas condiciones de vida decentes en la familia y de alimentar y conservar la ropa que sus maridos debían llevar al trabajo consumía la mayor parte del tiempo de las mujeres de clase obrera. Basta con imaginar las tareas domésticas de la mujer de un minero del siglo pasado, sin baños en la bocamina ni agua caliente en casa (McDowell y Massey, 1984).

Los ángeles del hogar

Con todo, y pese a las excepciones que acabamos de comentar, el significado del trabajo en la casa y su importancia para la reproducción de la mano de obra industrial han sido prácticamente ignorados, al menos en el plano teórico e ideológico. Por el contrario, en Gran Bretaña, la casa se ha asociado, especialmente en el siglo XIX, aunque también hasta época reciente, a ciertas características *opuestas* al desarrollo de la economía capitalista. Así, durante la industrialización, tanto en Gran Bretaña como en otras sociedades europeas, la casa quedó investida de un halo espiritual (semejante al del citado texto de Heidegger) que presentaba rasgos religiosos. El cuidado de la casa y, muy especialmente,

la crianza de los hijos se consideraban un «sagrado» deber de la mujer, que, junto al «cabeza de familia», se protegía en la esfera privada de la dureza del competitivo mundo capitalista. La casa se convirtió en el espacio idealizado de la vida emocional, donde se expresaban plenamente los sentimientos que debían reprimirse fuera de ella; es decir, el espacio del amor, la emoción y la empatía. De este modo, la carga de cuidar a los demás recayó sobre los hombros de las mujeres, a las que, sin embargo, se consideraba más «ángeles» que trabajadoras. Pero como el hogar era también símbolo del estatus de la riqueza del hombre, se estimuló a la mujer no sólo a mantener las mejores condiciones de vida y limpieza, sino también a decorarlo y embellecerlo. Mertes cita el discurso de un dirigente sindical estadounidense, que, en 1906, resumía perfectamente la ideología dominante:

«Yo afirmo que la esposa o la madre, al atender a las tareas de la casa, realiza una enorme aportación al sustento de la familia [...] Y creo que [...] la esposa, aparte de cumplir sus deberes naturales en el hogar, debe lograr que su trabajo sea lo más placentero posible para ella a la vez que contribuye a embellecer la casa y los alrededores» (Gompers, citado en Mertes, 1992: 66).

Nótese que Gompers no sólo da por supuesto que las tareas domésticas son el deber natural de la mujer, sino que pretende que, además, le resulten placenteras.

La absoluta separación entre la vida laboral y la casa, con la consiguiente reclusión de la mujer, predominaba en las clases medias británicas y estadounidenses. Catherine Hall, por ejemplo, al narrar la historia de la familia Cadbury, demuestra que las esposas y las hermanas quedaron lenta pero inexorablemente excluidas de la vida comercial del negocio (Hall, 1982), y a finales del siglo XIX, todas las mujeres casadas, no sólo las de la familia, fueron excluidas de la fábrica que poseía la familia en Bournville. No obstante, los lujos o «las buenas obras» en casa de las mujeres de clase media dependían del esfuerzo que realizaban sus hermanas de la clase obrera para mantener el buen funcionamiento de los hogares victorianos. A finales del siglo XIX había en

Gran Bretaña casi un millón de mujeres que trabajaban a sueldo en casas ajenas, y otras muchas obligadas a realizar los trabajos que solían remunerarse en su propia casa, tales como lavar o cuidar de los huéspedes. Aunque se trataba de trabajos «domésticos» en su hogar o en el de otras familias, parece que esta forma de empleo femenino fue ignorada y nunca mereció la menor regulación, y no evitó la exclusión del mercado de trabajo en las fábricas o las minas de la Inglaterra victoriana.

Catherine Hall fue una de las primeras historiadoras del trabajo doméstico; sus ensayos sobre este y otros temas están recogidos en *White, Male and Middle Class,* donde escribe lo siguiente:

> Las amas de casa no suelen creer que también ellas posean una historia, y los historiadores no las consideran merecedoras de un estudio académico. Los cambios en el matrimonio, el cuidado de los hijos y las tareas caseras, por ejemplo, continúa siendo un asunto mal analizado [...] dado que la condición de ama de casa está socialmente definida y esa definición cambia conforme a cada momento histórico (1992: 43).

La propia Hall, en colaboración con Leonore Davidoff (Davidoff y Hall, 1987) y en el estudio de la familia Cadbury que acabo de mencionar, ha contribuido a desenterrar la historia del trabajo doméstico femenino a finales del siglo XVIII y a lo largo del XIX, subrayando la paulatina reclusión de las mujeres de la clase media en sus casas, y la exclusión de las obreras de muchas actividades relacionadas con los oficios y los servicios. Hall sostiene que estas limitaciones de la actividad doméstica se debieron a la organización capitalista de muchos trabajos que antes eran una extensión del trabajo doméstico.

> La elaboración de la cerveza constituye un ejemplo clásico. Las mujeres participaron profusamente en esa actividad empresarial hasta finales del siglo XVII, pero desaparecieron de escena en cuanto se convirtió en un oficio

> organizado. Dado que los conocimientos adquiridos en el ámbito casero ya no bastaban para mantener su presencia, quedaron relegadas a la elaboración para el consumo familiar, como actividad privada sin posibilidades de extenderse a la esfera social [...] La organización de los oficios, para protegerse de las consecuencias de la separación del capital y la mano de obra, por una parte, y de la casa y el lugar de trabajo, por otra, pasó a ser un objetivo de importancia primordial para los hombres. La división entre producción de mercancías y trabajo doméstico fue el inevitable resultado; los trabajadores se agruparon y los empleados formaron asociaciones que vinieron a sumarse a los antiguos gremios. En cuanto a los oficiales, en su nueva situación de trabajadores asalariados capaces de negociar, tuvieron que mantener su posición exclusiva prolongando el periodo de aprendizaje y restringiendo la entrada; naturalmente, el grupo más fácil de excluir fue el de las mujeres (Hall, 1992: 52).

A la unidad de los hombres para expulsar a la mujer de los oficios vino a sumarse el auge del movimiento filantrópico durante el siglo XIX, que también contribuyó a recluirla en casa, impidiéndole el acceso a los oficios considerados rudos o peligrosos, en aras de su propia salud. Otro ejemplo clásico sería la minería de carbón (véase John, 1980). El tercer fenómeno que completó en Gran Bretaña la exclusión ideológica, cuando no la exclusión material absoluta, fue la religión. Desde la época de la revolución puritana, pasando por el último movimiento inconformista de clase media, la mujer quedó relegada a sujeto de importancia secundaria, sin otro fin que el apoyo al marido dentro de la casa. Catherine Hall (1992: 58) cita las palabras de Adán en *El paraíso perdido,* de Milton:

> Pues nada hay más hermoso en la mujer
> Que aplicarse al doméstico cuidado
> E inspirar nobles hechos a su esposo

Leonore Davidoff y Catherine Hall (1987) afirman que el desarrollo de los movimientos evangélicos que se produjeron a finales del siglo XVIII y abarcaron todo el siglo XIX influyeron poderosamente en el concepto de la feminidad

domesticada. Estos movimientos concibieron un orden moral y una concepción científica y racional del mundo, en los que el mito, la superstición y la naturaleza quedaron vinculados a seres inferiores —mujeres, niños, obreros y trabajadores del campo—, necesitados de control.

> La sexualidad, considerada una de las mayores fuerzas irracionales, se relegó al núcleo íntimo del matrimonio, y el juego sexual fue la antítesis cabal del trabajo racionalizado. Las mujeres, especialmente las embarazadas, ejemplo inequívoco de sujeto sexual, pertenecían a la naturaleza animal, incompatible con la seriedad del trabajo que había que realizar en el mundo. Desde los movimientos científicos e higiénicos se hablaba de pureza e impureza, separaban lo útil de lo inútil y las semillas de las malas hierbas, para controlar cualquier cosa que pudiera ser nociva: materiales, miradas, sonidos, olores [...] y personas (Davidoff y Hall, 1987: 26-7).

Vemos, una vez más, el paralelismo entre el cuerpo femenino y la construcción social de la feminidad y la casa. La mujer, o mejor, la mujer casada necesitaba estar sometida a un control, y, paradójicamente, dada la asociación entre sexualidad y contaminación, era pura y sagrada, el ángel de la casa, entregado a poner orden en su hogar. A medida que avanzaba la época victoriana, la casa se representaba como fuente de virtudes y emociones imposibles de hallar en otro lugar, por ejemplo, en el agitado mundo del comercio y la industria, propio de los hombres. Como dice Ruskin en su ensayo *Sesame and Lilies:*

> La verdadera función del hogar —el espacio donde reina la paz— es guardarnos no sólo de los agravios, sino también de los temores, las dudas y las divisiones, y cuando no es así no podemos darle ese nombre; cuando las angustias de la calle entran en él, y el marido o la esposa permiten que la sociedad indiferente, extraña, incompatible u hostil cruce su umbral, el hogar deja de serlo (citado en Hall, 1992: 61).

El propio Ruskin fracasó en su proyecto de hogar feliz cuando vio que la realidad del cuerpo y la sexualidad de su mujer no coincidían con lo que había imaginado. Sin embargo, no faltaron ya en aquella época ciertos comentaristas poco seducidos por semejante retórica. En su *Appeal on behalf of one half of the human race,* publicado en 1825, William Thompson describe la casa como «la eterna prisión de la esposa, que su marido pinta como la morada del sosiego y la felicidad, mientras se dedica a buscar fuera de sus paredes otras felicidades menos sosegadas y más variadas y estimulantes» (citado en Hall, 1992: 61). Ciento sesenta años después, la autora feminista Beatriz Campbell escribía en términos muy parecidos: «Puede que para el hombre inglés su casa sea su castillo, pero lo cierto es que se cuida bien de no pasar mucho tiempo entre sus muros» (Campbell, 1984). Como vemos, la crítica al trabajo doméstico y a la casa como prisión, propia del siglo XX, no carece de antecedentes.

Sin embargo, la ideología que consideraba al hogar el espacio de la mujer por antonomasia se extendió a todas las clases sociales británicas durante el siglo XIX, dominando la vida y la mente de las mujeres. Para las de clase obrera que «trabajaban fuera» continuó siendo necesario mantener en condiciones su propia casa. La economista Jane Humphries (1977), aun reconociendo la carga que representó el trabajo doméstico en el siglo pasado, critica la ortodoxia feminista que juzga necesariamente opresora para la mujer su permanencia en la casa, y sugiere que el pago de un posible subsidio familiar para el hombre, que permitiera quedarse en casa a la mujer, aumentaría el nivel de vida de muchas familias trabajadoras. En sus historias orales de las mujeres pertenecientes a la clase obrera en Lancaster, a comienzos del siglo XX, Elizabeth Roberts (1988) ha descubierto también que las relaciones de género en muchas de esas familias se basaban más en la colaboración que en el antagonismo. Tanto los hombres como las mujeres eran perfectamente conscientes de las desigualdades y las injusticias, producto de su pobreza, y deseaban encontrar una fórmula para «salir adelante» y criar a sus hijos como mejor les permitieran sus

condiciones. Es decir, los intereses comunes de clase superaban las diferencias de género.

En las primeras décadas del siglo XX, la asociación del trabajo doméstico con la mujer pasó de ser un «hecho natural» a institucionalizarse, y ello pese a los paréntesis de las dos guerras mundiales, durante los cuales las mujeres tuvieron que abandonar la casa y descuidar las tareas domésticas para suplir la falta de mano de obra. Resulta interesante comprobar que durante los periodos de guerra, la propaganda gubernamental comparaba el trabajo industrial con numerosas tareas del hogar, con el objetivo de estimular la participación femenina; así, por ejemplo, se llegó a comparar la soldadura con la labor de punto. Sin embargo, las mujeres británicas se integraron en el mundo asalariado durante el siglo XX en calidad de trabajadoras a tiempo parcial, lo que les permitía continuar con su «doble actividad», y la ideología de la «domesticidad» no se vio auténticamente alterada hasta que se produjo el desarrollo del sector de servicios en los años setenta, asociado a la reestructuración industrial. En las posguerras y el periodo de entreguerras, las tareas domésticas recuperaron su condición de tarea femenina. Así se creó una ciencia doméstica, que se enseñaba en el colegio y las instituciones académicas especialmente a las mujeres, y el trabajo doméstico comenzó a presentarse, por parte de una publicidad industrial cada vez más profesionalizada, como un conjunto racional y sistemático de tareas, que requerían instrumentos y objetos especializados, de modo que la reflexión sobre el papel de la mujer en la esfera doméstica y la contribución de su trabajo a la reproducción del sistema capitalista y el mantenimiento de las estructuras opresivas de su propia condición hubo de convertirse en uno de los objetivos principales de las teóricas del feminismo.

El capitalismo y el trabajo doméstico

Pese a los estudios pioneros de Charlotte Perkins Gilman, la reflexión teórica sobre el trabajo doméstico decayó hasta el renacer del movimiento feminista a partir de los

años sesenta. Influidos por la tendencia dominante en la época, el feminismo socialista, economistas y sociólogas debatieron acaloradamente su significado como una categoría dentro de las relaciones sociales del capitalismo. Partiendo de los primeros escritos de Engels sobre la familia y la propiedad privada en el capitalismo industrial del siglo XIX, las feministas contemporáneas sostuvieron que la división en trabajo productivo, en fábricas y oficinas, y trabajo reproductivo de la mujer en casa era imprescindible para el funcionamiento del capitalismo. El trabajo doméstico de la mujer, en el lenguaje de entonces, reproducía a diario el otro. Las mujeres se ocupaban de la higiene de los hombres, de su alimentación y de su vestido, para que ellos pudieran acudir todos los días al trabajo, y parían y cuidaban unos hijos que iban a ser la futura mano de obra. Por tanto, ellas estaban explotadas por el capitalismo, pero, se decía, también por el hombre concreto que se apropiaba de su trabajo dentro de la casa. Como argumentaba Sylvia Walby:

> El trabajo que realiza la mujer puede abarcar desde la preparación de la comida y la limpieza del marido a la crianza de los hijos. Las amas de casa hacen este trabajo para sus maridos, y en estas relaciones de producción, ellos son los empresarios que se apropian de su mano de obra. A cambio, no se las paga, únicamente (y no siempre) reciben la manutención. El producto de este esfuerzo femenino es una fuerza de trabajo, la suya, la de su marido y la de sus hijos. El marido puede apropiarse de la fuerza de trabajo de la mujer, porque posee la fuerza de trabajo que ella ha producido, y puede venderla como si fuera suya (1989: 221).

También la familia fue convirtiéndose paulatinamente en un mercado para la producción masiva de mercancías característica del sistema capitalista, que en gran parte se debía al trabajo individual de las mujeres en su propia casa. Ciertos productos, como, por ejemplo, la comida enlatada y las mermeladas, así como la cerveza elaborada comercialmente, sustituyeron a los productos caseros, y junto, por ejemplo, a

la ropa confeccionada en la industria a bajo precio o el jabón, se convirtieron en objetos de consumo. La familia pasó de unidad de producción a unidad de consumo.

Zillah Eisenstein (1979), en uno de los primeros y más influyentes artículos, define los vínculos entre el capitalismo y el patriarcado (el sistema de poder masculino que produce la inferioridad de la mujer), porque, a su parecer, las mujeres cumplen cuatro grandes funciones en las sociedades capitalistas. En primer lugar, estabilizan las estructuras patriarcales, especialmente la familia, desempeñando los papeles socialmente definidos de esposa y madre; en segundo lugar, reproducen nuevos trabajadores para la mano de obra, remunerada o no; en tercer lugar, estabilizan la economía con su papel de productoras; y en cuarto y último lugar, ellas mismas participan en el mercado de trabajo recibiendo sueldos inferiores. Analizaré esta cuarta función en el próximo capítulo; por el momento, recuerdo al lector que en el primer capítulo cité a Sylvia Walby (1990) a propósito de su consideración del trabajo doméstico y el trabajo asalariado como dos de las seis estructuras de las relaciones patriarcales en las sociedades industriales contemporáneas.

¿Se puede evaluar (y remunerar) el trabajo doméstico de la mujer?

Junto al análisis teórico del trabajo doméstico, la segunda fase del feminismo realizó varias contribuciones de tipo práctico al debate sobre el reconocimiento y la recompensa del trabajo femenino en casa. Desde finales de los años sesenta y durante toda la década de los setenta, el movimiento feminista británico reivindicó el salario para las amas de casa. Sin embargo, el apoyo fue escaso, y despertó las críticas de quienes temían que ese salario contribuyera a consolidar las responsabilidades domésticas de la mujer y su condición subalterna, dificultando, además, el cambio en las relaciones de género y el acceso de la mujer al mercado de trabajo remunerado. Estas feministas ofrecían la alternativa

de convencer a los hombres de que la casa era también responsabilidad suya y de que, por tanto, estaban obligados a compartir las tareas domésticas.

Por desgracia, como han demostrado los presupuestos desde la década de los sesenta hasta la actualidad, los hombres han demostrado una marcada resistencia a asumir su parte de responsabilidad dentro de la casa. Los datos de la Office of National Statistics sobre el empleo que dieron a su tiempo las mujeres y los hombres en Gran Bretaña, en 1995, demuestran que las primeras invirtieron una media de 68 minutos al día en cocinar; 86 en cuidar de sus hijos; 25 en lavar; 70 en la limpieza, y 46 en hacer la compra. Por el contrario, los hombres sólo invirtieron 28 minutos en la cocina; 55 con los hijos; 3 con la colada; 43 en la limpieza y otras tareas, y 26 en hacer la compra. Otras investigaciones han demostrado que cuando la mujer trabaja fuera de casa no descuida en lo esencial las tareas domésticas. El tiempo que invierten los hombres en el cuidado de la casa y los hijos ha aumentado, pero es interesante resaltar que esto ocurre en proporción directa con la capacidad de la esposa para ganar dinero (Morris, 1992).

Cuando la mujer realiza el trabajo doméstico en casa de otras mujeres (una actividad que analizaré en la siguiente sección de este capítulo), su valor se incluye en las estimaciones económicas nacionales del producto nacional bruto. Sin embargo, las tareas no remuneradas no cuentan, pese a que hace ya años que los economistas, feministas o no, denuncian que se trata de una disparidad patente y piden que se incluyan en los sistemas de contabilidad nacional (Waring, 1989). Finalmente, en 1977, después de más de treinta años de presiones, el gobierno británico calculó que el valor del trabajo doméstico, si se tuviera en cuenta, duplicaría el tamaño de la economía. El informe sobre el tiempo invertido reveló que en las tareas domésticas se empleaba una vez y media más que en un puesto de trabajo cualquiera. La Office of National Statistics calculó que si se valorara el tiempo dedicado al trabajo que no se remunera con la misma tasa promedio que el remunerado, aquél podría ascender a la enormidad

de 739 billones de libras anuales. Cuando este valor se calcula desagregando tareas y aplicando la tasa promedio del sueldo que reciben las personas encargadas de cuidar a los niños o de hacer la limpieza, o el de aquellas que se dedican a pintar y decorar por cuenta propia, la cifra total desciende a 341 billones, ya que estos trabajos se encuentran entre los peor pagados del mercado, pese a lo cual representan el 56 por 100 del Producto Nacional Bruto, y su valor supera el del sector de la industria británica.

Aunque las posibilidades de recompensar monetariamente este trabajo son muy escasas, el hecho de que se introduzca en las cuentas nacionales y el gobierno reconozca la veracidad de los argumentos feministas, según los cuales, remuneradas o no, las tareas domésticas, que realizan mayoritariamente las mujeres dentro de las cuatro paredes de su casa, son ni más ni menos que trabajo, representa ya un paso adelante. En el siguiente párrafo pretendo analizar el trabajo doméstico que sí se remunera, donde las mujeres ya no tienen la exclusiva, aunque su presencia sigue siendo mayoritaria.

El trabajo doméstico remunerado

El trabajo doméstico remunerado dentro de la casa no sólo desmiente el concepto socialmente establecido del hogar y de su vinculación con el universo privado y familiar, sino que revela las complejas intersecciones entre la domesticidad, la posición de clase y las diferencias raciales que distinguen a las mujeres y crean las divisiones entre ellas. Conviene no olvidar que las teorizaciones del patriarcado que hemos visto más arriba y en el capítulo 1 ignoran el trabajo doméstico remunerado, porque dan por sentado que son tareas que realiza «por amor» una mujer particular que depende de un hombre igualmente particular.

El trabajo pagado dentro de la casa de clase media —la limpieza y el cuidado de los niños— corre a cargo de las mujeres de la clase trabajadora, y en el caso de Estados Unidos y Canadá debemos añadir que son mujeres de color las que

trabajan para las blancas. Pero el culto a la domesticidad —la mujer como ángel del hogar, según la idea desarrollada en Estados Unidos e Inglaterra durante la industrialización— adopta formas geográficas y sociales muy distintas, tanto de una a otra de esas naciones como dentro de ellas, dependiendo de cómo lleguen al servicio doméstico en cada caso las mujeres de color y de clase obrera.

Según las geógrafas británicas Nicky Gregson y Michelle Lowe (1994), que han investigado las pautas geográficas de distintas formas de trabajo doméstico, mientras la realización de las tareas de limpieza corre a cargo de una mano de obra predominantemente local, el cuidado de los niños, en especial cuando se trata de niñeras internas, atrae a jóvenes de la clase obrera procedentes de una zona de captación más amplia. Destacan de modo especial el traslado de las jóvenes desde el norte de Gran Bretaña a las casas de la clase media de Londres y el sureste del país. Como afirman en la introducción del libro:

> El trabajo doméstico remunerado en la Gran Bretaña contemporánea, particularmente en lo relacionado con el cuidado de los niños, es una cuestión emocional. Se trata de un fenómeno que desmiente la asociación de la totalidad de las mujeres con las tareas domésticas y el concepto de trabajo casero como actividad no remunerada, realizada por amor y no por dinero. Por otra parte, parece también, y al mismo tiempo, origen y reflejo de algunas de las grandes diferencias y divisiones entre las mujeres (Gregson y Lowe, 1994: 5).

Para Gregson y Lowe, los conceptos de género, cuidado y amor, que forman la estructura misma de la crianza de los niños como actividad laboral, son la base de lo que llaman relaciones de «falso parentesco» entre empleadoras y empleadas, y convierten ese tipo de trabajo en una tarea fundamentalmente emocional y personal. El resultado es la aparición de conflictos entre las mujeres que se encuentran a ambos lados de la relación, y la insatisfacción para las niñeras y otras trabajadoras doméstica con los términos y condiciones de su empleo.

Gregson y Lowe encuentran pocos ejemplos de diferencias étnicas entre empleadoras y empleadas, pero en Estados Unidos existen tanto esas diferencias como las de clase. En los estados del sur, el servicio doméstico formado por persona negras es una reliquia de las pautas establecidas por el esclavismo. A este respecto, Haug (1992) destaca el estereotipo cultural de la figura de la *mammy*. En Canadá y las ciudades norteñas de Estados Unidos, la mano de obra doméstica estuvo formada en principio por las inmigrantes blancas y pobres [la última novela de Margaret Atwood, *Alias Grace* (1996), constituye un apasionante testimonio de las condiciones de vida de aquellas mujeres en el Canadá de la década de 1840], pero desde los años cuarenta de nuestro siglo, estos empleos pasaron a las mujeres negras que llegaron masivamente al norte acompañando a los hombres contratados por las nuevas industrias. En los estados del suroeste, el servicio doméstico era mexicano o indio. Puede decirse que la asociación entre el género y las tareas domésticas sólo se quebró en la coste del oeste, con la contratación de chinos, cuya masculinidad se vio puesta en duda.

TABLA 1. *Tasa de empleadas de servicio en casas particulares por grupo étnico-racial, 1900-1980, en Estados Unidos.*

	1900	1930	1960	1980
Negras	43,5	53,5	39,3	5,0
Blancas (origen europeo)	29,8	12,0	4,4	0,8
Indias	13,4	22,5	16,8	1,4
Chinas	35,6	12,1	1,7	0,8
Japonesas	28,6	29,9	8,2	1,4
Filipinas	n.d.	34,4	3,7	0,9
Chicanas	n.d.	33,1	11,5	2,4
Puertorriqueñas (EE. UU.)	n.d.	n.d.	1,2	0,7
Puertorriqueñas (P. R.)	78,4	27,5	13,7	1,4

(n.d.: no disponible)

Fuente: T. Amott y J. Matthaei, *Race, Gender and Work,* Montreal Nueva York, Black Rose Books, 1991, pág. 325, tabla 10.3.

La tabla 1 muestra el descenso de las etnias en el empleo doméstico en Estados Unidos de 1900 a 1980. Para las mujeres negras, sobre todo en los estados del sur, apenas existieron otras posibilidades de trabajo antes de la Segunda Guerra Mundial. Así como se construyó una imagen de inferioridad de las mujeres respecto a los hombres mediante una serie de comparaciones dicotómicas, la mujer negra se contrapuso a la blanca mediante un conjunto de polaridades procedentes de los tiempos de la esclavitud, que se prolongaron en el caso del servicio doméstico: blanca-negra, frígida-sexual, pura-impura, limpia-sucia, humana-animal, moral-disoluta. De este modo, el trabajo sucio de la casa se asignaba a unas mujeres cuya imagen construida era la de impuras e inferiores.

En Gran Bretaña encontramos un conjunto muy parecido de polaridades que distinguen a la mujer trabajadora de la mujer de clase media, cuyo ejemplo más acabado podría ser los dibujos y fotografías de Alfred Munby, académico y abogado victoriano que convirtió en un fetiche la imagen de la obrera «sucia». Las relaciones entre suciedad, raza y clase en el imperialismo han sido estudiadas por Anne McClintock en su interesante obra *Imperial Leather* (1994).

Los datos históricos sobre los cambios experimentados por el trabajo asalariado en el caso de las estadounidenses de origen africano y afrocaribeño revelan que las últimas transformaciones económicas y el cambio a una economía de servicios han abierto nuevas oportunidades para las mujeres de color, aunque en muchos casos hayan pasado de cocinar, limpiar y cuidar niños en el ámbito doméstico a realizar las mismas tareas en negocios públicos: lavanderías, guarderías, bares y tiendas de comida rápida (Amott y Matthaei, 1991; Glenn, 1992), y aunque aún sean muchas las que todavía prestan sus servicios en casas ajenas.

En Suráfrica, donde, desde hace cien años, millones de negras han tenido que abandonar a sus hijos, sobre todo en las zonas rurales, para cuidar a los hijos de las blancas, el género y la raza presentan una relación muy semejante. En un conmovedor libro titulado *The Women of Phokeng* (1991),

Belinda Bozzoli ha documentado, con la ayuda de Mmantho Nkotsoe, la vida de un grupo de ancianas negras nacidas en Phokeng, una zona rural del país, antes de la Primera Guerra Mundial, que durante el *apartheid* vivieron en Bophuthatswana. Bozzoli demuestra que la vida de estas mujeres ha permanecido durante mucho tiempo al margen de la historia, de modo que apenas se conoce nada de su experiencia como hijas de campesinos o de los recursos que desarrollaron para afrontar las privaciones de su vida adulta. La mayor parte de las dieciséis mujeres que aparecen en el estudio trabajaban en la ciudad cuando tenían veinte años, muchas de ellas como sirvientas. La emigración siguió una pauta común, que consistía en ir aumentando la distancia; primero, se trasladaban a Rustenburg, una ciudad vecina, y luego a Johannesburgo.

Bozzoli cuenta los motivos que llevaron a estas mujeres al servicio doméstico, y sus opiniones al respecto. Me parece muy interesante que nos aconseje no asignar de un modo automático la condición de oprimidas y desheredadas a esas mujeres:

> No deberíamos asumir que la elección de trabajar en el servicio doméstico fuera un hecho completamente accidental o el resultado económico del mercado de trabajo. Por muy poderosas que fueran las fuerzas estructurales que empujaron a las mujeres a ese tipo de trabajo, desde el punto de vista de su propia conciencia de la situación el servicio doméstico representaba una salida relativamente buena [...] Se trataba de elegir entre trabajos típicos de la clase obrera, y, como dice una de las entrevistadas, las «empresas no son cosa de mujeres». Los factores que influyen en la elección de este tipo de trabajo son numerosos, empezando por la preparación que les dieron los misioneros, llevados de su ideología paternalista. El servicio doméstico era, según Nthana Mokale (una de las entrevistadas), mucho mejor que el trabajo en el campo, y desde luego estaba mejor pagado; un medio que daba lo suficiente para satisfacer las necesidades de la familia y acumular la dote imprescindible para un buen matrimo-

> nio. Esta actitud posibilista de las mujeres las convencía de que iban a la ciudad por motivos propios, porque allí estaban los recursos que necesitaban para cumplir sus sueños (Bozzoli, 1991: 96-7).

Se trata de un análisis correctivo de esa idea generalizada que siempre ve en la mujer una víctima, y no acepta su capacidad de gestionar su propia vida extrayendo lo mejor de sus limitadísimas oportunidades. Recuérdese que, en el capítulo 1, Deniz Kandiyoti (1988) sostenía que la mujer «pacta» con el patriarcado y el paternalismo luchando contra las circunstancias y, al mismo tiempo, haciendo las mejores elecciones posibles en cada situación dada. En cuanto a las dieciséis mujeres cuyas vidas recogen con tanto realismo Bozzoli y Nkotsoe, no cabe duda de que lucharon. Muchas tuvieron una participación activa en algún momento contra el racismo y el *apartheid,* especialmente durante las campañas contra las leyes que imponían el salvoconducto. Estas mujeres contaban con sus redes familiares y con otras mujeres, a las que Bozzoli se refiere con la expresión «las chicas de la casa», porque gracias a todo ello podían labrarse una buena posición en el mercado de trabajo en los suburbios mejor pagados, donde, en algunos casos, no eran las únicas trabajadoras domésticas de las casas. Oigamos lo que opinaban dos de ellas sobre su situación durante los años veinte:

> «Las mujeres sólo se dedicaban a limpiar y a cuidar de los niños», dice la señora Mekgwe. Los hombres, que antes habían monopolizado el servicio doméstico y aún predominaban en el oficio, se dedicaban a otras tareas, como la jardinería o la cocina. Nthana Mokale cuenta, por ejemplo, de una de las casas en las que trabajaba: «Yo era literalmente un mono de Phokeng; ni siquiera me permitían cocinar guisos, sólo podía hacer gachas.» Un hombre de Mosotho cocinaba, servía y cuidaba el jardín, «yo sólo limpiaba la casa y cuidaba a los niños; una niñera, ya sabe usted». Por las noches «él hacía la cena, ponía la mesa y fregaba los platos mientras yo bañaba a los niños y los metía en la cama» (Bozzoli, 1991: 99).

Así pues, en la Suráfrica de la época, también los hombres trabajaban en el servicio doméstico, donde había una clara división de géneros; la misma, por cierto, que encontramos en las ciudades de la actual California, donde las mujeres latinas se ocupan de los niños y realizan las tareas caseras, mientras los hombres hacen de *factotums* o jardineros (Romero, 1992). En Gran Bretaña, donde las mujeres son mayoría en el servicio doméstico, la jerarquía establece que la limpieza es una labor que requiere menos preparación que el cuidado de los niños y, en consecuencia, está peor pagada (Gregson y Lowe, 1994). Para muchas sirvientas, especialmente las que emigran de las zonas rurales o se desplazan a otras partes del país, el trabajo supone dejar a sus propios hijos para cuidar a los de mujeres mejor situadas, lo que produce en su vida una ruptura de los vínculos entre la maternidad y la casa (Hondagneu-Sotelo y Ávila, 1997).

El trabajo doméstico en Canadá: la construcción de los estereotipos y las diferencias

Suele decirse que el enfoque de las estudiosas feministas varía en función de su edad. Si es así, puede que la madurez de la geografía feminista canadiense se refleje en un reciente volumen de *Gender, Place and Culture,* donde encontramos dos artículos sobre las distintas formas de construir la diferencia y la etnicidad, y sus efectos sobre el empleo de mujeres con orígenes muy diversos, que se dedican al cuidado de los niños y a otras labores domésticas en las ciudades. En el primero, Geraldine Pratt comienza declarando su interés personal en el asunto: «Antes de que naciera mi hijo, ya estaba preocupada por el problema del cuidado cotidiano» (1997: 159). Una de las cuestiones que interesan a Pratt, como madre y como profesional de la geografía, es la construcción de estereotipos raciales, tanto por parte de las agencias de niñeras y de la política gubernamental como de las costumbres de los ciudadanos particulares. El segundo, a

cargo de Bernardette Stiell y Kim England (1997), trata de problemas semejantes, y demuestra que, a través de un complicado conjunto de prácticas institucionalizadas, se ha creado una jerarquía de niñeras, por la que las blancas europeas están por encima de las mujeres de color, lo cual afecta tanto al poder como al sueldo de las trabajadoras domésticas y a sus relaciones con los empleadores actuales o futuros. No obstante, Pratt muestra que la cuestión, al menos en lo relativo al poder, no es tan sencilla, pues se complica con inconsistencias y ambigüedades relacionadas con «los problemas que suscitan la sustitución materna, el pasado colonial, las diferencias raciales y el trabajo de las madres».

Estos estudios de las ciudades canadienses reúnen los dos grandes temas de la literatura geográfica actual sobre el trabajo doméstico remunerado. El primero subraya la importancia nacional e internacional de las migraciones de las mujeres de rentas bajas y el significado de las ideas sobre la nacionalidad y los estereotipos nacionales (England y Stiell, 1997; Mattingly, 1996; Radcliffe, 1990), mientras que el segundo se centra en los cambios que produce la reestructuración económica y social de las economías «centrales» en la relación entre la casa y el trabajo remunerado, tanto para las mujeres de rentas altas, que tienen empleos de estatus elevado como para esa cantidad cada vez mayor de mujeres mal pagadas en el mundo de estatus más bajo de los «servicios» (Gregson y Lowe, 1994; Moss, 1995a).

La casa como refugio y/o prisión

Así como la mayor parte de las teorías sobre el trabajo doméstico en su relación con el capitalismo se debe a las feministas de ideología socialista, las feministas interesadas en las cuestiones relativas a la estructura familiar y el poder del hombre comenzaron a estudiar, desde finales de los años sesenta, la casa como jaula, trampa o prisión (Gavron, 1968; Oakley, 1974) y, para algunas, como un espacio de temores y abusos (Campbell, 1988). En este caso se centraban en la

violencia del hombre contra la mujer y los abusos contra los niños. Ya he sostenido que la consideración de que la casa de un inglés es su castillo, junto con la idea del hogar como espacio privado de relaciones personales, ha producido una tolerancia oficial por parte del Estado de ciertas manifestaciones inaceptables del poder del hombre sobre la mujer. La violencia doméstica, por ejemplo, no se consideraba un daño físico tan grave como otras agresiones contra las personas, y la policía se negaba a intervenir en lo que todo el mundo consideraba «peleas de matrimonios». Pero también las mujeres se resistían a quejarse, a causa de su dependencia económica de su pareja, ya que muy a menudo no compartían la propiedad de la casa o el contrato de alquiler. En Gran Bretaña, Erin Pizzey, entre otras, desempeñó un papel decisivo en la creación del movimiento que construyó numerosos refugios para mujeres en todas las ciudades.

En otras ocasiones, sin embargo, las autoridades sí tenían acceso a la casa, pero era, y aún es en algunos casos, para someter el comportamiento femenino y los hábitos domésticos a vigilancia policial (Donzelot, 1990). Es el caso, por ejemplo, de los *housing managers,* vinculados a la autoridad municipal en Inglaterra, que, lejos de limitarse a informar sobre el estado de limpieza que la administración consideraba satisfactorio, visitaban las casas sin anunciarse. De igual modo, en las solicitudes de traslado de vivienda se tenía en cuenta la atención que se prestaba a la casa para determinar la nueva asignación (Sarre *et al.,* 1988). Los trabajadores sociales, los funcionarios encargados de que se cumpla el reglamento de asistencia a los colegios, los auxiliares sanitarios y las enfermeras de la comunidad todavía tienen derecho a entrar en las casas.

Con todo, en la literatura teórica de la época se dio por supuesto con cierto apresuramiento que tanto la familia como las estructuras institucionalizadas del Estado —la seguridad social y la profesión médica, por ejemplo— se convirtieron automáticamente en instrumentos de la opresión patriarcal. El libro de Elizabeth Wilson (1977), *Women and the Welfare State,* es un buen ejemplo de esa opinión. Poco a

poco, a medida que se ha ido comprendiendo que las instituciones reflejan y realizan políticas más contradictorias, se han introducido ciertos matices. Para muchas mujeres, la familia no es sólo un espacio donde se producen las relaciones sociales opresivas o, menos aún, donde únicamente se realiza un trabajo doméstico, sino también un terreno de realización personal a través de la satisfacción que proporciona el amor romántico y la relación con los hijos y otros familiares dependientes. Y lo mismo podría decirse de la seguridad social, ya que si, por una parte, refleja la dependencia femenina del hombre, por otro, dispone de políticas y programas que brindan apoyo a las mujeres y a sus hijos, y proporcionan a muchas de ellas la oportunidad de un trabajo remunerado (Pateman, 1989).

La idea de la casa como espacio opresivo ha recibido numerosas críticas desde la literatura académica o de ficción escrita por feministas negras, ya que, para ellas, la casa representaba uno de los pocos lugares a salvo de la opresión de la esclavitud, primero, y del racismo social, más tarde, es decir, de lo que bell hooks, la escritora feminista estadounidense, ha llamado «la supremacía del patriarcado capitalista de la raza blanca». En un artículo muy citado, bajo el título «La casa como espacio de resistencia», la autora sostiene lo siguiente: «Las mujeres negras resistían creando un hogar, cuyos miembros, todos de su misma raza [...] encontrábamos la posibilidad de reafirmarnos con el intelecto y el corazón, por encima de la pobreza, el infortunio y las privaciones, porque allí recuperábamos la dignidad que se nos negaba fuera, en el espacio público» (1991b: 42).

Los últimos estudios feministas han recogido tanto la naturaleza contradictoria del hogar como la lucha de las mujeres por transformar el entorno de la casa (Breitbart y Pader, 1995).

Cuando la casa no existe

A pesar de lo que acabamos de decir, lo cierto es que en Gran Bretaña y Estados Unidos cada vez hay más personas que ni siquiera poseen una casa. La pobreza y la reestructu-

ración económica, el desempleo masculino y los recortes en el Estado del bienestar, allí donde existe, han cambiado en muchas sociedades industriales la cantidad y la calidad de la población sin casa, y han arrojado a las calles a un número de jóvenes que no deja de aumentar (Sassen, 1990; Venness, 1992). El estereotipo de la persona sin casa fue en otro tiempo una versión romántica del vagabundo: una figura masculina incapaz de establecerse en un lugar y asumir las responsabilidades propias de una casa y un trabajo. En la cultura anglosajona apareció durante los años cincuenta el *beat,* como se llamó al hombre joven que periódicamente tomaba la carretera sin destino conocido. Su mejor representante fue Jack Kerouac, que elevó a ficción su propia experiencia en su novela *En la carretera* (1957), símbolo de rebeldía para varias generaciones de jóvenes. Pero Kerouac y sus compañeros salían a la carretera sólo de vez en cuando, tenían casas familiares a las que volver y distintas formas de ganarse la vida (Cassady, 1990; McDowell, 1996), mientras que para otros, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, con la disminución del número de camas en los albergues, la falta de casa ha endurecido las condiciones y reducido gravemente las expectativas de vida. Desde mediados de la década de los noventa se ha estimado que la media de vida de los vagabundos británicos es de unos cuarenta años.

En el caso de la mujer, la falta de techo pone en cuestión, más que en ningún otro caso, su situación en el mundo, de modo que son muchas las que intentan disimular e incluso negar su situación. En Los Ángeles hay vagabundas que viven en un coche, se cambian en los grandes almacenes y, en algunos casos, desempeñan alguna actividad remunerada. Por otra parte, Sophie Watson (Watson y Austerberry, 1986), April Venness (1992) y otras han observado que tener un techo no es lo mismo que tener una casa. Watson, por ejemplo, realizó un estudio entre mujeres que recibían alojamiento como parte de su trabajo o que vivían en albergues o domicilios temporales. Según esta autora, este tipo de acomodación insegura debería entrar en el recuento de las mujeres sin casa.

La combinación de los gobiernos de derecha elegidos en Gran Bretaña y Estados Unidos durante los años ochenta con la recesión económica del principio y el final de la década dificultó el alquiler o la compra de viviendas para las personas de rentas bajas y llenó ostensiblemente las calles de vagabundos. En su análisis comparativo de Londres, Tokio y Nueva York, Saskia Sassen (1990) detecta un cambio en la naturaleza de los vagabundos de esas ciudades, entre los que ha crecido no sólo el número de hombres, sino también el de mujeres y niños. En Nueva York, por ejemplo, han adoptado la «solución» de invadir los túneles del metro. En un destacable ensayo fotográfico (1995), Margaret Morton ha registrado los esfuerzos de esas personas con un mínimo de posesiones e ingresos por reproducir, en las circunstancias más adversas y dentro de los túneles, una versión de la «vida hogareña».

Un equipo de geógrafas de la universidad de California del Sur está realizando desde hace varios años una mezcla de estudio académico y práctico de los vagabundos del centro de Los Ángeles. En 1990, Stacey Rowe y Jennifer Wolch publicaron un interesante artículo sobre la actividad cotidiana de un pequeño grupo de hombres y mujeres sin casa, donde encontramos redes complejas, aunque espacialmente restringidas; las relaciones de amantes o esposos proporcionan a algunas mujeres una estima personal y una seguridad relativas, así como la posibilidad de adquirir una especie de «hogar base» en las calles. Aunque también se reproducen las divisiones laborales típicas del patriarcado (por ejemplo, son ellas las que se encargan de cocinar lo que tienen), Rowe y Wolch sostienen que esas redes contribuyen a evitar que la vida del vagabundo se haga crónica, porque le brindan apoyo y sentido del valor personal.

Sin embargo, en un estudio comparable de las redes socioespaciales de un grupo de vagabundos mucho más jóvenes, los niños de la calle de Newcastle, en Australia, Hilary Winchester y Lauren Costello (1995) no encuentran redes semejantes, capaces de contribuir a la superación de la condición de los vagabundos. Los niños forman un grupo marginado, cuyas redes intensifican la diferencia con sus iguales integrados, y

cuya actitud los estimula a prolongar su situación hasta que se hace crónica, pero lo más interesante es que Winchester y Costello apenas encuentran rasgos característicos de las relaciones patriarcales convencionales entre chicos y chicas. Estas últimas también pueden conseguir el liderazgo de la banda y «no se las relega a la esfera doméstica, ni siquiera se espera de ellas que se encarguen de ese tipo de tareas en mayor medida que los chicos», aunque las autoras advierten:

«La causa es que la esfera doméstica apenas existe [...] Las viviendas de los "ocupas" son terriblemente miserables, y ni los chicos ni las chicas mantienen el orden o la limpieza [...] no lavan la ropa, ni se asean, apenas guisan o hacen la compra. Por tanto, faltan razones para que estas casas ocupadas imiten en algo a un "hogar"» (1995: 340).

Winchester y Costello afirman también:

«Las chicas no siguen ningún modelo convencional de belleza o de moda. Tanto ellas como ellos exhiben tatuajes o incisiones, tales como heridas rituales en algunas zonas del cuerpo, por ejemplo, cicatrices paralelas a lo largo de los antebrazos. Estas incisiones representan dentro del grupo un rasgo de valor y, de cara a los extraños, son una forma de identificación y de estima personal» (1995: 341).

Pero lo más importante en el caso de las chicas es que éstas niegan o disimulan tanto su feminidad como su inferioridad. Winchester y Costello sostienen que el hecho de no presentar una apariencia física convencionalmente atractiva resulta imprescindible para su seguridad. Como se ha demostrado en el caso de las llamadas *bag ladies,* es decir, las indigentes que viven con lo puesto (Merves, 1992), el anonimato y la excentricidad de estas mujeres reduce el peligro del acoso sexual.

Conclusión: el significado de la casa

En las ciudades del Tercer Mundo el fenómeno supera con mucho al de las ciudades de «Occidente», pero puede decirse que la distinción entre tener un techo o carecer de él

es menos significativa, porque una gran parte de sus habitantes vive en la inseguridad de los campamentos, las *favellas* o las *bidonvilles*. No obstante, en la mayoría de las sociedades el hogar es mucho más que una estructura física. La casa es el espacio de las relaciones directas, especialmente las del parentesco y la sexualidad, y el vínculo entre la cultura material y la socialización: un signo concreto de posición y estatus social. En una interesante recopilación de ensayos titulada *About the House,* un grupo de antropólogos sociales ha examinado las relaciones interpersonales, los edificios y las ideas, mediante varios estudios etnográficos de casos en distintas partes de Iberoamérica y el sureste de Asia (Carsten y Hugh-Jones, 1995). Los recopiladores comienzan la introducción con una cita de Bachelard que ya parece imprescindible: «Las imágenes de la casa se mueven en dos direcciones: están en nosotros en la misma medida que nosotros estamos en ellas» (Bachelard, 1993).

Los participantes en la obra nos brindan una fascinante mirada a la diversidad de las casas y de las relaciones sociales en muchos lugares distintos que resultaría imposible resumir aquí, pero los geógrafos sociales encontrarán en ella un material muy interesante, pese a no estar centrada en el debate teórico sobre la familia. El punto de partida de todos los trabajos es la evaluación del eficaz concepto de «sociedad de casas», debido a Lévi-Strauss (1983, 1987), aunque en su enfoque sobre los vínculos con el parentesco este autor ignora la casa como hecho material, es decir, como edificio. Pero lo que pretendo comentar brevemente aquí es que la introducción de los encargados de la edición subraya la relación entre el cuerpo y la casa, en paralelo con el trabajo de Elizabeth Grosz que ya hemos comentado en el capítulo 2. Carsten y Hugh-Jones también destacan los vínculos entre el cuerpo y la cultura material, y demuestran que el enfoque en la casa aúna ciertos aspectos de la indagación antropológica que suelen considerarse por separado. Para los estudiosos de la geografía, interesados (como he resaltado en el capítulo 1) en conocer los vínculos que recorren las escalas espaciales, sus observaciones mueven a la reflexión:

> La casa y el cuerpo se encuentran íntimamente unidos. La casa es una extensión de la persona, una especie de segunda piel, un abrigo o caparazón, que exhibe y despliega tanto como esconde y protege. Casa, cuerpo y mente se encuentran en una continua interacción; la estructura física, el mobiliario, las convenciones sociales y las imágenes mentales de la casa permiten, moldean, informan y reprimen al mismo tiempo las actividades y las ideas que se desarrollan dentro de sus paredes. Un entorno creado y decorado por la generación anterior, donde siempre ha vivido alguien, se convierte en un objeto de pensamiento, la casa es el primer agente socializador [...] Al moverse en un espacio ordenado, el cuerpo «interpreta» la casa, que representa la memoria para una persona. Con las costumbres y la habitación, cada cual construye un dominio práctico de los esquemas fundamentales de su cultura (Carsten y Hugh-Jones, 1995: 2).

Como las ciudades (véase Sennett, 1994), las casas reciben también nombres de cuerpo y comparten rasgos y aspectos que afectan al sentido del yo. «Por un lado, los seres humanos construyen los edificios según su imagen, y, por otro, utilizan la casa y la imagen de la casa para construirse a sí mismos como individuos y como grupos» (Carsten y Hugh-Jones, 1995: 3). Sin embargo, Carsten y Hugh-Jones sostienen, como yo misma he sostenido para el trabajo doméstico, que la casa, especialmente en las sociedades no occidentales, apenas ha merecido la atención de los estudios antropológicos a causa de su ubicuidad; «es un lugar tan común, tan familiar, forma parte hasta tal punto de las cosas, que apenas lo percibimos» (1995: 3-4). Añadamos a esto, a modo de guinda feminista, que la asociación de la casa con la mujer representa un segundo prejuicio, y nos explicaremos en parte esta dejadez. Por otro lado, el estudio de los vínculos entre las formas y estructuras de la casa y las relaciones sociales que se producen en su interior se halla dividido en disciplinas tan distintas como, por ejemplo, la arquitectura y la sociología. La construcción de viviendas se considera un aspecto del análisis económico, y las variaciones

en los modelos de la crianza de los hijos, una cuestión sociológica.

Las estudiosas feministas, sin embargo, han criticado la aceptación de estas divisiones que fragmentan la casa como zona de análisis. Los últimos estudios han supuesto análisis interesantes e integradores, a los que se empieza a contribuir desde el terreno de la geografía. El significado de la casa, su naturaleza, y las consecuencias de la falta de vivienda en el tiempo y el espacio en las distintas sociedades y regiones del mundo forman ahora las áreas de investigación interdisciplinar. Y aunque la casa es uno de los espacios en los que el género se muestra con mayor evidencia, conviene no darlo por sentado o considerarlo permanente e inamovible. Lo que Henrietta Moore (1986) ha llamado «textos espaciales» deberán reescribirse una y otra vez, a medida que los hombres y las mujeres se rebelen contra las asociaciones convencionales entre conceptos como, por ejemplo, interior y exterior o público y privado.

Naturalmente, los estudios antropológicos de la recopilación de Carsten y Hugh-Jones muestran que esas divisiones espaciales no pueden asociarse con el género en ciertos espacios, sino con la clase y las divisiones de estatus, la descendencia o la afinidad, el matrimonio o las relaciones entre hermanos. Los estudios comparativos constituyen una de las formas más eficaces de desenmascarar las relaciones supuestamente «naturales» de una determinada sociedad, y abren la posibilidad de realizar un trabajo intercultural.

Los emigrantes son, ellos mismos, un cruce cultural. No deja de aumentar el número de personas que abandonan su hogar para reconstruirlo en otra parte. Volveré sobre el significado de la casa para estas personas que se trasladan de una nación a otra, con sus correspondientes problemas de identidad nacional y apego al territorio, en el capítulo 8. Por el momento, pretendo acabar este capítulo citando de nuevo a bell hooks en sus reflexiones sobre lo que supuso para ella misma dejar su casa para superar la pobreza y la opresión:

> Tuve que abandonar aquel espacio que yo llamaba mi casa y viajar más allá de mis límites, pero también sentía

> la necesidad de volver [...] De hecho, el concepto mismo de hogar había cambiado con la descolonización, con la radicalización. Muchas veces el hogar no está en ninguna parte. Otras, sólo encontramos un profundo extrañamiento y una gran alineación, y entonces el hogar ya no está sólo en un sitio, sino en muchos. Está donde se hallan las perspectivas variadas y cambiantes, donde cada cual descubre formas nuevas de ver la realidad, nuevas fronteras de diferencia (hooks, 1991b).

Otras lecturas

Probablemente el artículo clásico desde el punto de vista geográfico sobre el origen de la división entre las esferas pública y privada sea *Redundant Spaces,* de Suzanne Mackenzie y Damaris Rose (1983), en Anderson *et al.* (eds.), Leonore Davidoff y Catherine Hall han contribuido con *Fortunas Familiares* (1987), un espléndido estudio de la vida doméstica de las clases medias desde mediados del siglo XVIII a mediados del XIX, en el que realizaron un detallado análisis histórico de la idea del hogar como refugio en Inglaterra. *Maternity: Letters from Working Class Wives* (Davies, 1978) nos brinda un estimulante testimonio de la vida y las consecuencias de la maternidad de las obreras británicas antes de la Primera Guerra Mundial.

Otros trabajos más recientes sobre el género y la casa serían los artículos de Ruth Madigan y Moire Munro [«Gender, house and "home"» (1991) supone un buen principio, seguido de un capítulo en la útil recopilación de T. Putnam y C. Newton, *Household Choices* (1992)]. Pueden encontrarse recientes resúmenes de la distinción entre lo público y lo privado en el capítulo debido a Nancy Duncan (1996a) en su recopilación *Body Space,* y en un artículo de Liz Bondi (1998). El trabajo de Mona Domosh (1998), *Progress in Human Geography,* ofrece un resumen de los últimos trabajos sobre la casa. April Venness incluye un interesante análisis sobre el significado del hogar en su artículo «Home and homeless in the United States» (1992), y Susan Ruddick

(1995) ha realizado un estudio fascinante sobre la vida de los jóvenes de Los Ángeles en *Young and Homeless in Hollywood*. El estudio etnográfico de Bahloul, *The Architecture of Memory* (1992), es un estimulante estudio de casos sobre las relaciones de los hogares judíos y musulmanes en un edificio de vecindad en Argelia, de 1937 a 1962.

La última recopilación editada por Roger Silverstone, *Visions of Suburbia* (1997), ofrece un análisis sobre la producción y el consumo de la clase media del entorno de las ciudades en distintas localizaciones, y la recopilación anterior de Silverstone, *Consuming Technologies* (1992) incluye varios artículos sobre el hogar. La recopilación de Kim England, *Who Will Mind the Baby?* (1997) es otro excelente libro de la colección de Routledge, International Studies of Women and Place, editado por Jan Monk y Janet Momsen. Como en el caso del trabajo sobre el trabajo doméstico remunerado antes citado, Pamela Moss (1997) ha estudiado una franquicia de limpiadoras, que realizan su trabajo a caballo entre espacios «públicos» y espacios «privados», ya que se trasladan de una casa a otra en coches de la empresa. En este caso, tanto el traslado como la limpieza constituyen trabajo remunerado. Pero las tareas domésticas no son la única actividad que puede desarrollarse en una casa. Ann Oberhauser (1995, 1997) ha estudiado la producción casera de trabajos de artesanía y otros productos por las mujeres en la Apalachia rural. Y la casa es también un lugar donde se desarrollan luchas políticas; por ejemplo, la mujer ha representado un importante papel en las luchas por la provisión, condiciones, costes y acceso a la vivienda, especialmente en el sector público. Jackie Leavitt y Susan Saegert (1990) han documentado las luchas de las afroamericanas en el Harlem neoyorquino, y Myrna Margulies Breitbart y Ellen-J. Pader (1995) han descrito varios problemas de raza y género en los planes de vivienda pública de Boston. Finalmente, yo misma he incluido varios trabajos sobre el significado de la casa en mi recopilación *Undoing Place?* (McDowell, 1997b), y en *Space, Gender, Knowledge* (McDowell y Sharp, 1997).

4
La comunidad, la ciudad y el barrio

Introducción

He sostenido en el capítulo anterior que la división espacial entre el mundo privado de la casa y el mundo público del trabajo remunerado, la política y el poder, ha resultado decisiva en las sociedades industriales para la construcción de los atributos asignados al hombre y a la mujer. Esta división no sólo se hace patente en el significado simbólico y la estructura material de la casa, sino, sobre todo, en el trazado espacial de las zonas urbanas, con su separación en áreas industriales y áreas residenciales (lo que los urbanistas británicos llaman *non-conforming uses)* y con sus conceptos de planificación comunal y vida saludable, así como en las ideas sobre el equilibrio social y «la familia», tal como reflejan las nuevas ciudades, el desarrollo urbano y la oferta de vivienda, en la que abundan las casas de tres dormitorios.

Las cuestiones relacionadas con el lugar que ocupan los sexos también afectan a la planificación de los edificios públicos, donde los espacios para uso femenino y masculino suelen distinguirse por evidentes signos de estatus (compárese, por ejemplo, el despacho de un jefe de departamento [generalmente, un hombre] con el lugar asignado a su secretaria), o incluso por una separación total, como ocurre en los campos de deportes. Ciertos edificios —los monasterios y

los conventos constituyen el ejemplo más patente, pero también se encuentra en algunos clubes y colegios— son exclusivos de un sexo. Otros, a causa de su grandiosidad o de su vinculación tradicional a formas masculinas de poder, no sólo intimidan a las mujeres, sino también a los hombres de baja posición social; ejemplos acabados de este último caso serían el conjunto de edificios del Parlamento británico o los *colleges* de Oxford y Cambridge. Y existen aún otros que, por su vinculación a un sexo concreto, quedan prácticamente descartados para el otro: los billares y las tabernas, para las mujeres (obsérvese que la expresión inglesa en este último caso —*public house*— es una contradicción en sus términos); y quizá las clínicas de niños y las maternidades, para la mayoría de los hombres.

La construcción social y cultural de las relaciones de género, y su expresión en el entorno arquitectónico, constituyen ya, desde hace unos veinte años, un aspecto fundamental de la investigación feminista (Bondi, 1991; Booth *et al.*, 1996; Boys, 1984, 1990; Greed, 1994; Hayden, 1981, 1984; Little, 1994; Little *et al.*, 1988; Matrix, 1984; McDowell, 1983; Roberts, 1991; Spain, 1993; Watson con Austerberry, 1986). No menos interesante resulta observar la vida y los actos intencionados de los individuos cuando negocian y cambian las estructuras. Así pues, en este capítulo examinaré alguno de estos trabajos, centrándome no tanto en los edificios como en la comunidad. Por esta última entiendo los espacios a una escala intermedia; por ejemplo, un barrio o área residencial dentro de una urbe, un pueblo rural o un pueblo dedicado a una sola industria. Pretendo saber si las distintas versiones de la masculinidad y la feminidad están vinculadas a las relaciones socioespaciales en esos lugares, y si éstos las reflejan y, a su vez, se ven reflejados en ellas.

Por otro lado, tendré que preguntarme también si las divisiones étnicas y de clase forman parte de la construcción social de las distintas versiones de la identidad de género. Existe una larga tradición geográfica, procedente del trabajo de los sociólogos urbanos de la Escuela de Chicago, en las primeras décadas del siglo XX, de análisis de la segregación

espacial de la población urbana, en la que, a los tradicionales enfoques de la raza y la clase, se han unido recientemente los del género y la sexualidad. No debe sorprendernos que la construcción social y las divisiones de género hayan quedado apartadas durante mucho tiempo por los geógrafos, porque, al margen de que el género se haya considerado siempre un hecho «natural», lo cierto es que los hombres y las mujeres están repartidos por todas las áreas urbanas, es decir, no permanecen confinados en zonas especiales como los grupos divididos por la clase o la etnia. Por esa razón, siempre ha parecido que no había materia digna de ser investigada; ahora, sin embargo, las relaciones entre la forma arquitectónica, el simbolismo urbano y las subjetividades de sexo y de género se han convertido en cuestiones importantes para el estudio geográfico.

Una vez más, la distinción de un espacio por su escala —la comunidad se encuentra a un nivel intermedio, como acabo de decir— no se aviene con la definición del espacio propia de la geografía contemporánea. Como ya he indicado en el capítulo 1, el lugar no se define ya por unos límites categóricos, sino por la combinación y la coincidencia de un conjunto de relaciones socioespaciales. Así, Massey (1991) nos recuerda que también un barrio puede ser global, y como ella misma dice del suyo —Kilburn, al oeste de Londres—, sus habitantes tienen una idea concreta de ese lugar, que es el resultado de combinar su historia específica con los efectos que sobre él han producido los cambios contemporáneos, de modo que también podríamos definir un espacio cualquiera por su forma de reflejar la historia y la geografía que construyen las formas concretas de ser hombre o mujer en esa zona.

En el presente capítulo trataremos de conocer en qué consiste la diferencia para los hombres y las mujeres en cada momento de su ciclo vital, y cómo se agrupan y viven en distintas localidades, tanto en el centro de las ciudades como, por ejemplo, en los pueblos agrícolas o industriales que se encuentran en fase de decadencia. Es decir, no me interesan tanto las experiencias concretas en el puesto de trabajo o en

las actividades de ocio (que abordaré más adelante) como las relaciones sociales cotidianas en un sentido general. Por tanto, y aunque soy consciente de que no toda distinción espacial es estanca, este capítulo trata de localizaciones, una versión de lo que los sociólogos suelen llamar estudios de comunidad. Todos los ejemplos versarán sobre las sociedades industriales de Occidente.

La diferencia que establece el lugar

Hace ya casi treinta años que David Harvey publicó *Social Justice and the City* (1971), donde sostenía que la distribución y localización espacial de los bienes y recursos urbanos —trabajo, vivienda, escuelas, costumbres contaminantes o recursos saludables, como los parques— y el acceso a ellos, consecuentemente distinto, de la población que vive en esa ciudad o esa área son mecanismos que redistribuyen las rentas en un sentido negativo. Por un lado, están los ciudadanos con capacidad económica para vivir en zonas que disfrutan de espacios abiertos, aire limpio y buenos colegios, y con posibilidades de pagarse los gastos de traslado a otras áreas de la ciudad; y, por otro, los pobres y la gente de escasos recursos, forzada a vivir en zonas ruidosas y contaminadas, donde tanto los colegios como la vivienda son antiguos y de mala calidad. Vemos, pues, que la propia estructura urbana intensifica las desigualdades entre los unos y los otros. A esto llama Harvey redistribución de la renta real.

A pesar de las críticas que ha recibido por centrarse en las cuestiones distributivas, excluyendo otras relativas al poder, el control y la producción de la forma de construcción (unas críticas que Harvey asume en la segunda parte del libro), su obra sigue pareciéndome eficaz para analizar las consecuencias de la localización en la ciudad, especialmente si añadimos al análisis que hace Harvey del acceso a los recursos y los bienes materiales más deseados, los problemas relativos a la seguridad y la libertad de expresar identidades alternativas. A estos problemas dedicaré el presente capítulo.

Las relaciones de género en las comunidades de la clase trabajadora

Dado que la segregación residencial se ha enfocado fundamentalmente desde las divisiones de clase, existen muchos estudios de interés sobre ese tipo de comunidades, tanto dentro de las ciudades como en las zonas agrícolas o industriales. Pese a no poseer un interés intencionado o explícito en las cuestiones relacionadas con el género, muchos de esos estudios describen el desarrollo de una versión concreta de la masculinidad, construida mediante la camaradería masculina que nace de la dedicación a los trabajos que requieren fuerza física y entrañan riesgos. Estos hombres tienen una gran dependencia mutua en el puesto de trabajo, que les obliga a establecer también fuertes vínculos personales en sus ratos de ocio. El crítico cultural Raymond Williams ha denominado a esas comunidades, cuyos habitantes suelen tratarse personalmente en distintos aspectos de la vida, «estructuras emocionales».

Se trata de un fuerte sentido de pertenencia a un lugar, que pasa de una generación a otra, y de un particular orgullo por la dureza del trabajo realizado codo con codo, que determina una forma especial de política laboral, de la que, según la escritora feminista Beatrix Campbell (1984), se excluye por completo a las mujeres. Un club de obreros, el pub, el local de reuniones del Partido Laborista son espacios de solidaridad masculina, que sólo ocasionalmente se abren a las mujeres; en este sentido encontramos en la huelga minera de 1984 un claro exponente de la importancia del apoyo visible femenino. En la mayor parte de los primeros estudios sobre este tipo de comunidades, como *Coal is Our Life* (Dennis *et al.*, 1956), la vida cotidiana de las mujeres es prácticamente invisible, aunque en un trabajo realizado casi al mismo tiempo por el Institute of Community Studies de Bethnal Green (Young y Willmott, 1957; Willmott y Young, 1960) se identificaban los estrechos vínculos entre madres e hijas como

una de las características de la ciudad y una parte importante del sentido de pertenencia a la comunidad. Young y Willmott demostraron que los lazos entre distintas generaciones de mujeres se rompen con el nuevo desarrollo de la ciudad y el traslado de sus habitantes a zonas más alejadas.

No obstante, en la primera fase de los estudios sobre las comunidades, las divisiones de género en el trabajo no se consideraron merecedoras de estudio, ya que la asociación de los hombres con el trabajo asalariado y la de la mujer con la casa se consideraba un hecho natural. En un artículo esquemático escrito a principios de los ochenta, Doreen Massey y yo misma comentamos esta carencia en nuestro examen de los cambios experimentados por la estructura de las divisiones de género durante las reestructuraciones que han tenido lugar a lo largo de cien años en distintas zonas de Inglaterra (McDowell y Massey, 1984). Allí demostramos que cuando disminuía el empleo masculino en las comunidades obreras tradicionales, aumentaba el empleo femenino en las mismas plantas, cambiando el equilibrio de las tasas de participación de ambos sexos. Existe también un número cada vez mayor de excelentes estudios feministas sobre comunidades obreras de otras partes del mundo. Meg Luxton (1980), por ejemplo, ha comparado tres generaciones de mujeres de Flin Flon, una ciudad del norte de Canadá, dedicada a la fundición de aluminio, y Kathie Gibson (1991) ha estudiado las relaciones de género en una comunidad minera de Australia.

Una definición de comunidad

Antes de entrar en los estudios sobre los vínculos que unen las divisiones espaciales a las distintas identidades de género serán necesarias unas breves palabras sobre el término «comunidad». Como en el caso de los términos «lugar» o «localidad», comunidad es una de las muchas palabras insatisfactorias que utilizamos profusamente para denominar cosas que no tienen la misma definición. Suele emplearse, aunque no

siempre, para designar una zona pequeña, espacialmente determinada, cuya población, o por lo menos una parte de ella, presenta características comunes. Se habla entonces de «comunidades de clase trabajadora» o de «comunidades asiáticas», frecuentemente asociadas a las «áreas céntricas».

Hallamos el origen del término «comunidad» en la sociología evolucionaria de Tönnies, que, a finales del siglo XIX, distinguía dos tipos de comunidades: la formada por una asociación común o *gemeinschaft,* es decir, la vida social en su totalidad, y la propia de la industrialización, en la que las asociaciones se basan en aspectos concretos de la vida, y que Tönnies denominaba *gesellschaft* (Tönnies, 1979). El sesgo implícitamente antiurbano de la obra de Tönnies dio origen a un abundante *corpus* crítico y estimuló los estudios de casos, en un intento de demostrar la estrecha relación entre los residentes en las zonas industriales y las comunidades urbanas. Naturalmente, los estudios que he mencionado aquí entran en esa categoría.

El término comunidad tiene también una connotación de solidaridad y afecto, de modo que su ausencia se consideró siempre negativa. No obstante, en los últimos tiempos, se aceptan también las connotaciones menos positivas del término, especialmente cuando se aplica como eufemismo a los grupos étnicos minoritarios y, con mayor frecuencia, a los comportamientos conservadores o nostálgicos; pese a lo cual continúa siendo un término de uso común. En estas páginas lo emplearé, como los términos «lugar» y «localidad», en un sentido concreto, para referirme a una red fluida de relaciones sociales que puede estar ligada o no a un territorio, de tal modo que «comunidad» será más un concepto relacional que una categoría, y estará definido tanto por las relaciones sociales materiales como por los significados simbólicos. Las comunidades son contextos dependientes, contingentes y definidos por relaciones de poder, y sus límites se establecen mediante mecanismos de inclusión y exclusión. Aunque tales mecanismos pueden cambiar y, consecuentemente, los límites pueden verse alterados con el tiempo, las comunidades son necesariamente entidades limitadas. Al

margen de los criterios o características que determinen la exclusión, resulta inevitable la marginación de ciertos grupos o individuos. El analista social Michael Ignatieff (1992) ha sostenido que el término no es más que una «mentira piadosa», y que las «minorías étnicas reciben el nombre de "comunidades" tanto porque les halaga a ellas mismas como porque proporciona seguridad a la mayoría blanca»; sin embargo, yo creo que continuará siendo útil mientras no olvidemos que está formada por unas relaciones de poder desiguales. Según mi opinión, en vez de rechazar el término comunidad», o considerarlo automáticamente bueno o malo, deberíamos analizar la complejidad de su construcción y su propósito.

Sin perder de vista estos comentarios sobre las relaciones de poder, pasaré ahora a examinar un conjunto de análisis de los vínculos entre el género, la identidad y el lugar. Ya he sostenido en el capítulo 1 que las distintas identidades de género se relacionan fundamentalmente con la raza, la etnicidad, la sexualidad y la clase, como es mi intención ilustrar con la selección de estudios de casos que ofrezco aquí, empezando por la obra de Patricia Fernández Kelly, una antropóloga urbana que ha trabajado en Estados Unidos e Iberoamérica. El caso que pretendo examinar con mayor atención trata de las relaciones entre el género, la adolescencia y la comunidad en la ciudad estadounidense de Baltimore. Pretendo subrayar el interés cada vez mayor en el rol que desempeñan los homosexuales y las mujeres solteras en el fenómeno de la recuperación de barrios deprimidos, para acabar examinando una literatura menos conocida sobre la identidad suburbana, la etnicidad y el género, dado que las zonas de la periferia han sido menos estudiadas por los geógrafos urbanos, siempre seducidos por los supuestos peligros del centro de las ciudades.

Cuando se crece en un gueto urbano

A principios de los noventa, Kelly emprendió un estudio de tres vecindades de otras tantas zonas céntricas del oeste de Baltimore, con la pretensión de conocer cómo expresaban

sus valores los habitantes de los barrios pobres, especialmente los afroamericanos, y si aquéllos se ajustaban a su comportamiento. Kelly afirma que «la gente toma su concepción del mundo del territorio que habita» (1994: 89); por tanto, el espacio urbano constituye un aspecto fundamental de la construcción de la identidad, la adquisición de conocimientos y la actuación social. Las zonas donde Kelly llevó a cabo sus entrevistas se habían visto afectadas por la reestructuración económica, y especialmente por el cierre de una gran planta de acero, con la consiguiente pérdida de empleo masculino. Los principales problemas sociales eran la pobreza endémica, los embarazos de adolescentes y el extendido abuso de las drogas.

A Kelly le interesaba antes que nada la actitud de las jóvenes, su opinión sobre las posibilidades de futuro y sus decisiones, especialmente las relacionadas con la maternidad. Como subraya la propia autora, el futuro de las adolescentes de las ciudades estadounidenses depende de que sean blancas o negras:

> Una joven de diecisiete años, perteneciente a la clase media, que esté a punto de terminar los estudios medios y tenga expectativas de asistir a la universidad tiende a retrasar la maternidad, aun con una cierta ambivalencia en su actitud, para no perderse otras oportunidades. En este caso, la joven percibe la maternidad fuera del matrimonio no sólo como una transgresión de la norma, sino también como un impedimento para otras opciones que desea y que percibe con realismo.
>
> Una joven negra de la misma edad, a punto de graduarse en el Instituto dentro de un gueto urbano se enfrenta a un conjunto mayor de elecciones. Por ejemplo, es mucho menos probable que conozca en su entorno un número significativo de individuos educados en «buenos» colegios universitarios y, por tanto, capaces de lograr un «buen» trabajo. En consecuencia, la mayoría de los adolescentes y los adultos que la rodean ven en la graduación del Instituto la culminación de un estadio de la vida que trae consigo la responsabilidad de la madurez. Por otra parte, es probable que la joven comparta con los varones

> de su grupo la impresión, enfatizada por los valores dominantes, de que el hecho de ser padres cualifica a los individuos como miembros de la comunidad adulta, de modo que la maternidad podría tener en este caso un significado distinto, no tanto de desviación como un acercamiento a las normas dominantes (1994: 100).

De ese modo, la clase, la localización y la «raza» establecen diferencias entre las mujeres, cuya significación varía también en el espacio y el tiempo. En un estudio realizado en Londres sobre el fenómeno de las jóvenes madres solteras, blancas y negras, Ann Phoenix (1988, 1991) niega que las negras británicas tengan una actitud «cultural» distinta a la de las blancas en cuanto al embarazo y la crianza de los hijos, ya que para ambos grupos la maternidad constituye la oportunidad de madurez que les niega el mercado de trabajo para la mano de obra no cualificada. En las comunidades británicas de clase obrera, como en los guetos estadounidenses, la pobreza y la discriminación impiden el acceso a ciertas oportunidades y contactos sociales en otras partes de la ciudad. Los comportamientos aprendidos en su territorio, que hallan su reflejo en el estilo de vida y el lenguaje, lo que Bourdieu llama «conocimientos incorporados» (Bourdieu, 1989; véase también el capítulo 2), distinguen a estos jóvenes de sus iguales con mayores recursos. Kelly concluye afirmando: «En el gueto de Baltimore no existe ninguno de los mercados que proporcionan, en vecindades mejor dotadas, la posibilidad de salir adelante con éxito» (1994: 108). (En los párrafos siguientes analizaré algunos notables trabajos de investigación sobre la identidad étnica en las zonas suburbanas blancas, donde, al parecer, el territorio contrarresta la etnicidad en la construcción de la identidad social.)

Kelly sostiene que la transición a la madurez está particularmente marcada en el gueto por la diferenciación de género, y no sólo por las posibilidades de transición que proporciona la maternidad a las mujeres, sino también por la política de género y las acciones específicas de los organismos estatales.

> La presencia del Estado en los barrios pobres, un componente decisivo para la vida de los niños, no es neutral, porque también se bifurca en líneas de género. La asistencia pública llega sobre todo a las madres solteras y a sus hijos, mientras que los hombres y los jóvenes tienen frecuentes tratos con la justicia y las medidas correctivas. Esta diferencia repercute en la vida de los niños que crecen en el gueto de Baltimore (Kelly, 1994: 196).

Puesto que muchos de los jóvenes negros que viven en esas zonas de Baltimore son para el Estado problemas a resolver o reprimir, su sentido de la identidad se construye en la combinación del espacio, la clase y el género, y en un entorno donde faltan «puentes hacia otras redes sociales que controlen el acceso a un conjunto más amplio de significados y oportunidades». En tales circunstancias, la maternidad, e incluso la participación en actividades delictivas, no son seguramente manifestaciones de rebeldía o de «conducta problemática», sino un intento de adaptación a los valores establecidos en su comunidad.

Género, sexualidad y recuperación de los barrios céntricos de las ciudades

Me referiré ahora a otra tendencia de los últimos estudios geográficos sobre los centros de las ciudades. Aunque el análisis de los «problemas» de las zonas del centro urbano cuenta con una larga tradición, el cambio social y las transformaciones residenciales se han convertido en objeto de estudio privilegiado en las últimas décadas. Aquel interesante grupo de hombres que, a comienzos de los años veinte, fundara un escuela de sociología urbana en Chicago, comprendió que las características de la población de las zonas centrales de la ciudad cambiaban con el tiempo. Chicago crecía entonces a un ritmo vertiginoso, a causa de las masas de inmigrantes que acudían a trabajar primero en los corrales de ganado y las plantas donde se trataba la carne (la

interesante novela de Upton Sinclair, *La jungla,* publicada por primera vez en 1936, ofrece un fascinante retrato de época, capaz de convertir al lector en un vegetariano estricto), y más tarde, en la industria del automóvil. Los primeros procedían del este y el oeste de Europa; la segunda oleada llegó de los estados del sur: hombres, mujeres y niños que se apiñaban en casas baratas, las únicas a su disposición, que entonces estaban en el centro de la ciudad. Aunque hace ya tiempo que el darwinismo social que impregnaba al principio los análisis de los sociólogos urbanos de Chicago cayó en el descrédito, los cambios residenciales del centro de la ciudad continúan siendo uno de los fenómenos más investigados por los geógrafos urbanos.

Dada la expansión que experimentaron las ciudades británicas y estadounidenses en la posguerra, los empleados de clase media, que vivían en las afueras pero trabajaban en el centro, tenían que recorrer grandes distancias, de modo que se disparó la demanda de viviendas céntricas. Estimulado por los planificadores urbanos, que captaban la importancia del cambio residencial para desarrollar el centro y atraer nuevas posibilidades comerciales y culturales (Zukin, 1988, 1995), y por los constructores y empresarios de bienes raíces, que barruntaban los beneficios, la recuperación (básicamente la sustitución de residentes de clase obrera por otros de clase media) se convirtió en el fenómeno más llamativo de muchas ciudades desde comienzos de los años setenta (Mills, 1988; Hammett, 1991; Smith, 1996; Smith, y Williams, 1986). Desde los primeros estudios se vio que el centro resultaba más atractivo para las familias menos conformistas o, por lo menos, para la parte de la clase media que trabajaba en las artes y los medios de comunicación.

Peter Williams (1976) halló que en Islington, una zona del centro de Londres, las personas dedicadas a la prensa, la televisión o las artes formaban el primer sustrato aburguesado. Otros investigadores han apuntado el predominio de solteros que vivían solos: estudiantes, trabajadores jóvenes, mujeres solteras (algunas, madres) y homosexuales (Allen y McDowell, 1989; Castells, 1986; Knopp, 1987, 1990). Da-

maris Rose y Paul Villeneuve (1988), que trabajaron en Montreal, descubrieron que las madres solas preferían las zonas céntricas, porque la profusión de servicios les facilitaba la vida. Bondi (1991), Lyons (1996) y McDowell (1997c) también han investigado la importancia de la mujer soltera en el proceso de aburguesamiento, pero hasta ahora sólo han encontrado algunos datos en las ciudades británicas, aunque Warde (1991) sostiene que las parejas propietarias, sin hijos y con carreras, forman uno de los grupos más numerosos de demandantes de zonas céntricas recuperadas.

Pero el grupo de personas solas que ha resultado más importante para el aburguesamiento en ciudades como Nueva York (Chauncey, 1995; Duberman *et al.,* 1991), San Francisco (Castells, 1986; Fitzgerald, 1986), Los Ángeles (Forest, 1995) y Minneapolis (Knopp, 1987, 1990; Lauria y Knopp, 1985), en los Estados Unidos, y Londres (Mort 1996) y Manchester, en Gran Bretaña (Hindle, 1994), ha sido el de los homosexuales, por encima incluso de las heterosexuales o las lesbianas. Hasta cierto punto, se trata de una demostración del mayor poder adquisitivo de los gays respecto de las mujeres, tanto por la consolidada posición de los primeros en los mercados de trabajo como por la mayor responsabilidad de las segundas frente a sus dependientes, sobre todo niños y parientes ancianos. No obstante, según Manuel Castells, la formación de guetos gays no se debe sólo al mundo homosexual, sino, en general, a una actitud masculina; en San Francisco, por ejemplo, los gays no eligen determinadas zonas para evidenciar su identidad ante ellos mismos o ante los demás, sino porque actúan como el resto de los hombres, es decir, porque desean afirmar su dominio en un espacio de poder. Castells cree que las lesbianas no persiguen la conquista de espacio alguno, pues se conforman con sus redes internas, y por tanto, invisibles, y con sus amistades. El argumento ha recibido fuertes críticas, a mi parecer fundadas, por parte de Adler y Brenner (1992). Este esencialismo es ya una forma desacreditada de ver las diferencias de género, y refleja la típica ceguera masculina hacia las actividades de las lesbianas de las zonas recuperadas de San Francisco (Casebourne, 1997).

La afirmación de la identidad mediante la asociación con el territorio es, no obstante, parte importante del aburguesamiento de cualquier grupo, sea o no de gays, de profesionales de clase media o de personas dedicadas a ciertas actividades «artísticas». Como ya he apuntado, los primeros en trasladarse de residencia adoptaron una actitud menos conformista que la de aquellos que permanecieron en las zonas suburbanas, y para los gays el aburguesamiento ha tenido la finalidad de crear en la vecindad un conjunto de servicios que facilitan su estilo de vida. Así, en el distrito Castro, de Los Ángeles, que fue un lugar de aburguesamiento gay desde finales de los sesenta, tanto los cafés, los bares y las librerías como las agencias inmobiliarias, los despachos de abogados y otros servicios relacionados con los negocios pertenecen a grupos de gays, establecidos cerca de la comunidad con el objetivo de servirla. Encontramos interesantes testimonios del distrito Castro durante los años ochenta en las novelas de Armistead Maupin (1980, 1984, 1986) o en *Cities on a Hill* (1986) de Frances Fiztgerald, como descripción alternativa a la de Castells, que hace hincapié en los efectos producidos por el sida. El documental *The Life and Times of Harvey Milk* es el retrato de otros aspectos más complejos de la concentración residencial de los gays y del correspondiente poder político. En los años setenta, el distrito eligió un congresista gay, Harvey Milk, que fue víctima de una homofobia extrema en el ámbito de la política local y murió asesinado.

En Gran Bretaña no encontramos concentraciones de gays tan importantes, aunque no faltan grandes urbes, como Londres y Manchester, relacionadas con las ideas y el estilo de vida de gays y lesbianas. Frank Mort (1995, 1996) ha escrito sobre la evolución de los espacios y las actividades que él mismo llama «homosociales» en Londres. Veremos aquí parte de su trabajo sobre el Soho, en el centro de Londres, donde ha conseguido excavar toda una arqueología del cambio en la masculinidad, además de realizar un buen análisis sobre las transformaciones que ha experimentado el paisaje y las relaciones sociales de la zona desde los años sesenta,

aunque no será antes del capítulo 6, porque encaja mejor con mi estudio de los espacios de esparcimiento que con el problema de la comunidad *per se*.

Periferia, etnicidad e identidad: el espacio de los blancos

Como David Harvey y otros autores han afirmado hace ya tiempo, vivir en una u otra zonas de la ciudad influye en las oportunidades de los residentes, porque ahonda las desigualdades de clase y redistribuye las «rentas reales». Una situación periférica, por ejemplo, supone el disfrute de un aire más limpio y un espacio abierto mayor que el del centro, así como el acceso a una educación mejor en las escuelas locales, que, por lo general, tienden a captar un público de clase media, con una menor mezcla étnica. Recientemente, las diferencias entre los colegios de las distintas zonas se han puesto en evidencia en Gran Bretaña, a raíz de la publicación de unos indicadores de pruebas de evaluación, medidos por los resultados de los exámenes y la puntuación de los tests.

Sin embargo, los geógrafos han estudiado más la influencia de las condiciones materiales que la de la situación urbana en la construcción de los roles sociales. A este propósito, Minnie Bruce Pratt analiza en un estimulante artículo su abandono del estilo de vida de mujer casada, blanca y residente en una zona periférica, y su nueva vida de lesbiana trasladada al centro de la ciudad de Washington: «Vivo en una zona de Washington, D. C., que los "suburbanitas" blancos llaman "la jungla". Cuando cruzo andando las dos manzanas y media que me separan de la calle H NE, para entrar en el banco o llevar las botas a la tienda de reparación de zapatos y copia de llaves, soy prácticamente la única persona blanca que se ve en la calle» (M. B. Pratt, 1992: 323).

Aunque fue ella quien quiso vivir en la zona, y empieza a sentirse a gusto y aceptada, Pratt cuenta que, en su calidad de blanca, continúa siendo una extraña. El señor Boone, portero de su edificio, un «hombre con la piel de un oscuro ma-

rrón rojizo, del Yemassee, en Carolina del Sur», le habla con su acento cantarín. «Cada vez que le contesto, oigo mi horrendo acento jovial de señora blanca, y deploro esa condición que interpone entre nosotros la amarga historia de nuestra región.» Al contrario que en la vecindad que la vio crecer, donde su posición de joven blanca y rica le parecía un hecho natural:

«En esta zona, cuando paseo por la vecindad, las hablas de los vecinos se cargan, para mí, de la historia de su raza, su sexo y su clase [...] El camino que conduce de la experiencia de la "mayoría inconsciente" (como la llamó Maya Angelou) a la conciencia es muy fatigoso. Nadie puede decir que se trata de un proceso cómodo» (1992: 324).

Al reflexionar sobre su infancia, Pratt reconoce lo siguiente:

> Me formé en mi relación con aquellos edificios y con las personas que los habitaban, sabiendo quién debía estar en el consejo de educación, quién debía administrar el dinero en el banco, quién tenía que custodiar las armas y las llaves de las prisiones, e incluso quién debería estar *dentro* de ellas; y también me formó lo que no había visto o lo que no percibía en la calle.
>
> ¿No me influyó el trazado de mi ciudad? Sí, quizá, siempre nos acompañan los lugares y las instituciones que nos vieron crecer, como una especie de escenario o telón de fondo de nuestra vida. Es frecuente que actuemos en el presente con el pasado al fondo; con una forma de percepción demasiado conocida y segura, que no se arriesga a cambiar, aunque nuestra forma de ver las cosas esté condicionada, limitada o distorsionada por las antiguas ideas.
>
> Gané mucho cuando cambié. Aprendí a contemplar el mundo con una mirada más precisa, más compleja y más auténtica, con muchas dimensiones y muchos estratos [...] Sentí la necesidad de mirar de un modo distinto cuando me di cuenta de que casi todo lo que me habían enseñado era mentira (1992: 325).

Lo que Pratt describe de un modo tan vívido y personal, con el sugerente título de «Identidad: sangre, piel y cora-

zón», es esa perspectiva de la que habla Haraway (1991) cuando defiende que las cosas vistas desde determinadas posiciones son más ciertas que las que se ven «desde ningún sitio». Cuando Pratt habla del hogar de su niñez y de la imposibilidad de reconocer los privilegios de clase y de raza de su posición, afirma que no sólo ignoraba que aquella ciudad presentaba otra cara para las mujeres de color o los hombres homosexuales, sino que estaba convencida de que su perspectiva era una verdad universal. Como la propia autora comenta, resulta doloroso enfrentarse a los límites del propio pensamiento, y reconocer que lo que creíamos una verdad universal es sólo una posición parcial o particular: «El dolor que experimenté, por ejemplo, cuando comprendí hasta qué punto estaba *habituada* a pensar en mi cultura, mi ética y mi moralidad como la culminación de la historia, como la extensión lógica del pasado [...] y que ese pensamiento me separaba de las mujeres de culturas distintas a la mía» (1992: 327).

Cuando se crece como una mujer blanca

En un artículo que complementa sorprendentemente el de Pratt, France Winddance Twine (1996) analiza las consecuencias que tuvo para ella y para otra americana, también de origen africano, la negación de la diferencia y el convencimiento de que la forma que tienen los blancos acomodados de percibir el mundo es la única posible. Ambas se habían criado en familias blancas estadounidenses de una zona residencial, como «chicas de raza blanca, con piel oscura». La autora demuestra que las mujeres afroamericanas que crecen al margen de una comunidad de su mismo color adquieren, antes de emanciparse, una identidad cultural blanca y carecen por completo de conciencia de su raza.

Aunque Twine reconoce que durante los últimos diez años ha crecido el número de estudios sobre la cultura blanca (véase, por ejemplo, Blee, 1991; Frankenberg, 1993; hooks, 1991c; Morrison, 1992; Roediger, 1991; Ware, 1992),

escritos tanto por blancas como por negras, afirma que esa literatura «no recoge las experiencias de las blancas con ascendencia africana». Aunque el hecho pueda sorprender a los lectores, lo cierto es que los textos sobre la construcción social de la condición de ciudadana blanca tratan exclusivamente de los descendientes de europeos. El estudio de Twine amplía el análisis de las identidades de género «racializadas» dentro de la clase media de las zonas residenciales de la periferia hasta la construcción de la identidad de las mujeres de ascendencia africana que viven en esas comunidades, planteándose dos preguntas fundamentales: «¿Cómo se construyen una identidad de blancas las mujeres de piel oscura en el contexto local de las comunidades residenciales de la periferia de clase media?» y «¿Qué condiciones sociales se precisan para que una mujer de ascendencia africana se construya una identidad de blanca?».

Además del estudio de la construcción social, Twine reconoce la importancia de los factores socioeconómicos. Empleando métodos cualitativos, analiza las experiencias de dieciséis mujeres con una identidad blanca anterior a la pubertad en el contexto de una comunidad residencial de clase media, que, más tarde, tuvieron que reconstruirse como negras o mestizas con motivo de su llegada a la universidad de Berkeley, donde la «conciencia de raza» es un asunto importante.

Las mujeres entrevistadas por Twine habían crecido sin excepción en «familias y redes sociales con una identidad de clase media y sin marca racial»:

> [Allí habían tratado] con niños de clase media, iguales a ellas en cuanto a la ausencia de marca cultural. Nunca, durante su infancia, tuvieron conciencia de ser culturalmente distintas. La falta de distinción respecto a sus iguales de origen europeo en la interacción cotidiana es fundamental para mantener la identidad cultural blanca, y no me refiero a las diferencias físicas en cuanto a color, textura del cabello o forma del cuerpo, sino a que el individuo se siente culturalmente neutro, sin desviación alguna respecto a sus iguales (Twine, 1996: 208).

La zona residencial desempeña un papel muy importante en la adquisición de una identidad cultural blanca. En 1980, las zonas periféricas de los Estados Unidos eran un territorio excluyente, en el que los negros representaban sólo el 6,1 por ciento de los residentes, en comparación con el 23,4 por ciento que suponían en el centro de las ciudades. En la época en que crecían las personas que luego serían objeto de la indagación de Twine, esas zonas eran muy conservadoras, tanto en el aspecto político como en el social; predominaba la división «tradicional» de género, y el consumo ostentoso era una de las actividades que contribuían a configurar la identidad y el sentido de pertenencia al grupo. A esto habrían que añadir que muchas veces las chicas eran las únicas alumnas de origen no europeo que iban a su colegio, y que vivían en familias adoptivas sin conciencia del color o racialmente neutrales, o con el progenitor blanco de una relación «mixta». Así pues, la localización espacial, sobre todo si se vive en una zona excluyente y se asiste a un colegio igualmente exclusivo desde el punto de vista racial, es un factor fundamental para el desarrollo de lo que, a primera vista, parece una afirmación paradójica de neutralidad racial.

Jessica, una joven de veintiún años de la muestra de Twine, que había vivido con una madre angloamericana en una zona residencial, contaba que su madre no la había «racializado», y que ella nunca había tenido conciencia de poseer una identidad racial: «Mi madre es muy idealista. Nunca utilizaba la palabra "raza". Nunca me decía si yo era negra o blanca; sólo que era un poco especial [...] Me dio un sentido del yo, eso sí, pero no de un yo racial» (Twine, 1996: 211).

La mayoría de las entrevistadas no adquirieron conciencia de su identidad racial hasta que fueron a la universidad y entraron en un ambiente con un número significativo de personas de color politizadas. Aunque habían tenido alguna experiencia de exclusión y de sentimientos contrarios a los negros, que ya se habían convertido en un problema al alcanzar la pubertad y comenzar a salir con chicos, tuvieron que llegar a la universidad para verse obligadas a tomar decisio-

nes muy duras y renunciar a su identidad blanca. «Antes de venir a la Cal (universidad de California) yo era blanca. Era blanca culturalmente hablando [...] Ahora se me considera negra, se me trata como negra, y yo no tengo ningún problema en serlo [...], pero no deja de ser una situación difícil, muy difícil.» (Tamala, de ascendencia africana y europea, adoptada en el momento de nacer y «criada como blanca».)

Berkeley representó un reto para su identidad; ya no se les permitía ser neutrales. Casi todas experimentaron un cambio de identidad durante los dos primeros años en el *campus*. Lo quisieran o no, se vieron obligadas por aquella atmósfera altamente politizada a «reconocer y reivindicar su identidad de negras, como parte integrante de la experiencia de socialización del *campus*» (Twine, 1996: 218).

El artículo dio vueltas en mi cabeza durante varios meses después de su lectura, porque me preguntaba si estas mujeres habrían tenido que afrontar elecciones distintas en un ambiente menos politizado. Cuando Twine las entrevistó todas estaban entre los veintiuno y los veinticinco años; por tanto, ¿qué habría ocurrido si hubieran empezado a trabajar sin pasar por la universidad, o si hubieran crecido en el seno de una familia blanca perteneciente a la clase obrera, en otra parte de la ciudad? Naturalmente, no podemos saberlo, pero en aquella época cayó en mis manos un artículo de *The Guardian,* aparecido a mediados de 1997, donde una mujer adoptada especulaba sobre su experiencia de negra criada «sin conciencia del color» en Gran Bretaña:

> Éramos nueve, cuatro adoptados y cinco de mis padres; una especie de «arco iris». Los orígenes de la mitad de la familia se extendían por todo el mundo. Mi hermana mayor venía de Lituania, otra de Newfoundland, y mi hermano y yo éramos, respectivamente, una mezcla irlandesa y nigeriana, y nigeriana y suiza [...] En casa nos rodeaba un ambiente de amor incondicional e indiscriminado. Yo no me notaba diferente en nada a mis hermanos y hermanas de raza blanca, pero ahora sé que aquella forma de quererme —idílica, ciega a la raza—, aunque llena de buena intención, no representaba la idea que la sociedad

> tenía de mí, porque la sociedad me habría considerado de color, para bien o para mal. Ya tenía veintiún años cuando me enfrenté a la primera dosis de racismo abierto. Parece el título de una mala película de serie B: *La chica que se despertó cumplidos los veintiuno y comprendió que era negra,* pero así fue. Fui a ver a mi hermano Dominic, que también es mestizo. Siempre se había mostrado reivindicativo de su color. Unos años antes, delante de unas fotografías de nuestros primos y primas de ojos azules y pelo rubio, me había dicho: «Hermana, habría que poner algo negro en esta familia.» Entonces me pareció una tontería, pero, de repente, me daba cuenta de su significado. No teníamos puntos de referencia visuales. Carecíamos de conexiones visuales con ellos.

La escritora, Clare Gorham, contaba su lucha contra el resentimiento hacia sus padres adoptivos blancos, antes de aceptar su herencia y su educación:

> Después de dos años de rasgarme las vestiduras y lamentar mi herencia perdida, empecé a comprender que me estaba planteando una búsqueda absurda. ¿Para qué quería otra herencia si ya tenía una? Al fin, conseguí la tan esperada calma, gracias, sobre todo, al amor profundo y sólido que me ofrecieron mi familia y mis amigos. Todos tendemos a encerrar a las personas en estereotipos sociales: raza, situación económica, clase, religión, etc. Ahora he aprendido a valorar que la adopción interracial representa un auténtico reto a esas categorías, y me parece que es un regalo (Gorham, 1997: 9).

La resolución de Clare Gorham es muy distinta a la de otras jóvenes americanas que, como hemos visto, llegaron a identificarse como «negras», o se vieron obligadas a ello. Aunque Gorham no nombra la ciudad donde creció, los ejemplos ilustran de un modo suficiente cómo interactúan la clase, la raza, la edad, las circunstancias familiares y el espacio en la construcción de la identidad y la subjetividad, así como la fluidez de la primera. Para todas estas chicas, el hecho de salir de casa constituyó un factor fundamental a la

hora de replantearse su identidad, pero esto es natural en todos los jóvenes. Lo importante, en todo caso, es que los dos estudios demuestran que la «raza» o la etnicidad es una construcción social y un término relacional sin referentes fijos. Las diferencias biológicas han quedado desmentidas desde hace más de un siglo, y, por otra parte, todos los científicos sociales están de acuerdo en que lo que distingue un grupo de otro es un amplio conjunto de criterios no biológicos. No obstante, como en el caso del género, las diferencias étnica o de «raza» se han naturalizado, y las teorías racistas ignoran los procesos históricos y sociales que construyen las «distintas formas» de ser un individuo.

Si la primera consecuencia de la naturalización de las diferencias ha sido la construcción de una norma «blanca» o no «étnica» —que, como ya he sostenido aquí, empieza a cambiar en los trabajos empíricos serios—, podríamos decir que la segunda es creer ingenuamente que todos los grupos minoritarios comparten unas mismas características culturales. Sin embargo, también aquí, los estudios feministas más recientes indagan las fisuras que separan dentro de las «comunidades étnicas» a hombres y mujeres, jóvenes y viejos y primeras y segundas generaciones, es decir, documentan la enorme diversidad de los grupos de color. Aunque el color de la piel y la etnicidad conservan su condición de ejes de la discriminación y la desigualdad, los estudios empíricos de las autoras feministas desmienten las asociaciones demasiado simples entre categorías binarias como blanco-negro/pobre-rico/poderoso-no poderoso (DuCille, 1996; Eisenstein, 1994; Lamphere *et al.,* 1997; Williams, 1991). Los últimos trabajos hacen hincapié en la diversidad dentro de esas comunidades y en las acciones positivas de sus miembros contra el racismo (Mirza, 1997).

A los jóvenes, hombres o mujeres, la adversidad económica puede arrebatarles la posibilidad de adquirir confianza en sí mismos y llegar a ser adultos maduros, gracias a la participación en el mercado de trabajo. En el párrafo siguiente me ocuparé de las «elecciones» de los hombres jóvenes en los años noventa. Volveré sobre las preguntas que nos ayu-

dan a revisar las categorías de emigración, cultura, espacio e identidad en los capítulos 7 y 8.

El hombre de clase obrera, la comunidad y la inseguridad en los barrios de la periferia

En un libro titulado *Goliath* (1993), Bea Campbell demuestra su interés por las causas y los efectos de las revueltas urbanas de 1991 en varias ciudades británicas. Para ello se plantea un amplio conjunto de preguntas sobre la construcción social de la masculinidad que ella percibió a principios de esa década. Campbell intenta comprender los motivos de los hombres jóvenes, generalmente desempleados, que vivían sobre todo en casas municipales de los barrios periféricos de ciudades tan distintas entre sí como Newcastle y Oxford, para atentar contra los bienes y las personas de su propia localidad, por ejemplo, robando coches durante los fines de semana o entrando en las casas e incluso provocando incendios en su propia vecindad. Campbell encuentra la explicación en los cambios sociales de la época de Margaret Thatcher. Los años ochenta —la década del *sexy* y la codicia, como la definieron las geógrafas Leyshon y Thrift (1996) en su estudio de casos del sector de servicios financieros— vieron, en palabras de Campbell, «el final de las protestas organizadas que caracterizaron la política británica de la posguerra. El tono nacional de lo que siempre se había considerado un país combativo, se hizo machista, desconsiderado y peligroso» (1993: 3).

Cabe destacar lo paradójico de un país en el que, durante el mandato de una primera ministra (Margaret Thatcher), aumenta el machismo y las formas brutales de comportamiento. Los «hombres duros» del centro de la ciudad, que exhibían su amor por la velocidad con persecuciones en coche, o los de las salas de juntas repartidas por todo el país, donde se tomaban decisiones crueles y se compraban empresas en crisis para vender sus bienes, y los «chicos» de la City, con su exaltación del dinero rápido y sus escándalos fi-

nancieros (McDowell, 1997a) tenían mucho en común. Sin embargo, a los jóvenes desempleados de la clase obrera, excluidos de las ventajas de la buena vida —coche, mujeres y responsabilidades de adulto— por carecer de dinero, les parecía que las únicas formas de acceder a los atributos de la masculinidad eran el robo y otras manifestaciones de conducta irresponsable. Encontramos aquí ciertos paralelismos con el estudio de Baltimore que llevó a cabo Kelly, aunque esta autora analizó el caso de las mujeres.

En el siguiente pasaje, Campbell comenta el comportamiento de un grupo de jóvenes que durante dieciocho meses, hasta que intervino la policía en el verano de 1991, entretenían y, al mismo tiempo, molestaban a los residentes del barrio de Blackbird Leys, en Oxford, con un espectáculo motorizado de coches robados, a última hora de la tarde e incluso en plena noche.

> Por la noche, los chicos desafiaban con su conducta lo que entendemos por una clase pasiva, demostrando que ellos no estaban *por debajo* de nadie. Desde el punto de vista económico, eran un excedente; desde el punto de vista personal, dependían de otras personas, por lo general, de sus madres, para sus gastos de mantenimiento; y socialmente eran fugitivos, cuyo comportamiento ilegal los mantenía al mismo tiempo dentro y fuera de su comunidad. No tenían trabajo, ni ingresos, ni propiedades, ni coches, ni responsabilidades, pero se mantenían ocupados con sus propios «negocios», y lo que hacían les proporcionaba, mal o bien, una reputación.
>
> En muchos casos, la única forma de superar su «invisibilidad» era hacerse ver, actuar, y la vanidad aumentaba su osadía. Ellos eran capaces de planear, organizar y establecer los horarios de un drama local que se desarrollaba todas las noches en una pequeña plaza del barrio (Campbell, 1993: 29-30).

Los jóvenes de Blackbird Leys vivían en una zona de Oxford dependiente de la industria del automóvil. «Leys era uno de los principales suministradores de mano de obra, blanca y negra, para la industria del coche, que en nuestra

época se asocia a lo moderno, a la producción masiva y la movilidad [...] Es también una industria asociada a la masculinidad, ya que el automóvil se fabrica sobre todo por hombres y para hombres» (Campbell, 1993: 31-2). El descenso de la cifra de hombres empleados en la Cowley de Oxford de 30.000 a 5.000, entre 1970 y 1990, afectó profundamente al barrio de Leys. Según Campbell:

> En el curso de una sola generación se extinguió toda una tradición de empleo, alineamiento político, ingresos e identidad para los hombres de la clase trabajadora, que les proporcionaba una cultura de la masculinidad.
>
> Los chicos dejaron de fabricar coches, pero no dejaron de robarlos. A la pérdida del trabajo en Oxford, siguió el aumento del robo de automóviles.
>
> La delincuencia relacionada con los automóviles [en Leys] [...] tenía que ver con la relación que establecen los hombres jóvenes entre poder, máquina, velocidad y trascendencia (1993: 32-3).

Así pues, el robo, el consumo y las «representaciones» permitían a estos jóvenes reconstruir aquella identidad masculina que sus padres habían adquirido con el trabajo de la fábrica y que la reestructuración económica, los cambios en la producción mundial de coches y el elevado desempleo que aquejó a Gran Bretaña en la década de 1990 les negaban a ellos.

En un interesante artículo publicado recientemente, Fine *et al.* (1997) reflejan los resultados de una indagación muy parecida sobre la masculinidad entre los blancos de clase obrera en dos ciudades estadounidenses, Buffalo (Nueva York) y Jersey City (Nueva Jersey). La decadencia de la industria pesada redujo allí también las oportunidades de empleo para los hombres, en especial, para los blancos con poca formación. Los autores emprendieron dos estudios cualitativos independientes de los espacios —colegio, vecindad y, en ciertos casos, puesto de trabajo—, en los que los hombres adultos y jóvenes se inventaban como grupo, se relacionaban entre sí y se distinguían de otros grupos margina-

lizados. Fine *et al.* estudiaron sus esfuerzos tanto por aumentar su estima personal como por adaptarse a los conceptos anteriormente hegemónicos de la masculinidad de clase obrera, construida, en su mayor parte, en lugares de trabajo que ya no existían.

Sus pesquisas llegaron a la siguiente conclusión:

> A finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, los hombres jóvenes y adultos de raza blanca y clase obrera que entrevistamos hablaban de su «identidad personal» con total independencia de la decadencia económica y las relaciones sociales. Inmersos en una especie de individualismo postindustrial, típico de finales del siglo xx, el discurso de una «identidad laboral» les parecía obsoleto. Cuanto más afectaban a su bienestar las condiciones económicas y sociales, más lo negaban. La hegemonía funciona de un modo muy curioso, porque aquèllos hombres blancos de clase obrera deseaban seguir creyendo que aún disfrutaban de ventajas sobre «los otros»: las mujeres blancas y la gente de color (Fine *et al.,* 1997: 52-3).

Para esos hombres, la única forma de dar cauce a la indignación que les producía la falta de oportunidades económicas era encontrar un chivo expiatorio. Se negaban tanto a verse a sí mismos «dentro de la historia», en calidad de agentes pasivos de unas relaciones económico-sociales concretas, como a organizarse, en función de su localización económica o de clase, con otras «minorías» (mujeres y personas de color) igualmente afectadas por la circunstancia estructural. «Estos jóvenes y estos adultos, desesperados y alertas, defendían una identidad de hombres blancos, para conservar su crédito en un mundo con una segregación de clases cada vez mayor más segregada» (Fine *et al.,* 1997: 53). No podían aceptar el fin de la situación relativamente privilegiada que ha disfrutado durante gran parte de nuestro siglo la clase obrera estadounidense. «En el arco de unas décadas, la automatización, las inversiones extranjeras, la fuga de las corporaciones y la reestructuración de las empresas

dejaron a los miembros de la clase obrera sin ingresos familiares de carácter regular y sin sindicatos, lo que produjo en ellos una profunda sensación de rabia e impotencia» (1997: 54).

Aunque los hombres de la clase obrera no son necesariamente más racistas o más sexistas que los de clase media, en estas circunstancias, Fine *et al.,* descubren que su frustración se manifiesta de una «forma virulenta» contra los cambios económicos globales. A partir de ese momento, construyen un discurso contra los culpables, en su opinión, de arrebatarles sus privilegios. No obstante, el grado de hostilidad hacia los «otros» —negros, mujeres y homosexuales— varía mucho entre los hombres. Con una provocadora analogía de tipo geográfico, Fine *et al.* afirman que «como los cartógrafos que trabajan con diferentes herramientas en el mismo espacio geopolítico, así, estos hombres construyen sus identidades como si estuvieran claramente articuladas y contrastadas por la raza, el género y la sexualidad» (1977: 59).

Los trabajos de este tipo me parecen un más complejo y matizado modo de aproximarse a los problemas de la reestructuración y la decadencia económica que los análisis incapaces de abordar el significado simbólico y la construcción social del yo, que, por lo general, se limitan a utilizar datos sobre el desempleo como si este hecho no afectara a los seres humanos concretos. Demuestran, además, la enorme utilidad de examinar las cosas con la «lupa del género», y explican por qué tiene este último tanta importancia para la geografía social y económica.

Nuevos movimientos sociales, el poder y la política dentro de la comunidad

Las mujeres han desempeñado siempre un papel fundamental en todo lo relacionado con la reivindicación del acceso a unos bienes y recursos que se hallan desigualmente distribuidos en el plano espacial por las actuaciones políticas locales. En su primer trabajo sobre las ciudades, el sociólogo Manuel Castells afirma que las luchas urbanas por los

bienes y recursos —que él denomina consumo colectivo de bienes— constituyen uno de los aspectos distintivos de la sociología específicamente urbana (Castells, 1979). En esas luchas, o movimientos sociales urbanos, las mujeres han tenido su parte, aunque el propio Castells preste poca atención a ese extremo. Tampoco se da cuenta de que los límites de la provisión colectiva por parte de las instituciones locales o nacionales, y los servicios que prestan las mujeres, a título particular, a miembros de su familia o a extraños, en el caso del trabajo voluntario, son variables y permeables, dependiendo de la dimensión ideológica de los cambios que se produzcan en el Estado y de la cuantía de dinero que se transfiera a los servicios locales (volveremos sobre los juicios feministas de la obra de Castells en el capítulo 7). Por ejemplo, durante los años ochenta, cuando los sucesivos gobiernos de Margaret Thatcher recortaron el presupuesto institucional destinado a la atención de los ancianos y los enfermos mentales, todas estas cargas recayeron en los hombros de las mujeres. Castells destaca que las ciudades funcionan porque las mujeres proporcionan el tiempo y los medios necesarios para conectar los distintos servicios entre sí; por ejemplo, recogiendo a los niños en el colegio para llevarlos al dentista, o pasando a la ida o a la vuelta del trabajo por casa de la señora que los cuida o por el supermercado.

Existe, en la actualidad, una abundante literatura feminista escrita por geógrafas, entre otras estudiosas, en la que se analiza el papel de la mujer en tanto que participante en los movimientos sociales urbanos y la política local, así como otros asuntos relacionados con el género, de fundamental importancia para la organización de las sociedades y las luchas dentro de ellas, sean occidentales o no. Volveremos sobre los problemas de la provisión social y el género dentro del Estado-nación en el capítulo 7, donde revisaré también las perspectivas de la teoría feminista sobre el Estado. Por el momento, me gustaría abordar un estudio de la actuación de las mujeres en Brighton (Inglaterra), y la labor de los comités de mujeres que se crearon en varias instituciones locales británicas durante los años setenta y ochenta.

En su libro *Visible Histories* (1989), Suzanne Mackenzie examina la amplia gama de formas de vida que adoptaron las mujeres en la zona costera de veraneo de Brighton, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los años setenta, para mejorar las condiciones de su trabajo y su existencia. Mediante nuevas redes de organización, tanto para el control de la natalidad, la maternidad y el cuidado de los hijos como para el puesto de trabajo, se enfrentaron a la administración local improvisando servicios, llenando vacíos y cubriendo las nuevas necesidades a medida que la vida de las mujeres experimentaba los cambios propios de la posguerra. Mackenzie documenta la variedad de esos cambios y las mejoras que ellas consiguieron para su ciudad.

No obstante, uno de los aspectos decisivos de esta política de la comunidad, especialmente en el plano intraurbano, es el problema de lo que en inglés se denomina con la expresión *not in muy backyard* («en mi patio, no»). Cada vez que los residentes de una localidad se organizan para desterrar de su «patio» ciertas actividades indeseables, otra comunidad tendrá que pagar las consecuencias, y lo mismo ocurre con los bienes y servicios deseados. Siempre que haya limitaciones financieras o de otros recursos, su asignación a una determinada zona supondrá una pérdida para otra. Con el objetivo de garantizar la equidad, o por lo menos de no dañar en exceso los intereses de las comunidades más indefensas, debe haber una vigilancia de las disputas por parte de autoridades estratégicas locales. Las distintas políticas —por ejemplo, respecto al cuidado de los niños y la seguridad en las calles— tienen distintas consecuencias para los hombres y las mujeres. Por tal razón, durante los años ochenta, se fundaron en Gran Bretaña los comités de mujeres de la administración local, o comités de igualdad de oportunidades, que prestaban asesoramiento para cambiar o aumentar los servicios locales de modo que produjeran resultados equitativos. Susan Halford (1992) ha evaluado los resultados de estas iniciativas.

Halford sostiene que la introducción de iniciativas de género depende de múltiples factores, entre los que sobresalen

los recursos, el liderazgo y el compromiso político, así como el grado y naturaleza de la movilización política de la zona, pero añade que ciertas tendencias generales de la burocracia local dificultan no sólo cualquier tipo de cambio, sino también la formación de estructuras y relaciones de género que encaucen los cambios hacia los intereses femeninos (1992: 160). En los estudios de casos de diez instituciones locales, Halford demuestra la existencia de desalentadoras barreras contra cualquier tipo de transformación. Así, encuentra pruebas de competencia entre los distintos departamentos administrativos y una gran inercia organizativa en las estructuras jerarquizadas. Por otra parte, un mismo problema relacionado con el género puede estar asignado a distintos departamentos de la administración local, lo que, en la práctica, suele bloquear las iniciativas. Y, por si fuera poco, las estructuras informales de poder en las organizaciones suelen marginar tanto a las mujeres, tomadas individualmente, como los asuntos relacionados con ellas allí donde la cultura laboral y profesional no es neutral en materia de género (intentaremos profundizar sobre la cultura del trabajo en el próximo capítulo) (Cockburn, 1991; Kanter, 1977, 1992; Marshall, 1984; Pringle, 1989; Watson, 1992). Halford nos enseña que la experiencia y los intereses de unos sindicatos y unos grupos profesionales (ingenieros de distrito, planificadores, topógrafos, médicos y otras profesiones de este tipo) se oponen con frecuencia a los cambios. En muchas instituciones, las iniciativas duran pocos años.

¿Nuevas formas de vida?

Los estudios de casos que he incluido en este capítulo han servido para ejemplificar que el entorno y la distribución desigual en el espacio de las oportunidades, los recursos y los bienes, tanto en la misma ciudad como entre distintas localidades, barrios y vecindarios influye en las oportunidades de los residentes y en la idea que éstos tienen de sí mismos, como hombres y como mujeres. Parece evidente

que las divisiones de género se relacionan con un conjunto muy complejo de interconexiones entre la localización, la etnicidad y la situación de clase, y que esto produce una forma concreta de entender lo que es una mujer y lo que es un hombre en cada zona. Para los chicos de los guetos estadounidenses y de las casas municipales británicas, tanto en el centro como en las afueras de las ciudades, las vías que conducen convencionalmente a la masculinidad se encuentran bloqueadas por la pobreza y la inseguridad económica. Sin embargo, ellos continúan defendiendo definiciones de lo masculino que subrayan la solidaridad entre los hombres ante el peligro, y el poder sobre las mujeres, al que va aparejado idealmente la protección de la «suya». Cuando estos aspectos de la masculinidad no se pueden poner en práctica mediante actividades legales, los hombres las buscan por medios ilegales. Pero, como sostiene Campbell, estos hombres tienen mucho en común con los policías y los soldados que se les enfrentan como oponentes y adversarios y que intentan controlar su conducta delictiva o antisocial.

Estos estudios de casos ilustran también con toda claridad la relación entre los problemas urbanos y la economía. Las consecuencias del emplazamiento son, en gran parte, un reflejo de la distribución de las actividades económicas y de la decadencia de la industria y de otras posibilidades de trabajo en las áreas urbanas. Volveré a examinar con más detalle los vínculos que unen las divisiones de género con las divisiones laborales en el capítulo próximo; y en el capítulo 6 abordaré el problema de la localización, los espacios alternativos y la identidad de género, dando siempre más importancia a la relación de la identidad individual con el lugar, el miedo y el placer que a los problemas a mayor escala de la comunidad y los grupos de identidad.

Antes de acabar este capítulo desearía plantear varias cuestiones de carácter especulativo sobre las formas alternativas de comunidad y la posibilidad de espacios de género distintos. Por su carácter relativamente estable, el entorno arquitectónico tiende a reflejar las divisiones de género de épocas anteriores. Como he apuntado en la introducción, la

expansión de las ciudades, las redes de transportes y los horarios urbanos, así como la propia expansión interna de los hogares privados, se basan en el supuesto de un empleo permanente de nueve a cinco para el varón que mantiene la casa, con una esposa que combina las labores domésticas con el cuidado de los niños. La realidad del aumento de las mujeres empleadas y la transformación de los modelos laborales, a los que dedico el próximo capítulo, aún deben reflejarse en nuevas expansiones urbanas y en el diseño de la vivienda. Con todo, parece que el cambio más significativo hasta este momento es la práctica desaparición de la costumbre de reunir a la familia en torno a la mesa para la comida principal del día (Bell y Valentine, 1997; Gronow, 1997), que ha sido sustituida por una comida individual de subsistencia, gracias al refrigerador y al microondas. El desarrollo de otras formas de vida más radicales parece bastante remoto.

Existen, sin embargo, varios precedentes históricos de formas de vida y espacios urbanos en los que se han transformado los papeles de género. Encontramos entre ellos los experimentos utópicos de socialistas y feministas durante el siglo XIX (Taylor, 1983), especialmente en Estados Unidos (Hayden, 1976), donde se dio, además, el apasionante ejemplo de la construcción de una ciudad de nuevo cuño durante la guerra, basada en principios muy distintos a los que conforman la vivienda suburbana, según el movimiento británico de los años cuarenta por la renovación de las ciudades (McDowell, 1983). La descripción de esa ciudad, Vanport City (Oregón), aparece en la introducción del excelente libro de Dolores Hayden, *Redesigning the American Dream* (1984), donde la autora examina los ejemplos pasados y presentes de comunidades basadas en principios de género distintos a los «tradicionales». Vanport City fue construida por Wilhelm Kaiser para albergar a las mujeres que trabajaron en su astillero durante la guerra, entre ellas la figura emblemática de Rosie, la remachadora. Muchas tenían hijos y estaban casadas con militares; por tanto, mientras durase la guerra, serían madres solas, y Kaiser pidió a su arquitecto

que le construyera una ciudad capaz de facilitar al máximo sus «dos roles» de madres y trabajadoras asalariadas.

Las casas particulares debían estar cerca de un centro de atención a los niños, que permanecía abierto veinticuatro horas, en el que podían comer tanto los hijos como las madres, para, de ese modo, no verse obligadas a cocinar al volver del trabajo. Todas las casas tenían una enorme ventana que daba a los astilleros, pensada para que los niños supieran dónde iban a trabajar sus madres todas las mañanas. Por desgracia, aquel espléndido reto a los principios patriarcales y familiares que habían predominado en el urbanismo y la construcción de viviendas durante todo el siglo fue demolido después de la guerra. La vuelta a la «normalidad» supuso la recuperación de «su lugar» por parte de los hombres, tanto en la casa como en el puesto de trabajo. Acabada la guerra, volvieron a imponerse, como dice la propia Hayden, los antiguos ideales: el hogar, la madre y el pastel de manzana.

Existen aún otros ejemplos de edificios y comunidades creados para cubrir las necesidades femeninas, casi todos ellos vinculados a ciertas actividades de los años sesenta, con la llegada de la segunda fase del movimiento feminista. Podríamos incluir aquí los hogares para la acogida de mujeres, albergues, librerías y centros culturales abiertos en muchas ciudades de Estados Unidos, Canadá y Gran Bretaña (Wekerle *et al.,* 1980). Otros edificios se habilitaron temporalmente para las mujeres: piscinas municipales y polideportivos constituyen los ejemplos más comunes en el caso británico, pero también hubo ejemplos de sistemas de transporte público, cafés, restaurantes, bares y jardines públicos. Como ya se ha dicho en estas páginas, las autoridades locales británicas admitieron los comités de mujeres en los años setenta y ochenta para abordar cuestiones relativas a la seguridad y la vivienda pública. Existen también estudios sobre la mentalidad de las planificadoras y arquitectas, distinta a la de sus colegas varones (Brion, 1994; Greed, 1991, 1994).

Recientemente se han realizado en Gran Bretaña y Estados Unidos algunos proyectos encaminados a solucionar las necesidades específicas de ciertos grupos de mujeres, defi-

nidas no tanto por su condición de tales como por la etnia, la edad o la sexualidad. No se deben olvidar tampoco los anteriores ejemplos de ambientes exclusivamente femeninos: escuelas, colegios universitarios y conventos, donde las mujeres han encontrado en los dos últimos siglos un refugio y una oportunidad de prepararse y acrecentar su confianza en sí mismas. Las últimas investigaciones sobre la cultura han demostrado la importancia que tiene para la mujer aumentar su representación a todos los niveles si quiere cambiar las actuaciones discriminatorias, las actuaciones institucionales y las ideas que construyen su imagen como la de un ser atípico y anormal (Cockburn, 1991; Marshall, 1984; McDowell, 1997a; Wright, 1995).

Sin embargo, no podemos estar seguras de que los espacios exclusivamente femeninos contribuyen a fortalecer a las mujeres o, por el contrario, las atrapan en un gueto, para acabar dando pábulo a la idea de que necesitan protegerse del tráfago de la vida urbana, como en las ideas de la época victoriana que hemos visto en el capítulo anterior. Quizá sería más interesante pensar en un entorno urbano no sexista y no específico de un género, pero en ese caso entraríamos más en el terreno de la especulación que en el de la práctica, aunque Dolores Hayden (1984) ha diseñado un combinado de casa y puesto de trabajo para las madres solteras de Los Ángeles, convencida de que ambas cosas deben estar íntimamente conectadas. El diseño y la localización del «trabajo», la casa y la vecindad depende de una forma de entender las divisiones de género que debemos cambiar si queremos construir una ciudad no sexista.

Conclusiones: un nuevo análisis de la comunidad

Encontramos uno de los retos más radicales a la aceptación de la comunidad (definida como espacio territorialmente limitado, donde se producen los intercambios cara a cara) en tanto que base de la organización urbana en las teorías po-

líticas de Marion Young, cuyo trabajo sobre el cuerpo hemos examinado en el capítulo 2. Young cree que las feministas y, en general, los teóricos sociales de ideología progresista deben abandonar el concepto de comunidad:

> El ideal de comunidad superpone la unidad a la diferencia, la inmediatez a la meditación, la simpatía al reconocimiento de los límites de nuestra comprensión del otro desde su punto de vista. La comunidad es un sueño comprensible, que expresa el deseo de ser transparentes para los nuestros, la relación basada en la identificación mutua, el bienestar y la cercanía social. Un sueño comprensible pero políticamente problemático, porque tiende a suprimir las diferencias entre sus miembros o a excluir implícitamente de su grupo político a las personas con las que no se identifica. Ese ideal de una unidad pequeña, íntima y centralizada no es un concepto realista, ni sirve para realizar una política transformadora de la sociedad urbana de masas (1990c: 300).

Como dice Young, una ciudad dividida en espacios y comunidades separadas, cuyos miembros se sienten cómodos en sus relaciones cara a cara con personas iguales a ellos, tenderá a sostenerse en «un deseo de identificación social absoluta que fomenta tanto el racismo y el chovinismo étnico como el sectarismo político» (1990c: 302). Dicho de otro modo, la organización basada en la comunidad introduce casi siempre divisiones sociales. Young propone una ciudad que no suprima las diferencias ni oprima a los «otros» —a todos los que difieren de la norma dominante—, sino que, por el contrario, se mantenga abierta a una «alteridad no asimilada» (pág. 301).

Para Young el ejemplo del cambio está en la actitud del movimiento feminista, que, dice la autora, ha pasado de organizarse sobre la base del ideal de comunidad o de identidad común a la aceptación de esa alteridad no asimilada. Durante los primeros momentos del movimiento, en los años sesenta, «se produjeron dentro de los grupos de mujeres fuertes presiones para compartir una misma concepción

del mundo [...] que solía conducir a la homogeneidad: ante todo heterosexuales, o lesbianas, o blancas o universitarias» (pág. 312). La airada reacción de muchas mujeres negras o de clase trabajadora excluidas produjo numerosas rupturas y facciones durante los años setenta, hasta que, en tiempos recientes, se afianzó una perspectiva más tolerante y capaz de admitir las múltiples formas de «ser mujer». No se trata ya de entender a las demás como nos entendemos a nosotras mismas, sino de aceptar las diferencias y las distancias entre unas y otras, sin necesidad de excluir a nadie.

Me pregunto, sin embargo, cómo se puede traducir este ideal en tolerancia dentro de un espacio de las características del urbano, donde las distancias no hacen sino reforzar las diferencias. Según la propia Young: «En una sociedad homofóbica, racista y sexista, que desprecia y devalúa a ciertos colectivos humanos, resulta imprescindible que los miembros de esos grupos se unan para exaltar su experiencia, su herencia y su cultura común» (1990c: 312). En las urbes contemporáneas, la aceptación y la exaltación de lo distinto parece un proyecto a muy largo plazo.

Young propone la renuncia al ideal de las comunidades cara a cara, aunque no niega en ningún momento el valor de la amistad y el apoyo mutuo en los espacios urbanos relativamente delimitados. Sin embargo, las complejas sociedades urbanas de la actualidad ofrecen un conjunto de relaciones sociales de enorme riqueza, y los medios de comunicación ponen en contacto a personas muy distantes entre sí en tiempo y espacio. En los «no espacios» de Augé (1993), por ejemplo, nuestras características sociales —género, edad y etnia— se convierten en un hecho insignificante, y, como han destacado Harvey (1989) y Giddens (1995), las redes sociales se expanden por distancias cada vez mayores. Pero ¿quiere esto decir que seremos capaces de hacernos más tolerantes, viviendo como personas distintas, cada cual con sus características, su historia, sus necesidades y sus costumbres peculiares, sin «entendernos en un sentido subjetivo e inmediato, conectados en el tiempo y el espacio» (Young, 1990c: 317), sino sabiendo establecer unas relaciones de aceptación mu-

tua? La idea de Young resulta atractiva y, aunque me parece un sueño utópico, deberíamos luchar por él. De momento, parece imposible de realizar mientras la vida de los ciudadanos se desarrolle dentro de los límites que hemos visto más arriba, aunque merece la pena continuar luchando contra todas las formas de exclusión social y espacial que conocemos.

Otras lecturas

Aún merece la pena consultar una de las primeras recopilaciones dedicadas al entorno arquitectónico, las localidades y las divisiones de género, *Women and Space,* editada por Shirley Ardener en 1981, donde podremos hallar un buen número de estudios comparativos de distintas sociedades. Daphne Spain, en su libro *Gendered Spaces* (1993), nos brinda varias comparaciones históricas y geográficas. La obra de Dolores Hayden es, desde mi punto de vista, excepcional. Se trata de un análisis tan riguroso como legible de las conexiones entre el género y las divisiones espaciales. Recomiendo *Seven American Utopias* (1976), *The Grand Domestic Revolution* (1981), *Redesigning the American Dream* (1984) y la más reciente *The Power of Place* (1995), donde se ilustran el género, la clase, las divisiones étnicas y su representación en el panorama de la ciudad de Los Ángeles durante nuestro siglo. Sue Reddick (1996) ha examinado las relaciones entre el espacio público y la construcción social de la «diferencia». Gerda Wekerle (entre otras) (1980, 1995) dedicó gran parte de su trabajo a los espacios de género, incluyendo la planificación de ciudades más seguras, y Clara Greed (1994) ha estudiado las posibilidades de una planificación más sensible a los problemas de género.

Aunque el interés de Mona Domosh se centra en las relaciones de clase, su libro *Invented Cities* (1996) investiga la situación de Boston y Nueva York durante el siglo pasado. *Changing Places: Women's Lives in the City* (1996), editado por Chris Booth, Jane Darke y Susan Yeandle, es un texto in-

troductorio muy representativo, con una buena bibliografía. Rith Fincher y Jane Jacob (1998) han editado recientemente varios trabajos de geografía urbana. El *International Journal of Urban and Regional Research* y *Gender, Place and Culture* publican numerosas investigaciones empíricas de las divisiones de género y las relaciones en distintas localidades y circunstancias. Aunque en este capítulo sólo nos hemos ocupado de las sociedades occidentales, existen excelentes trabajos sobre el espacio de género en las sociedades coloniales y poscoloniales. Por ejemplo, Sara Mills (1996) ha realizado un análisis de la India colonial de finales del siglo XIX, y existen varios estudios sobre el «lugar» en Ashcroft *et al.* (1995) y en Momsen y Kinnaird (1993). Por fin, están las argumentaciones de Iris Marion Young sobre la comunidad, recogidas en varios trabajos, incluidos los que yo misma he tomado del libro editado por Linda Nicholson, *Feminism/Postmodernism* (1990) y la colección de Judith Squires, *Principled Positions* (1992).

5
El puesto de trabajo

Introducción

La abundancia de literatura sobre el género y el trabajo remunerado se debe a que la relación entre ambas cosas constituye uno de los aspectos más estudiados por las feministas, en general, y quizá uno de los más significativos para las geógrafas, en particular, hasta hace relativamente poco tiempo. En cierto sentido, los ámbitos que estudiaremos en este capítulo representan lo contrario del hogar, que ya se ha analizado en el capítulo 3, donde vimos a la mujer confinada dentro de la casa por un ideal de domesticidad feminizada. La distinción entre hogar y «trabajo», en el sentido de actividad remunerada, es un hecho tan normal en las sociedades industriales que, para la mayor parte de las personas, trabajar significa salir de casa. En su libro *Divisions of Labour* (1984), Ray Pahl nos recuerda con insistencia que no siempre ha sido así; más aún, que éste no es siquiera el modelo más extendido en muchas sociedades contemporáneas. Una gran parte del trabajo se hacía, y se hace aún en ciertos lugares, en la casa propia, donde los miembros de la familia colaboraban para producir bienes de consumo. Como he dicho en el capítulo 3, el cuidado de la casa y de los hijos es trabajo, aunque no se considere tal y no obtenga remuneración alguna.

La separación creada por la producción industrial entre el espacio del hogar y el espacio dedicado al trabajo nunca ha sido completa, ni siquiera en las sociedades más «avanzadas» de nuestra época. Como sostuve en el capítulo anterior, siempre ha existido una considerable minoría femenina que realizaba un trabajo remunerado, tanto en su casa como en la de otras mujeres, porque el trabajo doméstico y mal pagado se ajusta al ideal del hogar como espacio femenino por excelencia. Así pues, «salir a trabajar» representaba todo un reto ideológico, lo que no impidió que lo pusieran en práctica millones de mujeres durante el siglo pasado. La mayoría trabajaba en guetos feminizados, reservados exclusivamente para ellas porque se consideraban «labores propias de mujeres» y, consecuentemente, estaban mucho peor pagadas que los «trabajos de hombres». Aunque la actividad remunerada de la mujer ha experimentado un fuerte aumento desde mediados de nuestro siglo, lo cierto es que ésta continúa dedicándose sobre todo a los empleos «femeninos». De ahí que los análisis feministas en los campos de la economía, la sociología y la geografía económica se hayan centrado en los motivos de la exclusión inicial de la mujer, y de su concentración o marginación dentro del mercado de trabajo.

Existe un conjunto notable de estudios empíricos y teóricos, tanto de análisis agregados de series estadísticas nacionales como de detallados estudios de casos relativos a la producción de industrias, sectores, ocupaciones, localidades y empresas durante los últimos veinticinco años. A lo largo de ese tiempo, la atención teórica se ha desplazado desde el campo del análisis marxista o social-feminista de la división del trabajo a las cuestiones relacionadas con la cultura laboral y el cuerpo y la sexualidad en el empleo. Dada la facilidad de acceso a varios resúmenes muy útiles de estos desarrollos (Auster, 1996; Bradley, 1989; Crompton y Sanderson, 1990; Dex, 1985; Fuentes y Ehrenreich, 1983; Nash y Kelly, 1983; Stichter y Parpart, 1988; Walby, 1986), me limitaré a repasarlos brevemente, para entrar con más detalle en el trabajo empírico de las distintas tradiciones teóricas.

Los intereses, tanto empíricos como teóricos, han experimentado un cambio durante los años noventa. En parte, por la necesidad de introducir de un modo explícito al hombre y la masculinidad en los estudios feministas del mercado de trabajo, pero también como respuesta a los cambios materiales que ha producido la profunda reestructuración económica de las sociedades industriales desde principios de los años setenta, y que ha culminado en la transición a una economía basada en los servicios; la construcción social de la masculinidad en el puesto de trabajo ha llamado la atención de las estudiosas. Con la práctica desaparición del empleo para los hombres jóvenes sin cualificación profesional en ciertas zonas del occidente industrializado, desapareció también para ellos la posibilidad de desarrollar una masculinidad característica de la clase obrera —construida sobre el riesgo y la dureza del trabajo, y sobre la solidaridad con los compañeros— que, en otro tiempo, distinguió a regiones enteras en las que predominaban la minería, los astilleros, las acerías o las empresas químicas (Campbell, 1984; Beynon *et al.,* 1988; Fine *et al.,* 1997; McDowell y Massey, 1984). En el último capítulo tendremos oportunidad de comprobar las consecuencias de esta situación para los jóvenes británicos y estadounidenses; no obstante, en la última parte de éste volveré a considerar las nuevas formas de empleo aparentemente adecuadas a las características sociales de la feminidad que hoy son interpretadas por hombres de modo que se ajusten a las nociones hegemónicas de la masculinidad.

Las divisiones de género en el trabajo

La participación de la mujer en el trabajo remunerado ha aumentado en las últimas décadas en todos los países, a raíz de la proletarización que ha producido en el mundo femenino la industrialización capitalista. Existen, sin embargo, considerables variaciones geográficas en la proporción de mujeres trabajadoras, como se desprende de las estadísticas comparadas de la Organización Internacional del Trabajo. Aunque

las bases de la comparación no siempre resulten compatibles y los años elegidos presenten algunas variaciones, puede decirse que, a principios de los noventa, la participación de la mujer en el mercado de trabajo de los países occidentales iba de un máximo del 78 por ciento de las mujeres danesas en edad laboral a sólo el 44 por ciento de las italianas y las griegas y el 43 por ciento de las españolas. Los índices varían aún más cuando se comparan con el «resto» del mundo. Los más bajos se encuentran en África; en Argelia, por ejemplo, sólo algo menos del 5 por ciento de las mujeres ejercían una actividad remunerada a principios de la década; en Egipto era el 14 por ciento, y en Senegal y Marruecos, el 17 por ciento. En otros países «en vías de desarrollo», encontramos entre un 50 y un 60 por ciento de mujeres empleadas en la India, Bangladesh, Singapur y Barbados, y el 40 por ciento en China. En cuanto a la América Latina, las cifras oficiales de empleo son de menos de un tercio de las mujeres en edad laboral.

En las variaciones entre las tasas influyen numerosos factores. Además de las conocidas diferencias entre las naciones «occidentales» industrializadas y el resto del mundo, hay que contar con que los índices reflejan, por ejemplo, las ideas religiosas. Así, en Occidente, los países católicos presentan tradicionalmente una menor participación de las mujeres. La tasa de italianas, por ejemplo, se cuenta entre las más bajas de la Europa occidental (pese a que los índices de crecimiento italianos fueron los más altos del continente de 1970 a 1990). Los países islámicos tienen la participación femenina más baja, como se ve en los datos de Argelia (la información relativa a Pakistán o Afghanistán es tan poco fiable que no se puede utilizar para establecer comparaciones). También resultan significativos los datos referentes a la extensión y el ritmo del desarrollo industrial. Por ejemplo, en los llamados «tigres» asiáticos, ahora en crisis, pero sometidos a un rápido crecimiento industrial en los años ochenta, las mujeres se emplearon masivamente en la industria del vestido y la electrónica.

Antes de entrar en el examen de las causas de los modelos de empleo femenino convendrá comentar brevemente las bases estadísticas de la comparación. Definir y evaluar el

trabajo femenino plantea problemas metodológicos y teóricos. Por empezar por los primeros, como ya han afirmado las feministas, la definición del trabajo como tarea remunerada en una relación laboral estructurada formalmente se basa en un ideal masculino. Hay muchas mujeres que «trabajan» por amor, y otras muchas empleadas conforme a todo tipo de acuerdos, cuya remuneración puede ser temporal o periódica, puede recibirse en especie o puede que no quede registrada en ningún sitio (Glucksmann, 1995). Esto es especialmente cierto en el caso de las economías no industriales, aunque ocurre en todas las formas de producción. Por ejemplo, una mujer puede ayudar, sin recibir a cambio una remuneración, en una explotación agrícola o un negocio familiar, como trabajadora periódica o ambulante en el campo, o puede hacer de cajera temporal en bares y restaurantes, o limpiar oficinas o casas. Una gran parte de ese trabajo no se recoge en ninguna estadística nacional (Waring, 1989).

Las bases para una comparación entre los distintos países no son menos problemáticas, ya que los periodos de tiempo presentan grandes variaciones y las cifras no son siempre fiables. En consecuencia, lo que llamamos «trabajo» está definido tanto social como estadísticamente, y tiene distintos significados según el contexto, lo que dificulta en gran manera la comparación entre países. La información más fiable hasta este momento es la que proporciona la Organización Internacional del Trabajo.

Pese a las significativas variaciones geográficas que presentan los índices de participación (al menos en los registros oficiales), el trabajo remunerado de la mujer se distingue universalmente por tres aspectos básicos. En primer lugar, se concentra en determinados sectores y ocupaciones (lo que llamamos *discriminación horizontal);* en segundo lugar, tiende a mantenerse en la base de la jerarquía laboral *(discriminación vertical);* y, por último, está peor pagado, en términos generales. A mediados de los años noventa, una mujer que trabajara una jornada completa en Gran Bretaña ganaba una media de 73 peniques por cada libra ingresada por un hombre en el mismo tiempo. La diferencia es mayor cuando se

trata de un empleo a tiempo parcial o cuando se incluyen en la comparación situaciones informales.

La separación de hombres y mujeres en distintas ocupaciones se relaciona con las expectativas sociales en materia de género. Las mujeres se encuentran en aquellos trabajos que confirman la tendencia a cuidar de otros que se les atribuyen. Por ejemplo, en Estados Unidos, representan el 90 por ciento de las siguientes actividades: estomatología, secretariado, cuidado de niños, enfermería y profesorado de guarderías (Auster, 1996). En el caso de los hombres, la supuesta fuerza física y habilidad analítica que proporcionan los genes masculinos explican su predominio en las actividades que requieren esas destrezas. Así, en Estados Unidos los hombres constituyen el 90 por ciento de los siguientes oficios: conductores de camiones, mecánicos de coches, bomberos, pilotos de aerolíneas o marinos; y más del 80 por ciento de los médicos, dentistas y arquitectos (Auster, 1996). Las pautas de discriminación de género en Gran Bretaña y otros países de la Europa occidental son muy parecidas.

En aquellos países donde las mujeres predominan en los empleos que el mundo «occidental» considera «masculinos» —en las naciones de la antigua órbita soviética, por ejemplo, la mayor parte de la profesión médica—, estas ocupaciones no disfrutan del mismo prestigio que las de predominio masculino, y, por tanto, suelen estar peor remuneradas. A la vista de las variaciones, podemos afirmar que las habilidades requeridas, y supuestamente asociadas a rasgos masculinos o femeninos, no dependen de las características propias de cada trabajo, sino de su construcción, valoración y consiguiente retribución social. Las feministas del campo de la economía, la geografía y la sociología han conocido una larga lucha para establecer esta relación y contraatacar los tradicionales argumentos de este extendido modelo de discriminación de género.

Existen muchas y variadas teorías sobre la discriminación en el empleo, según sitúen su punto de mira en la elección individual o los factores estructurales a gran escala, aunque en la mayor parte de los marcos teóricos se da por descontado que los resultados son un compromiso entre la actitud, el talento,

los intereses y la formación de un determinado individuo, incluidas sus relaciones de clase y sus contactos educativos (lo que el sociólogo francés Pierre Bourdieu, cuya obra hemos comentado en el capítulo 2, llama capital cultural [Bourdieu, 1991]), y las normas y regulaciones que determinan el acceso a una posición o empleo determinados. Como muchas de las teorías sobre la elección de empleo se desarrollaron antes de que las feministas demostraran que el agregado de procesos económicos y sociales afectan de un modo distinto a las mujeres y los hombres, las diferencias de género, cuando no se ignoraban por completo, recibían una interpretación naturalista. En otras palabras, lo que relegaba a las mujeres a sus guetos de trabajo no era la discriminación, sino sus talentos «naturales». Veamos ahora algunas teorías sobre la discriminación en el empleo, así como varias alternativas desarrolladas por las sociólogas feministas durante los veinticinco años últimos.

Las teorías económicas ortodoxas

La teoría de la oferta y la demanda

Una de las teorías económicas más sencillas sobre la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo se basa en la coincidencia de ciertos cambios en la oferta y la demanda. Se subrayan las transformaciones que han hecho de la mujer un trabajador con unas cualificaciones y una disposición más adecuadas para el trabajo remunerado, a las que debemos añadir el aumento de la demanda de mano de obra. Esta situación coincidió en el tiempo con una evidente mejora de la formación de las mujeres, con la expansión de los medios de control de natalidad, por lo menos en los países «desarrollados», y con la consiguiente caída de la media de hijos por mujer. En algunos países habría que contar también con una serie de servicios y artículos domésticos que, teóricamente, reducen la carga de trabajo de la casa y el cuidado de los niños, y dejan a la mujer «libre» para el trabajo asalariado. Con todo, resulta muy difícil probar cuál es la cantidad de trabajo que «aho-

rran» esos aparatos. En muchos casos, lejos de reducir las horas dedicadas a las labores domésticas, su introducción ha elevado, por ejemplo, las expectativas de limpieza (Cowan, 1983; Oakley, 1974). Los cambios legislativos y las campañas que se han llevado a cabo en algunos países a propósito de ciertos «problemas femeninos» (provisión de guarderías, aborto y acoso sexual, por ejemplo) han permitido una mayor igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, que facilita la incorporación de las segundas al mundo del trabajo.

Del lado de la demanda, los economistas señalan la mayor necesidad de mano de obra en las zonas de crecimiento económico que ha producido la organización capitalista en distintas partes del mundo. En los modelos de demanda simple se supone que el capital es indiferente al sexo de los trabajadores, aunque en otros se asume que la incorporación de las mujeres sólo se produce en los periodos boyantes, cuando escasea la mano de obra. Las mujeres, según esto, entran en el ámbito económico en las épocas de vacas gordas, y salen en las de vacas flacas. No obstante, la evidencia empírica de esta argumentación es bastante limitada. Tanto las cifras nacionales como las internacionales indican un continuo aumento de la participación femenina en la mayoría de los países desde el final de la Segunda Guerra Mundial, incluso en los periodos de recesión generalizada (Rubery, 1988). Las excepciones estarían en las antiguas sociedades socialistas, donde la participación de la mujer fue muy elevada durante el periodo comunista, para decaer después en 1989, a consecuencia de los problemas económicos (el crecimiento del desempleo ha afectado también a los hombres) y de la decisión de muchas mujeres de abandonar el mercado de trabajo en un momento en que las tareas domésticas requieren tiempo y esfuerzo.

La teoría del capital humano

Los economistas neoclásicos han desarrollado una variante de las teorías básicas de la oferta y la demanda, más explícita en cuanto al significado de las divisiones de género,

que se conoce como teoría del capital humano, y está representada por la obra de Becker (1975), donde se trata abiertamente lo que se oculta tras la teoría de la oferta y la demanda, esto es, la adjudicación a la mujer de la responsabilidad del trabajo doméstico y el cuidado de los hijos. En la teoría de Becker la unidad de análisis no es ya el individuo, sino la familia, que tiene una cantidad finita de trabajo que realizar y unas metas concretas que conseguir. A partir de ahí se realiza una división racional del trabajo basada en la cuantía de capital humano de cada uno de sus miembros, y de los índices relativos de ganancia que podrían conseguirse a través de su venta en el mercado de trabajo. Los hombres, se dice, están generalmente mejor educados que las mujeres y han invertido más tiempo y más energía en formarse. De ese modo, son muy sensibles a la entrada en el mercado de trabajo, que les recompensa infinitamente más que a sus compañeras, dedicadas a la labor, esencialmente no remunerada, de dirigir la casa y criar a los hijos. Cuando las mujeres se incorporan al mercado de trabajo, este modelo predice que lo harán a tiempo parcial y en trabajos cercanos a su casa, ya que las ganancias por cada hora trabajada o kilómetro recorrido son menores que en el caso de los hombres.

No cabe duda de que este modelo de género existe. Por ejemplo, un grupo de geógrafas feministas han investigado el problema concreto del espacio, analizando las consecuencias de la distancia, la localización y las pautas del empleo. A raíz de esto se han establecido algunas conexiones entre el género y la lejanía del puesto de trabajo. En general, las mujeres cubren distancias más cortas, a causa de la responsabilidad de los hijos y de un menor acceso al coche privado, aunque esta situación varía según las clases sociales, la formación, el salario y la etnia. Las mujeres más preparadas, que ganan más dinero, recorren distancias mayores para acudir al trabajo, y lo mismo parece que les ocurre a las que pertenecen a los grupos étnicos minoritarios. Pero incluso entre las más preparadas y mejor pagadas, en el caso de las mujeres, la asociación entre distancia e índices salariales

está menos marcada que en el caso del hombre (Hanson y Johnston, 1985; Johnston-Anumonwo, 1992; Villeneuve y Rose, 1988). El estudio de Hanson y Pratt (1995) ha influido de un modo particular en el planteamiento de los problemas espaciales, enriqueciendo la forma de entender el papel de la localización de la residencia y las diferencias de género a la hora de buscar trabajo para el mantenimiento de la discriminación sexual. Las autoras desarrollan la idea de la contención espacial, relacionada con las responsabilidades domésticas de la mujer, para explicar las diferencias de género en la conducta laboral.

Aunque el modelo del capital humano se ajustó a las pautas empíricas del empleo femenino en los países industrialmente avanzados de los años setenta, la realidad ha comenzado a desmentirlo a partir de los noventa, precisamente cuando las mujeres estaban mejor formadas que nunca (en Gran Bretaña, por ejemplo, las chicas obtienen mejores notas que los chicos en los exámenes finales de la educación obligatoria, y en 1996 las graduadas en la universidad superaron por primera vez a los graduados). Cada vez son más las mujeres que trabajan a tiempo completo, y los hombres que aceptan trabajos a tiempo parcial, temporales o informales en los nuevos mercados «flexibles» de Occidente, es decir, comienzan a responder a pautas que antes sólo eran propias de las mujeres. Los modelos económicos neoclásicos tienden también a considerar normales las diferencias de género. Así, los modelos desarrollados en los años setenta y principios de los ochenta no supieron comprender por qué las chicas abandonaban la escuela antes que los chicos, o no obtenían las mismas calificaciones que sus hermanos. Es decir, la división del trabajo no sólo no se explica, sino que se asume.

Para entenderlo, las economistas feministas enfocaron el problema desde una perspectiva que ya hemos esbozado aquí. Sin embargo, más recientemente, la teoría del capital humano ha revisado sus principios, con el objetivo de incorporar las nuevas realidades de (algunas) mujeres. Un informe de *The Guardian* (19 de mayo de 1997, pág. 18), basado

en el artículo no publicado de un economista, plantea la necesidad de introducir un concepto más matizado de trabajo doméstico, si se desea comprender por qué continúan realizando las tareas de la casa y cuidando de sus hijos las mujeres que ganan salarios elevados. Se ha dicho que cada hora utilizada en el trabajo doméstico debería calcularse al precio que tiene para la mujer en el mercado laboral. En el artículo de *The Guardian* se ponía el ejemplo de Charie Blair, abogada y esposa del primer ministro británico: «Cada vez que Charie Blair dedica una parte de su tiempo a limpiar la casa podemos pensar que su trabajo vale lo que habría ganado una asistenta, es decir, unas tres libras por hora, o podríamos calcular lo que habría ganado de haber dedicado ese tiempo a ir al Tribunal Supremo, por ejemplo, unas 200 libras por hora.» Es decir, se supone que todos somos seres racionales que hacemos continuos cálculos de lo que obtenemos por un lado y perdemos por otro; así pues, la limpieza que hace la señora Blair «tendría que valer más de 200 libras para merecer la pena». Es patente que los economistas académicos saben poco del complejo de culpa que puede desarrollar la mujer que trabaja fuera de casa y de las razones que pueden impulsarla a realizar su propia limpieza.

El desarrollo del modelo conduce al análisis de las elecciones que hacen los hombres y las mujeres en la familia, y aquí se imponen las antiguas ideas de los teóricos del capital humano. Se aduce entonces que el valor del trabajo masculino es mayor porque los hombres ganan más dinero (lo cual es cierto, incluso en el caso de que la mujer ejerza una profesión o realice labores de gestión, como muestra la tabla 2), de modo que media hora suya en el fregadero vale más que media hora de su mujer. O, volviendo la oración por pasiva, las ganancias resultantes son mayores. Este modelo revisado de la teoría del capital humano ha servido para negar el valor total del trabajo doméstico en la economía británica, recurriendo al argumento de que las «madres contribuyen con un 70 por ciento de las labores caseras, pero sólo con un 50-60 por ciento del *valor* del trabajo doméstico». Es decir, según esto, una madre típica aporta un 36 por ciento del valor

del trabajo familiar, aunque si se trata de la contribución de una mujer más preparada podría llegarse a un 46 por ciento. Por otra parte, el valor de las tareas caseras de una mujer disminuye con el tiempo, a medida que se reducen tanto su «capital humano» como sus posibilidades de empleo.

Es evidente que este modelo se limita a reproducir el sexismo predominante en el mercado de trabajo, no explica en absoluto la naturaleza sexuada del mismo y refuerza las ideas tradicionales sobre la inferioridad del valor social del trabajo femenino y la categorización de las mujeres como «trabajadores poco cualificados».

TABLA 2. *Salario de las mujeres como un porcentaje del salario de los hombres (empleo a tiempo completo). Gran Bretaña, 1996 (datos del Labour Force Survey, 1997)*



Salario de las mujeres como porcentaje del de los hombres.

Mercados de trabajo duales y segregados

Basta con dejar a un lado a los teóricos neoclásicos y acudir a los economistas que se dedican al estudio del trabajo para encontrar datos que niegan que la distribución del trabajo se base en las decisiones racionales de los individuos pertenecientes a la unidad familiar. Por el contrario, los economistas afirman que la estructura institucional del mercado de trabajo se basa en actuaciones discriminatorias. Para conocer las divisiones de género existen dos métodos relacionados: la teoría del mercado de trabajo dual o segmentado y la teoría del proceso de trabajo. Los teóricos del mercado dual (véase, por ejemplo, uno de los primeros artículos de Barron y Norris, 1976), como indica su nombre, sostiene que existen dos mercados de trabajo, uno primario y otro secundario, según los términos y las condiciones del empleo. El primero ofrece salarios elevados, buenas condiciones de trabajo, seguridad en el empleo y posibilidades de promoción; en cambio, en el sector secundario la remuneración es más baja, y las posibilidades de prosperar, menores. Se supone que la mayoría de las mujeres trabajan en este sector secundario, aunque falta una teoría de los mecanismos explicativos.

Este modelo dual ha conocido otros desarrollos, con el objetivo de estudiar otros grados de segmentación evidentes en el mercado de trabajo; por ejemplo, la explotación, por parte de los empresarios, de las diferencias de raza, etnia, edad o género para controlar a la mano de obra (Craig *et al.*, 1982; Rubery, 1988). Por tanto, ha creado la posibilidad de tratar el género como un elemento central de la estructura de los mercados de trabajo, y permite reflexionar sobre las responsabilidades domésticas y familiares de la mujer.

Las teorías marxistas: ejército de trabajo en la reserva

Aun cuando escriban desde una ideología de izquierdas, los economistas que estudian los mercados de trabajo no suelen adoptar explícitamente una perspectiva marxista, pues,

como ya hemos dicho, faltan los trabajos teóricos sobre la construcción social de la inferioridad laboral de la mujer. Sin embargo, algunos de los primeros estudios de sociólogas, economistas y geógrafas abiertamente feministas sí han realizado su análisis dentro de un marco marxista. Sirviéndose del concepto de ejército de trabajo en la reserva —grupo de trabajadores subempleados o desempleados en función de la expansión y los cambios de la producción capitalista (por ejemplo, los primeros que pierden el trabajo como resultado de los cambios técnicos en el sector agrícola o en el industrial)—, las feministas examinaron el rol de las mujeres, en general, y el de las casadas, en particular.

La socióloga británica Verónica Beechey (1977, 1987) fue una de las primeras exponentes de este tipo de enfoque, en un intento de explicar el llamativo crecimiento del empleo entre las mujeres casadas británicas durante los años sesenta y setenta. Según Beechey, las mujeres casadas fueron en aquella época una mano de obra especialmente provechosa para el capital. Su afiliación sindical era escasa y, por otra parte, no tenían derecho a múltiples beneficios relacionados con el trabajo, a compensaciones por despido o a subsidios estatales de desempleo. Esta carencia de derechos se basaba en que los sistemas de impuestos y asistencia social consideraban que las casadas dependían de los maridos, ya que su primera responsabilidad era crear un hogar y cuidar del hombre y de los hijos. Así pues, la mujer se construía socialmente como mano de obra flexible, disponible y mal pagada, porque el trabajo doméstico se consideraba su primera responsabilidad en la vida.

Al contrario que los teóricos del capital humano, Beechey no consideraba inevitable esta división del trabajo. Era precisamente la consideración de las mujeres como grupo dependiente por parte de los empresarios y de la legislación estatal lo que las condenaba a seguir siendo responsables del trabajo doméstico y el cuidado de los hijos, y las confinaba en un número limitado de empleos «apropiados». Las feministas estadounidenses (véase Power, 1983, por ejemplo) ampliaron esta argumentación, demostrando que el continuo

aumento a través del tiempo de la relación entre tareas domésticas y producción capitalista no sólo ha «liberado» a las mujeres para salir a trabajar, sino que lo ha hecho necesario, para que puedan comprar las mercancías que antes elaboraban en casa. Como he apuntado en el capítulo 3, el jabón, la mermelada, el pan, la cerveza y los vestidos de factura casera han ido desapareciendo a lo largo del siglo XX, a medida que la industria ha comenzado a producirlos a un precio más bajo.

Durante los años setenta y ochenta, las geógrafas feministas interesadas en el mercado laboral han elaborado nuevas versiones de este enfoque analítico que ahora conocemos como modelo de la división del trabajo (Frobel *et al.*, 1980; Massey, 1984). Tanto en los países de industria avanzada como en los que se han industrializado recientemente, las mujeres forman una reserva barata de mano de obra, de gran atractivo para un capital nuevo y móvil, a la búsqueda de altos índices de beneficios. Aunque este enfoque basado en la «división del trabajo» parte implícitamente de un análisis feminista que culpa a las responsabilidades domésticas femeninas de convertir a la mujer en un ejército en la reserva, teóricamente ve la entrada de la mujer en el mercado de trabajo con sus atributos de género íntegros. En efecto, las distintas versiones de este enfoque analítico, especialmente cuando se aplican a los países de reciente industrialización, suelen emplear los conceptos de feminidad más estereotipados, y subrayan, por ejemplo, la juventud, la sumisión, la habilidad, o el carácter exótico y «oriental» de las mujeres (Said, 1978).

Las economistas Diane Elson y Ruth Pearson (1981) critican estos planteamientos y niegan el concepto de mujer que espera pasivamente, como reserva laboral «de refresco», dispuesta a entrar en fábricas y oficinas en cuanto lo requiera la demanda. Por el contrario, sostienen que en los países industriales, tanto los más veteranos como los de nuevo cuño, el Estado y el capital construyen a la mujer como «mano de obra» y la libran de las relaciones patriarcales. Destacan también la intervención activa de las mujeres y sus

formas de resistencia a los intentos de explotación de los empresarios. Por ejemplo, en sus estudios de casos sobre el trabajo de la mujer en el montaje de aparatos electrónicos, en un amplio conjunto de localizaciones que va de Escocia a Corea, Women Working Worldwide (1991) describe distintas estrategias de resistencia. Por otra parte, existe toda una literatura feminista que recoge el animado debate sobre las consecuencias para la mujer de su entrada en el mercado de trabajo y hasta qué punto este hecho ha aumentado o reducido su posición inferior y la dominación u opresión que ejercen sobre ella el capital y los hombres. Algunas estudiosas (véase, por ejemplo, Lim, 1983) sostienen que la tendencia de las feministas occidentales a subrayar la explotación de las relaciones sociales capitalistas menosprecia la mejora general de la calidad de vida y el aumento de la independencia y la estima personal que experimenta toda mujer que accede al mercado de trabajo. La entrada en la producción, por otro lado, puede representar una ayuda para liberarse de una circunstancia familiar opresiva.

Con todo, como se desprende de un número cada vez mayor de estudios empíricos de gran calidad sobre los distintos sectores en las diversas partes del mundo, los efectos reales para los diferentes grupos de mujeres son de naturaleza compleja y variada, y dependen tanto de sus condiciones presentes como de las pasadas, así como del tipo de trabajo que realizan y de la industria a la que pertenecen. El cambio en las pautas sociales tiene una historia y una geografía fascinantes.

La cultura del puesto de trabajo y del trabajo sexuado

Aunque todos estos modelos teóricos han sido formas influyentes de describir la división sexual del trabajo en las economías avanzadas de la posguerra y en las naciones de reciente industrialización, ninguno de ellos ha podido explicar a plena satisfacción por qué las mujeres continúan confi-

nadas en un pequeño grupo de actividades. A medida que pasan las décadas, estas interpretaciones parecen cada vez menos adecuadas a lo que se ha denominado en Occidente la producción del «posfordismo». Su premisa, esto es, que las mujeres son trabajadores secundarios o temporales, y que los hombres tienen un compromiso primario y a tiempo completo con el mercado de trabajo, ha quedado desmentida por la decadencia industrial, el crecimiento del sector de servicios, el aumento del empleo femenino y la llegada de la flexibilidad laboral para ambos sexos. Como afirma Shirley Dex (1985) en una recopilación muy útil de las distintas teorías de la participación femenina en el mercado de trabajo:

> Las mujeres no son mano de obra marginal, sino una fuerza de trabajo permanente [...] Tanto la teoría del ejército de reserva como la de la mano de obra disponible y a merced de las fluctuaciones económicas se crearon para responder a preguntas erróneas sobre el empleo femenino; preguntas planteadas en su mayoría por teorías demasiado centradas en la problemática masculina. En realidad, necesitamos formularnos otras preguntas sobre el trabajo que realizan en concreto los hombres y las mujeres, como un paso más hacia una nueva conceptualización de los cambios socioeconómicos que hemos conocido (1985: 203-4).

Necesitamos trasladar el interés por las características de los trabajadores a las características del trabajo que éstos realizan e investigar los rasgos específicos de género que se atribuyen a los hombres y a las mujeres según las actividades que desarrollan. Lo cierto es que la identidad de género se crea y se recrea en el trabajo, y no lo contrario, es decir, que los individuos no acceden al mercado de trabajo con una identidad de género fija y firmemente arraigada. Los estudios de casos demuestran la existencia en el puesto de trabajo de un amplio y variado conjunto de prácticas sociales que construyen la identidad femenina como dotada de corporeidad —mientras que la norma en el caso del hombre es la ausencia de corporeidad—, lo que actúa en su contra, ya que se

percibe como un rasgo de inferioridad (Bradley, 1989; Cockburn, 1983, 1991; Game y Pringle, 1984; Milkman, 1987; Pringle, 1989; Westwood, 1984).

Cada vez es mayor el número de análisis feministas que reconocen el hecho de que las identidades de género, tanto de los empleos como de los empleados, se negocian y se disputan en el puesto de trabajo. Como dice Joan Scott:

> Si escribimos la historia del trabajo femenino recogiendo aquellos datos que describen las actividades, necesidades, intereses y cultura de las «trabajadoras», nunca conseguiremos cambiar las distinciones que ya han adquirido carta de naturaleza, y contribuiremos a fijar la diferencia categorial entre los hombres y las mujeres. En otras palabras, comenzamos a escribir la historia demasiado tarde, aceptando acríticamente una categoría de género («trabajadora») que necesitamos analizar y conocer mejor, porque su significado se relaciona con su historia (1988: 47).

La misma observación podría aplicarse a los empleos, para sacar a la luz los procesos que conducen a la creación de tipos —o, mejor, de estereotipos— de género.

En materia de género, los empleos no son neutrales; por el contrario, se crean para el hombre, o para la mujer, y para el conjunto de prácticas sociales que los constituyen y los mantienen, y asumen desde el principio características socialmente sancionadas, aunque *variables,* de feminidad y masculinidad. Esta asociación parece evidente cuando se trata de analizar empleos clásicamente «masculinos»; por ejemplo, cuando se considera la camaradería y el heroísmo de los trabajos manuales de gran dureza (McDowell y Massey, 1984). Lo mismo podría decirse de actividades patentemente «femeninas» como el trabajo de secretaria (véase Pringle, 1989), aunque conviene recordar que esta identificación de género ha cambiado a lo largo del siglo (Bradley, 1989). Aquellos empleos que son nuevos o que no tienen esa marca tan evidente de género son objeto de negociación y de controversia para establecer sus códigos de género (Cromp-

ton y Sanderson, 1990). Así pues, el interés se ha desplazado hacia el conocimiento de cómo la cultura del puesto de trabajo y la actitud de la dirección y de los trabajadores contribuyen a conservar o cambiar las pautas de atribución y segregación de género. Surgen en los análisis feministas de las actividades remuneradas nuevas preguntas sobre las luchas y las relaciones de poder entre los hombres y las mujeres, sobre las prácticas cotidianas y sobre la producción y conservación de versiones aceptables de masculinidad y feminidad en el lugar de trabajo, y los trabajadores se convierten, en tanto que individuos, en agentes activos que aceptan o rechazan sus atribuciones de género.

También ha cambiado el enfoque de la investigación, con el objetivo de incluir las estructuras directivas y organizativas y los trabajadores individuales. Ni las estructuras organizativas de carácter formal ni las costumbres informales del puesto de trabajo son neutrales en materia de género, como quiere el concepto tradicional de organización burocrática; todo lo contrario, están saturadas de significados y actuaciones de carácter sexuado, que construyen tanto las subjetividades de género como las distintas categorías laborales correspondientes a esas identidades. Existen estudios muy interesantes en el campo de la sociología (Leidner, 1993; Halford *et al.,* 1997), de la teoría de la organización (Casey, 1995; Hearn y Parkin, 1987; Knights y Willmott, 1986) y, cada vez más, de la antropología, donde se manifiesta un interés creciente por las múltiples construcciones de la feminidad y la masculinidad en las distintas actividades y puestos de trabajo (Wright, 1995). También se ha comenzado a investigar la nueva sexualización del empleo como resultado o parte significativa de la reestructuración económica, que suele producir una pérdida de estatus, o una reducción de los ingresos económicos, y la relación de la especifidad de la construcción del género en el trabajo con procesos económicos más amplios (Halford y Savage, 1995; Halford *et al.,* 1997; Morgan y Knights, 1991; Kerfoot y Knights, 1994).

En los estudios más recientes se ha pasado de lo que podríamos llamar el modelo de análisis del «género dentro de

una organización», en el que las organizaciones se consideran escenarios donde se mueven unos actores sexuados —es decir, espacios neutrales, que si afectan de un modo distinto a los hombres y a las mujeres es debido a los distintos atributos intrínsecos a cada sexo—, a la teoría de las organizaciones como espacios que poseen significados de género y están estructurados por relaciones sociales sexuadas. En esos estudios, la sexualidad se define como un conjunto, socialmente construido, de procesos que incluyen pautas de deseo, fantasía, placer e imagen de uno mismo. De ahí que no se reduzca sólo, ni siquiera fundamentalmente, a las relaciones sexuales o a las consecuencias de un problema como el del acoso sexual. Por el contrario, lo que se estudia es el poder y la dominación, y también la influencia que tienen las ideas comunes a propósito de la conducta y la sexualidad que se suponen apropiadas para un determinado género en las prácticas gerenciales, la organización lógica de la evaluación de un trabajo, los mecanismos de promoción y las características del empleo (Acker, 1990; Cockburn, 1991), así como en las relaciones sociales cotidianas entre los trabajadores. Por otro lado, se acepta cada vez en mayor medida que la sexualidad masculina que estructura los mecanismos de la organización contribuye a mantener el tópico de que la sexualidad en el trabajo es una característica definitoria de las trabajadoras. La comprensión de que el cuerpo del hombre y la sexualidad masculina también pueden hacerse visibles y someterse a escrutinio ha producido un cambio significativo en el análisis feminista del género en el puesto de trabajo. El hombre empieza a ser objeto de estudio para las feministas que se ocupan del género en el mundo laboral y, más lentamente, para la sociología de las organizaciones, donde antes se ignoraba la significación del género.

Las organizaciones reflejan el poder y los valores masculinos que impregnan, generalmente con actuaciones que todo el mundo acepta como normales, todos los aspectos de un puesto de trabajo. El poder masculino se consolida de un modo implícito a diario, gracias a interacciones que muchas veces se producen a pequeña escala dentro de una organiza-

ción; por ejemplo, en las bromas y las conversaciones que se sostienen durante la jornada laboral «los hombres suelen percibir un rasgo de humor, de gusto por la broma, de camaradería y de fuerza, mientras que las mujeres captan una cruda forma de agresión típicamente masculina, competición, acoso, intimidación y misoginia» (Collinson y Hearn, 1994: 3). Existen numerosas formas en los distintos trabajos, tanto en el sector de servicios como en la industria, que fomentan los «valores típicos de la masculinidad: el individualismo, la agresividad, la competición, el deporte y el alcohol» (Collison y Hearn, 1994: 4).

El aumento de los análisis de la masculinidad en las organizaciones y el poder masculino, con sus correspondientes discursos y prácticas sociales, forma parte de un conjunto de estudios feministas, en los que se pretende comprender en toda su complejidad cómo se construyen las subjetividades de género y cómo varían de un espacio a otro: la casa, la calle y el puesto de trabajo. Este hecho coincide con los esfuerzos de las feministas, especialmente entre las mujeres de color, por descubrir las ideas concretas sobre la «mujer» que subyacen a los primeros análisis del feminismo. Ante la acusación de haberse dedicado únicamente a una versión de la feminidad blanca, anglocéntrica y de clase media, el feminismo actual aborda cada vez más el problema de la mutua constitución de la raza, la clase y el género. Por ejemplo, en el capítulo 3 hemos tenido la oportunidad de ver la racialización del trabajo doméstico; sin embargo, tiene razón la crítica que lo acusa de equiparar a las mujeres del Tercer Mundo con las occidentales de la época preindustrial, y de la insuficiente atención que prestan las geógrafas, entre otras profesionales, a lo específico de las relaciones de género en las prácticas de empleo determinadas, por ejemplo, por el imperialismo.

Asistimos también a un aumento de los estudios que proceden del lado homosexual. Las feministas lesbianas como Butler (1990a, 1993), cuya obra he mencionado en el capítulo 2, Fuss (1990) y Witting (1992) han mostrado que la heterosexualidad, esa «ficción reguladora» (Rubin, 1975;

Rich, 1980), consolida y da carta de naturaleza a la distinción entre el hombre y la mujer. Lo mismo podríamos decir de los estudios de homosexuales masculinos desde mediados de los años ochenta, empeñados en conocer la construcción de una masculinidad heterosexual hegemónica que excluye otras formas de ser hombre (Craig, 1992; Herdt, 1992; Kimmel, 1988; Metcalf y Humphries, 1985; Weeks, 1986). Así pues, en los recientes trabajos sobre el género y, en general, en la sociología de las organizaciones, se ha desarrollado el concepto de masculinidad múltiple para referirse a las distintas formas de ser hombre en el espacio y en el tiempo, y se ha producido la rápida expansión de una interesante literatura que demuestra el alcance de las variaciones históricas y geográficas (J. W. Gibson, 1994; Gilmore, 1994; Herzfeld, 1985; Kaufman, 1993; Klein, 1993; Mangan y Walvin, 1992; Messner, 1992; Nye, 1993; Roper y Tosh, 1991; Segal, 1990).

Connell (1995) sostiene que los nuevos estudios en el ámbito de la historia y la antropología han producido importantes investigaciones sobre las múltiples formas culturales de construir la masculinidad. Para comprender su diversidad es imprescindible analizar la masculinidad en los contextos específicos, en cada organización y en cada lugar. Es esencial disponer de una geografía de la masculinidad y la feminidad, para lo cual se necesita realizar un trabajo comparativo. Hay un amplio espacio para aquellos estudios que se dediquen a examinar las costumbres que rigen en el puesto de trabajo en las distintas sucursales de una organización «mundial». Faltan también las comparaciones entre los hombres y las mujeres que realizan los mismos trabajos, en el mismo espacio o en otro distinto, aunque esta ausencia se debe, en parte, a la escasez de empleos que puede compartir la mujer. La situación tendrá que cambiar con la creciente incorporación de la mujer al mundo laboral, aunque el ritmo es muy lento, tanto en el acceso al trabajo como en los cambios de enfoque de la investigación.

Veremos ahora una pequeña muestra de algunos estudios fascinantes de casos relativos al género en el trabajo, para ilustrar las ideas que hemos tratado en este capítulo.

1. *La conversación de las secretarias: un gueto femenino*

Como ya he apuntado, hasta que la investigación feminista comenzó a producir efectos en la vida académica —aproximadamente, desde mediados de los años setenta— los estudios de casos sobre el mundo del trabajo y la vida laboral estuvieron dominados por la experiencia masculina. En efecto, los analistas del puesto de trabajo parecían tan fascinados por las heroicas luchas de los hombres en las actividades manuales como lo estaban los analistas de la ciudad por la vida social de los barrios del centro. La vida laboral de la mujer era relativamente invisible; en primer lugar, porque no parecía interesante, pero también porque los estudios se centraban en el ámbito industrial, descuidando el sector de servicios, predominantemente femenino. En los primeros y escasos estudios, el interés solía centrarse en el problema de combinar los «dos papeles» de la mujer: el de madre y el de empleada. Las experiencia reales de las mujeres que trabajaban en fábricas, escuelas, hospitales y oficinas no eran objeto de consideración. Cuando comenzó a subsanarse esta falta de análisis, a principios de los años ochenta, se emprendieron varios estudios fascinantes sobre lugares de trabajo concretos: una fábrica de tabaco en Bristol (West, 1982), una cadena de componentes de automóvil (Cavendish, 1983), una fábrica de calcetines en Leicester (Westwood, 1984), y —lo que era mucho menos frecuente— un empleo de oficina (Webster, 1986), donde se reflejaba los efectos del cambio tecnológico.

Estos estudios de los años ochenta pertenecen a lo que podríamos llamar economía política o aproximación socialista y feminista, y presentaban la tendencia a ignorar los cambios que acababa de experimentar la teorización feminista en otras áreas. Como afirmaba en 1989 Rosemary

Pringle: «Todo un abismo separa los debates feministas sobre el psicoanálisis, la teoría del discurso, la semiótica y la producción cultural, de los campos de la economía política y la sociología industrial, en los que aún se sitúa la mayor parte de los estudios sobre el trabajo» (1989: IX). El propio estudio de Pringle, *Secretaries Talk,* fue un intento de romper esa división y situar los estudios del mundo del trabajo «en el contexto de los debates a propósito de la cultura, la subjetividad y la sexualidad» (1989: X). Su trabajo se convirtió en un clásico de la vida laboral de la mujer, que inspiró a otras muchas investigadoras de la construcción social del género en el puesto de trabajo.

Como ya he sostenido aquí, las mujeres ejercen un conjunto de actividades en las que encajan las características asociadas a la feminidad y al trabajo femenino, como, por ejemplo, la función de secretaria, considerada esencialmente femenina y desempeñada mayoritariamente por mujeres, hasta el punto de que se representa a los secretarios con una masculinidad rebajada y objeto de burla. Y no sólo porque el concepto se asocie al género femenino, sino porque se define en relación con la categoría de «jefe», asociada también a un género, en este caso el masculino. Como señala Pringle, a la mujer se la define por una «carencia», porque le falta lo que se necesita para ser un hombre; por tanto, a la secretaria le falta lo que se necesita para ser un jefe. Si estas asociaciones inconscientes, que adquieren carta de naturaleza, plantean problemas al secretario, tampoco facilitan las cosas a la mujer que llega a jefe. Puesto que todos los puestos importantes son masculinos, ¿puede una mujer tener el mismo poder sin perder su feminidad?

Joan Acker (1990) dice que, para tener éxito en el mundo laboral, la mujer tiene que convertirse en un «hombre honorario», deshacerse de su feminidad y adoptar un estilo y un comportamiento masculinizados. Basándome en mi propio trabajo sobre el mundo de la banca comercial (McDowell, 1997a), sin embargo, creo que se trata de una estrategia imposible. Pese a las ideas más recientes sobre la plasticidad y la fluidez de las identidades, las diferencias materiales

conservan su importancia, y el comportamiento masculino siempre se valorará más si viene de un hombre. Como señalaba una de mis entrevistadas: «Los hombres siempre harán mejor de hombres que nosotras.» Las mujeres que desempeñan funciones importantes tienen que buscar estrategias de resistencia que les permitan superar su condición de «otro» y encontrar una forma aceptable de ser mujer que no la defina automáticamente como un ser débil, con una «carencia».

Rosemary Pringle entrevista en su libro a varias secretarias con experiencia, para demostrar que la construcción de ese puesto de trabajo se basa en «despreciar lo que *hace,* y hablar de lo que *es*» (1989: 2, la cursiva es suya). De ese modo, se trivializa la naturaleza de su trabajo y se enfatizan las características de la feminidad, y se impone la idea de que ese trabajo es «natural» en las mujeres y de que todas son capaces de hacerlo. Como destacaba con amargura una de las secretarias entrevistadas por Pringle: «Se supone que escribir a máquina es una cosa tan natural en una mujer como [...] lavar platos.» (pág. 3). La asociación «mujer-secretaria» se representa también de otras formas; por ejemplo, «en términos familiares o sexuales, como esposas, madres, solteronas, amantes o mujeres fatales» (pág. 3), y todo ello contribuye a trivializar su labor. Pringle ha descubierto que «era imposible hablar de su trabajo sin que salieran a colación el café, los favores personales, la ropa, la feminidad y la sexualidad, porque son temas fundamentales para su propia definición del trabajo que realiza y para sus relaciones laborales» (pág. 4). Como subraya la autora, la relación entre la secretaria y su jefe suele estar basada en imágenes de sexualidad y en fantasías, es íntima y, con frecuencia, emocional, y está construida sobre unas relaciones de poder desiguales.

Sin embargo, el poder no actúa en una sola dirección: desde el hombre-jefe hacia sus empleadas, porque también ellas pueden crear o destruir a sus jefes. Pringle demuestra que la relación suele basarse en un poder y una vulnerabilidad mutuos. Como ejemplo, la que establecieron en Gran Bretaña Sarah Keays y Cecil Parkinson. Keays era secretaria

y amante de Parkinson, un ministro conservador del primer gobierno de Margaret Thatcher que se vio obligado a dimitir cuando ella contó en público que habían tenido un hijo, y que él no había cumplido con su palabra de divorciarse para casarse con ella. Conviene recordar, sin embargo, que, a causa de las estructuras del poder y de la pretensión de que los políticos deben mantener un comportamiento excepcional, Parkinson también padeció, aunque en menor medida, al menos económicamente hablando, que la amante abandonada y su hija.

El estudio de Pringle fue una de las primeras demostraciones, de excelente calidad, por otra parte, de cómo vincular el análisis discursivo y el estructural al investigar la situación de la mujer en el mercado de trabajo, y facilitó el camino de la posterior investigación feminista. Valiéndose de una mezcla de métodos y recursos, nos mostró cómo se reproducen en una amplia gama de medios —anuncios, películas, manuales de dirección— y en la vida cotidiana de la oficina —sueldo, condiciones, posibilidades de promoción— las desigualdades de género en el puesto de trabajo.

Veamos ahora otra espléndida investigación empírica que demuestra la habilidad de los hombres para «reciclar» tareas que se consideran esencialmente femeninas —de nuevo, la mecanografía— y conservar su poder en el mercado de trabajo.

2. *¿Escribir a máquina para los hombres? O cómo reestructurar la industria tipográfica*

Para muchos hombres, la construcción social de la masculinidad en el mercado de trabajo está unida a una actuación física y corporal. Ser masculino en el mundo laboral significa estar dotado de la fuerza y la resistencia que requiere el trabajo. Así, a los hombres de clase obrera, el trabajo manual les exige esfuerzo físico y capacidad para afrontar el riesgo, lo cual refuerza la solidaridad de grupo y el espíritu de camaradería, como ya hemos visto en el capítulo 4. Este

tipo de masculinidad proporciona a los trabajadores una forma de valoración personal. Como sostiene Connell: «Subrayar la masculinidad del trabajo industrial no sólo sirve para sobrevivir a la explotación de clase, sino también para afirmar la superioridad sobre las mujeres» (1995: 55).

La decadencia industrial, la pérdida de la cualificación y la falta de seguridad en el trabajo representan un reto para la masculinidad de la clase obrera, a lo que vienen a sumarse la innovación tecnológica, que supone una amenaza a la atribución de género en ciertos empleos, y la quiebra de la tradicional asociación del hombre con la máquina.

Cynthia Cockburn (1983, 1986), en una fascinante serie de estudios de casos, ha examinado la introducción de las nuevas técnicas en un conjunto de actividades laborales, entre ellas, la industria del vestido y los departamentos de radiología de varios hospitales, donde las mujeres han aprendido a emplear las máquinas y han desplazado a los hombres. En la sastrería, por ejemplo, Cockburn comprobó que el diseño y el corte asistido por ordenador habían sustituido a la habilidad masculina, basada en procesos manuales. No obstante, en algunas industrias los hombres han logrado conservar su tradicional predominio dotando a las nuevas técnicas y a las nuevas máquinas de atributos masculinos. Connell sostiene lo siguiente:

> La nueva información tecnológica requiere mucho trabajo sedentario de teclado, que, en principio, se clasifica como trabajo femenino (las obreras del teclado). La introducción de los ordenadores personales, sin embargo, ha redefinido parte de este trabajo como espacio de competición y poder: masculino, técnico, pero no de clase obrera. Estos contenidos revisados se fomentan en los textos y los gráficos de la publicidad y la literatura sobre ordenadores, donde se hace hincapié en el concepto de «poder» (la marca Apple llama *Power Book* a su *laptop)* y en la próspera industria de los videojuegos violentos (1995: 55-56).

En su ejemplar estudio de los efectos de las nuevas tecnologías sobre las relaciones de género en la industria tipo-

gráfica, Cockburn (1983) muestra cómo se las han arreglado los obreros cualificados para revisar el sentido del trabajo de teclado y construirlo como trabajo masculino, con el objetivo de conservar los mejores empleos, el poder y los salarios más altos. El estudio que realiza Cockburn de los cambios técnicos en la industria tipográfica al final de una época en la forma de componer trata, por utilizar sus propias palabras, del «hacerse y el deshacerse de los hombres» (pág. 3). Hasta finales de los años sesenta, el trabajo de los cajistas de imprenta se parecía mucho al de los padres y sus abuelos. En efecto, la industria era la misma en la que entraron como aprendices, siguiendo el ejemplo de su padre o de otros parientes de sexo masculino, que siempre tuvo «una cultura patriarcal y una fuerte identificación con los sindicatos» (pág. 3).

Los hombres entrevistados por Cockburn, que habían entrado en el oficio durante los años sesenta, «participaban de un conjunto de relaciones de clase y de género relativamente conservadas» (pág. 43), pero, en la década siguiente, los dueños de los periódicos llevaron a cabo una reestructuración de la industria, y para ello introdujeron la fotocomposición por ordenador y destruyeron la fuerza de los sindicatos, con el objetivo de que les permitieran reducir plantillas. Para algunos periódicos e imprentas, esto supuso el traslado desde el centro de Londres a la Isla de los Perros, en los recién reorganizados Docklands. En esa zona, por ejemplo, se produjo una lucha especialmente enconada entre los sindicatos y los periódicos de Murdoch. Cockburn entrevistó a cincuenta cajistas de periódicos londinenses antes de los grandes enfrentamientos.

Aunque los dueños de los periódicos esperaban que los nuevos avances tecnológicos les permitieran dar el trabajo a empresas tipográficas externas, muchas de las cuales tenían una plantilla mayoritariamente femenina, los sindicatos insistieron en que se instruyera en los nuevos métodos a los antiguos cajistas, un hecho que planteó varios problemas interesantes sobre el género en los oficios. Cockburn recuerda su sorpresa observando a los hombres: «Nuestros ojos, acos-

tumbrados a ver sólo mujeres sentadas a la máquina de escribir, captaban una enorme desproporción entre el equipo y aquellos hombres en mangas de camisa, por lo general, dotados de una complexión física más adecuada para otro tipo de trabajo manual» (pág. 96). Naturalmente, en los años noventa ya nos hemos acostumbrado a ver a los hombres al teclado, desde que la prensa nacional muestra a los financieros de la City ante sus pantallas.

Los hombres de la imprenta se empeñaban en defender su superioridad, pese a que en muchos casos habían aprendido a utilizar las nuevas técnicas de mujeres jóvenes: «Ellas nunca habían sido cajistas, y no entendían bien este asunto; en realidad, eran *mecanógrafas*» (pág. 97, la cursiva es suya). Es decir, los antiguos cajistas consiguieron revestir su trabajo de habilidad masculina, aunque en este caso tuvieron que cambiar el músculo por el cerebro. El trabajo requería hombres capaces de comprender qué era lo que estaban introduciendo, en comparación con la simple mecanografía al tacto de las mujeres, lo que las reducía, según la opinión de los entrevistados de Cockburn, no en trabajadoras cualificadas y expertas, sino en «máquinas de reconocimiento de carácter óptico» (pág. 97).

3. *La venta de seguros o la construcción de la masculinidad en la calle*

La socióloga americana Robin Leidner ha realizado también un estudio de la relación entre el género y la mecanografía, en este caso, en la industria de la comida rápida y en la venta de seguros (Leidner, 1991). Trataremos aquí esta última en detalle. A primera vista, podría parecer que los trabajos relacionados con la venta, de seguros o de cualquier otro tipo de mercancías, por teléfono o a domicilio, encajan en los atributos sociales de la feminidad, ya que, en todos los casos, se trata de convencer a otras personas, generalmente contra su voluntad, para que adquieran un bien o un servicio. El encanto, el tacto, la persistencia y la capacidad de persua-

dir a los demás, rasgos que se consideran más propios de la mujer que del hombre, resultan imprescindibles. Sin embargo, se trata de una actividad que se realiza en espacios más vinculados a la masculinidad —la calle, por ejemplo— y que, en ocasiones, exige el desplazamiento a otra localidad; por eso suelen dedicarse a ella los hombres (los viajantes). Pero, curiosamente, su representación en el cine y el teatro, quizá por esos atributos que acabamos de mencionar, tiene siempre algo de ambiguo y de atormentado, algo femenino y definitivamente indigno de confianza.

Para conocer cómo se resuelven esos atributos contradictorios en una realización coherente con la identidad masculina o femenina, Leidner entrevistó a una muestra amplia de hombres y otra más reducida de mujeres entre los agentes de seguros de una compañía de alcance nacional, a través de lo que se llama en inglés *cold calling* o visita sin previo aviso a los hogares de las pequeñas ciudades agrícolas de los Estados Unidos. Casi todos los hombres eran jóvenes, la mayoría entre los veinte y los treinta, y predominantemente blancos. Todos reconocían las dificultades de las mujeres para realizar el mismo trabajo con éxito, pese a que, como apunta Leidner, «la actividad presentaba imperativos interactivos generalmente identificados con la feminidad, ya que la habilidad para establecer y mantener una relación con otras personas —ganarse su confianza, halagar su ego, demostrar interés por sus intereses y tener cuidado de no ofenderlas— suele considerarse un arte femenino» (1991: 171). Por tanto, «para defender como masculinos todos estos atributos, los vendedores tenían que reinterpretarlos o descargarlos» (pág. 171).

Leidner descubrió que los hombres entrevistados «atribuían un carácter heroico al trabajo, situaban su relación con los clientes en el contexto de un enfrentamiento de voluntades, e insistían en explicar que, para llevarlo a cabo con éxito, hacía falta mostrar determinación y agresividad, perseverancia y estoicismo [...], y esa necesidad de resistencia [...] era lo que les permitía convertirlo en una actividad masculina» (pág. 172). Los agentes del sexo masculino pensaban que las mujeres eran demasiado sensibles y que les faltaba la

agresividad necesaria para hacer bien el trabajo. Josh, uno de los entrevistados, decía: «La mayor parte de las chicas no tienen lo que se necesita aquí; carecen de instinto asesino» (pág. 173). Son muchas las mujeres que tienen que abandonar, hartas de luchar continuamente contra el sexismo de sus colegas y de pasarse la vida en la carretera.

En mi estudio sobre los bancos mercantiles tuve ocasión de oír de boca de los comerciales las mismas opiniones sobre los atributos necesarios para su función (McDowell, 1997a), que la hacían mucho más dura para las mujeres. Sin embargo, en un interesante estudio de distintas actividades dentro de la banca británica, Knights y Willmont (1986) descubrieron que los hombres no podían imponer su dominio en ciertas categorías. En su estudio, documentaron, como Leidner, la exaltación que hacían los hombres de la dureza del trabajo de los agentes de seguros que realizaban su tarea puerta a puerta. Aún así, muchos perdieron su puesto cuando la gerencia llevó a cabo una reestructuración y decidió aprovechar ciertas características idealmente femeninas, tales como la capacidad de servicio, la amabilidad y la entrega, buscando una forma alternativa de vender seguros. Las empleadas pasaron de cajeras a asesoras y agentes de seguros. Se disolvieron los equipos que vendían en la calle, y el trabajo se planificó por zonas y se realizó dentro de las sedes bancarias. El cambio espacial formaba parte de una nueva disposición de los géneros que reportó enormes ventajas económicas a los bancos, porque las mujeres ganaban menos que los compañeros a los que habían sustituido, brindando un ejemplo excelente de cómo una ocupación cualquiera pierde automáticamente su prestigio y se paga peor cuando pasa del hombre a la mujer.

4. *El trabajo en los espacios sexuados*

En el último trabajo de campo me gustaría invertir el enfoque, en vez de analizar la influencia de la cultura de las empresas en la constitución social del género de los individuos en el puesto de trabajo, me gustaría mostrar cómo se

asigna un género a un determinado espacio laboral. Como ya han demostrado muchas geógrafas, todo lugar posee unos atributos de género; el espacio masculinizado del bar, por ejemplo, que hemos visto en el capítulo 2, donde las lesbianas se sienten fuera de lugar. Veremos ahora una parte de mi propio trabajo, realizado junto a Gill Court, sobre los bancos mercantiles de la City de Londres, y el estudio de Doreen Massey y Nick Henry sobre las empresas de alta tecnología en el parque científico de Cambridge, también en Inglaterra. Ambos estudios se emprendieron a raíz de un proyecto sobre los cambios geográficos que han tenido lugar en el sureste de Inglaterra (véase también Allen *et al.,* 1998).

La City de Londres —y los bancos mercantiles, como ha subrayado Pryke (1991), entre otros— ha sido siempre un espacio dominado por los hombres. En efecto, ya Virginia Woolf comentaba este dominio masculino del centro de Londres en su apasionado alegato contra la guerra, titulado *Tres Guineas* (publicado por primera vez en 1938):

> En un espacio bastante pequeño se amontonan San Pablo, el Banco de Inglaterra, el Ayuntamiento y las almenas de los Tribunales de Justicia, enormes y fúnebres; y, al otro lado, la abadía de Westminster y los edificios del Parlamento. Allí [...] han pasado su vida nuestros padres y nuestros hermanos. Durante cientos de años han subido esos peldaños, han atravesado esas puertas y han ascendido a esos púlpitos, para predicar, hacer dinero y administrar justicia (Woolf, 1977: 22).

Como he sostenido en mi libro *Capital Culture* (McDowell, 1997a), el diseño y la disposición de la City, internos o externos, simbolizan el poder y la autoridad de los hombres, y legitiman su ocupación de esos espacios. Las calles, las plazas y los espacios que quedan entre ellas, las fachadas de los edificios y el trazado interior de las salas donde se realizan las operaciones comerciales reflejan y fomentan la idealización de un empleado de sexo masculino. En tales espacios, el cuerpo femenino se halla «fuera de lugar». En efecto, como ya he tenido ocasión de demostrar, se convierte en lo «otro» dentro

del ámbito de frialdad racional de las corporaciones bancarias —en oficinas y salas de juntas— o en la atmósfera carnavalesca de las salas donde se realizan las operaciones mercantiles.

En su estudio de las empresas de alta tecnología de Cambridge, Massey (1997) estableció un paralelismo entre los monasterios y los laboratorios y salas de investigación donde pasan toda su vida laboral los «inventores». Como la «torre de marfil» de las antiguas elites universitarias, los monasterios y las empresas de alta tecnología son espacios relacionados con la mente, la razón y el conocimiento, donde se persiguen, de un modo desinteresado, la ciencia y la verdad. La obsesión por la forma abstracta e instrumental de la racionalidad codifica como espacio masculino al laboratorio científico, donde la búsqueda de la verdad obliga a los hombres empleados en ese tipo de empresas a una «dedicación» de muchas horas, a costa de descuidar su vida social y familiar. Como deduce Massey de su comparación histórica entre las organizaciones religiosas, las universidades anteriores al siglo XX y las empresas de alta tecnología de nuestra época: «Los espacios, las identidades, los géneros y los órdenes sociales, tal ha sido la larga historia de [...] su constitución. Una historia que continúa hoy en los laboratorios, en la masculinidad excluyente, en las elites y los tiempos y espacios especializados de la nueva industria del I + D y la alta tecnología» (1997: 33).

Como tenemos ocasión de comprobar una y otra vez, esta co-constitución, en diferentes formas y con distintas historias y geografías, representa un aspecto dominante del panorama de las sociedades industriales de Occidente que estamos considerando en esta obra. Pero vemos igualmente que existen una investigación, unas argumentaciones y unas actitudes feministas que suponen un reto a ese predominio.

Conclusiones

Desde el punto de vista teórico, observamos en el análisis feminista del mercado de trabajo y la vida laboral un traslado del interés predominantemente político-económico, cen-

trado en las grandes estructuras sociales —la naturaleza del capitalismo y del patriarcado, por ejemplo—a un tipo de estudio influido por las ideas posestructuralistas. El enfoque del análisis feminista aborda cada vez más los problemas de la construcción discursiva de las identidades, de la cultura del puesto de trabajo, los símbolos y representaciones tanto de la tarea en sí como de los trabajadores que la realizan, y de la sexualidad y el poder en la producción y reproducción de las desigualdades laborales. No se trata, sin embargo, de negar la importancia de los factores estructurales y del imperativo para la economía y las instituciones capitalistas de la búsqueda incansable del beneficio, cosas ambas que influyen en el cómo y el porqué se crean y se mantienen las divisiones de género. Por el contrario, según mi opinión, el análisis más fructífero del mercado de trabajo es el que combina los distintos métodos y enfoques teóricos, indagando, por ejemplo, los comportamientos personales en el marco de la regulación institucional de la empresa y de la economía en su conjunto.

Conviene también examinar, como ya he sostenido en anteriores capítulos, la relación que se establece entre el género, la clase y otras divisiones sociales, teniendo en cuenta los cambios que experimentan en el tiempo, tanto en el puesto de trabajo como fuera de él. El capital crea y explota las diferencias entre los trabajadores, como argumentan los teóricos que estudian el proceso del trabajo, y la de género, lejos de ser una más, es una diferencia altamente significativa. A medida que cambia la economía de los países, podría surgir alguna tan significativa como ésta. En efecto, podría argumentarse que en las sociedades industriales avanzadas, a medida que los hombres de la clase obrera pierden sus antiguos medios de vida, y las mujeres de la clase media se incorporan al mundo laboral, las divisiones de clase reducen las divisiones de género de la época anterior. Como ya he dicho en otra parte (McDowell, 1991a), se trata de una idea que debe someterse a una investigación mucho más profunda, especialmente a un análisis comparativo de empresas, naciones y zonas del mundo. No obstante, por ahora, parece

que aumentan a escala global lo que podríamos llamar relaciones propias de una forma patriarcal de capitalismo, en la que las trabajadoras tienen un estatus inferior al de sus compañeros, que se traduce en salarios más bajos. La oposición a este estado de cosas debería ser parte importante de la política feminista del siglo próximo, como lo ha sido en la segunda mitad del actual.

Otras lecturas

La literatura sobre el género y el trabajo remunerado ha experimentado un gran aumento en los últimos años, gracias a un fascinante conjunto de libros, revistas y artículos de fácil acceso. En geografía, las revistas más recomendables son *Economic Geography, Geoforum, Regional Studies* y *Environment and Planning A* y *Environment and Planning D: Society and Space,* aunque el material de trabajos de campo y los análisis detallados desde una perspectiva feminista aún no abundan en nuestra disciplina, con la posible excepción de *Gender, Place and Culture,* que ha publicado artículos sobre el trabajo sexual, el trabajo agrícola y el trabajo comunal. *Situated Lives,* editado por Louise Lamphere y otras (1997), analiza las diferencias entre las trabajadoras estadounidenses, incluidas las mujeres negras y chicanas.

A causa del interés que siempre han demostrado los estudios feministas por el género y el cambio económico, existe una abundante literatura sobre la proletarización de las mujeres del Tercer Mundo. Pueden encontrarse introducciones y trabajos de campo sobre las industrias y los espacios en las obras de Haleh Afshar (1991), Richard Anker y Catherine Hein (1986), Lynn Brydon y Sylvia Chant (1989), Annette Fuentes y Barbara Ehrenreich (1983), Janet Momsen (1991), Janet Momsen y Janet Townsend (1987) y Katherine Ward (1990). Existe también un excelente resumen del género y los problemas relacionados con el desarrollo en un capítulo de Pearson (1992). Entre las geógrafas, Sylvia Chant (1991) ha trabajado en México, y, con Cathy McIl-

waine (1995), en Filipinas, y Anne Faulkner y Vicky Lawson (1991), en Ecuador.

Para los estudios de casos de otras disciplinas, véase *Work, Employment and Society, Gender, Work and Organizations* y *Gender and Society*. Para los estudios históricos, las mejores fuentes son *Gender and History* y el *History Workshop Journal.* Para los estudios de las divisiones de género en el trabajo en otras sociedades, véanse, por ejemplo, *Development and Change* y *Journal of Peasant Studies*. Hay varios trabajos sobre género y desarrollo y sobre los problemas de género en el Tercer Mundo debidos a geógrafas (por ejemplo, Brydon y Chant, 1989; Momsen, 1991; Momsen y Townsend, 1987), pero ya han quedado anticuados. Véase el resumen en el capítulo de Pearson (1992). Otros libros recientes que merecen una consulta son: C. Auster, *The Sociology of Work* (1996), S. Halford, M. Savage y A. Witz, *Gender, Careers and Organizations* (1997), L. McDowell, *Capital Culture: Gender at Work in the City* (1997a); R. Pringle, *Sex and Medicine* (1998) y S. Walby, *Gender Transformations* (1997). La obra de J. K. Gibson-Graham (1996) constituye una crítica feminista, fundada y provocadora, del capitalismo y de los enfoques político-económicos.

6
La vida pública: la calle y los espacios de recreo y esparcimiento

Introducción

En este capítulo abandonaremos los espacios interiores de la casa y el puesto de trabajo para trasladarnos a los espacios abiertos de la calle, los parques y los ámbitos públicos o semipúblicos de recreo: bares, cafés, piscinas, clubes de deportes o natación y grandes almacenes. Volveremos a encontrar muchos de los temas que ya se han abordado aquí: la belleza y el ideal de cuerpo femenino, por ejemplo, tal como vimos en el capítulo 2, o la constitución social y la naturaleza sexuada de los distintos espacios y actividades. Sin embargo, creo que conviene estudiar aparte los espacios públicos y semipúblicos de recreo, porque en ellos la creación y mantenimiento de las relaciones de género adoptan formas características. Según la definición de Neil Smith (1993), a la que ya he aludido en estas mismas páginas, esos espacios son de índole distinta a los que acabamos de analizar, aunque, naturalmente, son también construcciones sociales complejas que se entrelazan con las restantes. Los que veremos ahora, por ejemplo, son también lugares de trabajo para los empleados que prestan sus servicios en ellos, aunque en este capítulo nos centraremos en las relaciones sociales de género relacionadas con el consumo.

Cada vez que volvemos a los espacios públicos tenemos ocasión de comprobar la relación de lo público y lo privado con las divisiones de género. Dada la profunda identificación de la mujer con la casa y los espacios interiores del mundo doméstico, la investigación feminista de los lugares públicos se ha centrado a menudo en los problemas y los peligros que la mujer debe afrontar «en el exterior», en comparación con la libertad y el poder que se le supone allí al hombre. Por tal razón existe toda una literatura sobre el miedo, la angustia, el peligro físico, el acoso y las agresiones en las calles y los espacios abiertos. Aunque también analizaremos esas ideas, lo importante ahora es demostrar que, paradójicamente, los espacios públicos de la ciudad han supuesto para las mujeres una posibilidad de liberación del dominio masculino y de las normas burguesas de la sociedad moderna. Empezaremos por esto último, volviendo sobre la relación de las divisiones de género con las reglas de la respetabilidad burguesa. No obstante, lo primero será recordar, como he subrayado en otro lugar, que también aquí la separación de lo público y lo privado, como la distinción entre las escalas geográficas, es una división sexuada y socialmente construida, que el pensamiento feminista pretende denunciar para acabar con ella.

Como el lector recordará, he sostenido ya que las sociedades industriales asistieron en la segunda mitad del siglo XIX a la aparición de una ideología que convirtió a las mujeres (o deberíamos decir a las mujeres llamadas «decentes») en los ángeles de la Tierra, y que, desde entonces, ha dominado en Occidente tanto el pensamiento como el urbanismo o las disposiciones relativas a la vivienda. En el capítulo 3 examinamos su importancia para la definición del «hogar», y en el capítulo 4 tuvimos oportunidad de comprobar algunos de sus efectos en la distribución del suelo urbano. Ahora me gustaría analizarlo desde el punto de vista contrario. Pretendo, pues, estudiar aquellos casos de mujeres que, al no conformarse con el lugar que se les había asignado, pasaron a pertenecer a la categoría de perdidas o malvadas y quedaron expuestas al abuso y al peligro físico, todo ello con la inten-

ción de desalentar en ellas la participación en la esfera pública. Pero me gustaría también demostrar que los espacios semipúblicos, tales como los grandes almacenes, que comenzaron a construirse en las ciudades durante el siglo pasado, les brindaron la oportunidad de salir de los confines del mundo doméstico y huir de la presencia controladora del hombre, aunque sólo fuera por breves periodos de tiempo. Así, los espacios públicos y semipúblicos de las ciudades industriales no representaron para las mujeres únicamente un riesgo, sino también la posibilidad de disfrutar de una relativa libertad.

Nos trasladaremos después a los espacios del siglo XX, para plantear problemas más contemporáneos sobre el género y el mundo público, y analizar la relación de la mujer con los lugares abiertos a través de la mirada de varias artistas y escritoras. Examinaremos también la relación que establece el hombre con las calles y los parques, especialmente en el caso de aquellos que no quieren o no pueden adaptarse a los conceptos hegemónicos de masculinidad. Finalmente, me gustaría destacar el efecto que producen las imágenes familiares y heterosexuales que predominan en la inmensa mayoría de esos espacios, deteniéndome para ello en las playas y otros lugares vacacionales, así como en los espectáculos urbanos que se representan en las zonas de diversión y recreo.

Ciudadanía y espacio público

En este capítulo no prestaré una atención especial al material de los estudios de casos, debido a que las bases teóricas de la división entre el espacio público y el privado, y sus consecuencias para el género, se han estudiado ya profusamente. Deseo, en cambio, dejar constancia de que la relación del género con los espacios es más confusa y complicada de lo que ha veces se ha querido admitir, porque existen muchas actividades que desmienten la consabida asociación de lo femenino con lo íntimo, y de lo masculino con lo público. Los hombres y las mujeres están unidos y separados por caracte-

rísticas sociales tan variadas —sexualidad, raza y edad, por ejemplo— que no siempre caen de un lado o de otro.

En este capítulo introduciré también algunos debates sobre la definición de ciudadanía y derechos humanos, debido a que los conflictos que afectan a los espacios públicos suelen deberse a distintas formas de entender el derecho de ocupación. Aunque los teóricos de la democracia liberal sostienen que todos y cada uno de los miembros de una comunidad política tienen los mismos derechos en la esfera pública, lo cierto es que, como han demostrado las feministas, en la práctica, las cosas son de otro modo. Tanto en las leyes promulgadas por el Estado como en la vida cotidiana existe el convencimiento moral de que los derechos *de facto* de los ciudadanos, frente a los derechos *de jure,* se reservan a quienes los merecen o son capaces de disfrutarlos responsablemente. A otros no se les considera dignos de disfrutar de los privilegios de una ciudadanía plena. En la práctica, tal como se ha reconocido desde la izquierda y desde la derecha (Sandel, 1996; Sklar, 1991; Young, 1990b), el concepto de ciudadanía es excluyente.

Hay todo un conjunto de individuos y de grupos sociales concretos que quedan fuera del espectro más amplio de acceso a los espacios públicos, bien por su actitud transgresora o su negativa a reconocer los derechos de los demás, bien porque se supone que necesitan protegerse del trasiego de la vida pública. A las mujeres se las ha excluido, y se las continúa excluyendo, con la excusa de que pertenecen al último grupo. Además de su dependencia económica y moral de los hombres, esta condición de seres frágiles y necesitados de protección reduce su derecho a la libertad (Pateman, 1988, 1989). El mejor ejemplo son aquellos jueces que, en los casos de acoso o violación, sostienen que la mujer debería estar en casa por su propia protección, o los auténticos «toques de queda» para mujeres o niñas que pueden correr peligro a manos de hombres que «andan sueltos». Las campañas feministas para «reivindicar la calle» o «recuperar la noche», junto con la reivindicación de que se imponga la orden de alejamiento al agresor, ponen de manifiesto la mayor libertad del hombre para ocupar el espacio público.

Incluso en los casos de asesinato o violación, la mujer aparece como sujeto transgresor, al que excluir, por sus actos, de la esfera pública. No han faltado ocasiones en las que los jueces británicos han apuntado que las mujeres se merecían lo que les había ocurrido por salir hasta tarde o ir a sitios que no debían, de modo que, implícitamente, la culpa recae más en la víctima que en el agresor (véase J. Smith, 1989). Algunas geógrafas feministas han realizado estudios sobre la seguridad de la mujer en la calle (Valentine, 1990; Pain, 1991), aunque sería saludable recordar que la mayor parte de las agresiones parten del entorno conocido de la víctima, incluso dentro de su «hogar», y no de los extraños que ésta se encuentra en los espacios públicos.

Pero las mujeres no son el único grupo al que se limita el acceso a ciertos espacios. Se acosa, cuando no se expulsa, a los jóvenes, a la gente de color y a los grupos «contraculturales» (McKay, 1995; Valentine, 1996), porque los espacios urbanos son cada vez menos accesibles, a causa, por ejemplo, de la contratación de seguridad privada para la vigilancia de las zonas que rodean los edificios empresariales (véanse la vívida descripción que hace M. Davis de este tipo de situaciones en Los Ángeles [1989] y el trabajo de Zukin sobre Nueva York [1995]). El aumento de esta clase de vigilancia en todos los espacios urbanos supone un problema muy serio para las numerosas personas sin techo que viven en las calles, los portales, el metro y otros espacios subterráneos (Morton, 1995).

La politóloga feminista Nancy Fraser afirma que para abordar seriamente estas exclusiones es imprescindible replantearse el concepto tradicional de espacio público como conjunto de zonas múltiples y diferenciadas, a las que se permite el acceso de unos grupos y se impide el de otros. Como los teóricos poscoloniales, que reconocen en los sujetos subalternos la capacidad de desafiar el poder y el discurso del colonialismo, Fraser propone el concepto de «espacio público alternativo para los subalternos», de modo que los grupos marginales puedan articular sus necesidades en oposición al uso dominante o legitimado que se asigna a un determinado espacio (Fraser, 1990).

Puede que esos espacios subalternos alternativos existan ya, si incluimos los dedicados a la reivindicación, como los «campamentos» de la Nueva Era, o los túneles y los árboles de los manifestantes callejeros, aunque el geógrafo Don Mitchell ha escrito una historia del Parque del Pueblo de Berkeley (1995), frecuentado por los grupos contraculturales durante los años sesenta, en la que demuestra la dificultad de mantener espacios de este tipo contra los intereses del Estado y la propiedad privada. Las manifestaciones de protesta para salvar los espacios alternativos en Gran Bretaña tuvieron un final semejante: la policía y los servicios privados de seguridad bajaban a los participantes de los árboles, los sacaban de los túneles o los expulsaban de las casas ocupadas.

Con todo, el interés de los espacios abiertos estriba en que en ellos se manifiesta, por un lado, la diversidad característica de la esfera pública, y, por otro, la posibilidad de proponer una alternativa al «interés público». Como demuestra David Harvey (1992) en su análisis de Tompkins Square, un parque de Manhattan, la multiplicidad de usos —mujeres jóvenes y niños, Ángeles del Infierno y ciclistas, marginados, gente que abusa de todo tipo de sustancias, personas con trastornos que han sido expulsadas de las instituciones, vagabundos y hombres de negocios— hace imposible una coexistencia tolerante. Harvey utiliza en su artículo fuentes muy variadas y se sirve de las noticias de prensa. Comienza, por ejemplo, con el extracto de un artículo del *International Herald Tribune* (1 de agosto de 1989), de John Kifner. Cuando este último lo escribió, además de unos trescientos vagabundos, había en aquel lugar:

> Chicos con monopatines; jugadores de baloncesto; madres con niños pequeños; radicales que han sacado del desván la ropa de los sesenta; roqueros punks vestidos de negro, con los pelos erizados; «cabezas rapadas» con unas pesadas botas de trabajo, dispuestos a lanzarse de un momento a otro contra los punks y los radicales; rastafaris de terrible aspecto; bandas de *heavy metal;* jugadores de ajedrez; y amos que pasean a sus perros. Todos tienen su lugar en el parque, junto a los profesionales con sus

> trajes recién sacados de la tintorería, y a los edificios restaurados, que han recobrado su carácter burgués y están cambiando el vecindario (citado en Harvey, 1992: 588).

Dos años más tarde, un artículo del *New York Times* planteaba el dilema que debían afrontar los encargados del urbanismo para resolver los conflictos que estallaban entre los múltiples usuarios:

> Hay asociaciones de vecinos que piden el cierre de este parque, entre otros, porque dicen que se está convirtiendo en el refugio de los pobres de la ciudad. Ayer mismo, un miembro de la asamblea local pidió que se cerrara por la noche para evitar que acampen centenares de vagabundos. Por el contrario, la concejala Miriam Friedlander recomendaba que lleváramos servicios sociales a las personas que montan allí sus tiendas, sobre todo los relacionados con la salud y el tratamiento de las drogadicciones. «No nos parece que se esté usando adecuadamente el parque —dijo la representante del alcalde, Bárbara J. Fife—, pero debemos reconocer que hay intereses encontrados.» En definitiva, vinieron a decir que sólo estaban de acuerdo en una cosa: en que no había acuerdo sobre lo que debían hacer y en que todo plan nuevo no haría más que acarrear aún más disturbios y más violencia (citado en Harvey, 1992: 590).

Los conflictos que plantea la ocupación múltiple de los espacios urbanos suscitan problemas de difícil solución sobre el acceso y el uso más apropiado. Como ya he anticipado, el interés característico del siglo XX por el acceso a los espacios urbanos no carece de precedentes históricos.

La modernidad y los espacios públicos urbanos: el «flâneur» y la «flâneuse»

Al acabar el milenio, cuando los problemas de la diferencia y la diversidad se sitúan en el centro de los proyectos geográficos de investigación, detectamos un evidente aroma

retrospectivo en los numerosos análisis que vuelven la mirada a la evolución de esos temas durante el siglo XIX. A pesar de que muchas de aquellas conquistas se ven amenazadas hoy por la confusión propia del mundo posmoderno, lo cierto es que los terribles cataclismos sociales y económicos que expulsaron a la gente de sus tierras y su patria, empujándola hacia las grandes aglomeraciones industriales de Estados Unidos y Europa occidental, no sólo configuraron de otro modo las relaciones entre el espacio, el género y la identidad, sino que produjeron profundos cambios en las representaciones culturales. Una de las reacciones al crecimiento, enorme y sin precedentes, de las ciudades decimonónicas llegó de la mano de un grupo de movimientos artísticos, tanto en el campo de la pintura, la literatura y la poesía como en el de los nuevos instrumentos culturales, entre los que cabe destacar el cine y la fotografía, que enseguida reflejaron los cambios sociales de la época. A este propósito, Raymond Williams dice lo siguiente:

> El paso decisivo fue la transformación de la ciudad en metrópoli. Ciertos temas del arte y el pensamiento nacieron, concretamente, en respuesta a la nueva ciudad en expansión del siglo XIX, y luego, una vez convertidos en el centro del análisis, pasaron por una serie de transformaciones artísticas [...] en las condiciones de vida de la metrópoli del siglo XX (Williams 1989: 39).

Durante el periodo que se extiende de 1850 a 1920 imperó, en contra de los ideales de representación anteriores, la corriente artística que conocemos con el nombre de modernismo, que, a su vez, se ramificaría en un variado grupo de movimientos y manifestaciones: dadaísmo, surrealismo, cubismo, etc., coincidiendo con una época de conflictos políticos y cambios sociales en la Europa occidental y Estados Unidos, entre los que cabe destacar el movimiento sufragista, ya que la situación de la mujer y su vida cotidiana también experimentaron los cambios del mundo moderno y del fenómeno de la urbanización.

Los movimientos artísticos y culturales modernos, y los conflictos sociales, atraen en la actualidad a los investigadores de un amplio abanico de disciplinas, entre las que no falta la geografía. Dentro del llamado «giro cultural» de nuestra materia, por ejemplo, se ha despertado un nuevo interés por las fuentes artísticas y literarias [véase, por ejemplo, la obra de Cosgrove y Daniels (1988) sobre la pintura y la arquitectura], y por el entorno arquitectónico de la época [véase, por ejemplo, el libro de Mona Domosh sobre Boston y Nueva York (1996a) que he mencionado en el capítulo 4], con el objetivo de comprender mejor el fenómeno de la modernidad. Con todo, se ha dicho que en este tipo de trabajos la experiencia de las mujeres no ha recibido la atención que merece, pues, como apunta Janet Wolff (1985), se centran en la esfera pública, es decir, en un ámbito masculino por excelencia, debido a que la urbanización industrial introdujo una profunda separación de los géneros. En las nuevas urbes del siglo XIX apareció una figura masculina no menos novedosa, la del *flâneur* o *voyeur*, un mirón, un hombre que se entretenía observando la vida de la ciudad. Me gustaría analizar aquí algunas de las ideas que se han expresado sobre el lugar que ocupaba este espectador urbano y, sobre todo, indagar en la posibilidad de que tuviera un equivalente femenino.

Charles Baudelaire, el poeta francés, comentarista de las costumbres de su época, escribió algunos pasajes fundamentales para comprender el alcance de los cambios urbanos. En efecto, el modernismo como movimiento artístico propio de la ciudad inspiró parte de sus primeras obras. En su ensayo «El pintor de la vida moderna», escrito entre 1859 y 1869, Baudelaire (1963) expone una serie de argumentos a propósito del carácter efímero de la experiencia urbana, cuya artificialidad procede de la confusión de imagen y realidad que resulta de un consumo basado en los sueños y el espectáculo. La quintaesencia de la metrópoli moderna es, según Baudelaire, el *flâneur:* un observador itinerante, que contempla, sin participar, el espectacular desarrollo de la ciudad. El *flâneur* es una figura anónima, perdida entre la multitud urba-

na, que lo observa todo sin ser observado, un espectador o, en palabras de Frisby, «un príncipe que en todas partes disfruta de su anonimato» (1992).

Estas ideas sobre la naturaleza efímera y anónima de las interacciones sociales en la metrópoli iban a convertirse algo más tarde en uno de los principales elementos de la sociología del urbanismo, practicada en Alemania por Simmel y Tönnies, entre otros, que influiría en la escuela de sociología urbana de Chicago durante las dos primeras décadas del siglo XX, y daría lugar al nacimiento de la geografía urbana. Es interesante observar que Simmel fue uno de los primeros académicos que permitió la asistencia de mujeres a sus seminarios de la universidad de Berlín, antes de que se las admitiera oficialmente en calidad de estudiantes.

Para Baudelaire y otros teóricos posteriores, el *flâneur* pertenecía de un modo irremediable al sexo masculino, porque, en aquella época, sólo los hombres disfrutaban de libertad para estar desocupados y dedicarse a la observación. A las mujeres de mediados del siglo XIX o, mejor dicho, a las mujeres respetables de la clase media, no se las quería como participantes en el espectáculo urbano; ellas, los ángeles de esta Tierra, debían permanecer confinadas en la bucólica paz de las afueras. Sus hermanas menos respetables, en cambio, acompañaban al *flâneur* o al dandy urbano, en calidad de intrusas. Junto al *flâneur*, se movían, según Baudelaire, otros intrusos o espectadores, poetas, traperos, lesbianas, viudas y viejas (quizá este último grupo se sentía a salvo de la mirada heterosexual no deseada) y prostitutas. Un grupo de personajes vividores e improductivos, típicos de las ciudades en pleno desarrollo. En cuanto a las prostitutas, llamadas por lo común (y significativamente) «esquineras», el doble rasero de la moral victoriana las consideraba mujeres perdidas. El hecho mismo de su aparición en las calles dejó a la condición femenina expuesta a la interpretación y, con frecuencia, a requerimientos sexuales no deseados. En el Cambridge de finales de la época victoriana, por ejemplo, las primeras estudiantes tenían que llevar guantes y sombreros cuando se aventuraban en los espacios públicos, a fin de

distinguirse de las numerosas mujeres «fáciles» que andaban por la ciudad.

En su interesante artículo, Janet Wolff sostiene que la sociología moderna (y la geografía, deberíamos añadir nosotras) descuida la experiencia concreta de la mujer en la vida urbana. A su parecer, «el *flâneur* sólo podía ser hombre» (1985: 37), porque los héroes de la ciudad moderna, el *flâneur*, el emigrante y el extranjero, que «comparten la perspectiva y la posibilidad del viaje en soledad, del desarraigo voluntario y de la llegada anónima a un lugar nuevo» (pág. 40), lo son siempre. Lo más significativo aquí es quizá su énfasis en el carácter voluntario del desplazamiento, pues, como diré en el siguiente capítulo, en este siglo y en el pasado se ha producido la emigración de millones de mujeres, pero no tanto por elección como por necesidad. Wolff cree que las ideas que expresa la abundante literatura sobre la naturaleza fugaz y transitoria de los encuentros típicos de la vida de la metrópoli moderna no responden a la experiencia de la mayoría de las mujeres.

En su libro *The Sphinx in the City*, y en respuesta directa a Wolff, Elizabeth Wilson (1991, 1992) niega que fuera imposible la existencia de una *flâneuse,* porque, a su parecer, las mujeres disfrutaron, tanto en el siglo XIX como en el XX, de una libertad mucho mayor de lo que admite Wolff, debido a que en la gran urbe se relajaban las jerarquías que predominaban en las ciudades pequeñas y en el campo; así pues, también ellas experimentaron hasta cierto punto el desarraigo y la movilidad característicos de la vida urbana.

En su recopilación de relatos de tema urbano escritos por mujeres de nuestro siglo, Liz Heron (1993) defiende la ciudad como espacio en el que desafiar las divisiones de género. Según esta autora, toda urbe es un crisol capaz de desestabilizar las dicotomías que tradicionalmente separan la vida de los hombres y las mujeres:

> La clásica descripción de la ciudad como lugar de un nuevo comienzo o como trampolín hacia las primeras experiencias de la vida adulta presenta ciertos aspectos es-

> pecíficamente femeninos, de una mujer que se inventa a sí misma contra el binomio Naturaleza-cultura, contra la idea tradicional de la mujer estable, punto fijo en un universo cuyos espacios esperan siempre al hombre que ha de explorarlos, de tal modo que ella resiste mientras que él trasciende (Heron 1993: 3).

En la ciudad, por el contrario, cabe la posibilidad de una mujer activa e independiente. Uno de los temas centrales de los relatos que incluye Heron es la asociación de las emigraciones a la ciudad con la libertad sexual y económica de la mujer.

Como afirma Wilson, a medida que el siglo XIX avanzaba, la presencia de las mujeres en la ciudad se hacía cada vez más evidente; se las veía por las calles, de camino a los nuevos empleos que había hecho posible el auge de las oficinas; de compras, en un número cada vez mayor de grandes almacenes, que podían frecuentar solas, para pasar el rato y observar los artículos expuestos, de un modo que recuerdan mucho al *flâneur,* lo cual no significa que se vieran libre de las miradas de los intrusos o de los ocasionales acosos físicos y verbales. Sin embargo, como apunta Heron: «Estos hechos eran probablemente menos comunes en la gran ciudad que en el ambiente social mucho más reducido de la provincia» (1993: 7). La mujer se sentía protegida en el anonimato que le proporcionaba la multitud, y, por otro lado, la disminución del riesgo podía actuar de acicate para explorar el panorama urbano.

Es interesante que Wilson haya enriquecido la argumentación sobre la significación de los géneros sugiriendo que, lejos de representar a la sólida masculinidad hegemónica, la figura del *flâneur* suponía una transgresión, pues se trataba de un sujeto sexualmente inseguro, un espectador pasivo, es decir, todo lo contrario del participante activo que se asocia a lo masculino. En efecto, con su interés por el vestuario y las compras, el *flâneur* ofrece una inquietante versión de masculinidad feminizada. Heron destaca el carácter andrógino de las figuras femeninas marginadas que predominan en

esos relatos urbanos: mujeres independientes, con una vida dura de clase obrera; modelos de arte; escritoras; cuando no perdidas o inadaptadas, pero siempre mujeres al margen de los límites convencionales de la feminidad, sin familia y, con frecuencia, sin hombre, que huían de las sofocantes ataduras del mundo doméstico.

La obra de estudiosas como Elizabeth Wilson, de escritoras como Liz Heron y de muchas otras que han indagado los aspectos más descuidados de la experiencia femenina en los cambios relacionados con la modernidad, resulta imprescindible para contrarrestar el enfoque masculino de los estudios anteriores. En efecto, lo mejor del argumento original de Wolff sobre la imposibilidad de la existencia de una *flâneuse* fue su influjo en el desarrollo de las ciencias sociales. Wolff demostró la prolongada falta de interés de las ciencias sociales por la esfera privada, al tiempo que analizaba las razones de la exclusión o participación muy limitada de las mujeres en los ámbitos públicos del trabajo o la política. Esa falta de interés, como ya he apuntado, ha sido también uno de los rasgos característicos de la historia del pensamiento geográfico.

Espacios transgresores para los hombres

La relación entre espacio urbano y posibilidad de transgredir las versiones hegemónicas de la sexualidad que han documentado las feministas no afectó sólo a las mujeres, porque la ciudad también brindaba a los hombres una libertad sexual mucho mayor. Así lo han visto varios estudiosos de la vida urbana y el género al analizar la significación espacial de ciertas zonas concretas de la ciudad para el comportamiento tanto heterosexual como homosexual. Por ejemplo, en un fascinante examen de las respuestas paradójicas a las ciudades del siglo XIX, titulado *City of Dreadful Delight* (1992), Judith Walkowitz ha observado que los hombres jóvenes de la burguesía y la clase dominante inglesa frecuentaban lugares que les permitían evadirse de los as-

fixiantes códigos de la moral victoriana. Así, los jóvenes que habitaban los distritos residenciales de la clase alta, en el West End de Londres, buscaban la diversión en el East End, donde, entre otros juegos y deportes prohibidos, practicaban las peleas de gallos, azuzaban a los perros contra un oso cautivo, y, en general, disfrutaban de experiencias muy variadas, homosexuales y heterosexuales, al margen de sus relaciones «normales» con las mujeres de su propia clase.

Otras investigaciones han descubierto la relación entre la cultura urbana y la manifestación pública del comportamiento homosexual. Encontramos en este campo un número cada vez mayor de estudiosos de los homosexuales, interesados en conocer la significación de ciertos lugares y espacios urbanos que no se identifican con la identidad heterosexual. En alguno de los primeros trabajos sobre la integración de los gays en la sociedad burguesa, se ha dicho que el homosexual no lo es hasta que posee una identidad territorial visible que lo señala como individuo distinto a los demás.

En su interesante obra, *Gay New York*, el historiador George Chauncey (1995) sigue la pista de los espacios frecuentados por los gays de 1890 a 1940. Según este autor, los homosexuales anteriores a la Segunda Guerra Mundial disfrutaban de un ámbito público de relaciones en ciertas zonas de la ciudad, especialmente en barrios de clase obrera. Por ejemplo, el comportamiento de algunos hombres de clase media en el Bowery transgredía las ideas hegemónicas de masculinidad, al tiempo que reinventaba un ideal masculino de gay. Chauncy se sirve de un variado conjunto de periódicos y revistas para descubrir la red de clubes, bares, restaurantes, pensiones, asociaciones de jóvenes cristianos, baños públicos y zonas de Central Park que formaban parte del mundo de la sexualidad gay. No obstante, pasado el periodo que él estudia, las culturas gays se vieron obligadas a desaparecer una vez más en el fondo del armario, debido, sobre todo, al discurso público sobre el «vicio».

Su libro constituye un excelente ejemplo de la relación que existe entre la construcción social de ciertas identidades sexuales alternativas y el mundo urbano, así como una de-

mostración de que la visibilidad de los gays neoyorquinos no tuvo que aguardar a que se produjera la rebelión de 1967, con motivo de la redada policial del Stonewall. En la actualidad, Chauncey trabaja en un segundo volumen, con el que pretende extender su análisis hasta nuestros días, que, en todo caso, se publicará antes que éste que tiene el lector en sus manos; lo recomiendo vivamente a todos los interesados en el Nueva York contemporáneo.

En un proyecto semejante, esta vez relacionado con Londres, Frank Mort (1995) ha elaborado lo que él mismo llama «arqueologías de la vida urbana», centrándose en el Soho, uno de los distritos del centro de Londres, durante la década de los ochenta. Mort estudia cómo se aprovechó en un cierto tipo de comercio, marcado por el género, toda una serie de construcciones culturales del espacio urbano como escenario de consumo para convertir el barrio en una zona asociada a versiones concretas de la identidad masculina. A este respecto, la promoción de un Londres que recuperaba su prosperidad durante los años ochenta se debió a un conjunto de prestigiosos profesionales de los medios y de empresarios relacionados con la cultura, que supieron crear una pluralidad de identidades masculinas. Entre los actores, especialmente, se encontraban algunos homosexuales de prestigio, cuyos usos sociales y sexuales pasaron a formar parte del nuevo régimen de consumo. Las nuevas formas de identidad masculina, basadas en el consumo, se correspondían con determinadas áreas urbanas, de modo que aparecían zonas íntimamente vinculadas a las nuevas configuraciones de género en el mundo de la cultura y de los negocios. Mort identifica el Soho con una zona que siempre se ha relacionado con regímenes de género, aunque, al menos a primera vista, durante las décadas anteriores había predominado una forma neta de heterosexualidad. Durante la posguerra, en cambio, y especialmente durante los años ochenta, se convirtió en un lugar decisivo para el desarrollo de un determinado tipo de identidad homosexual.

Sirviéndose de fuentes muy parecidas a las de Chauncey, Mort descubre la arqueología irregular del Soho, en su calidad de espacio que posee una historia de disidencia sexual y

mestizaje cultural. A principios de nuestro siglo representaba una zona de vida bohemia, donde empezaba a mezclarse una abigarrada multitud de inmigrantes, artistas, gente del teatro, prostitutas y músicos de jazz. Según Mort, predominaba en esta vanguardia cultural «un conjunto de tipos masculinos, alrededor de los cuales giraban personajes como el bohemio, el *flâneur* y el paseante de la ciudad» (1995: 577). Desde finales de los años sesenta predominó en la zona un comercio sexual organizado, pero en los ochenta comenzó a recuperar su antiguo carácter bohemio. La nueva cultura de consumo de la década se alimentó de «representaciones de la ciudad basadas en el género que se habían ido construyendo en diferentes momentos históricos». Como resultado, surgieron espacios hetero y homosociales, correspondientes a distintas versiones de la identidad masculina.

Predominó, sin embargo, una versión concreta de homosexualidad masculina, que, según Mort:

> Supuso la comercialización de la homosexualidad. Bares y clubes, cafés y tiendas ofrecieron la promesa de una vida homosexual configurada por el consumo. En esos espacios comerciales se creó la ilusión de una utopía «mixta», una especie de comunidad que formaban los gays y las lesbianas con sus amistades. Sin embargo, fue uno de esos grupos, concretamente el de los gays jóvenes, el que reivindicó especialmente las calles del Soho. A pesar de la visibilidad de las lesbianas durante el desfile de febrero (un carnaval homosexual que se celebraba todos los años en San Valentín), acabó predominando la perspectiva masculina del espacio público, aunque, en este caso, se tratara de una masculinidad irregular y transgresora (1995: 581).

Los empresarios recibieron de buena gana la concentración espacial del consumo gay, si bien, como apunta Mort, «no pudieron crearse unas comunidades étnicamente centradas en los gays, como en los casos del distrito Castro de San Francisco o del Greenwich Village de Nueva York, porque faltó el asentamiento paralelo de una población residencial» (pág. 581). Pese a todo, se trató de un fenómeno de cierta im-

portancia, que consiguió proporcionar visibilidad a la identidad gay e implicar a los homosexuales en los problemas urbanísticos de Londres.

El consumo ostentoso y la ciudad del espectáculo

La significación de la ciudad como espacio de consumo ha sido un tema recurrente de la historia urbana, y no sólo por el desarrollo de lo que Mort denomina un «régimen de comercio sexuado». Me gustaría hacer una incursión en la historia del consumo ostentoso volviendo a Baudelaire, o mejor, a su influencia en Walter Benjamin, el crítico alemán que escribió entre los años veinte y los cuarenta, para trazar un breve perfil de la relación del consumo con la urbanización y el género a lo largo del siglo XX. Para su obra sobre las compras y la exposición de los objetos en lo que ahora se conoce por proyecto de las galerías (véase el libro de Buck-Morss, *The Dialectics of Seeing* [1991]), Benjamin se inspira en las ideas de Baudelaire sobre la ciudad como exposición y espectáculo mágico y mítico. Al tratar de lo que llamamos consumo ostentoso, Benjamin analiza el auge de los grandes almacenes a finales del siglo XIX, prestando una atención especial al significado de las galerías de cristal, donde se exponían las mercancías para el placer voyeurista del viandante. Benjamin estudia también ferias y exposiciones, como la que tuvo lugar en el Palacio de Cristal, en 1851, con motivo del vigésimo quinto aniversario de la reina Victoria. También allí se expusieron a la curiosa mirada del paseante productos, e incluso seres humanos, «exóticos», un hecho que Benjamin interpreta como los orígenes de la industria del placer, que manipula los deseos de las masas a través de una publicidad basada en el espectáculo y la fantasía.

A medida que avanzaba el siglo XX, el consumo y la publicidad se convirtieron en elementos fundamentales del desarrollo económico y urbano. En los años sesenta, el sociólogo francés Guy Debord escribía sobre el auge de la «socie-

dad del espectáculo» (Debord, 1994). Más tarde, teóricos posmodernos como Baudrillard hablaron de una hiperrealidad cuyas imágenes eran más importantes que la realidad misma, porque representaban espacios de mercado apoyados en la fantasía. En esta materia quizá no exista ejemplo más extremo que el de Las Vegas, donde los turistas pueden sentarse en un pastiche del foro romano a contemplar cómo sale y se pone el sol cada veinte minutos. En los centros comerciales que se han levantado por todo el mundo, el consumidor puede comer en pizzerías italianas o comprar ropa en tiendas y calles que son un triste remedo de las que encontraría en París. Como dice David Harvey en un texto ya clásico, *The Condition of Postmodernity* (1989), en este final de milenio, las economías urbanas más mundanas se sostienen sobre dos pilares: la imagen y el espectáculo. Bajo la brillante superficie de despliegues y espectáculos como éstos se percibe el ruido de los engranajes de la acumulación de capital.

La práctica totalidad de los teóricos que acabamos de comentar, sin embargo, tiende a descuidar la importancia de las relaciones de género. El consumo ha tenido para las mujeres consecuencias paradójicas, pues si, por un lado, las ha convertido en consumidoras (más que en productoras) y las ha relegado a la frivolidad —a medida que aumenta su capacidad de consumir, su imagen sirve para publicitar y vender los productos, y se convierte en una metáfora de la alteridad exótica—, por otro, también ha puesto a su disposición ciertos espacios de placer que pueden frecuentar sin la compañía del hombre. Ya he apuntado la enorme importancia a este propósito de los grandes almacenes, que veremos con mayor detalle en el siguiente párrafo.

El placer de comprar: el consumo como liberación parcial

Uno de los documentos imprescindibles para el actual interés por el cambio decimonónico hacia una economía basada en el consumo es la novela de Emilio Zola, *Au bonheur*

des dames (El paraíso de las damas, Barcelona, Alba, 1999), publicada por primera vez en 1882. Cien años más tarde, la University California Press ha editado una nueva edición inglesa, titulada *The Ladies Paradise*, con introducción del crítico cultural Kristin Ross (Zola, 1982). Como precisa este último, la ruta que iba a hacer de París la ciudad puntera de los grandes almacenes estuvo jalonada de grandes cambios tecnológicos y urbanos. Las obras públicas del barón de Haussmann habían transformado sus calles, y los amplios bulevares conducían directamente a su centro neurálgico. Se construyeron aceras nuevas que permitían a los viandantes pararse a contemplar los escaparates de los almacenes, grandes vidrieras abiertas en las fachadas de las tiendas gracias a los avances técnicos en la utilización del acero y el cristal; mientras que la luz eléctrica aumentaba la naturaleza espectacular y la teatralidad de lo que se exponía en su interior. Los cambios en la distribución interior de los nuevos almacenes, combinados con la inmensa variedad de los productos concentrados bajo un solo techo, contribuían a crear la impresión de que las compras eran una actividad de placer y de ocio.

Ross sostiene que Aristide Boucicault, el empresario francés que compró el Bon Marché en 1852 (que llegaría a ser una gran cadena):

> Puede considerarse el inventor de lo que llamamos «curiosear», ya que, por primera vez, el cliente sintió la libertad de ir a una tienda sin tener que comprar forzosamente. Los productos se cambiaban a menudo, y, en cada ocasión, se elevaba ligeramente el precio. La enorme cantidad y frecuente rotación de las mercancías creaba la ilusión de escasez, cuando en realidad eran productos fabricados y almacenados masivamente (Ross en Zola, 1982: VII-VIII).

La clientela de ese tipo de tiendas era predominantemente femenina. En consecuencia, como afirma Rachel Bowlby (1985), al analizar la cultura consumista en las novelas de Dreiser, Gissing y Zola, la mujer de clase media descubrió todo un mundo de fantasía en los grandes almacenes, y

aquellas «colosales fábricas de sueños fantasmagóricos» (Ross en Zola, 1982: IX) supusieron un «segundo» hogar y un espacio de evasión de su vida cotidiana y su rutina doméstica. Se dispusieron salitas, salones de té y tocadores para comodidad y solaz de la clientela. No obstante, como observa Zola en sus notas a la novela, los empresarios, los dueños y los jefes de sección de los almacenes manipulaban los deseos de las clientes, en lógica correspondencia con el rol de consumidora (no productora) asignado a la mujer. Douglas, citado en Domosh (1996b: 259), subraya que «la función de una dama en la sociedad capitalista consistía en adquirir y conservar los valores y las mercancías que su competitivo esposo, padre o hijo no tenía tiempo de disfrutar; ella representaba al mismo tiempo la antítesis de los esfuerzos masculinos y el objetivo de los mismos».

Aunque la participación de las mujeres en los espacios semipúblicos de la calle y los grandes almacenes sirvió para consolidar la separación de los sexos en la sociedad industrial y victoriana, Zola comenta, en ésta y otras de sus novelas, los aspectos potencialmente transgresores de la presencia femenina en las calles de las ciudades en plena expansión. El escritor francés habla del carácter femenino y volátil de la muchedumbre urbana, de su energía delirante y contagiosa, y de su amenazante sexualidad femenina, siempre a punto de estallar en violencia. Elizabeth Wilson (1991) confirma el aspecto amenazador de la multitud, y añade que el temor se refleja en los proyectos urbanísticos que confinaban a la mujer en las afueras. Al contrario que en el caso del hombre público, serena estampa de la racionalidad, la ideología de la época consideraba que la mujer «"pública" se hallaba presa de todo tipo de impulsos salvajes y violentos» (Ross en Zola, 1982: XVIII). Según Susanna Barrows (1981), en la imagen de una muchedumbre urbana femenina y amenazadora se aprecia el temor a un grupo de mujeres bien distinto: el de las feministas francesas, precisamente en un momento de auténtico fervor revolucionario. En cuanto a Gran Bretaña, a comienzos del siglo XX, el hecho de que las mujeres del movimiento sufragista salieran a manifestarse en la

calle para expresar su protesta, se consideraba una amenaza para el orden social y una traición a su propio sexo.

El papel de la publicidad y el consumo en la construcción de las identidades femeninas continúa centrando el interés de los análisis feministas contemporáneos; como manifiesta Robin Dowling (1993), los estudios geográficos actuales se caracterizan por una comprensión más matizada del significado del lugar, común, por otra parte, a todos los estudios culturales. Dowling afirma que «la construcción de la feminidad corre pareja a la creación de espacios, y las características de éstos influyen en el significado de las mercancías y en su relación con el mundo femenino. El comercio al por menor resulta especialmente apto para analizar los vínculos que unen a la feminidad con el espacio y las compras» (pág. 296). En su estudio empírico sobre los almacenes Woodwards, situados en el centro de Toronto, la autora afirma que la contradicción entre el discurso «familiarista» (la mujer como madre y esposa) y la modernidad (superioridad del discurso racional y científico) creó un nuevo concepto de consumidora, que se manifestó en los cambios experimentados por la gestión y el diseño del departamento de alimentación de los grandes almacenes, de 1945 a 1960.

Abundan en Gran Bretaña los estudios de lo que se ha llamado la «nueva geografía del comercio», y las sociólogas se interesan por la construcción de las identidades de género, tanto en el caso de la consumidora como en el de las vendedoras (véanse, por ejemplo, el trabajo de Michelle Lowe y Luoise Crewe sobre «el vacío», y los estudios de casos de Paul de Gay (1996) sobre la construcción de sujetos híbridos en el comercio del vestido), porque desaparecen las fronteras entre el trabajo y el placer. Lo que se estudia en estas obras no es tanto la diferencia entre hombres y mujeres como la fluidez de las identidades de género. En efecto, a punto de terminar el siglo XX, el consumo y la publicidad constituyen aspectos esenciales de la cultura posmoderna, en la que espectáculo y deseo se combinan para producir sujetos fluidos y ambiguos desde el punto de vista del género. Simpson (1994) y Mort (1996), entre otros, han hablado de la existen-

cia de un tipo idealizado de hombre que se ha convertido, como el cuerpo de la mujer, en objeto de la mirada masculina (homosexual o no) y femenina, y del carácter ambiguo de una actividad como las compras. Como afirma Wilson, y yo misma he sostenido arriba, es posible que aquel *flâneur* de hace cien años, descentrado e irresponsable, fuera el precursor de un nuevo sujeto posmoderno que está apareciendo en este cambio de milenio.

La discriminación en el exterior

Desearía abordar ahora varios ejemplos de un aspecto distinto de la relación entre el lugar, la feminidad y el esparcimiento, centrándome en la situación de las mujeres en el mundo exterior. Los vínculos que unen estrechamente la construcción social del género con la división del espacio en un ámbito público y otro privado plantean ciertos interrogantes sobre el lugar que ocupa la mujer en el campo, las zonas semirrurales y otros espacios verdes del centro de la ciudad o de su periferia. Hemos visto en el capítulo 2 que la participación de las mujeres en las actividades deportivas depende de ciertos ideales de decoro e invisibilidad del cuerpo en la construcción del ideal femenino. Ahora nos ocuparemos de aquellas formas de esparcimiento que requieren una actividad física, examinando en concreto el lugar de la mujer en el campo y las zonas verdes que rodean las ciudades de Gran Bretaña, a propósito de la obra de la geógrafa inglesa Jacquelin Burgess y sus colegas (Burguess, 1996; Burgess *et al.,* 1988; Harrison y Burgess, 1994), y de la relación de las mujeres de color con el campo británico que ha captado en sus fotografías Ingrid Pollard.

Burgess y sus colegas han investigado a lo largo de varios años la dimensión sociocultural de una muestra de espacios abiertos en el sur de Inglaterra, parques urbanos y zonas casi agrestes en bosques de uso recreativo en la periferia urbana, atendiendo al género, la edad y las diferencias étnicas. Tanto los hombres como las mujeres que las autoras entre-

vistaron expresaron su temor a las agresiones sexuales, pero mientras que los primeros temían por la seguridad de sus amigas y familiares, las segundas temían por ellas mismas, aunque las estadísticas oficiales del Ministerio del Interior demuestran que los adolescentes de sexo masculino constituyen en la actualidad el grupo más vulnerable a las agresiones en los espacios públicos. No obstante, los hombres jóvenes, especialmente cuando se reúnen, forman también el grupo más amenazador para los demás. Burgess descubrió que el miedo a las agresiones racistas por parte de bandas de chicos y jóvenes blancos era especialmente intenso en las mujeres asiáticas y caribeñas, hasta el punto de que evitaban los espacios abiertos incluso cuando iban acompañadas de familiares. Así pues, como ya se ha dicho en el caso de Tompkins Square (Nueva York), los espacios «comunes» de los parques urbanos están dominados por ciertos grupos que expulsan a otros, tanto por su comportamiento efectivo como por la amenaza que representa su sola presencia.

Si una actividad como el paseo por una zona verde supone un peligro para cualquier mujer, en el caso de las mujeres de color, la representación y el significado de esas mismas zonas, siguiendo con el ejemplo británico, agrava y complica el problema. Aunque el sentido de esos paisajes es móvil y cambiante (piénsese, por ejemplo, en la representación del Lake District como lugar vetado durante el siglo XVIII y en su actual carácter idílico y grandioso), en general sus representaciones van unidas a la imagen de la nación. La protección del campo británico se entiende como conservación de una herencia nacional. Naturalmente, se trata de una asociación que tiene más que ver con la versión idealizada de Inglaterra que con el país en su conjunto. Una de las instituciones más significativas a este propósito es el Council for the Protection of Rural England. Como señala Paul Gilroy, la imagen de lo inglés, del ser británico, excluye a los ciudadanos británicos de raza negra: «No existe el negro en la Union Jack» (Gilroy, 1987). Por ejemplo, ciertas exaltaciones de las extensas fincas rurales de Suffolk o de la verde Inglaterra de Shakespeare se basan en una herencia cultural que niega la

esclavitud y el racismo (Malik, 1992). El lector puede encontrar un estudio general de la representación de la nacionalidad y sus exclusiones en la literatura en *Culture and Imperialism*, de Edward Said (1994). En el capítulo siguiente analizaré la relación del género con la identidad nacional.

La población negra de Gran Bretaña es específicamente urbana y vive, sobre todo, en las grandes ciudades. En 1991, según el censo, vivía en el Gran Londres no menos de la mitad de toda la población de color. En una exposición fotográfica inaugurada en 1984, con el título de *Interludios pastorales*, la artista de color Ingrid Pollard (1989) analizó su propia relación con el campo británico. Pollard había nacido en la Guyana, en los años cincuenta, pero llegó a Inglaterra siendo aún una niña. Phil Kinsman, geógrafo de la universidad de Nottingham, interesado en la construcción social del campo, la entrevistó en 1992, antes de publicar el ensayo y el artículo que yo misma he utilizado en estas páginas (Kinsman 1993, 1995).

Kinsman describe la exposición con estas palabras:

> Consiste en cinco cuadros de figuras negras, hombres y mujeres, en un paisaje rural, acompañados de un texto que habla de la sensación de extrañeza y el temor que les inspira salir al campo, hasta el punto de temer por su vida, y de la historia de la esclavitud que los trajo a Inglaterra. Naturalmente, el título es irónico, en referencia al ideal bucólico de la cultura inglesa [...] Pollard se basa para los *Interludios pastorales* en sus propias experiencias vacacionales, en una conversación con un amigo negro sobre el confinamiento de la gente de su raza en determinadas zonas de Inglaterra y en las complejas interpretaciones del público asistente a las primeras sesiones de la exposición, que captó algunas metáforas de exclusión —muros de piedra y alambres espinosos— ajenos a las primeras intenciones de la autora (1995: 301-2).

Pollard afirma que la gente de color experimenta el campo inglés como un «paisaje de temor», el mismo concepto que han empleado las geógrafas feministas para expresar un

sentimiento de las mujeres (Pain, 1991), en general, y de las lesbianas, en particular (Valentine, 1990). Sin embargo, no deja de ser interesante el hecho de que tanto Pain como Valentine dediquen su estudio más a los espacios urbanos que a los rurales. La crítica de Pollard al campo inglés parte de un análisis de la construcción social de la identidad negra en Gran Bretaña. Según Kinsman:

> Pollard atestigua que la frecuentación del campo no forma parte de la experiencia de los negros, que, si alguna vez lo visitan, deben superar primero su desconfianza. Salir al campo supone, como ella misma subraya, una actividad intercultural que requiere la interpretación de un código, y eso supone una barrera para la gente de color. Aunque existen incluso barreras materiales que se lo vetan, el principal impedimento es, naturalmente, de tipo ideológico, y consiste en la forma de percibir la identidad negra en relación con el campo (1995: 307).

Stuart Hall, un famoso sociólogo británico, nacido en Jamaica, sostiene que los emigrantes, en general, experimentan ante el campo inglés un sentido de extrañeza, de no pertenencia. En el capítulo 8 analizaré este extremo con más detalle, a propósito de las cuestiones relacionadas con los desplazamientos y las identidades que crea la diáspora. Aunque la obra de Pollard se centra explícitamente en la raza, la propia autora recoge reacciones de identificación por parte de personas de clase trabajadora y mujeres blancas de clase media. Vemos, pues, la enorme complejidad con que unen y dividen a los grupos sociales en su forma de experimentar los espacios las divisiones de clase, raza y género.

La playa y el género

La principal alternativa al campo en materia de recreo y esparcimiento es el mar y, concretamente, la playa. A raíz del aumento del nivel de los salarios, la mayor calidad de

vida y el progreso de los medios de transporte de masas durante nuestro siglo, la población «occidental» ha comenzado a viajar por el mundo en busca de una liberación anual de la rutina cotidiana. Ya he dicho en los capítulos anteriores que las ideas referentes a la sexualidad —la relación más apropiada entre los sexos y el grado de visibilidad que se permite— dependen en gran parte del tipo de construcción del entorno. Las normas implícitas y explícitas que establecen cuáles son los cuerpos que pueden acceder a ciertos espacios y cómo se relacionan en sí se plasman en la naturaleza y la forma de los edificios, tanto en sus divisiones interiores como en los espacios que los separan. Salvo en casos y lugares excepcionales, las reglas están pensadas para las relaciones sociales heterosexuales y se basan en la idea de la inferioridad de la mujer. Puede que no exista un despliegue más visible de la sexualidad hegemónica que el que encontramos en el ambiente vacacional de la playa, donde entre la estrecha franja que separa el mar de la tierra —aquí el espacio fronterizo no es metáfora— se ponen de manifiesto, y a veces se transgreden, los grupos de asociaciones binarias que estructuran las relaciones sociales en Occidente.

La playa es un espacio de libertad, en el que se suspende transitoriamente (al menos, para los veraneantes) la habitual división de la vida en casa y trabajo. Aquí, en el espacio que separa el mar de la tierra, también se hace más fluida la frontera entre naturaleza y cultura. Con la marea baja, adquiere un aspecto «civilizado», se llena de asientos, tumbonas, comida y equipos deportivos, pero se trata de una colonización frágil y temporal, cuyos signos desaparecen por completo dos veces al día. En esta anómala franja de arena también se suspenden otros signos de la división entre cultura y naturaleza, porque sus ocupantes se despojan de la ropa que expresa la condición de clase, y el placer deja de ser una experiencia cerebral para convertirse en experiencia física. En un artículo titulado «Una lectura de la playa» (1992), Fiske afirma que sus anómalas categorías transgreden la siguiente lista de elementos binarios (pág. 57):

A	*Categoría anómala*	*No A*
MAR	Playa	TIERRA
NATURALEZA		CULTURA
DESNUDO	topless/bañador	VESTIDO
PIEL	bronceado	CUTIS
NATACIÓN	surfing	NAVEGACIÓN
PEZ	pesca submarina	HOMBRE
ANIMALES	mascotas (perros)	HOMBRE

El empleo de la palabra «hombre» no parece lo más adecuado aquí.

Sin embargo, existe una categoría que la playa no pone en peligro, y es que las diferencias de género se hacen aún más evidentes cuando nos quitamos la ropa, porque la playa se convierte en un escaparate de sexualidad y en el dominio de la mirada. En efecto, es, ante todo, espacio en el que se mira (cualquier cosa que traspase los límites de la mirada suele estar explícitamente prohibida, como se encargan de avisar los letreros oficiales): los hombres miran a las mujeres o a otros hombres, las mujeres a los hombres o a otras mujeres, y los adultos a los niños. Pero, salvo determinadas excepciones, domina la mirada masculina, incluso cuando la playa se distinga por el predominio de un grupo concreto, como es el caso de las playas de surf, donde abundan los hombres jóvenes, o las playas familiares, donde son mayoría los adultos y los niños. Quizá no es casual que Fiske, un sociólogo que trabaja en Australia, haya elegido como tema el sexismo de la cultura de los surfistas:

> La tabla de surf es quizá el ejemplo perfecto de categoría anómala, situada entre la naturaleza y la cultura. Está cuidadosamente diseñada, siguiendo un criterio científico sobre la colocación de las aletas y la forma de los cascos, pero es también el objeto más pequeño que sostiene a un hombre en el mar [de nuevo el término «hombre», aunque, como veremos enseguida, esta vez Fiske lo utiliza con su significado exacto] [...] Como resultado de su estatus anómalo, la tabla de surf es, al mis-

mo tiempo, sagrada y tabú. Para el surfista constituye un objeto de culto. Por otra parte, existen fuertes tabúes que impiden que las mujeres y, en general, las personas demasiado jóvenes o demasiado viejas, se suban a ellas.

Fiske continúa:

> Aunque no nos interesa aquí una lectura freudiana de la tabla de surf, merece la pena resaltar el sexismo de las subculturas más jóvenes, en las que se distingue netamente el comportamiento masculino del femenino, ya que los hombres se muestran activos y dominantes, mientras que las mujeres son pasivas y están subordinadas a ellos. Camiones, motos y tablas de surf suelen ser asunto de hombres, de modo que su tamaño, manejo y decoración forma parte del orden masculino. Las mujeres son pasajeras o espectadoras, y están allí para que los hombres las venzan, las posean y las muestren como trofeos. En la literatura del surf se compara el dominio de las olas con el de algunas posesiones fáciles de mujeres, y aunque existe un lenguaje exclusivo para cada una [...] el término más extendido es «caza», que se aplica tanto a las unas como a las otras. «Caza» fue la primera palabra que utilizó el hombre para nombrar su dominio de la Naturaleza, y es también el requisito previo de la cocina, que, a su vez, constituye la metáfora más evidente del proceso de civilización del mundo natural. En consecuencia, se considera una actividad natural; que el hombre cace para lograr comida, mujeres u olas es «natural» en él, porque lo hace respondiendo al imperativo de sus necesidades corporales (1992: 60).

Menos mal que el adjetivo «natural» está entrecomillado, porque Fiske parece tan fascinado con la masculinidad de los surfistas cuando analiza su comportamiento y su lenguaje que casi da la impresión de estar de acuerdo con sus ideas sobre el carácter «natural» de la pasividad y de la posición inferior de las mujeres.

Los interesados en profundizar en los rituales sexistas de las subculturas jóvenes pueden leer mi libro de geografía social *Undoing Place?* (McDowell, 1997b), donde recojo estu-

dios, entre otros, de motoristas, y la recopilación editada por Skelton y Valentine, *Cool Geographies* (1997).

Conclusiones

He demostrado en este capítulo que existe todo un conjunto de relaciones entre el género, la sexualidad y el espacio, en las que toda diferencia o asociación presenta una complejidad que supera la mera división entre ámbito público y ámbito privado, vinculados al hombre y a la mujer, respectivamente. En efecto, las asociaciones entre el género y el lugar o entre la identidad y los espacios concretos son complicadas y paradójicas, tanto para los hombres como para las mujeres. La ciudad y los espacios públicos significan para los dos sexos temores y placeres, peligros y libertades embriagadoras, mientras que la playa representa un espacio anómalo. Las definiciones de género, lugar e identidad, y la relación entre esas categorías, siempre han sido más complejas, fluidas y fragmentadas de lo que han pretendido tanto los primeros análisis feministas como la teoría liberal clásica. La separación del puesto de trabajo y la casa, la ciudad y la periferia, la vida pública y la vida privada y familiar que estableció la revolución industrial en «Occidente», materializada en las ciudades del siglo XIX —y que probablemente alcanzó su apoteosis en las áreas urbanas de Estados Unidos y Gran Bretaña durante los años cincuenta—, estuvo siempre atravesada por múltiples líneas quebradas y divisiones que los análisis teóricos han captado sólo en ciertos casos.

Por otra parte, ni los urbanistas ni los cartógrafos pueden interpretar el espacio urbano en términos científicos e inequívocos, porque también se construye a través de los mitos y las representaciones, que, a su vez, toman sentido de las actuaciones espaciales cotidianas, como han dicho De Certeau (1988) y Lefevre (1991). Los espacios significan cosas distintas para cada grupo social, y todo espacio puede verse ocupado, a lo largo de un día, de una semana o de un periodo superior de tiempo, por varios grupos, que le confieren

significados diferentes en cada momento. Las calles y los parques, por ejemplo, según sea de día o de noche, o las zonas de veraneo, según la estación, se convierten en espacios distintos para la experiencia diaria de quienes los utilizan o viven en ellos.

A finales del siglo XX se está produciendo una profunda aunque irregular reorganización del tiempo y el espacio, gracias a las comunicaciones de alcance mundial y al desarrollo técnico del mundo de la información, que, hasta cierto punto, desvincula las relaciones sociales y de género de los espacios concretos y los combina de otro modo a través de distancias enormes y sin precedentes en el espacio y en el tiempo. Estos cambios, movimientos y emigraciones —de capitales, de personas y de ideas— han planteado a un amplio abanico de disciplinas de la teoría social contemporánea nuevos interrogantes sobre la espacialización de la vida cotidiana, y la geografía se ha convertido en uno de los centros de interés al comenzar un nuevo milenio. En el penúltimo capítulo volveré sobre algunas cuestiones teóricas y empíricas sobre los efectos de los viajes y los desplazamientos, pero antes, en el capítulo 7, pretendo abandonar la escala urbana, para abordar algunos aspectos de la relación entre el género y el Estado nacional.

Otras lecturas

Mapping Desire, de David Bell y Gill Valentine (1995), fue quizá la primera colección de artículos escritos por geógrafas que tomaron en serio la relación de las múltiples geografías con las distintas sexualidades. Encontramos allí varios trabajos sobre la relación de los gays y las lesbianas con determinados espacios, así como un análisis de sus estrategias de resistencia. La obra de Frank Mort, que hemos conocido en este capítulo, *Cultures and Consumption* (1996), constituye una excelente excavación de la historia del Soho. Los retratos de ficción del distrito Castro de San Francisco durante los años ochenta, debidos a Armistead Maupin

(1980, 1984, 1986), que he mencionado en el capítulo 4, proporcionan una introducción a la vida «alternativa» de esa ciudad, mientras que el estudio de Frances Fitzgerald sobre la misma zona, *Cities on the Hill* (1986), nos brinda un estudio más serio. Todos ellos son pertinentes para este capítulo y el anterior.

Lifestyle Shopping, una colección de artículos editada por Rob Shields (1992), incluye varios capítulos sobre distintos tipos de espacio de consumo, partiendo de ideas de Henri Lefevre, Michel Maffesoli, Walter Benjamin y Mijail Bajtin. Resultará útil para los interesados en la actualidad de la obra de estos «grandes hombres». A propósito del poder y la capacidad de fascinación de la publicidad, sin embargo, resulta difícil superar el trabajo periodístico de Judith Williamson. *Consuming Passions* (1985) es una recopilación de sus artículos para periódicos y revistas como *New Society*, escritos en los años ochenta. El último libro de David Bell y Gill Valentine, *Consuming Geographies* (1997), es una interesante demostración de los vínculos entre la localización y la dieta. La colección editada por Rosa Ainley (1998) incluye trabajos sobre numerosos espacios, entre los que se cuentan algunos de Londres, varios centros comerciales de Nueva Zelanda, salones de baile de Kingston (Jamaica) y calles reales y virtuales de California. Finalmente, la obra de Neil Wrigley y Michelle Lowe, *Retailing, Consumption and Capital: Towards the New Retail Geography* (1996), es, como indica su título, un conjunto de artículos de los «nuevos» geógrafos del comercio al por menor.

7
El género y el Estado-nación

Introducción

A propósito de uno de los estudios de casos que hemos presentado en el último capítulo, he sostenido que existe una estrecha relación entre las imágenes de un país —en aquel caso, el campo inglés— y las representaciones de la nacionalidad. Me centraré ahora en los problemas relacionados con las representaciones del Estado-nación, al objeto de conocer sus puntos comunes con las ideologías y los significados de género, así como su modo de reglamentar la inclusión o exclusión de determinados grupos sociales, sean éstos de hombres o de mujeres. Como en el capítulo anterior, tendremos que relacionar el género con la «raza» o la etnicidad, porque una nación suele definirse por aquellos contenidos que unen un territorio concreto a una parte de su población, al tiempo que «otras» están excluidas. Queda aún un segundo grupo de problemas sobre el Estado-nación que me gustaría abordar en este capítulo; me refiero a la definición de la mujer (como individuo distinto al hombre) que aparece en las leyes y las instituciones nacionales, y al trato que, en consecuencia, se le dispensa. A estas alturas de la obra no debería sorprender al lector que la «diferencia» implique también jerarquía y trato inferior, o no equitativo, a las mujeres. En ambos casos —derechos y representaciones—, la

selección y la ciudadanía plantean cuestiones de enorme trascendencia.

Las feministas han prestado mucha atención a la investigación de las relaciones del género con el Estado-nación, y de las prácticas e instituciones que se fundamentan en la distinción «público-privado». En general, me dedicaré aquí al primer elemento de la dicotomía, aunque, al analizar las instituciones estatales, pretendo demostrar que sus actuaciones también afectan a los derechos relativos de los hombres, las mujeres y los niños en ciertos aspectos de lo que consideramos vida privada; por ejemplo, en la regulación de la sanidad o la sexualidad. (Conviene no olvidar la opinión de Foucault, que vimos en el capítulo 2, sobre la importancia decisiva de la regulación del cuerpo para el biopoder que controla las sociedades modernas.)

El primer *corpus* de literatura feminista sobre el Estado-nación que introduciré en este capítulo gira en torno a las relaciones del Estado con la sociedad civil y a las actuaciones del primero en su papel de juez entre los ciudadanos y sus propias políticas distributivas y coercitivas; para ello lo dividiré en dos áreas relacionadas. La primera se refiere a los derechos de las mujeres como ciudadanas, especialmente a los derechos formales, para lo cual prestaré una atención especial al derecho al voto. La evolución de las decisiones e instituciones del Estado y la práctica de los partidos políticos —la política, en su sentido formal— se han considerado desde la Ilustración asuntos casi exclusivos de los hombres. Las mujeres, como grupo inferior, tuvieron que luchar primero por el sufragio o la representación formal y luego por el reconocimiento de un amplio conjunto de cuestiones políticas que afectaban a su vida y sus necesidades. En esas luchas predominó una política de reivindicación de los derechos civiles que pretendía la igualdad de trato con los hombres.

Más recientemente, en especial durante los años ochenta y noventa, los problemas relacionados con la ciudadanía y la justicia económica han sido reemplazados por otros, esta vez relacionados con la identidad y el acceso a ciertos derechos. El fundamentalismo religioso, la recuperación cultural de

los nacionalismos étnicos en muchos países y el reconocimiento de la variedad de intereses dentro del mundo femenino, según la edad, la raza o las preferencias sexuales de las mujeres, han sacado a la palestra discursos, luchas políticas y movimientos sociales centrados en el problema de la identidad. Las antiguas divisiones políticas, sobre todo las que se basaban en los intereses de clase y, hasta cierto punto, de género, han quedado relegadas en parte, y la política de la diferencia se ha impuesto a la política de la igualdad y la asimilación. Examinaremos más adelante los fundamentos filosóficos de las nuevas ideas políticas.

El segundo conjunto de problemas relacionados con la primera categoría que he denominado interés feminista en las instituciones formales del Estado se refiere a las mujeres y a la asistencia pública que proporciona el Estado de bienestar. Puesto que la responsabilidad de la salud familiar ha recaído siempre en las mujeres, por ser madres y vivir más que los hombres, ellas forman también la principal clientela de los servicios sanitarios y las ayudas estatales, así como el grueso del personal que trabaja en ese tipo de instituciones, casi siempre en los puestos de menor categoría. Por tanto, son las instituciones de la seguridad social y del sistema legal las que regulan y controlan los aspectos «privados» de la sexualidad, la maternidad y la gestión de la salud.

La segunda gran categoría del estudio feminista de los lazos que conectan la nación con el género presenta un enfoque distinto. Al contrario que los dos primeros conjuntos de la primera categoría, que tratan de la teoría política y se centran en las actuaciones sociales, esta segunda combina su enfoque político con los análisis más recientes del feminismo y los estudios culturales y literarios de las imágenes, los símbolos y las representaciones de la nación en los textos y las formas pictóricas e iconográficas del entorno. La construcción de la identidad nacional, el significado simbólico de la patria —en crisis desde hace mucho tiempo— se ha abordado a través del estudio de los aspectos relativos al género en la imaginería de la nación y en las relaciones de esta última con la sexualidad (Parker *et al.,* 1992; Radcliffe y Westwood, 1996;

Yuval-Davis, 1997). Algunas cuestiones relacionadas con la política de la identidad se plantean ahora como preguntas sobre el género de los símbolos estatales o sobre la lucha poscolonial y postimperial de los pueblos contra su historia reciente. La reaparición de fenómenos como el llamado fundamentalismo religioso o el nacionalismo étnico ha suscitado también varias preguntas interesantes en el mundo de los estudios feministas, a causa de la importancia que tienen para esas ideologías, y para sus actuaciones sociales, los conceptos de «género» y «nación».

¿Qué es el Estado-nación?

En primer lugar, convendría definir qué es un Estado y qué una nación. Existe un extenso *corpus* literario, cuyas definiciones dependen de la correspondiente perspectiva teórica. Aparte del acuerdo general en que el Estado está formado por un conjunto de instituciones que comprenden tres formas de poder: legislativo, ejecutivo y judicial, junto al ejercito y las fuerzas de seguridad, no encontramos coincidencia cuando se trata de conocer cuáles son los intereses que defiende. Para los teóricos marxistas, se trataría de los intereses del capital, aunque en este último queda lugar para ciertos enfrentamientos entre distintas facciones, por ejemplo, entre el capital industrial y el financiero. [Will Hunton, en su célebre obra *The State We're In* (1995), afirma que el Estado británico favorece los intereses del capital financiero, en detrimento del capital industrial, sobre todo cuando se compara con el Estado alemán.] Por el contrario, los teóricos pluralistas creen que el Estado representa a un extenso abanico de grupos de interés, que sólo difieren en la forma de negociar los conflictos que surgen entre ellos, con el objetivo de lograr un consenso o alianza de intereses. Otros argumentan que, dado el número y la variedad de instituciones que componen lo que llamamos «Estado», resulta imposible definirlo o construir una teoría, y que, en consecuencia, el análisis debe centrarse en aquellas políticas y actuaciones

del conjunto institucional que tienen trascendencia para los problemas concretos.

Para las feministas, lo importante es saber hasta qué punto defiende los intereses de los hombres y el poder masculino. Aunque el interés predominante en la práctica de muchos estudios sobre el género y el Estado recae en un variado conjunto de instituciones —por ejemplo, cuando se analizan las campañas por el voto o los efectos que producen los subsidios estatales en ciertos grupos de mujeres—, me parece muy útil conservar la idea de Estado, porque de ese modo podremos conservar también sus lazos con la nación y examinar los problemas de la construcción social del nacionalismo y la nacionalidad en relación con el tratamiento que dan al género las ideologías, los símbolos y los sistemas de representación. Así pues, el Estado es un conjunto de instituciones que gobierna un determinado territorio y una población que vive dentro de sus fronteras, aunque también existan naciones sin Estado, cuya vinculación a un territorio concreto se halla en disputa. El ejemplo más evidente en nuestra época sería Palestina, pero existen también otros de naciones nuevas o emergentes que mantienen un conflicto por el derecho a la ocupación. Volveré sobre el problema de ciertos tipos de desplazamiento y de territorio sin Estado en el próximo capítulo.

Naturalmente, las fronteras del Estado-nación cambian con el tiempo, y, en muchos casos, no delimitan un territorio físicamente contiguo. Cabe también la posibilidad de que un Estado-nación no responda a una entidad permanente e inalterable, como hemos tenido oportunidad de comprobar a finales de nuestro siglo con los casos de la Unión Soviética y la antigua Yugoslavia, hoy divididas, a su vez, en numerosos Estados nacionales. Los Estados-nación son, pues, entidades múltiples y variables, con distintas actuaciones que producen distintos efectos. Como nos recuerdan Yuval-Davis y Anthias al introducir una interesante recopilación de artículos sobre el Estado-nación y el género, un análisis expresamente feminista del papel del Estado debe centrarse en «los proyectos políticos concretos de los Estados, sin olvidar el

contexto socioeconómico en el que se articulan tanto esos proyectos como las fuerzas sociales que los favorecen o se oponen a ellos» (1989: 6).

En este capítulo me centraré tanto en las actuaciones políticas del Estado, especialmente en las que afectan al bienestar, como en su poder para construir y definir el sentido que las mujeres tienen de sí mismas, de su puesto en la sociedad y de las oportunidades que se les ofrecen a lo largo de la vida. Es aquí —en las políticas asistenciales que, por ejemplo, definen la dependencia de la mujer respecto al hombre, la regulación de la sexualidad masculina y femenina, el derecho de las mujeres a tener hijos y el reparto de responsabilidades entre los miembros de la familia— y en los derechos legales o formales de la ciudadanía, donde debemos buscar la naturaleza de las relaciones de género en cada nación; como ya indiqué al introducir el capítulo, existe un amplio *corpus* de estudios feministas que revela su estructura. Conoceremos algunos de esos trabajos antes de abordar los estudios del simbolismo nacional y las representaciones de género. La administración local —es decir, aquellas instituciones que operan a un nivel subnacional— influyen también en las relaciones de género, como dije en el capítulo 3 al hablar de las iniciativas de las mujeres, y, por supuesto, muchas actuaciones políticas del Estado-nación se administran en el ámbito local. En este capítulo, sin embargo, me gustaría abordar el Estado más en su conjunto que en sus instituciones locales.

La definición de la ciudadanía: igualdad y diferencia

Uno de los campos de investigación más significativos de la teoría y la práctica política del feminismo ha sido el de las luchas por extender los derechos civiles a las mujeres, e introducir un mayor acuerdo entre las ideas encontradas sobre la igualdad y la diferencia. La historiadora feminista Sally Alexander afirma que el feminismo ha girado siempre

alrededor de una tensión entre «la demanda de igualdad y la reafirmación de la diferencia sexual» (1987: 162). Para las primeras feministas, comprometidas con las campañas por el sufragio, la pretensión más importante era lograr la igualdad con el hombre, aunque nunca dejaron de afirmar las diferencias entre los sexos, por ejemplo, en las campañas relacionadas con las ayudas a la maternidad y la atención sanitaria a los niños. Podemos estar de acuerdo con ese tipo de igualdad, pero queda por determinar la forma que debería adoptar.

Desde finales del siglo XIX y principios del XX, las campañas sufragistas en Gran Bretaña y otros países de Europa occidental dieron por sentado que la finalidad de las mujeres era la equiparación con los hombres. Se pretendía acceder a las ventajas que ellos disfrutaban; por eso la igualdad que buscaban aquellas mujeres consistía en estar representadas y participar de un modo equivalente en la vida pública; por ejemplo, en el mundo de la actividad política formal. El sufragio total, que se conquistó, por fin, en 1920, en el caso estadounidense, y en 1928, en el británico, no trajo la igualdad con los hombres en la esfera pública. En la universidad de Cambridge, por ejemplo, las mujeres no pudieron obtener un título hasta 1948, y, como hemos visto en el capítulo 5, la equiparación de los salarios resultó poco menos que imposible en la práctica totalidad de los sectores económicos. Los cambios en el disfrute de derechos civiles y políticos se produjeron con enormes diferencias de un país a otro, de modo que, aun hoy, en muchas zonas del mundo las mujeres carecen del derecho al voto o a la participación oficial en la esfera pública. Los mapas del *Women in the World Atlas* (Seager y Olson, 1986; Seager, 1997) proporcionan una interesante comparación del estatus de la mujer en distintos Estados-nación a principios de los años ochenta.

La existencia de una esfera pública y otra privada constituye, como es sabido, una de las divisiones binarias fundamentales del pensamiento ilustrado y la teoría liberal, y también una de las más difíciles de deconstruir y desplazar desde las filas del pensamiento y la acción feminista. Se trata de

una distinción enclavada en el núcleo mismo de los argumentos de la igualdad formal, que, si bien ha proporcionado a las mujeres una gran fuerza para conquistar el voto y la igualdad *de jure*, ha supuesto un enorme obstáculo en sus luchas por obtener la igualdad *de facto*. Examinemos esta contradicción más de cerca.

En la transición al orden moderno que tuvo lugar en la Europa de la Ilustración hubo que desmantelar todo un conjunto de privilegios tradicionales para sentar los cimientos del Estado democrático moderno. En todas partes, con diferencias de tiempo y espacio, se puso en cuestión el derecho divino de los reyes, al tiempo que se consolidaba un individualismo que, en forma de teoría social, establecía la igualdad de todos los ciudadanos. Carole Pateman afirma a este propósito: «No podemos concebir el liberalismo o el feminismo sin el concepto de individuo libre e igual a los demás, emancipado de las ataduras de la jerarquía y el vasallaje que imponía la sociedad tradicional» (1987: 103), aunque la misma autora observa que las feministas no pueden estar de acuerdo con la frontera que separa, en la ideología liberal, lo público de lo privado, y por eso realiza en sus últimos trabajos una crítica radical del liberalismo. Mientras los liberales afirmen la primacía del mundo individual, siempre se encontrará una justificación para excluir a la mujer de la igualdad de derechos. Es aquí donde la diferencia entre lo público y lo privado adquiere la dimensión de un problema esencial.

Las bases teóricas se deben al *Segundo tratado*, de John Locke (véase Laslett, 1967), donde el autor distingue la familia de la sociedad civil (esta última solía definirse como un conjunto de actuaciones e instituciones relacionadas con organizaciones estatales, tales como el sistema educativo o la religión oficial, pero distinta a ellas), e incluye en la definición de poder político el dominio de los maridos sobre las mujeres, «fundamentado en la Naturaleza», desde el momento en que los hombres son «más fuertes y más capaces». La subordinación «natural», argumenta Locke, se basa en los lazos del sentimiento y la sangre. La adscripción y el

afecto distinguen a la familia de la esfera pública, donde los individuos libres se asocian en grupos de características universales e impersonales, las cuales, al parecer, son exclusivas de los hombres. Las mujeres, hijas y esposas, quedan fuera del «mundo público de la igualdad, el consenso y la convención» (Pateman, 1987: 106), que, contra los principios de la teoría liberal, descansan en los privilegios del patriarcado o en lo que Carole Patman denomina «fraternidad», dentro de los Estados liberales modernos. La fraternidad significa que los hombres dominan a las mujeres en el reino de lo privado, mientras establecen «contratos» de igualdad social con otros hombres en el reino de lo público (Pateman, 1988).

He dicho antes que el desarrollo histórico del capitalismo en el siglo XIX produjo un alejamiento visible de las mujeres casadas, y las excluyó del mercado de trabajo. Locke puede separar la familia de la sociedad civil, y, con ello, a las mujeres de los derechos civiles, porque la división parece «natural». Aunque algunos liberales posteriores, entre ellos John Stuart Mill, aceptaron que, no siendo seres inferiores, las mujeres no podían quedar automáticamente apartadas de la participación en los asuntos públicos, lo cierto es que se creó una «ideología de la igualdad, que consagraba la separación». La sociedad civil incluía la vida pública y privada; en cuanto a la mujer, se afirmaba que había elegido su papel en la última y que, en calidad de madre y esposa, ejercía un poder y se realizaba personalmente. Estos argumentos conservan todavía gran parte de su peso.

IGUALDAD Y EQUIPARACIÓN DE LOS DERECHOS PARA LAS MUJERES

La teoría liberal es claramente vulnerable a la reivindicación feminista del derecho de la mujer a participar, como ser racional, en la vida pública. Fue fácil atacar su negación del derecho al voto, y de ese ataque nació toda una argumentación durante la época de los movimientos sufragistas en las democracias occidentales, a finales del siglo XIX y princi-

pios del XX. En efecto, la conquista de la igualdad de derechos formales para las mujeres y los hombres continuó siendo uno de los principios organizativos más importantes de los movimientos feministas occidentales de la posguerra, que estuvieron detrás de la Ley contra la discriminación sexual y la Ley de la igualdad de salarios, promulgadas en Gran Bretaña durante los años setenta, y la Enmienda por la igualdad de derechos, aprobada en 1967 en Estados Unidos, donde, antes de esa fecha, la Ley de los derechos civiles sólo había hecho referencia a las diferencias raciales.

Muchas instituciones británicas, entre las que no faltaron universidades y autoridades locales, adoptaron una política de igualdad de oportunidades, y los partidos políticos comenzaron a inclinarse ante la demanda femenina de una representación más igualitaria. Por ejemplo, en 1997, entraron en la Cámara de los Comunes ciento veinte mujeres. Sin embargo, el Partido Laborista tuvo que abandonar su efímero intento de presentar listas de selección compuestas únicamente por mujeres en ciertos distritos cuando la justicia lo declaró una práctica ilegal, lo que demuestra a las claras uno de los problemas más irritantes de las políticas liberales de igualdad de oportunidades. ¿Con qué métodos debe plantearse la reivindicación de la igualdad? ¿Cómo puede lograr la mujer la igualdad de representación en determinados espacios?

La discriminación positiva en las políticas de acceso a la universidad se introdujo en Estados Unidos gracias al sistema de cuotas, para alcanzar la proporción deseada, por ejemplo, entre hombres y mujeres o entre blancos y negros, en un arco de tiempo razonable. Sin embargo, en los años noventa se ha producido un retroceso, especialmente en estados como Texas y California, donde, de un modo significativo, la balanza vuelve a inclinarse a favor de los blancos. Para abolir el sistema de cuotas se emplea siempre el argumento de la injusticia que supone no admitir o contratar a «la persona más indicada para ese trabajo».

Llegamos así al segundo dilema para los liberales. ¿Qué significa la persona «más indicada»? ¿Cómo se establecen

los criterios para juzgar a las personas? ¿Se juega limpio? Hoy sabemos que los métodos de selección para obtener un empleo responden a un criterio sesgado. Como señalan las feministas que se han ocupado de analizarlos, los esquemas que valoran la capacidad para actuar con decisión tienden a premiar características que responden a una construcción social masculina. Lo mismo podría decirse cuando el acceso a la universidad se basa en las puntuaciones de las pruebas, porque los estudiantes que asisten a las «buenas» escuelas, en «buenos» vecindarios, suelen obtener mejores notas, lo que sesga la muestra hacia la cultura de clase media y, en muchos casos, hacia el alumnado de los colegios privados. Todos los geógrafos conocen la existencia de asociaciones espaciales entre la clase social y la renta, la residencia y el rendimiento escolar; por eso Harvey (1971) argumenta desde hace tiempo (y yo lo subrayo en el capítulo 4) que la ciudad es un mecanismo de «redistribución de la renta real» que aumenta las desigualdades entre las clases sociales.

El tercer dilema para la igualdad de oportunidades, o para las feministas liberales, se presenta cada vez que se formula la pregunta: «¿Igual a quién?». Según Anne Phillips: «El hecho de comprometernos con la igualdad sexual no equivale a saber qué forma debe adoptar la igualdad. ¿Es igualdad de salario con los trabajos que hacen los hombres o igualdad de cuotas en los empleos que tienen los hombres? ¿Igualdad de oportunidades para competir con los hombres o igualdad numérica en cualquier ámbito de la vida? ¿Igualdad en el compromiso con el cuidado de la casa y los hijos o mejora de las condiciones de la mujer que trabaja en casa?» (1987: 1-2). Cada planteamiento político de los aquí mencionados corresponde a ideas completamente distintas. Un sistema de cuotas se basa en la representación numérica, mientras que la Ley británica de equiparación de salarios parte de que el salario que recibe la mujer en su empleo debe ser igual al que se paga en los empleos de los hombres. Con todo, la Ley surtió un efecto muy limitado en las diferencias salariales, porque, como vimos en el capítulo 5, la separación de los géneros en el mercado laboral es muy grande, y

los hombres y las mujeres trabajan en sectores distintos. Para progresar en la igualdad parece más adecuado identificar las diferencias que los separan, los trabajos que hacen unos y otras, y obrar en consecuencia.

Igualdad y diferencia sexual

Hace tiempo que las teóricas feministas han denunciado las limitaciones de una ideología liberal que sólo reconoce individuos asexuados. En efecto, la mayor parte de las veces se ha explicado la desigualdad de la mujer a causa de la más radical de todas las diferencias: parir hijos. Mientras las instituciones no tengan en cuenta, en sus políticas y sus prácticas, el papel que desempeñan las mujeres en la reproducción humana, éstas no podrán competir con los hombres en pie de igualdad, en caso de que sea eso lo que se pretende. Naturalmente, en ciertos ámbitos ya se ha contado con esa diferencia; por ejemplo, en el derecho al permiso por maternidad sin perder el salario. En Gran Bretaña sólo disfrutan de ese derecho las mujeres que han trabajado continuadamente en la misma empresa durante dos años. En algunos países, también los hombres pueden tomarse un tiempo de permiso con motivo de su paternidad. En general, sin embargo, las políticas tradicionales de igualdad de oportunidades suelen ignorar los problemas relacionados con la vida familiar. En el mercado de trabajo, sobre todo, se considera que la mujer debe encajar en puestos diseñados para los hombres. Por ejemplo, dentro del sistema universitario, la promoción depende mayoritariamente del número anual de publicaciones que produce un individuo, sin tener en cuenta la posibilidad de que éste sea mujer y haya dado a luz en ese año.

El reconocimiento de las diferencias entre los seres humanos, de género o edad, de capacidades e incapacidades, entre otras muchas, ha planteado la necesidad de reformular los conceptos de igualdad y justicia social. En este punto, la obra de la politóloga feminista Iris Marion Young ha ejercido una gran influencia. Ya hemos comentado una parte en el

capítulo 2, donde vimos su análisis del cuerpo durante la gestación. Varios geógrafos y geógrafas, entre ellos David Harvey (1992, 1996), Glenda Laws (1994) y yo misma (McDowell, 1994d) hemos destacado el interés de su propuesta de fundar el concepto de justicia, no en la desigualdad entre los individuos, sino en la desigualdad entre los grupos. En su libro *Justice and the Politics of Difference*, Young elabora una definición múltiple de la injusticia y la opresión, que viene a sustituir al antiguo concepto de injusticia basado exclusivamente en la mala distribución de los recursos y los bienes materiales. A estas razones, Young añade las del prestigio social, la fuerza física y los estereotipos del cuerpo idealizado. Según la autora, la injusticia adopta varios ropajes; por eso habla de las «cinco caras de la opresión» que intervienen en «estructuras y relaciones sociales que van más allá de los problemas de distribución» (Young 1990b: 9). Esas cinco dimensiones producen divisiones jerárquicas entre los seres humanos y apartan a los grupos considerados inferiores, es decir, los definen como seres distintos y por debajo de la «norma», que, como es sabido, constituye una de las ideas más comunes de la literatura sobre la construcción social del género.

Las cinco primeras caras de la opresión que identifica Young son: 1) *explotación* o apropiación del valor del trabajo de un grupo por otro; por ejemplo, los capitalistas se apropian del trabajo de los asalariados y los hombres se apropian del trabajo doméstico de las mujeres; 2) *marginación* o exclusión de ciertas personas de la participación en la sociedad; por ejemplo, los casos del anciano, el inválido o el parado; 3) *subordinación* o relegación de los grupos de trabajadores no profesionales; 4) *imperialismo cultural* una forma de exclusión doble, por la que los estereotipos de la experiencia y los valores de un grupo se imponen a «otros», que quedan excluidos a raíz de esta universalización de la cultura del grupo dominante, convertida ya en norma; y 5) *violencia,* que Young define como un ataque continuo y no provocado, sin otra finalidad que la humillación.

La obra de Young proporciona a los teóricos y geógrafos políticos una poderosa herramienta para superar las divisio-

nes basadas en la distribución de recompensas materiales en una sociedad capitalista —tanto entre clases sociales como entre hombres y mujeres—, y para relacionarlas con las desigualdades que se basan en lo que llamamos normas culturales. En este punto resultan especialmente significativas sus dos últimas caras de la opresión. Young afirma que el elemento clave del imperialismo cultural estriba en confinar a los «demás» dentro de sus cuerpos. «Por eso, los discursos dominantes definen al "otro" según las características físicas, y lo construyen como un cuerpo feo, sucio, profano, impuro, contaminado o enfermo» (1990b: 123). En el caso de las mujeres, los conceptos convencionales e idealizados de belleza y deseo «acaban por convertirlas en cuerpos monótonos, desagradables, repulsivos o amenazadores» (pág. 123), y las construyen exclusivamente como seres físicos.

Encontramos ideas paralelas a las de la obra de Young en los estudios feministas y en los análisis de la naturaleza de la ciudadanía y del Estado del bienestar. En este último caso pienso en la definición que hace Walby del patriarcado distinguiendo en la opresión de la mujer seis facetas, que basa tanto en las estructuras económicas como en las prácticas culturales. De modo semejante, en un análisis de la desigualdad en la posguerra británica, Richard Titmuss (1987), experto en política social, distingue una estructura terciaria, apoyada en la distribución de la riqueza, los beneficios del Estado del bienestar y los «beneficios complementarios» en el puesto de trabajo; entre otros, bienes materiales (coches, pensiones, etc.) y el estatus, el prestigio y el poder de tomar decisiones personales que disfrutan determinadas personas. No obstante, la obra de Titmuss permanece sólidamente anclada en el modelo distribucional, aun reconociendo los múltiples ejes de la desigualdad.

Tanto en el trabajo de Young como en el de Walby se plantea la diferencia entre los distintos ejes de la opresión, su separación analítica y su equivalencia (¿todas las dimensiones tienen el mismo significado?). En el caso de la teoría de Young, lo importante es comprender que su forma de ver la política difiere del punto de vista de los modelos liberales.

Mientras que los modelos distribucionales de (in)justicia reivindican una política igualitaria de redistribución, la versión de la justicia basada en la «diferencia» plantea una política emancipadora de reconocimiento. Se trata de la dicotomía que ha dividido la política feminista durante todo el siglo XX. Young proporciona un argumento de mucho peso cuando manifiesta que la lucha política no estriba en abolir las diferencias entre los grupos, sino en aceptarlas y exaltarlas, sin jerarquizarlas.

Esto nos conduce al centro del feroz debate que está teniendo lugar en el ámbito de la geografía y, por supuesto, de las ciencias sociales y las humanidades, en general. ¿Produce necesariamente la aceptación (incluso la exaltación) de la diferencia un relativismo informe, una incapacidad de juzgar los fundamentos de la diferencia y la discriminación y su significado relativo? Los teóricos posmodernos se alinean con los activistas de la política de la identidad (por lo general, una abigarrada mezcla de mujeres, gays, ecologistas, verdes y manifestantes de autopista) frente a los partidarios de la fe modernista en el progreso, que continúan creyendo en la importancia fundamental de las divisiones de clase en las sociedades capitalistas contemporáneas. David Harvey es quizá entre los geógrafos el representante más notable de la segunda posición, ya que, pese a haber realizado una lectura muy seria de las feministas y los postestructuralistas, continúa convencido de la superioridad de la explicación geohistórica de corte materialista, y muestra un preocupante rechazo de la política feminista en ciertas partes de su largo y complicado libro, *Justice, Nature and the Geography of Difference* (1996). (Véase la respuesta de Young en *Antipode* [1998].)

A pesar de las diferencias ideológicas y de la variedad de puntos de vista, existe un acuerdo general en que si bien la desigualdad no depende de una sola razón, lo cierto es que algunas diferencias son más importantes que otras. Muchos científicos sociales han reconocido, hace ya tiempo, que la «raza», el género y la sexualidad son dimensiones estructurales de la opresión, y que las luchas políticas contra el racis-

mo, el sexismo y el heterosexismo no restan valor a las luchas de clase. A Nancy Fraser, la teórica del feminismo, debemos la siguiente reflexión sobre la política de clase y la política de identidad: «Me niego a aceptar que debamos elegir entre una u otra [...] Lo más satisfactorio desde el punto de vista filosófico sería un concepto más amplio de justicia, capaz de integrar la distribución y el reconocimiento» (Fraser, 1997b: 127, y véase también Fraser, 1995). Como defiende esta autora, cualquiera que sea el enfoque de la justicia social (marxismo liberal o teoría de la diferencia) debe incluir aspectos económicos y culturales, ya que las diferencias en este último sentido influyen en la economía y se ven influidas por ella. Así, como he sostenido en el capítulo 5, uno de los aciertos del feminismo en materia de economía ha sido descubrir la importancia fundamental de las divisiones de género para los procesos económicos. Por otra parte, la redistribución es, sin duda, un aspecto esencial del reconocimiento para todos los «distintos». Una plena participación en la vida pública requiere unos recursos económicos adecuados. En efecto, la teórica feminista Carole Pateman (1989) habla de la imposibilidad de convertirse en ciudadano de pleno derecho de un Estado moderno cuando no se dispone de dinero, y afirma que, en nuestra época, el requisito previo de la ciudadanía es tener asegurado un ingreso mínimo a través de un trabajo remunerado.

Lo personal es político

Después de todo lo dicho sobre la significación de las normas culturales (sobre el cuerpo y sobre el reconocimiento de que la violencia es parte del poder), casi no hace falta añadir que las feministas critican también otra división fundamental para la teoría liberal: la que separa la esfera pública de la privada. El lema de los años sesenta: «Lo personal es político», supuso todo un reto para la definición de lo político y para la participación en la política activa. En lo que luego se ha juzgado un movimiento precursor de la política

de la identidad, las mujeres comenzaron a organizarse desde los años sesenta alrededor de ciertos asuntos de índole «privada», como la salud, la reproducción, el cuidado de los hijos y la violencia doméstica. Problemas que nunca se han definido como políticos y que, desde luego, no aparecían en la geografía política que se practicaba en las universidades de los años sesenta y setenta. Como sostienen las geógrafas feministas, entre otras, cuando Castells habla de «consumo colectivo» (o provisión estatal de bienes y servicios urbanos) subestima la labor de las mujeres que realizan esos servicios en su casa «por amor» (recuérdense los argumentos del capítulo 3) y demuestra que esa dependencia de las mujeres que ha demostrado tener el Estado de los años ochenta, a costa de su trabajo voluntario, en casa o en la comunidad, y que permitió llevar a cabo el denominado «adelgazamiento» del Estado y la mal llamada política de «atención a la comunidad», es un fenómeno que no se ha estudiado como merece.

Sylvia Walby, en su reciente libro *Gender Transformations*, ofrece un resumen sucinto de los problemas que plantea el concepto de Castells, y el hecho de que este autor sitúe las luchas feministas en la categoría general de «nuevos movimientos sociales»:

> [Castells] no trata adecuadamente el carácter de género del llamado consumo colectivo [...] [Su] mayor error estriba en conceptualizar la producción de fuerza de trabajo como consumo. El empleo del concepto de «consumo» demuestra que no concede la categoría de trabajo a la labor que realizan las mujeres dentro de la casa, porque se trata de un término mucho más relacionado con el «ocio» que con el trabajo. Castells se equivoca [...] e ignora hasta qué punto forma parte del sistema patriarcal lo que él llama consumo colectivo, como parte del circuito del capital. Lo que le parece un paso del consumo individual al consumo colectivo dentro del capitalismo es en realidad una transformación radical de ciertos aspectos de las relaciones de género: del trabajo privado dentro de un modo de producción patriarcal al trabajo socializado,

> fuera del modo de producción patriarcal. Su incapacidad para apreciar el sentido de esa dinámica de género quiere decir que identifica incorrectamente, en términos de capitalismo, no de patriarcado, los cambios estructurales que generan los «nuevos movimientos sociales». Por otra parte, tampoco analiza el carácter sexuado de las fuerzas que operan a favor o en contra de los cambios, y su relato de la especificidad histórica de esas transformaciones es también incorrecto (Walby, 1997: 143).

Aunque no estoy de acuerdo con la separación absoluta del capitalismo y el patriarcado —el llamado enfoque de los sistemas duales—, apoyo abiertamente las conclusiones de Walby. Como he dicho en otro lugar (McDowell, 1991a), la relación del trabajo doméstico, remunerado y voluntario de las mujeres con los cambios que han experimentado en los últimos tiempos la economía y el Estado del bienestar es profundamente contradictoria. Walby nos ayuda de nuevo recordando que las luchas feministas en torno al «consumo» (también producción doméstica), que Castells considera un ejemplo de los «nuevos movimientos sociales», no son nuevas en absoluto:

> Desde los primeros tiempos del feminismo hubo intentos de socializar el trabajo doméstico de las mujeres [...] mediante campañas para la provisión pública de educación, comedores escolares, guarderías, atención sanitaria [...] [y] yo afirmo que esos esfuerzos feministas constituyeron una importante fuerza política para el desarrollo del Estado del bienestar (1997: 143).

Divisiones de género, instituciones estatales y diferencias espaciales

Sin temor a equivocarnos, podemos asociar la investigación feminista de la política y la práctica del Estado a cada una de las tres escalas espaciales: local, nacional e internacional. Se ha examinado un amplio conjunto de problemas,

desde la discriminación en la política relativa a la ciudadanía, y la consiguiente exclusión de ciertos grupos de mujeres, hasta las diferencias locales en la selección de los aspirantes a las ayudas públicas, sin olvidar las luchas de las mujeres en defensa de su identidad.

Empezaremos por las cuestiones relativas al nivel internacional, partiendo de la ya célebre obra, por méritos propios, de Cynthia Enloe, que ha escrito abundantemente sobre política internacional y relaciones de género, sin olvidar el análisis del papel de los ejércitos ni el estudio de las divisiones económicas internacionales y las relaciones de género. Tomaremos aquí varios ejemplos de su libro *Bananas, Beaches and Bases: Making Feminist Sense of International Politics* (1989). Aunque el libro trata asuntos ampliamente aceptados y bien definidos dentro de la política internacional —movimientos nacionalistas, diplomacia, expansión militar y deuda externa, por ejemplo—, la autora parte de una perspectiva feminista y poco convencional, porque sus actores internacionales son, en este caso, mujeres. La obra incluye estudios sobre el turismo sexual y los modelos de desplazamiento de género relacionados con los ejércitos, el cuerpo diplomático y el servicio doméstico, y analiza la significación del género en la producción, publicidad y consumo de ciertos bienes agrícolas e industriales, tales como los plátanos o los pantalones vaqueros. Este trabajo pionero ha servido de acicate, de unos años a esta parte, a numerosos estudios de geógrafas feministas.

Comenzaremos por una afirmación del prefacio de *Bananas, Beaches and Bases*, donde explica por qué sitúa a la mujer en el centro de la obra.

> Empecé este libro pensando en Pocahontas, y lo acabé con una reflexión sobre la vida de Carmen Miranda. Pocahontas está enterrada en el cementerio de Highgate, en Londres, y Carmen Miranda tiene en Río un museo dedicado a su memoria. No parece un comienzo muy corriente para reflexionar sobre la política internacional de nuestra época. Sin embargo, las dos me han descubierto algo de su funcionamiento.

> Pocahontas fue una india powhanta, hija de un jefe de tribu, que actuó de intermediaria entre su pueblo y los colonizadores ingleses, y que después se casó con un colono y se trasladó a Londres, como para confirmar que la empresa colonial había sido en realidad una empresa civilizadora. Nunca volvió a su antigua patria del Nuevo Mundo, porque la mató un civilizado polvillo de carbón que se le metió en los pulmones.
>
> La vida de Carmen Miranda, trescientos años después, presenta un curioso paralelismo con su precursora india. Carmen, que fue hija de un tendero brasileño, llegó a convertirse en estrella de Hollywood y símbolo de la política latinoamericana de un presidente estadounidense. Murió prematuramente de un ataque al corazón, quizá provocado por el ritmo frenético que le impuso la cultura pop americana.
>
> Ninguna responde a la idea de ese actor internacional que me enseñaron a tomar en serio cuando se quieren comprender los problemas mundiales, pero cuanto más pienso en Pocahontas y en Carmen Miranda, más me asalta la sospecha de que me he perdido toda una dimensión de la política internacional, y se me ocurre que las relaciones entre los gobiernos no dependen sólo del capital y el armamento, sino también del control de la mujer como símbolo, consumidora, trabajadora y «descanso del guerrero» [...] En este libro consideraré a las consumidoras actores políticos globales, tanto en los países industrializados como en los del Tercer Mundo. Como demuestra el turismo, las empresas y sus gobiernos aliados comercializan cosas que no deberían considerar «mercancías»: las playas tropicales, la sexualidad de las mujeres y los servicios de las azafatas (Enloe, 1989: XI-XII).

Son las mujeres que Adrienne Rich sitúa «a la cola de la política» (citado en Enloe, pág. XII), pero que ganan visibilidad a medida que las feministas ofrecen una nueva definición del concepto de «política» y defienden que el turismo y el cuidado de los hijos son tan merecedores de interés académico como los estadistas mundiales, las guerras o las corrientes financieras internacionales. Y, como sostiene Enloe, si los estudios feministas pueden descubrir que la política y

la economía internacional «dependen de conceptos artificiales de la masculinidad, nosotras podemos demostrar que ese sistema mundial, aparentemente inevitable, es más frágil y está más expuesto al cambio de lo que habíamos creído» (pág. 17).

La política mundial y el servicio doméstico

Aunque he analizado el servicio doméstico en el capítulo 3, quisiera examinar aquí expresamente el estudio que hace Cynthia Enloe del papel de las empleadas domésticas en el campo internacional. El lector recordará, por el capítulo anterior, que, a comienzos del siglo XX, el servicio doméstico dio empleo a varios millones de mujeres en las naciones industriales. No obstante, en los años cincuenta se había convertido ya en una ocupación residual. Los cambios económicos de la primera mitad del siglo brindaron a las mujeres de clase obrera la posibilidad de obtener empleos mejor pagados, en tanto que sus hermanas ricas sucumbían, al parecer, al ideal de vida de esposa y ama de casa sin remuneración. Pero, a partir de los años setenta, las mujeres de la clase media accedieron en número cada vez mayor al mercado de trabajo, y comenzaron a experimentar la doble carga que supone añadir el trabajo asalariado al trabajo doméstico, que las mujeres de la clase trabajadora nunca habían abandonado.

Las respuestas a estos cambios fueron muy variadas, tanto en el terreno colectivo como en el individual. Las mujeres influidas por el movimiento feminista se organizaron en público y en privado. En el primer caso hicieron campañas para lograr un aumento de las ayudas estatales, especialmente de las facilidades para criar a sus hijos; en el segundo, las que vivían con un hombre trataron de convencerle de que participara en las tareas de la casa y el cuidado de los niños. Otras asumieron el papel de la «supermujer» típica de los años ochenta y trataron de hacerlo todo; otras aún establecieron los tradicionales compromisos, por ejemplo, renuncian-

do a promocionarse o trabajando a tiempo parcial. A las feministas les atormentaba la idea de adoptar la antigua costumbre burguesa de pagar a otra mujer para que les limpiara la casa y cuidara de sus hijos. Emplear a otra mujer en casa parecía la negación de la pretendida hermandad dentro del género, pero los recortes del ya escaso presupuesto estatal para este tipo de ayudas durante los años ochenta y noventa no dejaron otra alternativa aceptable para muchas mujeres.

Un porcentaje significativo de las mujeres empleadas como niñeras, cocineras y limpiadoras en las naciones industriales son inmigrantes, de una antigua colonia o de un país más pobre y, por lo general, vecino. En Estados Unidos, por ejemplo, muchas empleadas domésticas proceden de México y América Central (Romero, 1992); en muchas ciudades canadienses son del Caribe (England, 1997; England y Stiell, 1997), y en otros lugares predominan las filipinas (G. Pratt, 1997). Oigamos las palabras de Enloe sobre las razones que empujan a estas mujeres pobres a emigrar para emplearse en el servicio:

> Las mujeres buscan los trabajos relacionados con el servicio doméstico fuera de su país de origen por muchas razones. Aunque en la mayoría de los casos se trata del resultado de un desarrollo distorsionado —corrupción de las elites, dependencia de inversores extranjeros abusivos, incapacidad para realizar una reforma agraria auténtica—, las emigrantes suelen hablar en términos más inmediatos. Necesitan ahorrar dinero para ayudar a unos padres sin tierras o a un marido desempleado. Son el único apoyo de sus hijos. Tienen miedo de que si no emigran, no les quede más remedio que dedicarse a la prostitución. No encuentran trabajo en el oficio que conocen. La guerra civil ha hecho imposible la vida en el país. Tienen hermanas y compañeras de colegio que ya han emigrado y les han prometido ayuda para encontrar trabajo. Son cálculos personales, pero lo cierto es que ayudan a equilibrar el comercio del país y pagan su deuda externa (1989: 184).

Las remesas de los trabajadores extranjeros constituyen uno de los primeros ingresos por exportaciones en la mayo-

ría de los países pobres; en Pakistán, cuya población (hombres y mujeres) trabaja con frecuencia en estados de Oriente Medio, India, Sri Lanka y Filipinas, por ejemplo, el dinero por remesas supuso, durante los años ochenta, del 20 al 50 por ciento de los ingresos procedentes del exterior. Los dos últimos países son los más dependientes de las remesas de la mano de obra emigrante de género femenino. La situación legal de las empleadas domésticas varía de un país industrial a otro, pero las condiciones de su trabajo suelen ser de clara explotación. En Gran Bretaña, por ejemplo, una familia que se haya trasladado temporalmente al país puede traer consigo una criada filipina, pero ella no puede tener una residencia independiente, lo que la vincula a un solo empleador. De igual modo, en Italia, una mujer que haya entrado con visado de turista, depende de un empleador privado para obtener un visado de residencia a largo plazo. En muchos países, las mujeres que sólo disponen de un visado de turista tienen empleos ilegales. En otros casos, no disponen de ningún documento; por ejemplo, en California, muchas sirvientas son trabajadoras indocumentadas que han entrado ilegalmente en Estados Unidos, y eso las hace muy vulnerables a todo tipo de explotación.

Dado que las trabajadoras domésticas son, por definición, empleadas de una casa, y suelen trabajar muchas horas, les resulta muy difícil organizarse colectivamente para mejorar su situación. Sin embargo, Enloe documenta un cierto número de iniciativas. «En los años cincuenta hubo en Toronto una Negro Citizenship Association que abrió un local, residencia y centro de reuniones, para que las mujeres caribeñas que trabajaban en el servicio doméstico pudieran intercambiar opiniones y, en caso necesario, escaparse de una casa intolerante» (Enloe, 1989: 189-90). Recientemente, se ha organizado en Los Ángeles una campaña de defensa llamada Superdoméstica, con una publicidad muy ingeniosa, que habilitó centros de asesoramiento.

Pero, como subraya Enloe, la relación entre la trabajadora doméstica y su empleador nunca es estrictamente personal, porque al «falso parentesco» del que hablan Gregson y

Lowe (1994) hay que sumar las leyes que regulan la inmigración. Durante los años ochenta, un grupo de mujeres caribeñas y filipinas formaron una coalición en Canadá para cambiar las leyes de inmigración, con el objetivo de que las trabajadoras domésticas con un visado temporal se sintieran más protegidas. En 1988, el gobierno de Corazón Aquino prohibió emplear filipinas fuera del país, pero muchas mujeres adujeron que reducía sus oportunidades de trabajo y no tenía en cuenta su necesidad de protección en el país «anfitrión». En Hong Kong, por ejemplo, se creó un grupo denominado «Filipinos unidos contra la prohibición». Poco a poco, el gobierno suavizó la prohibición total un país tras otro, empujado por su necesidad de divisas.

La situación de las filipinas continúa siendo problemática en muchos países. En Gran Bretaña, por ejemplo, se han producido ya varias condenas judiciales por crueldad y malos tratos. La feminista británica Michelle Stanworth, novelista y socióloga, utilizó uno de esos casos como base de las investigaciones de su protagonista Laura Principal, en su novela *Running for Shelter* (1995) (publicada con el seudónimo de Michelle Spring).

Como subraya Enloe:

> La relación de las trabajadoras domésticas extranjeras entre sí o con sus señores está configurada en gran parte por los debates políticos sobre la inmigración. Estos debates, tan indicativos de una sociedad con su propia identidad nacional y de lo que piensa de su puesto en el concierto internacional, suelen sacar a colación los problemas de ciudadanía relacionados con el género. Por decirlo en términos generales, desde que acabó la Segunda Guerra Mundial, muchos gobiernos han actuado como si todos los «trabajadores inmigrantes» fueran hombres. Una «familia de inmigrantes» estaba compuesta de una mujer, unos niños y un trabajador, pero ese retrato no encaja en la realidad, porque todos los países han dependido del trabajo de las inmigrantes para los hospitales, la limpieza de los edificios de oficinas, hoteles y aeropuertos, el cuidado de los niños y el manejo de las máquinas

> de coser durante los años de expansión económica de la posguerra [...] A pesar de los hechos, el retrato de la mano de obra inmigrante masculina convenció a los políticos de que las restricciones a las mujeres eran un medio de prevenir la llegada de inmigrantes varones, porque de ese modo éstos no echarían raíces. Si la mujer y los hijos del trabajador se quedaban en su país de origen, a él se le podría enviar de vuelta en cuanto se acabara su utilidad económica (1990: 190-1).

Enloe concluye su estudio de las corrientes internaciones de trabajadoras domésticas con un saludable consejo para no simplificar su geografía. No sólo las mujeres del Primer Mundo rico emplean a sus hermanas pobres: «Hay cientos de miles de mujeres de los países del Tercer Mundo que limpian la casa y cuidan los hijos de las mujeres más ricas de su país.» En China, por ejemplo, y en muchas naciones de Iberoamérica, el servicio doméstico es una ocupación tradicional de las «nativas». Se han estudiando las fascinantes geografías del empleo doméstico, sin olvidar la evaluación del éxito de las distintas campañas políticas para mejorar la vida de esas mujeres (England, 1997; England y Stiell, 1997; Pratt, 1997).

El género y los derechos en el plano nacional

Encontramos un interés paralelo al de Enloe por los problemas internacionales en el trabajo de las teóricas feministas Nira Yuval-Davis y Floya Anthias, que, juntas (1989) y por separado (Yuval-Davis, 1997), han estudiado un grupo de cuestiones relacionadas con la relación de las mujeres con el Estado-nación en distintas sociedades. Como Enloe, estas investigadoras se interesaron por los casos de exclusión e inclusión de las mujeres en los derechos de la ciudadanía, y por conocer cómo «reproducen las mujeres las naciones, biológica, cultural y simbólicamente» (Yuval-Davis, 1997: 2). Su trabajo reveló un complejo grupo de relaciones entre la

clase, el género y la etnicidad (Blunt y Rose, 1994; Moghadam, 1994; M. L. Pratt, 1992; Ware, 1992). En numerosas circunstancias históricas de las sociedades coloniales, poscoloniales e industriales, donde la inmigración es significativa, documentan aspiraciones de clase y temores racistas que establecen diferencias entre las mujeres y hacen menos seleccionables unos grupos que otros. Oigamos a Enloe:

> Puede que las británicas, las americanas, las holandesas, las francesas, las portuguesas y las españolas no hayan creado la política colonial de sus respectivos países, pero muchas estuvieron presentes en calidad de esposas de los administradores, misioneros, viajeros y antropólogos que pusieron un cordel en el cuello de las africanas, las iberoamericanas y las asiáticas [...] Sin el consentimiento de aquellas mujeres «respetables», que vieron en la colonización una oportunidad de aventura, de seguridad económica o compromiso moral, el proceso colonial habría sido aún más problemático (Enloe, 1989: 16).

Este trabajo, tan interesante como concienzudo, proporciona un gran apoyo a los recientes argumentos feministas sobre la diferencia y la diversidad, y plantea también ciertas cuestiones muy penosas sobre la responsabilidad política de algunas mujeres en la opresión de otras.

Además del análisis del Estado del bienestar, la investigación feminista más reciente se ha centrado en ciertos problemas del género y la nacionalidad en un momento como éste, de fragilidad del Estado-nación. Uno de los aspectos más claros del panorama político de los noventa es la presencia de unos movimientos sociales nacidos para contestar la autoridad y la legitimidad de los Estados nacionales y de la exclusión de ciertos grupos por razones de raza, religión, lengua o etnicidad. Esos movimientos suelen discutir la base territorial de los Estados-nación, y suelen sostenerse en alianzas sub o supranacionales; por ejemplo, los nacionalismos étnicos de centro Europa han fragmentado las antiguas naciones en grupos más pequeños, mientras que en otros casos, los nacionalismos vasco y kurdo atraviesan las fronteras del

Estado. En muchos de estos movimientos sociales, basados en lo que podríamos llamar, de un modo más o menos preciso, política de la identidad, surgen inmediatamente cuestiones relacionadas con la familia, la posición de las mujeres y las relaciones de género.

Género y bienestar social

En materia de legislación estatal y prácticas administrativas encontramos numerosos estudios del control que ejerce el Estado sobre los derechos de la mujer, especialmente en lo que podríamos llamar, en términos generales, la esfera del bienestar. Estudiosas y activistas del feminismo han reconocido siempre la importancia del Estado del bienestar, tanto en sus instituciones como en su actuación política, para la vida de las mujeres. Como observa Yuval-Davis (1997): «La lucha de las mujeres por los derechos relacionados con la reproducción ha tenido una importancia primordial desde los orígenes mismos del movimiento feminista» (1997: 22). El derecho al aborto y la contracepción, o el derecho a tener hijos, que han inspirado gran parte de los actos reivindicativos, presentan notables variaciones geográficas a lo largo de este siglo, según las ideologías nacionalistas y el poder de la religión oficial en cada país. El Estado suele valerse de la política demográfica para imponer su definición de la nacionalidad. Yuval-Davis escribe:

> Una de las preocupaciones fundamentales de ese tipo de políticas es la «reserva genética» de la nación. Los proyectos nacionalistas que ven en los orígenes y la genealogía el principio organizador de la colectividad nacional manifiestan una tendencia mayor que la de otros nacionalismos a excluir a los diferentes. Desde ese momento sólo se puede llegar a ser miembro de pleno derecho de una cierta comunidad si se ha nacido en ella. No debe sorprendernos que el control del matrimonio, de la procreación y, por tanto, de la sexualidad sea muy rígido en el proyecto nacionalista. Si, además, al concepto del

> origen genético común se añade la construcción de una «raza», el discurso nacionalista se construye en torno al pánico al mestizaje (1997: 22-3).

Recordemos, entre los ejemplos más notorios, la política demográfica y la prohibición de ciertos tipos de matrimonio en la Alemania nazi (Koontz, 1986) y la Suráfrica del *apartheid,* aunque existen también otros casos, entre los que podríamos citar las normas y las prohibiciones religiosas —por ejemplo, la identidad de los judíos se hereda por vía materna— o las leyes que regulan la ciudadanía. En la Gran Bretaña contemporánea, la ley establece la línea paterna como única posibilidad de obtener la nacionalidad plena, que concede a los inmigrantes con un abuelo británico. Yuval-Davis (1997: 27) cita el caso de un guineano que, en los años setenta, reclamó la ciudadanía británica aduciendo que su abuela africana estaba legalmente casada con su abuelo británico. Para denegárselo, el tribunal alegó que en aquel periodo no había ningún británico que hubiera contraído matrimonio legal con una mujer africana (WING, 1985). En otros casos, los controles han pretendido restringir las tasas de natalidad. La política de un solo hijo que impuso el Estado comunista chino constituye quizá el ejemplo más conocido. Por el contrario, el deseo estatal de aumentar la natalidad en las antiguas naciones comunistas se tradujo en un respeto reverencial por la maternidad y en la concesión de premios a las madres de familia numerosa. En la antigua Unión Soviética se nombraba «madres heroicas» a las mujeres que tenían diez hijos. En Francia, después de la Segunda Guerra Mundial, y en el Israel actual, se ha recurrido a los subsidios por nacimientos y a los generosos permisos por maternidad para estimular a las mujeres a formar familias más amplias (Abdo y Yuval-Davis, 1995; Ehrlich, 1987).

Para aumentar la población queda, entre otras, la alternativa de permitir la entrada de inmigrantes (DeLepervanche, 1989), pero en las llamadas sociedades estables pueden aparecer jerarquías implícitas o explícitas de preferencias en cuanto al origen, que influyen en la situación de la mujer en las

distintas partes del mundo. Tenemos un ejemplo en la política de «la Australia blanca» durante el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, que, incluso después de abolida, consolidó una implícita jerarquía étnica (Stasiulis y Yuval-Davis, 1995), como en el caso de Israel. En Gran Bretaña, la frecuente expresión de temores a las tasas de nacimiento que predominan entre las comunidades minoritarias, combinados con la retórica de la sangre, propia del discurso de los políticos de la extrema derecha (una Margaret Thatcher o un Enoch Powell), constituyen otros ejemplos de los vínculos que unen los orígenes, la natalidad y la nacionalidad, para crear una jerarquía de grupos más o menos elegibles.

Por el Estado y contra el Estado

La posición de las estudiosas feministas sobre la mujer y el Estado del bienestar ha sido casi siempre ambigua. Los primeros trabajos (véase, por ejemplo, Wilson, 1977) tienden a subrayar el papel opresor de la política de bienestar, y no sólo desde el punto de vista que acabo de exponer aquí, sino también porque la mayor parte de esas políticas presuponen la dependencia de la mujer respecto al hombre, y la relegan a las funciones de esposa y madre. A este propósito suele citarse la política de bienestar desarrollada por William Beveridge en la Inglaterra de los años cuarenta. En el Libro Blanco de 1944, que sentó los cimientos del Estado del bienestar en la posguerra, se dice que la finalidad de la mujer casada no es tanto incorporarse al mercado de trabajo como reconstruir la vida familiar.

Durante los años ochenta y noventa, los estudios feministas adoptaron una perspectiva más compleja de la relación de las desigualdades de género con la política del bienestar, cuando se hizo evidente que por muy inadecuadas que fueran las ayudas resultaban imprescindibles para ciertos grupos de mujeres —las madres solas, por ejemplo— y constituían, además, una fuente de trabajo para muchas de ellas (Fraser, 1997b; Pateman, 1989). Con la llegada, en los

años ochenta, de los gobiernos de la derecha a Gran Bretaña y Estados Unidos, y el consiguiente «adelgazamiento» del Estado, los análisis feministas se vieron obligados a defender con nuevos argumentos la importancia de mantener una política de bienestar para las mujeres, en el marco de un proyecto más amplio de igualdad con los hombres.

La política del bienestar de todas las naciones industriales se basó hasta los años ochenta en la idea de que la mujer constituía el factor clave de la vida familiar. Se trataba de lo que se ha llamado el antiguo «orden de género» (McDowell, 1991a; Fraser, 1994), que comenzó a derrumbarse hace ya veinte años. Como he dicho en el capítulo 4, la creciente incorporación de las mujeres al trabajo remunerado en muchos países cambió su situación dentro de la familia y puso en tela de juicio las antiguas ideas patriarcales. Añadamos la inmigración a gran escala desde el campo a la ciudad y a las naciones de «Occidente», y el aumento del racismo y de la hostilidad de los mejor situados contra la política redistributiva —aunque esto último se alteró radicalmente con la llegada de un demócrata a la presidencia de los Estados Unidos y con el triunfo electoral de un gobierno laborista en Gran Bretaña—, y tendremos que las ideas sociales que sostienen las instituciones del bienestar han perdido fuerza, cuando no han sido barridas por completo.

Nancy Fraser afirma que el antiguo orden de género se basa en un sistema ideal de salario familiar (el hombre mantiene a la familia con el producto de su trabajo remunerado), inscrito en la estructura de la mayor parte de los Estados de la época industrial. Los Estados del bienestar tienen, según la autora,

> tres niveles, de los que el primero corresponde a los programas de seguridad social. Diseñados para proteger a la población de los avatares del mercado de trabajo (y para proteger la economía de las ausencias de demanda), esos programas venían a sustituir al salario en los casos de enfermedad, invalidez, vejez o desempleo. Muchos países cuentan también con un segundo nivel de programas, para proporcionar apoyo directo a la maternidad o a la

> ocupación de la mujer, a tiempo completo, en las labores domésticas. El tercer nivel cubre la parte «residual», y viene, sobre todo, a sustituir a la antigua caridad que se dispensaba a los pobres, mediante programas de asistencia que proporcionan ayudas tan miserables como estigmatizantes a las personas necesitadas que no pueden reivindicar una ayuda más digna porque no encajan en el marco del salario familiar (Fraser, 1997b: 41-2).

En el capitalismo postindustrial, sin embargo, el sistema del salario familiar ha cambiado tanto como la propia familia y la estructura de las relaciones de género. El trabajo no formalizado, temporal y a tiempo parcial ya no sirve de base a las ayudas familiares como, en otro tiempo, sirvió el trabajo de un obrero industrial, y la situación de la mujer en el mercado de trabajo y en la familia ha experimentado cambios muy profundos (McDowell, 1991a). Las familias, por su parte, también han variado (Stacey, 1990).

Por todas estas razones, según la opinión de Fraser, las feministas deben emprender «una revisión sistemática del Estado del bienestar» (1997b: 42). La autora pide que piensen seriamente en el principio de la igualdad de género que debería estar detrás de todos los órdenes de género de la época postindustrial que en este momento se están formando en diferentes Estados-nación, y en las instituciones del bienestar que podrían facilitar una mayor igualdad. Por fortuna para nosotras, también se dedica a deconstruir dos respuestas feministas a su petición, y a brindar una tercera visión de futuro alternativa, aunque, a mi parecer (como intentaré demostrar más adelante), demasiado optimista.

Fraser sostiene que, aquí y ahora, podemos distinguir dos conceptos alternativos de la futura asistencia estatal en lo que podríamos considerar, con más o menos precisión, literatura y práctica feminista de las democracias sociales de nuestra época, a los que llama modelo del *mantenedor universal de la familia*, y modelo de la *paridad de las personas que se dedican al cuidado de la familia*. Según la autora, el primero es inherente a la actuación política de la mayoría de las feministas y los liberales estadounidenses, y yo añadiría

que forma también la base de las primeras actuaciones del gobierno laborista británico elegido en 1997. En este modelo se busca la equiparación de los géneros fomentando el empleo femenino a través de ciertos servicios, por ejemplo, con la creación de guarderías. En el segundo modelo, menos frecuente en Gran Bretaña que en otros países europeos, la mejora de la situación de las mujeres y la equiparación de los géneros se busca a través de políticas que igualan la importancia del trabajo informal dedicado al cuidado de personas y cosas con el trabajo asalariado. El principal instrumento político es el subsidio financiero a los encargados del cuidado familiar. Estos modelos alternativos se basan en la distinción igualdad/diferencia que he comentado arriba.

Aunque los dos modelos cuentan con sus partidarios, sus efectos y sus costes difieren sensiblemente. El modelo del mantenedor universal de la familia será imposible mientras existan unas desigualdades tan profundas en materia de salarios, y las ayudas alternativas al trabajo individual de la mujer resultarían muy costosas. De modo semejante, a menos que cambie la distribución de las responsabilidades domésticas, éstas continuarán siendo un «gueto» femenino y será difícil conseguir que se valoren como requiere el modelo de la paridad. Fraser propone un compromiso o tercera alternativa que llama modelo del *cuidador universal*, con el objetivo de combinar lo mejor de los anteriores y permitir que tanto el hombre como la mujer se sientan estimulados a realizar un trabajo primario de cuidados familiares en diferentes momentos de sus carreras profesionales. Se pretende «inducir a los hombres a que hagan cosas que ya hacen las mujeres» (Fraser, 1997b: 60). Se alcanzaría una igualdad mayor con mecanismos que «convirtieran ciertos modelos de vida comunes entre las mujeres en norma para todos» (pág. 61). Esto podría incluir una semana laboral más corta que la que se realiza en los trabajos a tiempo completo, y una provisión de servicios y ayudas que no sólo vendría de la familia, sino también del Estado y de las organizaciones no gubernamentales, para lo cual habría que estimular la colaboración de todos los hombres (no sólo los que tengan personas a su cargo) mediante incentivos.

Se trata de eliminar la codificación de género que tienen el trabajo asalariado y el cuidado de la familia. Como dice Fraser: «Esto podría subvertir la división del trabajo según los géneros y, al mismo tiempo, disminuir la importancia del género como principio estructurador de la organización social. En el peor de los casos, puede deconstruir el género» (pág. 61). No deja de ser interesante descubrir aquí una mayor coincidencia con los argumentos feministas que tratan de la política de la cultura y de la política del cuerpo que con los argumentos relativos a la seguridad social.

Por decirlo claramente, en el clima político actual, la pretensión de Fraser es utópica, porque no sólo se necesitaría una reestructuración socioeconómica a gran escala y un mayor control de las empresas privadas, muchas de las cuales operan en un plano mundial, sino también unos impuestos progresivos que gravaran las rentas, con el fin de ampliar las provisiones de bienestar. Pero, en este final del siglo XX, cuando la mayoría de las naciones industriales están a punto de recortar sus presupuestos de bienestar y se empieza a considerar la posibilidad de aplicar ciertos programas que obliguen a los individuos a abandonar su dependencia de las ayudas e incorporarse al mercado de trabajo, la perspectiva de esa reestructuración progresista parece muy lejana.

Fraser, en cambio, se muestra convencida de que las feministas deben aprovechar su capacidad de formular concepciones utópicas de la igualdad entre los géneros, adecuadas a un orden de género postindustrial, especialmente en este clima de pensamiento provisional que atenaza a la época moderna. Por eso resulta tan estimulante su obra, porque tiene algo de aquellas reivindicaciones socialfeministas de los primeros análisis de la segunda fase del feminismo, a finales de los años sesenta, cuando el clima político parecía mucho más esperanzador. En efecto, el feminismo debe seguir distinguiéndose de otras variantes del pensamiento por su capacidad para reconocer el deseo de cambiar las relaciones tradicionales entre los individuos y los grupos sociales en una dirección mucho más progresista.

La provisión de bienestar y las variaciones espaciales

A pesar de la unánime aceptación del sistema de salario familiar, que, durante la posguerra, configuró la reforma del bienestar social en todas las naciones capitalistas industrializadas, siempre han existido variaciones muy significativas dentro del mismo Estado o entre Estados distintos, como revela el modelo dual de Fraser. No es ella la única que ha imaginado modelos de provisión de bienestar; por eso sería interesante comparar sus ideas con el trabajo de Gosta Esping-Andersen (1990). Aunque no se trata de un modelo expresamente feminista, lo cierto es que se basa en la significación de los valores familiares y religiosos para distinguir lo que el autor denomina regímenes de bienestar. Describe las diferencias más significativas entre las políticas de bienestar de distintos países, teniendo en cuenta el papel de la religión, el tamaño y el grado de centralización del país, la importancia de la clase media y de las organizaciones de trabajadores y la influencia de instituciones socialmente conservadoras, como la Iglesia.

Esping-Andersen identifica tres regímenes. El primero de ellos es el Estado del bienestar «liberal», que depende de estrictos criterios de selección (comprueba los recursos económicos de los solicitantes de la ayuda) de su clientela de renta baja, y estimula la provisión de mercado. En este caso el bienestar es ni más ni menos que una red de seguridad. Estados Unidos, Canadá, Australia y, cada vez más, Gran Bretaña entran en esta categoría. El segundo consiste en un «régimen estatista-corporativista actualizado», en el que la ayuda estatal complementa los recursos familiares. En este caso la mujer aparece definida como elemento dependiente, y se la empuja a la maternidad con subsidios familiares, aunque no suelen facilitarse servicios de guardería. Este modelo es común a países con ciertas obediencias religiosas, tales como Austria, Francia e Italia. El tercer régimen es el modelo socialdemócrata, que proporciona unos servicios univer-

sales de alta calidad. La finalidad es socializar los costes que supone criar a los hijos y proporcionar lo necesario a los individuos dependientes. Desaparece aquí la diferencia entre asistencia pública y trabajo, y la mujer encuentra estímulos para trabajar. Naturalmente, se trata de un modelo que depende del pleno empleo para financiar los enormes costes de los servicios públicos. Suecia fue el Estado que más se acercó a esta situación durante los años setenta, pero desde entonces se ha ido apartando del compromiso pleno con una provisión universal e independiente del mercado.

Aunque estos modelos no encajan exactamente en el tripartito de Fraser —en parte, porque su tercera opción no es más que una propuesta optimista de futuro—, el segundo régimen de Esping-Andersen presenta aspectos comunes con el modelo de la paridad entre las personas que cuidan de la familia, y su régimen socialdemócrata se asemeja a un mantenedor universal de la familia, de corte ideal. Hay también un interesante paralelismo con la distinción que establece Walby entre los regímenes patriarcales públicos y privados, ya que el modelo basado en las personas que cuidan de la familia subraya la importancia de esa labor.

No obstante, hasta ahora las geógrafas han estudiado con más detalle las variaciones espaciales dentro de un mismo Estado-nación. La mayor parte de los trabajos se ha centrado en los problemas relacionados con la situación de las ayudas y su accesibilidad desde distintas zonas; esta última se ha calculado desarrollando complejos métodos de medición, en los que se cuentan tanto la distancia geográfica como con la social.

Por ejemplo, en un interesante estudio de la asistencia pública a los ancianos en Estados Unidos, Glenda Laws examina las implicaciones de la edad con las relaciones de género y la movilidad espacial, para llegar a la conclusión de que la política estatal institucionaliza una serie de restricciones a la movilidad del ciudadano. Como ella misma dice:

> Al contrario que otras formas de *apartheid* social, la marginación relacionada con la edad se reconoce oficial-

mente (regulada por las leyes), tanto en Estados Unidos como en otras muchas partes del mundo. Los niños no pueden asistir al colegio hasta una cierta edad. Los jóvenes no pueden entrar en los bares hasta que alcanzan la edad que determina la legislación correspondiente. Para obtener un carné de conducir, el aspirante debe tener la edad mínima establecida. Los criterios para acceder a ciertos tipos de vivienda se basan también en la edad. Mientras que condenamos las discriminaciones basadas en un amplio conjunto de características, la que determina la edad está protegida por estatus legales aprobados por el Estado, que son tanto la causa como el efecto de la actitud social hacia los individuos de distintas edades. Y esos estatus restringen la posibilidad de realizar determinados desplazamientos, como en el caso del carné de conducir, y determinadas actuaciones (Laws, 1997: 47).

Conviene admitir, sin embargo, que tales restricciones suelen imponerse para proteger al individuo y a la comunidad.

A Laws le interesa conocer cómo se relacionan la edad, el cuerpo sexuado y la apariencia física, la pérdida de vista y de movilidad, el género y las rentas con una asistencia pública que tiene un concepto concreto de lo que es un «ciudadano» y lo que es una familia «normal», para producir modelos de movilidad espacial, según el género, a lo largo de la vida de una persona. Doreen Massey (1998) ha llegado a una conclusión parecida a través de un estudio de casos sobre el aumento de las restricciones espaciales en la vida cotidiana de sus padres, que viven en la periferia de Manchester.

Comunidades imaginadas e imágenes sexuadas de la nación

Hasta este momento he considerado el aspecto material de la construcción y uso de las discriminaciones de género por parte de las instituciones del Estado. A partir de ahora, me gustaría realizar un breve análisis de las representaciones

y los símbolos sexuados del Estado nacional, y de las imágenes que proyectan de lo femenino y lo masculino. Así pues, trasladaremos el enfoque desde las actuaciones materiales del Estado, con su trato diferente a hombres y mujeres, hasta el lenguaje y la imaginería, perfectamente sexuados, que construyen una versión determinada del nacionalismo y de la identidad nacional. Naturalmente, la separación no es tan tajante como yo la planteo aquí; ya hemos tenido oportunidad de comprobar que las ideas sobre la feminidad y la masculinidad intervienen, por ejemplo, en el trato que reciben las trabajadoras inmigrantes.

En su libro *Imagined Communities*, aparecido en 1983, que ha ejercido un influjo significativo en la comunidad geográfica, Benedict Anderson afirma que el Estado-nación moderno es «"una comunidad política imaginada", ya que, por muy pequeña que sea una nación, sus miembros nunca cónocen a la mayoría de sus conciudadanos, ni los han visto ni han oído hablar de ellos, lo que no impide que tengan en la cabeza la imagen de su comunión» (1991: 6). Lo que ha hecho posible esa comunión es el cambio tecnológico, especialmente la invención de la imprenta, que brindó a la mayoría de la población la posibilidad de leer los textos y los mapas que construían la nación imaginada. Según Anderson, toda nación está *limitada*, pues sus fronteras son finitas y elásticas (ni siquiera el más expansionista de los Estados podría abarcar el mundo); es *soberana* (el concepto procede de los tiempos en que la Ilustración y la revolución abolieron la idea del mandato divino de los reyes); y forma una *comunidad*, porque «sean cual sean las desigualdades que contenga, la nación se estructura siempre como una fraternidad profunda y horizontal» (pág. 7). En resumen, se trata de una construcción cultural, elaborada a partir de los mapas, las banderas, los edificios y monumentos, las costumbres comunes, el deporte y la retórica política, con la finalidad de comprometer a sus ciudadanos en un proyecto común.

Aunque Anderson nos revela muchas facetas de la construcción y el mantenimiento de esa comunidad imaginada, capaz incluso de demandar sacrificios supremos a su pueblo,

ignora el género en su análisis. La propia expresión «fraternidad horizontal», aunque teóricamente neutral en materia de género, está connotada de solidaridad masculina. Pretendo remediar el error de Anderson al excluir la imaginería y las relaciones sociales de género, pero antes quiero hacer hincapié en las imágenes y los lenguajes de clase y etnia que también forman parte de la construcción social de la identidad nacional, actuando también como estructuras simbólicas de género, para incluir unos grupos y excluir otros. Así, como han mostrado muchos análisis de gran agudeza sobre el Estado colonial y poscolonial (Bhabha, 1990, 1994; Said, 1978; Spivak, 1987, 1988; R. Young 1995), las representaciones y las imágenes de la nación son fluidas, y se hacen y se deshacen según las circunstancias históricas.

Veamos ahora dos ejemplos. En primer lugar, el de la nacionalidad y el nacionalismo entre las irlandesas, tanto si viven en Irlanda como si viven en Gran Bretaña, a partir de la obra de Bronwen Walter (1995), Catherine Nash (1993) y Nuala Johnson (1995), y, en segundo lugar, y con mayor brevedad, el de las identidades nacionales en Iberoamérica, a través del trabajo de Sarah Radcliffe y Sallie Westwood (1996).

Los trabajos sobre la etnicidad y la identidad en el Reino Unido suelen ignorar a los emigrantes blancos. Ya hemos conocido las palabras de Gilroy (1987): «No existe el negro en la Union Jack.» Pero la construcción social de una identidad británica hecha a la medida del «hombre de clase media, blanco, protestante anglicano y nacido en los condados que rodean Londres» (Walter, 1995: 35) también excluye y «racializa» a los «otros», incluyendo a los irlandeses. Por otra parte, como dice el propio Walter, la nacionalidad se entrecruza con el género, de tal modo que «no es sólo que las representaciones de lo irlandés o lo británico sean sexuadas, sino que la propia experiencia material de ser hombre o mujer en Irlanda, o irlandés e irlandesa en la comunidad británica, varía sensiblemente» (pág. 35). En la construcción de las identidades étnicas y las diferencias materiales dentro de cada grupo y entre grupos distintos también cuenta el espa-

cio. La etnicidad no es una característica social invariable, sino fluida y dependiente del contexto. Como apunta Stuart Hall: «Lejos de quedar fijadas para siempre en las esencias del pasado, las identidades étnicas se hallan sometidas al continuo "juego" de la historia, la cultura y el poder» (1990: 225). Muchos irlandeses resultan «invisibles» dentro de Gran Bretaña, en primer lugar, porque las estadísticas oficiales no aclaran su número en el censo, y, en segundo lugar, porque su condición de blancos no los ayuda a distinguirse automáticamente de la mayor parte de la población británica. Esa invisibilidad se refuerza por el hecho de que los irlandeses constituyen en Gran Bretaña una «población sospechosa», que la opinión pública identifica con los actos terroristas; por eso se encuentran muchos ciudadanos de origen irlandés que prefieren pasar inadvertidos.

La identidad irlandesa se halla irremediablemente unida a la religión, y las dos etnicidades religiosas —catolicismo y protestantismo— se construyen y se mantienen gracias a los mitos, relatos, poemas y acontecimientos que exaltan el pasado y el futuro de la comunidad. En ambos casos, la masculinidad forma parte integrante de esa construcción de la identidad nacional, porque está asociada con la guerra y la muerte. Las mujeres aparecen pocas veces en su calidad de individuos; las estatuas y los nombres de los monumentos conmemorativos son casi siempre de hombres. Y no es que ellas queden fuera del discurso nacionalista, pero

> Pertenecen al mundo de la metáfora, no al de la participación activa, [y a] formas de representación que confirman su falta de autoridad. El tropo de la familia aparece continuamente en la figuración de los relatos nacionales: el hogar nacional, la patria, la madre patria, los hijos y las hijas de la nación. Una imaginería que da carta de naturaleza a la jerarquía social dentro de una aparente unidad de intereses, y con una incuestionable formación de género (Walter, 1995: 37).

Como hemos tenido oportunidad de ver antes, la asociación de las mujeres con la familia y el hogar se hace también

patente en la casa particular y la planificación urbana. En el caso de la nación irlandesa, la representación simbólica en la figura de una mujer es especialmente intensa; así, «la madre Irlanda», imagen al mismo tiempo protectora y sufriente, representa un poderoso símbolo contra el imperialismo británico. Sin embargo, las representaciones públicas de figuras femeninas se consideran a veces transgresoras y altamente desestabilizadoras (Loftus, 1990) y, como ya hemos dicho en estas páginas, la asociación de la mujer con la calle tiene a menudo una lectura inmoral.

En un interesante estudio de las estatuas y los monumentos de la Irlanda contemporánea, Nuala Johnson (1995) extrajo la misma conclusión. La autora descubrió que las figuras míticas y literarias de mujer eran mucho más numerosas que las correspondientes a personajes «reales» de la vida política y cultural. En Dublín, por ejemplo, se erigió la estatua de un personaje del *Finnegan' Wake* de James Joyce, Anna Livia Plurabella, para simbolizar la ciudad y el río. Johnson describe así la recepción por parte del público: «Desde su inauguración, la rebautizaron varias veces —"la puta de la jacuzzi", "la tía del fregadero", "la fregona de la pila"—, una estrategia de los dublineses para rebajar las pretensiones artísticas del monumento» (1995: 57), pero también una estrategia que, para Johnson, citando a A. D. Smith (1991: 11), revela «"un cambio en el rol del hombre, que pasa del esclavo al amo" en un contexto poscolonial». La figura femenina de Plurabella «recuerda los estereotipos de género sobre la mujer en los espacios públicos: la prostituta, la tentadora, el agente contaminador, y queda reducida a proporciones virtualmente anoréxicas cuando se baña en las aguas de la ciudad» (Johnson, 1995: 58). John, como Walter, subraya lo siguiente:

> Aunque las figuras alegóricas de la mujer como madre patria y protectora de la esfera privada del hogar y la familia son bien acogidas por el discurso nacionalista, el papel de la mujer en el espacio urbano, como nos recuerdan los motes de Anna Livia Plurabella, se reduce a la

> prostituta o a la seductora que deambula por las calle ocupadas por los hombres (pág. 58).

Las estatuas femeninas son representaciones concretas de las dicotomías de género que hemos encontrado en los capítulos anteriores.

En su libro sobre el nacionalismo irlandés, Catherine Nash (1993) reúne casi todos los temas que aparecen en los capítulos de este libro, a propósito de la obra de la artista irlandesa Kathy Prendergast. Después de un detallado repaso a su pintura, Nash concluye que las imágenes del nacionalismo de Prendergast reproducen el cuerpo femenino, pero evitan tanto el esencialismo de ciertos trabajos feministas, que asocian a la mujer, orgánica e intuitiva, con la naturaleza, como el de la cercanía al mundo natural de lo nativo o lo racial, tan abundante en algunos estudios poscoloniales de la identidad, el lugar y el paisaje.

Uno de los temas recurrentes de la identidad étnica irlandesa es la oposición al poder imperial y colonial. Como es natural, se trata de un tema que contribuye a cohesionar a las naciones poscoloniales; por eso ha dado pie a numerosos estudios de la representación artística de la identidad y del texto y el paisaje en las naciones emergentes. Sarah Radcliffe y Sallie Westwood (1994, 1996) han comenzado a desentrañar la larga y compleja historia del surgimiento de las naciones iberoamericanas, con sus características especiales en cada caso. «A causa de lo temprano de su colonización y su independencia, los países latinoamericanos poseen una historia poscolonial muy larga, y sus proyectos nacionales presentan grandes diferencias de tiempo y contexto cuando se comparan con Europa, Asia o África» (1996: 10). A través de la conquista, el colonialismo y los contratos de aprendizaje se sintetizó una abigarrada mezcla de pueblos en una sola nación, en un pueblo único, a medida que aparecían los movimientos independentistas de los siglos XIX y XX.

La imprenta del sistema capitalista, como dice Anderson, tuvo su lugar desde el principio en esos movimientos, hasta que la sustituyeron los medios populares (cine, radio y

televisión), que fueron también canales de propaganda oficial; no faltaron tampoco los relatos orales. Las banderas y otros símbolos incorporaron la figura femenina, y los trajes típicos, diferenciados por el género, los calendarios nacionales, las fiestas y los festivales proporcionaron a la nación imágenes de gran fuerza. Como afirman Radcliffe y Westwood en su trabajo: «Los discursos sobre la nacionalidad establecen vínculos muy estrechos entre los hombres, las mujeres y la nación, a través de imágenes fuertemente connotadas de características de género; sin embargo, y al mismo tiempo, esos lazos se rompen a causa de la enorme complejidad de las relaciones entre los sexos» (1996: 134).

Puesto que uno de los signos más importantes de las nuevas naciones es el dinero —las monedas y los billetes del nuevo régimen—, las alegorías femeninas constituyen la imagen más extendida de la nación (Hewitt, 1994). Las mujeres pueden aparecer en las monedas o en los billetes de banco, bien como símbolos y alegorías, bien como retratos más realistas. Entre los símbolos destacan: la belleza, la virtud, la libertad, la plenitud y la justicia. La feminidad representa tanto la imparcialidad de la justicia como la cultura —lo femenino por encima de las luchas mundanas que ocupan a los hombres mortales—, la naturaleza y la fertilidad. En los billetes de las antiguas colonias, la diferencia entre naturaleza y cultura se encuentra a menudo en la misma imagen. Las mujeres «nativas» aparecen sin ropa, junto a sus hermanas vestidas y «civilizadas» de Occidente. Se trata de una imagen muy corriente, por ejemplo, en las colonias francesas. La figura de una «doncella nativa de piel oscura», rodeada de frutas tropicales y de una vegetación abundante, que, si no está desnuda, lleva una vestimenta exótica, constituye la representación clásica de la «alteridad» oriental o colonial (Said ,1978; Spivak, 1987) y puede despertar el deseo, el temor o la culpa por la explotación imperialista.

Una de las paradojas de esas alegorías o representaciones femeninas —estatuas, frisos, rostros o figuras en las ban-

deras o los billetes de banco— estriba en que la mayor parte de las veces no guardan la menor relación con la posición de la mujer en esas sociedades y en esa época. Como afirma Marina Warner en su análisis histórico de las mujeres como *Monuments and Maidens:*

> La justicia no habla como una mujer. Ni hablaba como las mujeres en los autos sacramentales de la Edad Media ni se representa con figura femenina en el Ayuntamiento de Nueva York o en el Old Bailey de Londres porque se crea que las mujeres son más justas o más capaces de administrar justicia. Tampoco la libertad tiene cuerpo de mujer en la colosal estatua neoyorquina o en la omnipresente Marianne de la República Francesa, porque las mujeres sean o hayan sido libres. Por el contrario, en el siglo XIX, el momento de mayor furor de estas imágenes, la situación era exactamente la contraria [...] A menudo, la expresión de la diferencia entre el orden simbólico, habitado por figuras ideales y alegóricas, y el orden real, el que habitan los jueces, los estadistas, los soldados, los filósofos y los inventores, descansa en *la imposibilidad de que las mujeres practiquen los conceptos que representan* (1985: XIX-XX, la cursiva es mía).

Pero, como han documentado Warner (1985), Nash (1993) y G. Rose (1993), y he analizado yo misma en el capítulo 1:

> El cuerpo es aún el mapa en el que representamos nuestros significados; es la reina de las metáforas cuando se trata de vernos y representarnos; y en la profusa imaginería contemporánea, desde la fotografía que recoge una noticia a la pornografía, pasando por la publicidad o las revistas de fans, el cuerpo de la mujer es el que aparece con mayor frecuencia. El hombre se representa siempre a sí mismo, al individuo, pero la mujer atestigua la identidad y el valor de algo o alguien más (Warner, 1985: 331).

Y, como hemos visto aquí, ese «algo más» suele ser un sentido de la identidad nacional que se desea y se conquista.

En este capítulo nos hemos trasladado a una escala distinta del espacio —el Estado-nación—, al objeto de examinar algunas relaciones entre el género y la nacionalidad, tanto en las actuaciones del Estado-nación como en sus representaciones y en los símbolos de su identidad. Hemos visto que las mujeres y los hombres, como individuos o como miembros de un grupo social, reciben tratos distintos, y que los símbolos y las ideologías de género forman parte de la construcción social de la nacionalidad y el nacionalismo. El capítulo ha versado también sobre un conjunto de teorías sociales, de la política a la cultura, del individualismo liberal a las teorías posmodernas de la justicia. Hace ya algunos años que la geografía se ha hecho más «consciente de los aspectos teóricos» de lo que lo fue en otros tiempos; por eso se han acercado entre sí la geografía humana, la sociología económica, la política y los estudios culturales. La relación no ha ido por un solo camino. Los conceptos fundamentales de nuestra disciplina —espacio y lugar, conexión y distancia, emigración y mundialización— se han convertido en enfoques de gran importancia para la investigación y la teoría de otras ciencias sociales.

El hilo argumental de éste y otros capítulos han sido las dicotomías y su deconstrucción: entre hombres y mujeres, masculinidad y feminidad, individuos y símbolos, corporeidad e incorporeidad, público y privado, y la correspondiente asociación de los hombres con el primer atributo de estos pares de términos. Hemos visto que esas dicotomías tomaban carta de naturaleza e influían en los ideales de la política y el Estado-nación, pero también que la naturalización se puso después a prueba ante el descubrimiento de la complejidad y la diversidad de la construcción social del género y las relaciones sociales entre géneros distintos o entre los individuos de un mismo género.

Como demuestra la extensión del capítulo, el Estado-nación es un escenario fascinante para la investigación geográ-

fica. A finales del siglo XX, esta formación social característica de la época moderna debe hacer frente a los grandes retos que le plantean fuerzas políticas y socioeconómicas que funcionan y se interrelacionan de un modo muy complejo en el plano sub y supranacional. Los efectos sobre las relaciones de género son tan complejos como variados. En demasiadas ocasiones parece que la disolución de los antiguos Estados y la creación de naciones nuevas ha tenido un efecto negativo para las mujeres, porque el relato nacional de los países emergentes tiende a nutrirse de épocas pasadas, probablemente míticas, que refuerzan las tradiciones del macho dominante. Cuando esas tendencias se intensifican por la presencia de una religión estatal, la situación de la mujer se hace particularmente crítica. No obstante, resulta difícil generalizar en los casos de tendencias supranacionales. En el caso europeo, parece que la ampliación de la Unión Europea y la paulatina introducción del programa de la Carta Social del Tratado de Maastricht contribuirán a extender los derechos civiles de las mujeres y la igualdad formal que habían adquirido en distintos momentos de nuestro siglo mediante las campañas sufragistas. No obstante, quedan demasiados lugares en el mundo en los que se niega aún a las mujeres la práctica política y los derechos civiles, lo que demuestra la necesidad de una lucha constante, si pretendemos extender los derechos y los privilegios de la ciudadanía tanto a los hombres como a las mujeres.

Otras lecturas

Nira Yuval-Davis es una autora fundamental para el conocimiento de los análisis feministas del Estado. A ella se debe la edición de *Women-Nation-State* (1989), junto a Floya Anthias, y, más recientemente, la redacción de *Gender and Nation* (1997). Nadie ha superado, según mi opinión, ni en claridad ni en lucidez, el análisis que hace Anne Phillips de la teoría política feminista. La introducción a la recopilación que ha editado ella misma, *Feminism and Equality* (1987),

brinda una exposición muy clara del debate sobre los derechos en el seno del feminismo, seguida de una interesante colección de ensayos cortos, debidos a la pluma de conocidas autoras, entre las que se encuentra Carole Pateman, cuya obra en esta materia merece un tratamiento en detalle. Véase su recopilación, *The Disorder of Woman* (1989), y la no por compleja menos fascinante, *The Sexual Contract* (1988). Phillips también ha editado en colaboración una interesante colección de ensayos, *Destabilizing Theory* (Barrett y Phillips, 1992), que no sólo incluye artículos sobre la teoría política feminista, sino que trata también las identidades lesbianas, el poder, los cuerpos y la pintura feminista.

Justice and the Politics of Difference (1990), de Iris Marion Young, es una obra importante para comprender las consecuencias de la definición posmoderna de justicia social, a la que el nuevo libro de Nancy Fraser, *Justice Interruptus: Critical Reflections on the «Postsocialist» Condition* (1997), ofrece una respuesta y una concepción alternativa. Zillah Eisenstein enseña en *The Colour of Gender* (1994) a dar una nueva conceptualización al lenguaje de los derechos democráticos universales, para incluir a las mujeres de color. Todas estas obras merecen una lectura.

Para los interesados en Iberoamérica aconsejo el libro de Sarah Radcliffe y Sallie Westwood (1996) que he mencionado en estas páginas y el artículo de Sarah Radcliffe (1996) sobre el Ecuador. El ensayo de Jo Sharp en *Body Space* (Duncan, 1996b) es un práctico resumen de argumentos sobre el género y el nacionalismo, ilustrado con ejemplos de la Europa del Este. *Imperial Leather* (1994), de Anne McClintock, mencionado en el capítulo 2, merece también la pena, porque se ocupa de la identidad nacional en las sociedades coloniales y poscoloniales. *Edge of Empire* (1995), de Jane Jacob, constituye un excelente estudio de la influencia de las ideologías imperiales y coloniales en la construcción y el significado del entorno arquitectónico en la metrópoli, esto es, en Londres. El número 2 de *Gender, Place and Culture* incluye varios artículos interesantes sobre la identidad nacional y la utilización del espacio, y el número especial de *Fe-*

minist Review (núm. 44, 1993) sobre «Nacionalismos e identidades nacionales» incluye el trabajo de Nash que hemos visto aquí, además de otros muchos artículos excelentes. Existe una interesante literatura feminista sobre Irlanda. Además de los artículos mencionados en el capítulo, véase el análisis histórico de la masculinidad que hace Catherine Nash (1996a) y el estudio de las mujeres que han intervenido en las luchas de Irlanda del Norte, debido a Loraine Dowler (1998). Sobre la guerra hay también varios estudios feministas; véanse como ejemplos los libros de Cynthia Enloe (1983, 1993), Barbara Ehrenreich (1997), Jean Elshtain (1987) y Tamar Mayer (1994). Y para ampliar ideas sobre las enseñanzas de la geopolítica desde una perspectiva feminista, véase el reciente análisis de Heidi Nast (1998) de los vínculos entre geopolítica y heterosexualidad. Finalmente, se puede encontrar una selección de algunos de los artículos mencionados en este capítulo en *Space, Gender, Knowledge* (McDowell y Sharp, 1997).

8
Desplazamientos

Introducción

En este penúltimo capítulo, que es en realidad el último argumentativo, quisiera abordar específicamente el movimiento y el viaje. Aunque ya he comentado en anteriores capítulos algunas consecuencias de la emigración, tanto dentro de un mismo país como de una nación a otra, y el fenómeno de los movimientos poscoloniales y postimperiales, hasta ahora no me había ocupado del viaje como tal. Según la opinión de los comentaristas, el viaje es un concepto clave y una de las metáforas más frecuentes de la literatura influida por las ideas posmodernas (véanse, por ejemplo, Clifford, 1997, y Kaplan, 1996). El viaje y la emigración, el movimiento geográfico de un lado a otro, han constituido una parte importante de nuestra disciplina desde sus orígenes. Los geógrafos han realizado numerosos estudios sobre los factores que «empujan» y «atraen» a las personas, forzándolas a emigrar, y han analizado los resultados de sus movimientos, tanto para ellos mismos como para la población «receptora». En la geografía urbana, los estudios de los efectos de la emigración sobre el centro de las ciudades cuentan con una larga tradición.

En efecto, las causas y las consecuencias de la emigración y sus efectos para la comunidad donante y la comuni-

dad receptora se han documentado relativamente bien; sin embargo, el viaje en sí no fue capaz de despertar tanto interés hasta tiempos muy recientes. La excepción podrían ser los estudios sobre los viajeros, los gitanos y los pueblos nómadas, pero aún en esos casos la literatura geográfica no es muy abundante (Sibley, 1981). Por otra parte, se tiende a analizar el viaje, la emigración y el movimiento como fenómenos excepcionales y temporales, en especial cuando se trata de pueblos sedentarios, pero en este final del siglo XX no faltan lugares —Ruanda y Burundi, Bosnia-Herzegovina y Serbia, por ejemplo— en los que la inseguridad, la desestabilización y el movimiento forzoso parecen ingredientes mucho más «normales» de la vida que la estabilidad y la permanencia.

Con todo, no debemos exagerar la novedad del volumen de los desplazamientos cuando está acabando el milenio, porque desde finales del siglo XIX y principios del nuestro, varios millones de personas abandonaron Europa oriental y occidental para instalarse en Norteamérica; en el periodo de entreguerras y en las dos posguerras mundiales, la tragedia del holocausto supuso el traslado forzoso de centenares de miles de judíos, gitanos y homosexuales a los campos de la muerte, o la huida de otros muchos a distintas zonas de Europa, Norteamérica e Israel, y también el *apartheid* produjo el traslado de millones de negros y su reasentamiento en los llamados *homelands* de Suráfrica, o la emigración de varios millones de hombres a los campos de minas y a los albergues urbanos temporales o definitivos.

Una de las consecuencias más interesantes de la globalización y el movimiento de las personas por el mundo (tanto por el placer de viajar como empujadas por las hambrunas y las enfermedades, la guerra y las persecuciones o por el deseo de conocer las últimas fronteras de la exploración, al menos en nuestro planeta) para la investigación académica ha sido el surgimiento en las ciencias sociales de un nuevo enfoque analítico sobre el viaje, el traslado y el movimiento en periodos largos o en cadenas múltiples. Según el antropólogo James Clifford, dentro de su disciplina se ha pasado de se-

leccionar el tradicional campo de estudio –por lo general, una aldea rural—, en el que se analizaban culturas «intactas» o «primitivas», al examen de las interconexiones y los contactos culturales del siglo XX, y él mismo reconoce que algunos antropólogos anteriores habían subestimado la importancia de los desplazamientos. Utilizando una expresiva imagen, que nos recuerda los argumentos de Augé con que he comenzado este libro, Clifford sugiere a los antropólogos que se replanteen sus tradicionales campos de estudio pensando «en la aldea tradicional como si fuera una sala de tránsito, porque resultaría difícil encontrar una imagen más cabal de la posmodernidad, del nuevo mundo del movimiento y las historias del desarraigo» (1997: 1), aunque, prudentemente, aconseja «no precipitarse», ya que no hay nada completamente nuevo. En realidad, se trata de una reflexión de cara a los antropólogos occidentales que, acostumbrados a ver con demasiada facilidad lo «estable» y lo «tradicional» en las culturas ajenas a la suya, contraponen el supuesto ritmo de la época posmoderna a lo que ellos han designado de partida «sociedades tradicionales».

La cautela de Clifford respecto a la novedad del cambio global de nuestra época ha encontrado eco en la opinión de otros estudiosos, que tampoco consideran que la actual fase de globalización sea completamente distinta a épocas anteriores (véase, por ejemplo, Hirst y Thompson, 1996, la obra de un científico de la política y de un economista, respectivamente). En efecto, el nuevo enfoque del fenómeno del viaje y el movimiento puede reflejar tanto una crisis académica como un conjunto de cambios materiales; por eso se ha dicho que el concepto de mundialización y sus correlatos («criollización», «hibridación», traslación, por ejemplo, que veremos más detenidamente en este capítulo) refleja más que ninguna otra cosa la situación actual de los teóricos y el estado de la teoría. Resulta evidente, por ejemplo, el sesgo occidental de la categorización, ya que los clasificadores, los teóricos occidentales, se consideran a sí mismos cosmopolitas y llaman a los demás, a los clasificados, criollos. Jonathan Friedman (1997), antropólogo como Clif-

ford, asocia los cambios de la disciplina con los deseos de quienes la practican:

> La cultura global ha sido, en cierto sentido, un nuevo objeto de la investigación antropológica. Fue, por lo menos, un modo de que los expertos culturales (los antropólogos) se excavaran un nicho dentro de la corriente general del estudio de los procesos globales sistémicos. Si los economistas, los sociólogos y los historiadores de la economía tenían sus sistemas mundiales, los antropólogos debían poseer también un sistema cultural mundial o un sistema mundial de cultura (Friedman, 1997: 270).

¿No podríamos decir lo mismo de la geografía y los geógrafos? Naturalmente, no falta quien piensa que la penetración mundial del capitalismo y de las formas democráticas impone cada vez con mayor fuerza el enfoque mundial, pero lo cierto es que ese tipo de aproximación ha tenido resultados más interesantes para la teoría geográfica. Ya oímos en un capítulo anterior los argumentos de Doreen Massey sobre el carácter «global» de las ciudades de finales del siglo XX (véanse Massey, 1991, la introducción a Massey y Allen, 1984, y el capítulo I en Massey y Jess, 1995), que han enseñado a los geógrafos el camino para lograr una combinación de lo local y lo global, a fin de reafirmar la importancia del lugar. El reconocimiento de que la interrelación de las escalas produce la especificidad del lugar ha ejercido una enorme influencia en la reorientación de los estudios geográficos desde comienzos de los años ochenta. Friedman, por su parte, afirma que los estudios antropológicos han seguido un camino semejante:

> Globalización no es lo mismo que corriente o movimiento de culturas; la cultura no puede moverse porque no es una sustancia. Por el contrario, lo que deberíamos investigar es la relación entre los procesos sociales globales y las prácticas de la reproducción social, y la identificación/representación del mundo; los procesos mediante los cuales se atribuye un significado en contextos sociales concretos distribuidos a escala global (1997: 270).

Según mi opinión, si hacemos hincapié en las interconexiones no tendremos más remedio que plantearnos de otro modo algunos de nuestros enfoques tradicionales de geógrafos, e idear nuevas formas de estudiar a las personas en tránsito, con una identidad alterada, desestabilizadas y en proceso de cambio. Para las feministas, acostumbradas a desmentir las ideas fijas, el esencialismo y los conceptos inamovibles de lo que significa ser mujer, se trata de un cambio anticipado y bienvenido. Es ahí, en el análisis de lo fluido y la fluidez, en el hacerse mujer (más que en serlo), en el hacer y deshacer las identidades, donde se han realizado los trabajos más interesantes de las estudiosas feministas de un tiempo a esta parte.

Se crean también magníficas oportunidades de salir de lo habitual, hacer visibles los actos excepcionales y probar la importancia histórica de la mujer que «transgrede las normas» y se sale de su lugar. Las geógrafas feministas pueden descubrir ahora la vida de miles de mujeres, «corrientes» o extraordinarias, que viajaron y exploraron lo que para ellas era «territorio extranjero», aunque ni la historia ni la geografía se hayan ocupado nunca de su caso. Mujeres que viajaron con un hombre, en calidad de esposas y compañeras, o por sí mismas, como turistas o refugiadas, mano de obra asalariada, exploradoras o peregrinas. Clifford afirmaba recientemente: «Las mujeres tienen también su propia historia de emigración laboral, peregrinaje, exploración, turismo e incluso traslado militar; historia al mismo tiempo vinculada y distinta a la de los hombres» (1997: 6). Antes de volver sobre este trabajo, me gustaría comentar los efectos que ha surtido el interés por el viaje en las teorías geográficas.

La teoría sobre el viaje

Tanto el viaje como la idea misma de viajar suponen un reto para la asociación espacial entre la mujer y el hogar, tan importante para estructurar la construcción social de la feminidad en «Occidente», bien en la teoría social, bien en las

prácticas institucionales. Los desplazamientos de las mujeres se han ignorado siempre, precisamente porque se daba por descontado su permanencia en la casa. Como comenta Domosh, la heroica historia de las exploraciones geográficas y los distintos relatos y planteamientos filosóficos de la disciplina han ignorado a la mujer [véase Domosh, 1991a y b, y la agresiva réplica de Stoddart, 1991, así como *Geographical Tradition*, de Livingstone (1992), que se extiende sobre las mujeres en la historia de la geografía]. Aunque ahora se acepta el hecho del viaje en la mujer (como veremos más adelante), según la crítica cultural Janet Wolff, los recientes vocabularios del viaje en la teoría social contemporánea continúan dando ventaja a las experiencias masculinas.

En un estimulante artículo, Wolff extrae las metáforas más corrientes de la crítica cultural —«crítica nómada, teoría del viaje, crítico-turista (y viceversa), mapas, carteles, hoteles y moteles»— y comenta:

> Son metáforas relacionadas con un género que, en su mayor parte, no aportan ningún conocimiento. Llegan al discurso crítico llenas de connotaciones que luego tienen consecuencias para lo que hacemos en los estudios culturales. A mi parecer, si la ideología y la práctica del viaje *real* excluyen o patologizan a la mujer, el empleo del vocabulario metafórico necesariamente tiene que producir tendencias androcéntricas en la teoría (1992: 224, la cursiva es suya).

Al parecer de Wolff, la lengua del viaje está demasiado comprometida para ser una metáfora capaz de replantearse la identidad y la subjetividad.

Wolff ejemplifica su idea evaluando una serie de tendencias de la reciente construcción teórica en distintas disciplinas, entre ellas la antropología, la crítica poscolonial y el pensamiento posmoderno y postestructuralista. La autora destaca que el viaje como metáfora o el concepto de teoría del viaje se halla, entre otros, en Edward Said (1983), Fredric Jameson (1991) y James Clifford (1988), cuyos trabajos han sido muy importantes. Wolff sostiene que «Clifford es

uno de los teóricos culturales que han revolucionado en los últimos tiempos la metodología y el marco conceptual de los estudios interculturales, revelando y deconstruyendo al mismo tiempo las ideologías del yo y del otro que han sostenido hasta ahora ese tipo de estudios» (Wolff, 1992: 226). En los nuevos trabajos encontramos un nuevo concepto de la teoría y la subjetividad como cosas fluidas y provisionales. Aunque Wolff reconoce que «es fácil darse cuenta de por qué se prefiere la movilidad, la fluidez, la provisionalidad y el proceso a la inmovilidad y la fijeza» (pág. 228), se muestra bastante pesimista sobre su influencia en la teoría feminista, porque tanto el feminismo como los estudios feministas se basan «en un compromiso fundamental con una crítica cuya premisa es la existencia de unas desigualdades de género reales y sistemáticamente estructuradas» (pág. 228). La exaltación, por parte de los hombres, del viaje y la provisionalidad tiende a negar esas estructuras fijas.

La argumentación de Wolff forma parte de la crítica feminista de ciertas versiones de la tendencia posmoderna (véanse Bondi, 1991; Mascia-Lees *et al.,* 1989; McDowell, 1991b; Soper, 1990), donde la inclusión de la diferencia dificulta aún más una reivindicación política general de redistribución del poder y los recursos. Caren Kaplan (1996) muestra también ciertas reservas hacia el viaje como metáfora y como práctica social, y es interesante que nos recuerde que la idea del viaje como actividad capaz de «enriquecer la mentalidad» y proporcionar otra «perspectiva» se relaciona íntimamente con la modernidad. En este caso, viajar no representa ni fluidez ni reto alguno a los puntos de vista etnocéntricos; es, sencillamente, una actividad que se añade al capital cultural del viajero, por lo general, un hombre blanco, burgués y occidental. Por eso dice Kaplan que sus estudios sobre los viajes han producido en ella «un profundo escepticismo hacia los términos en que se han descrito» (1996: X).

Mis últimas lecturas sobre este argumento me obligan a identificarme con el escepticismo de Kaplan. Como los trabajos sobre la metáfora del viaje en la teoría crítica, la literatura acerca de los viajes se encuentra en expansión. Aunque

algunos de los textos sean de naturaleza «académica», el verdadero aumento se ha producido en una literatura de tipo divulgativo, escrita, aunque no exclusivamente, por hombres, entre los que podemos citar a Bruce Chatwin (1979, 1987, 1988), Redmond O'Hanlon (1996), Paul Theroux (1979, 1990, 1992) y Jonathan Raban (1980, 1986, 1995). Tales autores muestran la tendencia a presentarse como héroes populares, que luchan, resisten y superan tentaciones e infortunios. Es evidente que su estímulo para viajar reside mucho más en su interés por sí mismos que por los «otros». Son aventuras de jóvenes para una edad inquieta y más sofisticada.

Mi parecer es el mismo de Wolff: se trata de hombres que huyen del compromiso y niegan o rechazan los valores «femeninos» de la inmovilidad y el cuidado de los demás, que proporcionan las madres y las esposas en el hogar. Las historias de resistencia a través de la huida ignoran que la lucha y el compromiso con el cambio también son posibles para los que permanecen en un lugar. Conviene aclarar que el localismo no coincide necesariamente con una visión estrecha del mundo, del mismo modo que no todo viaje implica una mentalidad abierta. Creo que estas ideas son paralelas a la argumentación general de Doreen Massey (1992), cuando la autora critica el pensamiento que considera el tiempo como algo fluido y provisional, mientras que teoriza el espacio y la localización como inmovilidad y fijeza.

Sin embargo, y haciendo todas estas salvedades, me parece evidente que replantearse los conceptos de lugar y cultura a través de la metáfora del viaje presenta muchas ventajas. El enfoque en el viaje permite, por ejemplo, desestabilizar una concreta visión de la historia, como hacen, de unas décadas a esta parte, las feministas, junto a los teóricos posmodernos y poscoloniales. La concepción teleológica que domina también nuestra disciplina desde hace mucho tiempo —la vía única al progreso, que sólo conduce a la modernización, la occidentalización y la urbanización— se enfrenta ahora a la multiplicidad, al viaje, a los movimientos que se entrecruzan y, lo más decisivo, a la descolonización.

Oigamos las reflexiones de Clifford sobre sus esfuerzos para replantearse el concepto de cultura:

> El *viaje* se presenta como un conjunto de experiencias cada vez más complejas: cruces e interacciones que desestabilizan el localismo de las ideas establecidas sobre la cultura, según las cuales la existencia auténtica debe, o debería, darse en sitios muy concretos [...] Se supone que la vivienda ha de ser la base de la vida colectiva, mientras que el viaje es sólo un complemento; las raíces son antes que los caminos. ¿Qué pasaría —se me ocurre preguntar— si comenzáramos a entender el viaje como un complejo espectro de experiencias humanas? La costumbre de desplazarse podría ser un aspecto *constitutivo* de la cultura, en vez de representar una mera transferencia o extensión. Los efectos culturales del expansionismo europeo, por ejemplo, no podría exaltarse, o lamentarse, como una simple difusión de la cultura, la industria, la ciencia y el capital, porque esa región que llamamos «Europa» ha sido atravesada y reconstruida constantemente por influencias llegadas del otro lado de sus fronteras. ¿No se trata de un proceso interactivo importante en cualquier plano, local, nacional o regional? Allí donde miremos, el movimiento y el encuentro entre seres humanos han sido largos y complejos. Los centros culturales, las regiones y los territorios no existen antes de que se produzcan esos contactos; por el contrario, se sustancian en ellos, se apropian de los incansables movimiento de los pueblos y las cosas y los someten a una disciplina (1997: 3, la cursiva es suya).

Esta descripción de los lugares constituidos por conexiones y movimientos encaja con las ideas que plasma Doreen Massey (1991) en su famoso artículo (reeditado, por ejemplo, en dos recopilaciones recientes, Daniels y Lee, 1996, y Barnes y Gregory, 1996) sobre la necesidad de que los geógrafos teoricen un «sentido global del lugar». Es decir, aunque centremos el interés en un lugar, necesitaremos analizar un conjunto de movimientos a distintas escalas espaciales, para llegar a comprender cómo se ha construido la peculiari-

dad de ese espacio. Clifford aporta el término «translocal» a esta nueva conceptualización del espacio, para definir aquellos lugares en los que la «cultura» es una articulación compleja de «procesos globales y locales, en forma relacional, es decir, no teleológica». Clifford rechaza las antiguas teorías de aculturización (cuando un grupo se adapta a otro) o sincretismo (dos sistemas claramente distintos que se superponen), y propone que «los paradigmas nuevos comiencen por el contacto histórico, por la mezcla en la intersección de los niveles regional, nacional y transnacional. Pero no debe entenderse que ese contacto se produce entre conjuntos socioculturales acabados que entran en relación, sino entre sistemas que ya se han constituido relacionalmente y que entablan nuevas relaciones mediante un proceso histórico de desplazamiento» (1997: 7). Veamos con más detalle, gracias a un ejemplo, en qué se distingue la teoría que producen estos argumentos que vinculan la identidad y el lugar o, con palabras de Clifford, la comprensión de la cultura translocal.

Identidades variables

En el capítulo 3 he apuntado ya varias cuestiones a propósito de la conexión de los términos emigrante, cultura y comunidad en un discurso que prescinde de los hombres y las mujeres de color, por considerarlos distintos a la mayoría. En su excelente estudio de la emigración a Southall, en el oeste de Londres, Baumann ha ejemplificado las distintas formas de teorizar el viaje y la inmigración: «Utilizando una ecuación bastante simplista, la identidad étnica, la cultura y la comunidad cristalizan en un discurso hegemónico sobre todas y cada una de las minorías étnicas» (1996: 22). Más aún, como sugiere Paul Gilroy, ese discurso dominante da por supuesto que «las culturas están separadas entre sí y para siempre por distintas líneas étnicas» (1987: 55). Comparadas con los británicos blancos, las minorías étnicas son «tradicionales» y, con frecuencia, constituyen problemas sociales. En Gran Bretaña predomina una concepción estática de los va-

lores culturales de la totalidad de los inmigrantes procedentes de una zona determinada, como puede verse en los debates de la izquierda y la derecha. Baumann lo expresa de este modo:

> La versión de derechas del discurso dominante ve en el inmigrante un antiguo habitante de las colonias que llega a Gran Bretaña en busca de una vida mejor. En este caso, la diferencia étnica y cultural le aparta de una cultura homogénea, que se considera británica o inglesa, y lo relega a vivir en comunidades en desventaja que, como si fueran sociedades dentro de la sociedad, crean «problemas sociales». El ejemplo reciente es la «comunidad negra» y su supuestamente problemática estructura familiar, o la «comunidad asiática» y el «problema de los matrimonios concertados». Uno de los ejemplos clásicos de la anterior emigración es el de los «irlandeses» y su supuesto alcoholismo colectivo.
>
> Las versiones liberales del discurso dominante evitan cualquier referencia a los problemas de la cultura de una comunidad. Por el contrario, ven inmigrantes excluidos de la plena igualdad civil, a causa de las desventajas sociales. Tales problemas, consecuencia natural de la propia emigración, los mantienen aislados en sus comunidades, cautivos de sus «culturas» cristalizadas, que suelen calificarse de «tradicionales». Las soluciones que se plantean desde el liberalismo suelen ser graduales e incluyen a los dos miembros de la ecuación, la «población anfitriona» y los propios emigrantes [...] La versión izquierdista del discurso dominante sustituye la reforma cultural por la revolución cultural, aunque también acepta la ecuación de las dos «comunidades», con sus culturas cristalizadas. En vez de juzgar la cultura de cada comunidad en tanto que obstáculo para la movilidad social dentro del sistema, las convalida como formas necesarias y progresivas de resistencia contra el racismo (1996: 24).

En los trabajos recientes, y más complejos e interesantes, incluido el estudio de Southall que realizó Bauman, se rechaza completamente este tipo de dicotomías; por el contrario, se afirma que la emigración cambia las identidades,

tanto individuales como de grupo, y las afiliaciones y costumbres culturales, entre la población móvil y los «anfitriones». Tan pronto como se reconoce que las culturas son construcciones sociales fluidas y temporales, que se hacen y se rehacen a lo largo del tiempo —la cultura translocal de Clifford—, parece evidente que el movimiento supone una reconstrucción del mapa de las identidades y costumbres culturales para *todos* los implicados.

Esto nos conduce directamente a las ideas más recientes sobre las identidades «translocales», especialmente en las literaturas poscoloniales. Los conceptos fundamentales para referirse a esa cultura y esas identidades translocales son hibridación, identidad de la diáspora y traslado cultural.

La teoría sobre las identidades locales: hibridación, diáspora y traslado

En el número cada vez mayor de estudios que comienzan a abordar el examen de los efectos del movimiento y el viaje en distintas localizaciones —en las tierras que hacen frontera entre México y Estado Unidos, en el Caribe, en las ciudades globales de Occidente, donde viven cantidades significativas de ciudadanos del Tercer Mundo— aparece una gran variedad de temas relacionados con las transformaciones en el sentido del yo y la pertenencia. Criollización es un término común para el Caribe o para cualquier otro lugar en el que haya que referirse a identidades mestizas o fronterizas; por ejemplo, el suroeste de Estados Unidos. El adjetivo híbrido, aplicado a la cultura, y el sustantivo diáspora (identidad de la diáspora) son términos mucho más extendidos. (Diáspora significa dispersión de un pueblo, como en el ejemplo típico de la diáspora judía; hibridación es, en cambio, un término original de la biología, que alude al resultado de mezclar dos plantas o especies, y se emplea para referirse a pueblos de orígenes mixtos.) No se trata de conceptos indiscutibles, especialmente en el último caso, por sus connotaciones de inferioridad/impureza; por eso hay que defi-

nirlos con cuidado. A menudo se emplean asociados entre sí, como en la siguiente definición, procedente de un importante trabajo de Stuart Hill sobre las identidades británicas:

«La experiencia de la diáspora tal como la entiendo aquí no se define por su esencia o su pureza, sino por el reconocimiento de una diversidad y una homogeneidad necesarias, por un concepto de "identidad" que vive con y por la hibridación y la diferencia, no a pesar de ellas» (1990: 223).

Para Hall, la experiencia de la diáspora y la hibridación incluye el movimiento y el cambio, mientras que, para otros estudiosos, el mantenimiento de la identidad cultural previa forma parte de la definición de diáspora. Para los judíos ortodoxos, por ejemplo, el sentido de sí mismos como judíos y de pertenencia a una nación común, aunque dispersa, depende de su diferenciación cultural de otros grupos sociales y del mantenimiento de la fe en la posible reagrupación en su patria de origen.

Espacios cruzados: establecer conexiones

Así pues, la hibridación, según los teóricos de la cultura como Stuart Hall, significa que las identidades y las formas culturales son producto de la mezcla y la fusión; producto del movimiento. No obstante, el término ha conocido usos muy distintos. Se ha asociado con imágenes que sugieren la identidad entre dos mundos opuestos, para referirse a aquellos que viven en los márgenes o en la frontera; en este caso, el empleo más significativo de hibridación y zona fronteriza procede de los estudios chicanos y latinos (Anzaldua, 1987). Alternativamente, puede utilizarse en referencia a una tercera identidad que sustituye las dos que han construido la hibridación. En este caso se recurre también con frecuencia a términos como «fronterizo» o «tercer espacio», por ejemplo (Bhabha, 1990, 1994). En definitiva, el significado de todas estas palabras no presenta grandes variaciones, ya que el concepto de vida en los márgenes o en un terreno intermedio no implica tanto la marginalidad como la trascendencia de

identidades que pueden ser mexicanas, centroamericanas o estadounidenses (volveré sobre la obra de Anzaldua). Un grupo de estudiosos indios que trabajaron sobre las identidades de resistencia en la India imperial y postimperial (Spivak, 1987, 1988) exaltan esta identidad híbrida de lo «intermedio». En su trabajo aparece la idea de una identidad subalterna en paralelo a la de hibridación.

Al analizar la diáspora negra en Estados Unidos, Paul Gilroy (1993) identifica una nueva forma de cultura híbrida que él califica de identidad *negra y atlántica.* Stuart Hall (1990) en su trabajo paralelo sobre las culturas británicas prefiere el término «traslado» allí donde la población «nativa» abandona sus costumbres inglesas y la población «negra» hace lo mismo con sus llamadas a la diferencia, para abrazar mutuamente sus identidades híbridas o trasladadas. Pero, como ha señalado agudamente Friedman: «La hibridación sólo tiene un significado social cuando se practica, es decir, cuando la gente se identifica activamente con ella» (1997: 290). Hibridación o traslado pueden considerarse elecciones *políticas* positivas de identidad, que conducen a una noción más integrada de lo que significa ser «británico». El propio Hall sostiene que el traslado es una afirmación optimista de la diversidad y el cambio, y que su desarrollo está lejos de ser seguro. Lo normal es que, por el contrario, tanto el grupo «minoritario» como el «nativo» se encierren en una afirmación excluyente y conservadora de sus «raíces». Así, en Gran Bretaña, el auge del nacionalismo negro y la identidad rasta ha producido reacciones de orgullo por los orígenes culturales, mientras que la población nativa se aferra a la «britanidad» blanca, la vida inglesa, la casta del bulldog, etc., que presentan desagradables asociaciones con la extrema derecha.

Robert Young (1995), un teórico literario poscolonial, piensa que no se debe emplear el término hibridación, porque arrastra un bagaje de inferioridad y mestizaje. Los animales híbridos, por ejemplo, la mula, son estériles; por tanto, es corriente creer que las uniones mixtas producen resultados semejantes. Sin embargo, se trata de una palabra profusamente

empleada por una literatura sobre la geografía cultural en rápida expansión. Oigamos las palabras de Homi Bhabha sobre el exponente fundamental de la noción de hibridación, incluso en el campo literario:

> La importancia de la hibridación no está en seguir la pista a dos movimientos originales, de los que nace un tercero; por el contrario, la hibridación [...] es un tercer espacio, que permite el nacimiento de otras posiciones, desplaza las historias que lo han constituido y crea nuevas estructuras de autoridad, nuevas iniciativas políticas, que ya no pueden entenderse sin más herramienta que el conocimiento heredado [...] La hibridación cultural crea algo distinto, algo nuevo y no reconocible, una nueva área de negociación de la presentación y el significado (1990: 211).

Aunque la obra de Bhabha ha sido criticada por Gillian Rose (1995b), a causa de la ausencia de un enfoque de género, ya que, según esta última, el sujeto asexuado y poscolonial de Rose ignora la experiencia concreta del hombre y la mujer, me parece estimulante por su insistencia en la transformación, en la posibilidad de nuevas identidades capaces de superar las distinciones binarias tradicionales y, por eso mismo, de facilitar la posibilidad del cambio. Para las geógrafas, como ya he sugerido arriba, estos términos tienen un interés especial, porque separan la noción de las identidades de los lugares específicos y nos obligan a una nueva conceptualización tanto de la identidad como del espacio.

La política de la localización

Durante los últimos años se ha producido una interesante coincidencia en los trabajos sobre la teorización del espacio dentro de la geografía y en los estudios literarios y culturales. En esos estudios, las metáforas y los conceptos espaciales desempeñan un papel decisivo (Gregory, 1994; Kaplan, 1996; Nash, 1993; Smith y Katz, 1993). Como sostiene Caren Kaplan:

> Mapas y fronteras son metáforas provocadoras, y manifiestan una intensa conciencia de las estructuras económicas y políticas que demarcan zonas de inclusión y exclusión, así como los espacios intersticiales de la indeterminación. La geografía y la topografía entrecruzan ahora la crítica cultural y literaria, dentro de una indagación interdisciplinar de las formaciones de identidad y las prácticas sociales emergentes. Puesto que los geógrafos están convencidos de que todos los modelos de análisis y descripción siguen convenciones narrativas, es decir, son en su mayoría construcciones históricamente contingentes, articulan varias versiones de «imaginaciones geográficas» (1996: 144).

Así, a través del análisis de la materialidad y de la metáfora y el significado, se descubren las múltiples formas de construir el espacio y la identidad, y las conexiones entre ambos. En estos análisis debemos examinar al mismo tiempo, como ha dicho Gregory, «mapas, paisajes, espacios *y también* imágenes de la localización, la posición y la geometría» (1994: 7, la cursiva es suya). El autor nos insta a no olvidar que «en la colonización y compresión del espacio-tiempo están implicadas distintas personas en distintos lugares, de formas también muy distintas» (1994: 414). En otras palabras, existe una política espacial para descubrir cómo se transforman y vuelven a conectarse las identidades y los espacios, situando a las personas dentro de nuevos modelos, o geometrías, de inclusión y exclusión.

En un influyente artículo, la teórica política feminista Chandra Talpade Mohanty (1991) estudia varios realineamientos políticos, producto de nuevos modelos de identidades de lugar, para llegar a la conclusión de que el movimiento de huida del «Sur» de muchas mujeres del Tercer Mundo, a causa de la ambición o la pobreza inaugura un extraordinario espacio de realineamiento para el feminismo de esas regiones y el desarrollo de lo que ella denomina una nueva «cartografía de la lucha», que une a las mujeres del Tercer Mundo *in situ* con las que se han trasladado al Norte. La política de la localización puede adoptar nuevas formas que su-

pongan otros tantos vínculos entre mujeres de distintos lugares, establecidos a través de las luchas políticas, de la música o del cine, y mediante un sentido nuevo del lugar y la nacionalidad. Según el significado que tiene para Mohanty, una política de la localización no dependería tanto de la identidad con base territorial como del desarrollo de redes entre los miembros de una comunidad imaginada de mujeres del Tercer Mundo. Los intereses comunes de esas mujeres se construyen según las sitúa el capital en espacios marginados y las explota en calidad de nuevo proletariado de la economía global (Afshar, 1991; Chant y McIllwaine, 1995; Fuentes y Ehrenreich, 1983; Nash y Kelly, 1983; Ward, 1990).

Un nuevo planteamiento de la diferencia

Puede que una de las consecuencias más interesantes de la nueva teorización surgida del enfoque conceptual en las metáforas del viaje, el movimiento y las fronteras haya sido, para más de una disciplina, el reto al concepto mismo de diferencia, que, a su vez, desempeñó un papel fundamental contra el falocentrismo y el universalismo del discurso occidental. Como he mantenido en muchos de los capítulos anteriores, las implicaciones políticas y teóricas que presenta el reconocimiento de la multiplicidad y la diferencia —tanto a propósito del género como en cualquier otra dimensión— son fundamentales para las teorías feministas y posmodernas. Con todo, los teóricos interesados en la hibridación y el traslado recomiendan ahora una revisión del propio término «diferencia», por sus connotaciones de fijeza y distanciamiento respecto al Uno, esa masculinidad burguesa concreta en comparación con la cual se definen y se miden todos los «otros» por lo que les falta. (El paralelismo entre este argumento y la negativa de Young a emplear el término hibridación me parece interesante.) En vez de las identidades de los grupos «minoritarios» o «de oposición», cuya diferencia se construye contra una «norma», se afirma ahora que toda identidad es una amalgama fluida de recuerdos de lugares y

orígenes, elaborada a partir de fragmentos y matices, viajes y restos de movimientos intermedios. Así, el estar «entre» distintas cosas es un proceso o una dinámica, no sencillamente un alto en el camino hacia una identidad definitiva. Según Preis: «La idea de unas fronteras o unos rasgos, con un dentro y un fuera, un aquí y un allí, parece insuficiente. Es el espacio que queda en el centro lo que se impone como un lugar de recepción de las diferencias en juego» (1997: 98).

Estos argumentos se hacen eco de trabajos anteriores muy importantes, debidos, en su mayoría, a feministas estadounidenses procedentes de la emigración centroamericana. Gloria Anzaldua, por ejemplo, ha escrito en términos semejantes sobre el desarrollo de lo que llama una «conciencia mestiza», que es conciencia de lo fronterizo, desarrollada en el choque de las culturas mexicana y estadounidense. Anzaldua quiere desterrar el pensamiento dual, por eso afirma que la conciencia mestiza procede de «estar en las dos orillas al mismo tiempo [...] La eliminación del pensamiento dual en la conciencia individual y colectiva podría representar el principio de una larga lucha que podría conducirnos, tal como esperamos, al final de las violaciones, las violencias y la guerra» (1987: 80).

Antes de acabar este capítulo con un intento de declarar las implicaciones de tales debates sobre la provisionalidad y las identidades fluidas, quisiera referirme brevemente a varios ejemplos de los estudios más comunes de los geógrafos, entre otros profesionales, sobre el viaje y el movimiento, sin perder de vista las divisiones de género entre los viajeros.

Veamos en primer lugar la investigación más reciente sobre los viajes, para pasar después a la movilidad como forma de vida.

El género de los viajes y de los viajeros

Uno de los desarrollos más interesantes de los últimos trabajos geográficos en esta área ha sido la combinación del interés por el viaje y por la literatura de viajes con las geo-

grafías históricas de los Estados coloniales y poscoloniales. La creación de los imperios coloniales de las potencias occidentales produjo el desarraigo y traslado temporal o definitivo a otros lugares de millones de seres humanos, pero mientras que la historia del movimiento de los hombres se conoce bien, los efectos sobre la vida de las mujeres se han estudiado mucho menos. Para los soldados occidentales y los administradores coloniales —hombres, en su inmensa mayoría— los viajes formaban parte de su vida laboral o incluso de su celo misionero por llevar la «civilización» a otro pueblo (inferior). Para los millares de mujeres que los acompañaron, como equipaje imperial, esposas, amantes y séquito de campo, la finalidad era otra. Ellas estaban para consolar a sus compatriotas y recrear una imagen del hogar en aquella tierra lejana, y sus sentimientos y pensamientos no han quedado registrados en los tratados o los documentos oficiales, sino en los diarios y las cartas que enviaban a su país. Incluso para aquellas mujeres formidables que llegaron hasta África, India, Egipto u otros lugares como enfermeras, misioneras y exploradoras o como una combinación de todo ello, los registros históricos son menos seguros que para sus equivalentes masculinos.

En su recopilación *Writing Women and Space* (1994), Alison Blunt y Gillian Rose ofrecen el contrapunto a las historias oficiales de los viajes, descubriendo diferentes historias y geografías de, entre otras, las británicas en la India en la época del alto Imperio, los viajes al África occidental de Mary Kingsley (véase también Blunt, 1994) y otras, y la política colonial en Australia. Estos estudios han demostrado la complejidad de la historia y la geografía del colonialismo, porque no sólo han hecho visibles a las mujeres imperiales, sino que ofrecen una perspectiva singular de la colonización, con una crítica de la conquista y una introducción de la complicidad y la resistencia, porque las colonizadoras fueron al mismo tiempo cómplices de las estrategias de dominio y resistentes contra ellas (Ware, 1992). En su espléndido libro *Imperial Eyes* (1992), Mary Louise Pratt estudia el papel de la literatura de viajes en el aparato ideológico del imperio.

Su trabajo matiza la exaltación que siempre se ha hecho de ese tipo de relatos, pero es menos condenatorio que otros análisis. Partiendo de pruebas correspondientes al periodo que va de 1750 a 1980, Pratt nos muestra que la literatura de viajes fue escrita para explicar la alteridad de los imperios y de sus habitantes a los lectores del corazón de la metrópoli, y nos explica también cómo la recibían, aceptándola o no en tanto que representación de sí mismos, los habitantes de la «periferia».

Ya en el siglo XX, las esposas de los diplomáticos representan la contrapartida de las victorianas que acompañaron a sus compatriotas a los campos imperiales. Cynthia Enloe, cuya obra hemos analizado en estas páginas, sostiene que aunque hay pocas que ejerzan la diplomacia por sí mismas, las mujeres siempre han desempeñado un papel decisivo en la política exterior. «Gestionándolo debidamente, la esposa de un gobernador puede ayudarle a conseguir sus objetivos internacionales, y si no se la controla de un modo efectivo puede incluso ocasionar serios problemas a los intereses globales de un gobierno» (1989: 9). Enloe observa que la mujer de un diplomático es fundamental como anfitriona, una parte indispensable de la diplomacia, aunque no todas las mujeres ejercieran ese oficio de buen grado, como se desprende de las cartas que enviaba Vita Sackville-West desde Teherán a su nueva amiga Virginia Woolf en 1926. Sackville-West, que había seguido a su esposo diplomático, Harold Nicolson, escribía: «No me gusta la diplomacia, aunque me gusta Persia.» Como registra Enloe:

> Pese a su fuerte resistencia a hacer de esposa sumisa en privado o en público, Vita se enfrentó durante los años veinte a una serie de expectativas que no pudo evitar: «Devolvía las visitas, preparaba y atendía las comidas y las cenas [...] incluso llegó a entregar premios de hockey.» Sin embargo, no lo hacía de corazón [...] así que unos meses después volvía a Inglaterra, dejando a Harold enfrentado con sus solas fuerzas a los rituales diplomáticos (1989: 97).

En efecto, Vita nunca se comportó como una esposa convencional; sus conflictivas relaciones con Harold aparecen con todos sus fascinantes detalles en *Portrait of a Marriage* (1973), de su hijo Nigel Nicolson.

Como documenta Enloe, muchas esposas de diplomáticos consideraban que no se les agradecía su trabajo y, aunque no huyeron como Vita, un grupo de mujeres casadas con diplomáticos suecos, canadienses, británicos y americanos organizaron un grupo de presión en 1970 para lograr que se reconociera su labor. «Con sus demandas públicas de servicios, empleos, pensiones alimenticias e incluso salarios —dice Enloe—, acabaron formando un grupo de presión político al que se sumaron esposas de militares» (1989: 95). Para esas mujeres, como para las gitanas que estudió Okely, cuya vida veremos enseguida, el viaje no cambiaba las relaciones convencionales de género, por el contrario, consolidaba su servidumbre. Estos ejemplos vienen a sumarse a los argumentos teóricos sobre el carácter de género de las experiencias y nos ponen en guardia respecto al significado del viaje como metáfora central de la posmodernidad.

La movilidad como forma de vida

Mientras que los viajes de los hombres y las mujeres que acabamos de ver poseen una finalidad y encuentran una valoración en sus sociedades, el estilo de vida y el comportamiento de los grupos nómadas son considerados una desviación problemática de la sociedad que los contiene, o un residuo de una forma de vida anterior. Los gitanos, los pueblos romanís y viajeros constituyen un ejemplo, que, por lo general, se aparta como algo ajeno en muchos países de Europa.

Judith Okely es una antropóloga británica que ha dedicado muchos años al estudio de los gitanos ingleses, o viajeros, como a ellos les gusta que les conozcan los extraños. Según esta autora, los viajeros suelen ser para los demás un grupo marginal —lo cual es una percepción errónea—, que desaparecerá cuando se desarrollen económicamente (Okely,

1975a) y desaparezcan también sus oficios tradicionales de comerciantes, vendedores ambulantes y trabajadores ocasionales; sin embargo, esta idea es completamente falsa, aunque su definición como grupo marginal se adapta a la realidad. Despreciados por la mayoría de los ciudadanos sedentarios, los viajeros rechazan las normas de vida convencionales; por ejemplo, Okely ha descubierto que los gitanos no desean un trabajo regular, porque no les gusta la relación laboral que se establece en los trabajos remunerados; para ellos, las labores agrícolas, por poner un ejemplo, son «cosas de mujeres», y prefieren siempre que sea posible el empleo autónomo en empresas pequeñas, gestionadas por la familia, como, por ejemplo, una chatarrería.

Okely descubre que todos los aspectos de la vida de los gitanos británicos están fuertemente marcados por el género. Una de las diferencias más interesantes es el grado en que hombres y mujeres eligen «pasar» a la sociedad paya. Al contrario que muchas minorías étnicas, que se reconocen enseguida por sus rasgos físicos, los gitanos, en conjunto, no se diferencian mucho del resto de la sociedad, pese a los estereotipos sobre el pelo negro y los ojos oscuros de los pueblos «auténticamente romanís». Aunque la pertenencia al grupo depende de tener algún pariente gitano, lo que la confirma es «el estilo de vida y el compromiso con ciertos valores gitanos» (Okely, 1996: 51). La falta de unos rasgos físicos distintivos, sin embargo, facilita la posibilidad de disimular o no su identidad étnica, y es entonces cuando las diferencias de género se ponen de manifiesto.

Okely sostiene que los gitanos tienen cuatro formas de representar la etnicidad o las imágenes étnicas. Hay una imagen exótica; otra, oculta; otra, degradada; y otra, naturalizada. La imagen exótica abunda entre las mujeres, que utilizan los estereotipos románticos y se visten (con pañuelos y joyas de oro, por ejemplo) para capitalizar la imagen de la gitana capaz de predecir el futuro a primera vista. Los hombres, por su parte, tienden a disimular su identidad, llevando traje y corbata cuando tienen que alquilar un local para sus negocios, por ejemplo, o utilizando tarjetas impresas para anun-

ciar su empresa de alquitranado (Okely, 1975a). No obstante, y de modo ocasional, ambos sexos, aunque más los hombres, pueden degradar su imagen, vistiendo harapos o actuando de un modo extravagante, buscando comida entre la basura o pidiendo limosna. Algunos se hacen los analfabetos para eludir responsabilidades ante la autoridad. Finalmente, en ciertas relaciones de confianza entre los gitanos y la sociedad mayoritaria, por lo general, basadas en contactos e intercambios de particulares, la identidad étnica carece de importancia.

Estas cuatro formas de representación son semejantes al concepto de identidad de género como imagen, que hemos analizado en capítulos anteriores, y el trabajo de Okely se considera en la actualidad una de las primeras argumentaciones sobre las identidades móviles y fluidas. La imagen que se asignan los propios gitanos cambia con el tiempo, y lo mismo ocurre con su definición de la sociedad «anfitriona». Okely concluye afirmando que, durante el siglo XIX, los gitanos se consideraban más depravados que privados, mientras que ahora predomina lo segundo. La imagen que tiene la sociedad receptora de las gitanas, sin embargo, se ha mantenido de forma más estable en el tiempo; si es una mujer joven, se la asocia a la promiscuidad sexual, y se la considera sensual, provocativa y excitante; si es mayor, se la tiene por una mala madre o por una bruja peligrosa. Si las mujeres, como grupo, son ya la alteridad, las minoritarias lo son doblemente, y, por lo general, se las ve más cerca de la Naturaleza y más fáciles sexualmente hablando que las «blancas» civilizadas. Esta amenaza común se cierne sobre la construcción ideológica de la mujer de color y de la mujer gitana.

Dentro de la sociedad gitana, sin embargo, las normas de la pureza y la conducta sexual son tan rígidas como las divisiones de género. Las gitanas están fuertemente sujetas por las costumbres y se espera de ellas que sean fieles y sumisas a sus maridos en los campamentos, pese a la evidente necesidad de independencia y conducta agresiva en sus relaciones con los payos. Una de las formas de controlar a las mujeres es levantar a su alrededor todo un muro de creencias y

miedos al ritual de la contaminación, en el que ciertas partes del cuerpo, la limpieza de la ropa y los utensilios o la preparación de la comida se someten a una regulación estricta. Los gitanos hombres se consideran puros de forma innata, pero las mujeres constituyen una fuente de contaminación, y sólo pueden aspirar a la pureza teniendo mucho cuidado con su conducta, especialmente, con su sexualidad. Es decir, los estereotipos más esencialistas de la feminidad se pueden encontrar entre los pueblos de vida nómada, lo cual podría resultar paradójico para las feministas que se dedican a las metáforas de la fluidez y el viaje en su reconstrucción teórica de las relaciones sociales de género.

Conclusión: transgresiones y transformaciones

En la conclusión a este capítulo me gustaría volver sobre la posibilidad de una política de la localización y examinar las consecuencias de unir la geografía, el feminismo y la teorización cultural del viaje y la movilidad, además del concepto de identidad como algo fluido y transitorio, basado en fragmentos de recuerdos de un lugar, en deseos y experiencias. Me gustaría saber si las conclusiones que podemos extraer del hecho de que toda idea está situada y tiene un contexto son liberadoras o conservadoras, y qué política se desprende de la comprensión de una localización común. Uno de los interrogantes que se plantean al afirmar la posibilidad de un nuevo tipo de política es la relación entre la localización y el lugar. Como sostiene Michel Foucault, la historia de los espacios (él utiliza el término «espacio» con mayor profusión que «lugar») es también la historia del poder. Para que «Occidente» se tome en serio las nuevas demandas políticas, por ejemplo, de las mujeres del Tercer Mundo, esas demandas (sobre las que se basa la cartografía de la lucha) deben ser escuchadas, pero, como argumenta la crítica feminista Elsbeth Probyn, la política de la localización depende de «dónde hablamos y de cuáles son las voces con autoridad

para expresarse» (1990: 178), porque en la actualidad no todos los «otros» tienen la misma voz.

Es también patente que la política de la identidad no es automáticamente progresiva. Stuart Hall nos recuerda que el viaje y el movimiento, y la disolución de las fronteras que ha traído la posmodernidad (con la dimensión mundial del capitalismo y la emigración forzosa o el deseo de movimiento), puede acabar en una renovación de los enclaves defensivos y excluyentes. La emigración puede producir un apego a las antiguas nociones de identidad, y el deseo de rechazar las nuevas experiencias puede ser tan corriente como el de transformación progresiva de la identidad y ruptura de las antiguas distinciones binarias. En muchos casos —como he apuntado en mi breve examen del resurgimiento del nacionalismo étnico en el capítulo anterior—, el movimiento supone tanto la reafirmación de las antiguas relaciones de género como su superación.

Por tanto, quisiera concluir planteando algunas preguntas sobre la posibilidad de superar las identidades de género opuestas. ¿Hasta qué punto existen posibilidades de fácil acceso para las mujeres, y para los hombres, que los permitan encontrar nuevos modos de realización, distintos a los masculinos y femeninos que conocemos hoy? ¿Hay una o varias formas de «hacer género» que permitan construir un grupo de feminidades y masculinidades múltiples, e incluso superar las divisiones binarias de género? ¿Hasta qué punto pueden resistirse las mujeres y eludir la subordinación, en vez de mantenerse siempre en su papel de «aprendiz»?

Ya ha pasado mucho tiempo desde que el feminismo era sólo una campaña por la «igualdad». Los estudios que he presentado aquí brindan la oportunidad de algo distinto: un nuevo conjunto de relaciones sociales y formas de representación. Se vislumbra un futuro que no dependerá de las distinciones binarias y jerárquicas; un futuro que no será el mundo blanco, masculino, colonial y capitalista que soportamos en el presente, ni tampoco la lucha constante contra él, pero debe ser un mundo más complejo y fluido, con posibilidades de eludir y transgredir las antiguas divisiones. En

efecto, puede que incluso la palabra transgresión haya perdido vigencia, porque lo que debemos construir ahora no es sólo una política de oposición de género al margen de las convenciones —como implica el término—, sino otras formas de hacer género que amplíen la posibilidad de pertenecer a un género de un modo más liberador. Stuart Hall se ha referido a las «nuevas etnicidades» en su obra sobre el traslado cultural. Quizá también nosotras podríamos hablar de unos «nuevos géneros», en los que, gracias al traslado, cambiarían tanto los transgresores como los que se oponen a ellos. Según afirma Grossberg, en el contexto de una discusión a propósito de los cambios que necesitan los estudios culturales como disciplina, ha llegado el momento de:

> superar esos modelos de opresión, tanto el «colonial», opresor-oprimido, como el de la transgresión-reacción a la transgresión, respecto a las normas opresoras. Los estudios culturales tienen que aspirar a un modelo de articulación que constituya una «práctica transformadora», la conversión singular de una comunidad. Esos dos modelos de la opresión no se adaptan ya a las relaciones de poder del mundo contemporáneo, pero es que, además, son incapaces de crear alianzas, y no nos sirven para interpelar a los distintos grupos de población en las distintas relaciones de poder, dentro de la lucha por el cambio. Así por ejemplo, ¿podemos implicar a fracciones de personas autorizadas sin apelar a la mala conciencia? Creo que la respuesta depende de la posibilidad de reformular la pregunta sobre la identidad como un interrogante sobre la capacidad de construir una acción histórica y de renunciar a conceptos de resistencia que dan por hecho un sujeto que se mantiene completamente ajeno y contrario a las estructuras de poder consolidadas (1996: 88, citado también por Thrift, 1997: 150).

Es probable que los ecos marxistas del lenguaje de Grossberg (fracciones y articulación) no encajen en los últimos trabajos feministas sobre la política de la identidad, y parece difícil que las estudiosas del feminismo asuman un sujeto (femenino/feminista) que se mantenga fuera del poder

patriarcal y en su contra (a lo largo de este libro hemos visto que el sujeto femenino se define precisamente por su posición dentro de las estructuras dominantes de poder), pero el pasaje ofrece argumentos de indudable peso. Para los fines del estudio y la política del feminismo supone un reto a las ficciones y los límites de los conceptos disponibles de feminidad y masculinidad.

Grossberg destaca también la importancia de combinar el pensamiento históricamente situado de la construcción de la identidad con un optimismo progresista en el futuro, para sustituir la angustia que se desprende de los análisis de la ambigüedad, la separación y el desplazamiento que impregnan la mayor parte de los estudios sobre la identidad. Hay que reconocer las posibilidades liberadores que ofrece este trabajo a los excluidos de la «norma» (ya se trate de la norma masculina o de la que imponen la política de clase y la mujer blanca de clase media que predominaba en el primer feminismo), y la importancia de la investigación que señala las diferencias entre las mujeres, sus deseos y sus esperanzas, así como las divisiones de raza y de clase, pero un futuro abierto al proyecto emancipador de transformación y traslado, aunque múltiple, fluido y provisional, parece más esperanzador que no ya el reconocimiento, sino incluso la insistencia en las diferencias.

En algunos trabajos recientes sobre el género y la sexualidad, especialmente en el ámbito homosexual, encontramos ciertas pautas de superación de las divisiones binarias. La obra de los geógrafos David Bell, Jon Binnie, Julia Cream y Gill Valentine sobre las representaciones sexuales y de género que he introducido en el capítulo 2 constituye un ejemplo. De modo semejante, en *Male Impersonators* (1994), su libro sobre los gays, Mark Simpson demuestra que las realizaciones múltiples de la identidad masculina pueden desestabilizar las ideas convencionales de la masculinidad hegemónica. Simpson examina, por ejemplo, la tendencia de la publicidad a enseñar cuerpos de hombres en los anuncios de productos que también consumen los heterosexuales, y afirma que sustituir el cuerpo de la mujer por el del hombre para exponer-

lo a la mirada masculina perturba las nociones tradicionales de la masculinidad. Si los hombres heterosexuales disfrutan mirándose, será difícil seguir considerando distintos a los gays, al menos en este ejemplo limitado. Los gays sólo pueden serlo si los homosexuales se comportan rígidamente como tales. La lingüista Deborah Cameron afirma, con una argumentación paralela: «Los hombres sólo pueden ser hombres cuando las mujeres lo son sin un átomo de ambigüedad» (1985: 156). Hoy parece ya un hecho evidente que muchas mujeres se oponen de un modo activo a las definiciones clásicas de la feminidad —en su aspecto, sus actos y sus logros—, de modo que puede decirse que comienzan a dejar de ser «mujeres» y que contribuyen con su actitud a desestabilizar las categorías de «hombre» y «masculino», lo que causa un intenso grado de angustia en muchos hombres.

Parece que existen pruebas (y muchas más opciones) de un cambio, aunque aún no podemos determinar su dirección. Anthony Giddens, el sociólogo inglés, recoge las inseguridades que deben afrontar los hombres para ser «masculinos» cuando las mujeres se niegan a ocupar su puesto tradicional. En su libro *La transformación de la intimidad* (2000) sostiene que existen dos respuestas de los hombres ante los retos contemporáneos a las diferencias de género, una negativa y otra positiva. La primera estaría representada por el aumento de los malos tratos y la violencia masculina; la segunda sería una nueva forma de negociar las relaciones de género y una mayor intimidad de trato entre los hombres y las mujeres. Aunque el autor presenta una evidencia empírica bastante inadecuada, coincide con los argumentos de otros teóricos sobre las inseguridades que subyacen a las nueva formas de identidad y las posibilidades de transformación política que ofrecen.

Parece que nos encontramos en una auténtica encrucijada, en la que a todo proyecto de crear una política de la diferencia debe contraponerse una nueva forma de política transformadora que suponga necesariamente un reto a la construcción de identidades masculinas y femeninas opuestas entre sí. Por mi parte, sin embargo, debo recordar que aún no

hemos resuelto el ya antiguo dilema de la política feminista. Reivindicar un puesto desde el que pueda hablar la mujer supone tener al menos una noción de lo que es la feminidad, y no parece compatible con su deconstrucción y posterior disolución en una red movediza e inestable de diferencias múltiples. Según Nancy Fraser, una política transformadora requiere que todos «nos desliguemos de las habituales construcciones culturales de nuestros intereses y nuestras identidades» (1997b: 31). A mi parecer, se trata de un imposible en unas condiciones sociales y económicas como las actuales, en las que se mantienen las profundas desigualdades materiales entre los hombres y las mujeres. La propia Fraser reconoce que este tipo de política —que ella califica de «cultural, deconstructiva y feminista»— y otros más antiguos y convencionales dentro del feminismo (las campañas en el puesto de trabajo, por ejemplo) están aún «muy alejados de los intereses y las identidades de la mayoría de las mujeres» (pág. 32). Aun así, creo que debemos mucho a Fraser y a su concepto de la deconstrucción de las identidades, porque nos anticipa el trabajo futuro, que consistirá, cuando las construcciones binarias de la diferencia de género hayan perdido su importancia, en proponer a las mujeres que se convierten en «Mujeres».

Otras lecturas

En los últimos años se ha producido un estimulante aumento de estudios sobre el viaje, el desplazamiento, la emigración, las diásporas y las identidades fronterizas, dentro y fuera del ámbito geográfico. Sobre la importancia de los viajes, Mary Louise Pratt ha escrito un libro fascinante, centrado especialmente en las Américas, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation* (1992). Las geógrafas Alison Brunt y Gillian Rose son editoras de una interesante obra sobre la literatura de viajes, relacionada en su mayor parte con el antiguo imperio británico y titulada *Writing Women and Space: Colonial and Postcolonial Geographies* (1994). El li-

bro de Rosi Braidotti, *Nomadic Subjects* (1994), es una obra teórica muy estimulante. Las ideas políticas de Nancy Fraser se encuentran en su último libro, *Justice Interruptus: Critical Reflections on the 'Postsocialist' Condition* (1997). La colección de artículos del antropólogo Ulf Hannerz, *Transnational Connections: Culture, People, Places* (1996), se ocupa de algunas consecuencias de los traslados a grandes distancias y las corrientes culturales para las ideas sobre la comunidad y el ámbito local. Finalmente, la obra de Kate Soper, *Troubled Pleasures: Writings on Gender, Politics and Hedonism* (1990), es, como indica su título, una reflexión sobre la búsqueda del cambio político, sin por ello dejar de pasarlo bien.

9
Posdata: reflexiones sobre los dilemas de la investigación feminista

Introducción

En este capítulo final el lector encontrará un cambio de perspectiva, ya que me propongo reflexionar sobre la investigación feminista dentro de la geografía observando los debates a través de la lente de los intereses que guían mi propia investigación. Aunque he introducido en los capítulos anteriores un gran número de fragmentos de trabajos con base empírica, no he abordado directamente los problemas que han debido afrontar sus autoras para llevarlos a cabo. Se ha debatido acaloradamente, durante muchos años, la posibilidad de realizar una investigación explícitamente feminista, y existe una abundante literatura, con distintas y numerosas perspectivas disciplinarias, sobre la forma más apropiada de desenmascarar las diferenciaciones de género, que se plantea cuál puede ser la metodología más apropiada para la indagación feminista. En esos debates han participado muchos geógrafos y geógrafas (véanse, por ejemplo, Dyck, 1993; England, 1994; Gibson-Graham, 1994; Gilbert, 1994; Katz, 1994; Kobayashi, 1994; McDowell, 1992c; Nast, 1994; G. Pratt, 1993; D. Rose, 1993; Staeheli y Lawson, 1994).

The Professional Geographer incluyó en 1995 una serie de artículos especialmente interesantes, escritos por varias geó-

grafías que habían empezado su carrera profesional en época relativamente reciente. Estas mujeres, la mayoría profesoras de universidades estadounidenses y canadienses, trabajaban en un medio que toleraba e incluso fomentaba la investigación feminista. Mi carrera de geógrafa feminista había comenzado unos veinte años antes, cuando este tipo de enfoque no estaba tan asentado y aún no se habían realizado muchos de los trabajos que constituyen hoy el punto de partida de otros. Conviene recordar que los estudios feministas se toleran, no hablemos ya de verse respaldados, desde hace relativamente poco tiempo en el mundo de la geografía. Para demostrar expresivamente hasta qué punto han cambiado las cosas, he decidido acabar este libro con una mirada más personal a la investigación feminista, sirviéndome tanto de mi propia experiencia como de las reflexiones de quienes han trabajado en la geografía y otras disciplinas afines aproximadamente en la misma época.

Pretendo que este capítulo, lejos de representar una concesión egocéntrica, sea una contribución a la corriente reflexiva de la última literatura geográfica. En el segundo libro, realizado por miembros del Women and Geography Study Group (1997) podemos encontrar también algunas exposiciones paralelas de su propia historia y condición de geógrafas feministas que escriben en el momento presente. Como las participantes en el *Professional Geographer,* muchas de esas escritoras habían acabado sus estudios de geografía después que yo; el lector puede comparar sus ideas sobre su carrera personal con las mías.

A principios de los años setenta, nada más acabar mi carrera, resultaba muy difícil plantearse (no digamos conceptualizar formalmente) muchas cosas que hoy parecen normales en nuestra disciplina. En 1971 abandoné la universidad de Cambridge con una sólida preparación en técnicas y métodos cuantitativos a mis espaldas —en ese momento estaba vigente en el departamento la revolución cuantitativa—, además de todo un bagaje de conocimientos geográficos regionales. Dudo de que las palabras «política» y «Estado» se pronunciaran jamás en los tres años que estuve allí, y, desde luego, la palabra feminismo no se oyó nunca.

En 1989, Caroline Ramazanoglu escribió un artículo en el que reflexionaba sobre el punto de partida feminista de la disertación que escribió a comienzos de los sesenta para su tesis doctoral, no mucho antes de comenzar mi carrera. Ramazanoglu comentaba allí que los nuevos estudios feministas, realizados durante los años setenta y ochenta, le habían hecho pensar en sus primeros trabajos y comprender la importancia del género, la subjetividad, la emoción y el poder en el momento de realizarlos.

> En 1960-61 estaba analizando una muestra de mujeres casadas que trabajaban por turnos a tiempo completo como conductoras de autobuses, camareras o empaquetadoras de azúcar. Había inscrito mi investigación como tesis doctoral, siguiendo la tradición del empirismo británico de posguerra, en el marco de una metodología implícitamente positivista. Aunque los conocimientos que aporta dicha metodología se convalidan dentro de esa posición, lo cierto es que en el marco de otras posiciones metodológicas podríamos juzgarlos inadecuados [...] Me gustaría considerar en qué aspectos habría sido más eficaz un estudio comparable de trabajadoras por turnos desde el punto de vista feminista.
>
> En 1960 todo el mundo estaba convencido de que la investigación producía conocimiento objetivo. Procedí según el método hipotético-deductivo, dando por sentado que los hombres eran el centro del mundo social. Las mujeres se definían con relación a ellos [...] [Este] punto de partida científico, centrado en el hombre, de mi trabajo acabó por construir a las trabajadoras por turnos como una «anomalía», porque ese tipo de trabajo les impedía atender a sus obligaciones «normales» con su esposo y sus hijos. En efecto, lo que definía a aquellas mujeres no era el trabajo, sino dichas obligaciones [...] Mi primer problema fue encontrar un vínculo entre las teorías sociales y las mujeres casadas que trabajaban por turnos, pero como se las consideraba una anomalía social, nunca pude encontrar una ligazón satisfactoria.
>
> Había también otros problemas que no aparecían en los textos sociológicos de la época y que no podía afron-

tar con los medios que me había proporcionado mi educación. Todos ellos tenían que ver con relaciones de poder no reconocidas. Mi edad también era un problema, porque denotaba (con toda exactitud) inexperiencia, pero los grandes silencios de mi tesis se corresponden con el género, el sexo, la clase, la raza, el control y la objetividad [...] También me faltó la conciencia del proceso y el contexto de la investigación como parte de la misma. No disponía ni de métodos ni de conceptos que me ayudaran a producir alguna forma de conocimiento a partir de lo que pasaba en la vida de aquellas mujeres, en la organización de su trabajo y su vida doméstica, y en el proceso de investigación (Ramazanoglu, 1989: 427-8).

Debió de ser una experiencia común a las aspirantes a estudiosas feministas de los sesenta y los setenta. En 1993 entrevisté a Susan Hanson (profesora de geografía de Clark University, en Worcester, Massachusetts, un lugar importante para las mujeres y para la investigación feminista) sobre su carrera de geógrafa. Durante el curso de la entrevista me contó que el desarrollo de las teorías feministas la había ayudado a esclarecer su creciente interés por la situación de desigualdad de la mujer que se desprendía de los análisis a tiempo estimado emprendidos como investigadora posgraduada en una época dominada por los análisis positivos y cuantitativos (véase McDowell, 1994a). Comenzó su trabajo de graduación a finales de los sesenta, un periodo de su vida que ella recordaba así:

> Empecé a investigar los modelos de viaje en Uppsala (Suecia). Cuando yo estudiaba en el departamento de graduados, la geografía conductista estaba comenzando; fue la primera grieta en el muro de la historia positivista, el primer rumor de que todos tenemos una idea parcial que depende, entre otras muchas cosas, de nuestra situación espacial. Durante los años setenta comencé a interesarme por el género, y utilicé los datos de Uppsala para estudiar los modelos de actividad de los hombres y las mujeres. Uno de los hilos conductores de mi trabajo fue mi interés por los itinerarios con varias metas, o «encade-

namiento de itinerarios», que guardaban relación con la complejidad de la vida femenina, con la combinación de todo tipo de actividades en el camino cotidiano del espacio-tiempo. Criticaba a los planificadores del transporte por pensar que el recorrido más importante que programa la gente es el camino al trabajo, que, por otra parte, consideraban un recorrido simple, de una sola parada.

En ese momento no me influía el feminismo, pero no hizo falta para que me diera cuenta de que las mujeres tienen una vida más complicada. Yo vivía completamente al margen del feminismo. ¿De dónde me surgieron las preguntas? Luego, en algún momento de los setenta, el feminismo comenzó a influirme, pero ya me había planteado muchos interrogantes la geografía conductista (McDowell, 1994a: 21).

Y Janet Twonsend, una geógrafa británica de parecida edad y condición, me contó cómo había cambiado el enfoque de su investigación del feminismo. Al comentar la ceguera en materia de género de sus primeros trabajos, le divertía pensar que en la tesis doctoral que escribió sobre una zona hispanohablante de los Andes pasó por alto todo lo referente a las relaciones de poder entre los hombres y las mujeres. Visto a la distancia de una década de experiencia como geógrafa feminista a sus espaldas, comprende que con aquellos mismos datos, en las mismas circunstancias, tendría que haber llegado a una interpretación diferente. Su nuevo análisis, desde una perspectiva feminista, de las pruebas, de los comportamientos y el contexto social concreto, les confiere ahora otro significado; es un ejemplo claro de que en la geografía actual se acepta mejor que antes que los «hechos» responden a una teoría.

Cuando Susan, Janet y yo comenzamos nuestra carrera de investigadoras aún predominaba en la disciplina la idea de que toda indagación se basa en un ideal científico de objetividad que niega las experiencias y las interacciones personales entre la investigadora y sus informantes. Pero estos breves ejemplos demuestran que los hallazgos de una investigación no son fijos e inmutables, porque se hallan someti-

dos a distintas interpretaciones a medida que la disciplina cambia y se ve influida por otras perspectivas, ya sean marxistas, feministas, posmodernistas o de cualquier otra naturaleza, y varía la metodología comúnmente empleada por cada perspectiva. Para las geógrafas, los conjuntos de relaciones socioespaciales y el significado de cada lugar, así como su análisis, no son permanentes ni constantes, sino múltiples y variados. En definitiva, son la construcción de cada investigadora, con su distinta concepción, que puede tener o no experiencia de los fenómenos que considera, cuya profundidad y ansia de lecturas y de imaginación es variable, y cuya interpretación de unos hechos semejantes puede cambiar con el tiempo, porque tanto ella como sus conocimientos y su vida se ensanchan y se profundizan y cambia la propia naturaleza de la geografía como disciplina.

Aunque este planteamiento despierta aún una gran oposición en el mundo de la geografía, la aceptación de que los lugares y los acontecimientos poseen múltiples significados e interpretaciones, y que deben considerarse a distintas escalas, está ya bastante extendida. Los geógrafos influidos por lo que se ha llamado el «giro cultural» en una parte de las ciencias sociales y las humanidades comienzan a ver los lugares como una especie de texto espacial, susceptible de ser interpretado por distintos «lectores», situados y diferenciados entre sí por el género, la clase, la etnicidad, la edad y la experiencia de vida (Barnes y Duncan, 1992; Duncan y Ley, 1994; Duncan y Duncan, 1988; McDowell, 1994b). Se ha dicho que la percepción de un lugar varía con los ojos que lo contemplan. Llevando el argumento hasta el final, toda la literatura académica, como sostiene Gerry Pratt en sus reflexiones sobre el feminismo y la influencia del pensamiento posmoderno, «debe considerarse más un proceso que un producto» (1993: 51).

Aunque esta opinión se pone en duda y se atribuye con frecuencia a los seguidores del enfoque «posmoderno», el hecho de que la mujer vea el mundo con ojos distintos ha sido siempre uno de los pilares de la investigación feminista. Desde los primeros momentos de la geografía feminista, hace ya

unos treinta años, se ha mantenido que los hombres y las mujeres están situados de un modo distinto en el mundo, y que no es menos diferente la relación que establecen con los lugares en donde viven. Estas diferencias son el resultado de un conjunto estructurado de desigualdades que sitúan a la mujer en un puesto inferior, donde sufre la opresión del hombre en distintos espacios y tiempos. Aunque, como he comentado en estas páginas, ya se acepta por completo que las formas de la opresión de las mujeres varían histórica y geográficamente, e incluso que la mera distinción binaria de los géneros supone una concepción excesivamente polarizada del mundo, el interés por cambiar las relaciones de poder y la desigualdad basadas en las divisiones de género distingue a las feministas de los análisis posmodernos de la diferencia. En este sentido, los estudios feministas son aún un proyecto propio de la modernidad, con una finalidad política y progresiva.

¿Mujeres que estudian a mujeres?

Todas las geógrafas feministas, entre ellas Susan Hanson, Gerry Pratt, Janet Townsend y yo misma, dimos por descontado, al principio, que el objeto de nuestra investigación eran las mujeres. Aunque parezca trivial o evidente, convendrá reflexionar un momento sobre las diferencias entre los siguientes términos: mujeres, hombres, feminidad, masculinidad y relaciones de género. Mientras que los dos primeros nos inducen a investigar la conducta espacial, la actitud de cualquier hombre o cualquier mujer, dando por sentado su género con las características asociadas, el segundo par nos mueve a cuestionar la asociación de las características *sociales* de la feminidad (sumisión, pasividad, capacidad de cuidar a otros, comportamiento emotivo, etc.) y la masculinidad (agresión, racionalidad, control de las emociones, etc.) con las diferencias biológicas entre los hombres y las mujeres, y a preguntarnos si esos atributos se reflejan, y cómo, en el cuerpo. Planteándonos las preguntas en términos de *rela-*

ciones de género, será evidente que para llegar a alguna conclusión sobre las mujeres, necesitamos también formularnos preguntas sobre los hombres. Esta comprensión relacional, siempre explícita en las primeras investigaciones, básicamente diseñadas para plantear una batería de preguntas geográficas sobre el porqué de la diferencia de la mujer respecto al hombre, no lo fue en las primeras investigaciones de geografía, cuyo enfoque se mantuvo siempre dirigido exclusivamente a las mujeres.

Ahora, sin embargo, se acepta que para estudiar la situación de la mujer como «otro» subordinado del hombre, y la construcción social de la feminidad, en tanto que condición inferior a la versión idealizada de lo masculino, habrá que investigar tanto sobre los hombres y la masculinidad como sobre las mujeres y la feminidad. Como sostiene Alison Scott, a propósito de su interés concreto, la segregación de género en el puesto de trabajo parece ahora un tema elemental, pero en aquellos primeros años los ojos de las investigadoras feministas se dirigían, casi sin excepción, a las mujeres; por eso escribe:

> Desde hace aproximadamente diez años, la investigación sobre la mujer y el empleo se ha ido centrando en la segregación de género, es decir, sobre el hecho de que las mujeres tienden a trabajar en oficios en los que predominan las mujeres, y los hombres en oficios en los que predominan los hombres, lo cual ha demostrado ser una de las dimensiones más profundas y duraderas de la desigualdad en el mercado de trabajo. Con todo, la proporción de un sexo en un determinado trabajo sólo se toma seriamente como variable del mercado laboral de un tiempo a esta parte, y sólo en los estudios sobre la mujer y el empleo [...] Es [sin embargo] un dato esencial para el análisis del empleo, al margen de que la investigación se ocupe o no del género.
>
> [El libro se ocupa de la] innovación tecnológica [en varios aspectos. Uno de los cuales es] la inclusión de los hombres [...] que quizá resulte evidente para muchos investigadores actuales de este campo, pero no debemos olvidar que la segregación de género aún se entiende mayo-

> ritariamente como un «problema de mujeres». Más aún, los primeros estudios al respecto sólo se ocupaban de las mujeres y, quizá como consecuencia de ese hecho, apenas existen datos disponibles para los hombres. Los estudios sobre el empleo masculino —que dominaron la investigación de las relaciones industriales y los mercados de trabajo durante mucho tiempo— no se ocupaban concretamente de la segregación de género [...] y la comparación sistemática entre los hombres y las mujeres —esencial en el análisis de la desigualdad relativa— no podía practicarse (Scott, 1994: 1-3).

Las consecuencias para el diseño de la investigación y la selección de los informantes son bastante evidentes. De ahora en adelante tendremos que incluir a los hombres en las muestras, para conocer legítimamente la posición relativa de las mujeres. Así, en mi trabajo sobre la segregación laboral en los bancos comerciales, comparé muestras de hombres y mujeres que compartían el empleo, para abordar los problemas de las diferencias de sueldo en los mismos puestos, las cualificaciones, las historias del trabajo, los proyectos y las pautas de promoción (McDowell, 1997a).

Pero el enfoque inicial en las mujeres tuvo su importancia y produjo interesantes resultados. Para muchas feministas, estudiar a las mujeres fue una decisión política, una estrategia para hacernos visibles, para desenmascarar nuestra anterior exclusión del *corpus* de la investigación geográfica (uno de los primeros trabajos, por ejemplo, se llamó «Sobre la exclusión de la mitad de la humanidad en la geografía humana» (Hanson y Monk, 1982, véase el extracto más adelante). Desde entonces se ha producido un largo debate sobre la significación política de la diferencia entre llamar a esta investigación estudios de mujeres o estudios de género, porque en este último caso se temía la cooptación de los hombres. Pero el enfoque en la mujer y la designación «estudios de mujeres» planteaba también sus riesgos. En el ámbito de la geografía se produjo enseguida una fácil asociación de la «geografía de mujeres» con las académicas y las estudiantes. Muchos pensaron que aquel nuevo tipo de trabajo era sólo

para ellas, y que en cuanto se hicieran un hueco en un curso, una revista o un departamento, se les olvidaría. Los demás investigadores seguirían como siempre, impasibles ante las divisiones de género o las relaciones de poder, y prácticamente sin querer darse cuenta de que aquellos individuos sin género ni cuerpo que constituían el objeto de sus investigaciones eran, casi siempre, hombres. Nótese en el siguiente extracto que Hanson y Monk eran conscientes de estos peligros y rechazaban esa separación ya en su trabajo de 1982:

> Nuestra intención aquí es identificar las tendencias sexistas de la investigación geográfica y evaluar sus consecuencias para la disciplina en su conjunto. No acusamos a los geógrafos de haber sido conscientemente sexistas en la ejecución de sus investigaciones; sólo queremos constatar que, al omitir a la mujer, la mayor parte de los estudios geográficos han sido pasivamente sexistas, a veces sin siquiera darse cuenta. No nos planteamos condenar a ciertos investigadores, ni a sus tradiciones, sino provocar una crítica constructiva de cómo incorporar la perspectiva feminista a la geografía.
>
> Nos parece que existen dos caminos alternativos a la posibilidad de feminizar la disciplina. Uno de ellos sería el desarrollo de una fuerte corriente feminista de investigación que constituyera un hilo conductor más entre los muchos de la trama que forma la tradición geográfica. Apoyamos esa investigación como un hecho necesario, aunque no suficiente. La segunda vía, y la que nosotras preferimos, es fomentar la perspectiva feminista en todas las corrientes de la geografía humana, de tal modo que los asuntos relacionados con la mujer se incorporen a todos los proyectos de investigación geográfica (pág. 11).

Si nos fijamos en la lista de profesionales que se han ocupado en los últimos años de introducir la vida de las mujeres en los proyectos geográficos, veríamos que está compuesta casi exclusivamente por nombres de mujeres. Parece ser que antes nuestros colegas de género masculino no se daban cuenta de que también ellos eran un género, o no creían que las mujeres fueran dignas de estudio. En aquellos años, las inves-

tigadoras feministas insistieron en abrir a la investigación todo un conjunto de áreas, algunas de ellas a la más genuina escala espacial. Se trataba de temas relacionados con la sanidad infantil, las relaciones domésticas de poder, el trabajo de la casa, los ciclos vitales de la mujer (las madres solteras, las viudas, etc.) y su relación con la conducta espacial; el temor de las mujeres a la violencia en las calles, su trayecto hasta el puesto de trabajo, su acceso a los recursos sanitarios, sus redes de amistades, su movilidad (o falta de movilidad) social, su trabajo informal o voluntario para la comunidad, en distintos momentos de desarrollo económico, tanto en las sociedades avanzadas como en las del «Tercer Mundo». Puesto que eran temas nuevos o nunca reconocidos, el mayor reto estribaba en reunir la información necesaria y las baterías de datos.

La recopilación de datos

Una de las primeras cuestiones metodológicas, por tanto, fue saber si existían fuentes de datos realmente útiles. Joni Seager y Ann Olson abordaron esta tarea con alcance internacional y crearon un atlas innovador y maravilloso, *Women in the World* (1986), que está aún disponible en una tercera edición debida a Joni Seager (1997). Janet Townsend (1991) ha realizado unas tablas muy útiles con los tipos de información que se necesitan para realizar un trabajo comparativo y construir lo que ella misma denomina una geografía regional del género, que revele las enormes variaciones que existen en la vida y las oportunidades de los hombres y las mujeres. La reproduzco aquí para que se vea lo que aún queda por hacer si se quieren describir las desigualdades basadas en el género (véase la tabla 3).

El problema de la falta de unas estadísticas precisas es, como cabe esperar, difícilmente separable de las cuestiones de tipo conceptual. Por ejemplo, no podrán reunirse datos estadísticos relativos a las actividades no remuneradas a no ser que las califiquemos de «trabajo» y, por tanto, cuenten como materia propia de la geografía económica, al modo que

cuenta el trabajo asalariado, y aunque la economía «informal» ha constituido siempre un foco de interés para los geógrafos que trabajan en los países «en vías de desarrollo», la idea de que el trabajo remunerado, dentro de la economía «formal» y en las sociedades «avanzadas», ha sustituido por completo a otras formas de producción nos impide recopilar los datos relativos a estas últimas, considerando, además, que, hasta hace poco tiempo, eran prácticamente un terreno exclusivo de la mujer. Aquí, las feministas que se dedican a la geografía manifiestan un interés común con las economistas, ya que, por ejemplo, las estadísticas del producto nacional bruto y el producto interior bruto no suelen incluir el trabajo doméstico [véase, por ejemplo, la argumentación de Marilyn Waring, en su libro *If Women Counted* (1989)], pero no se olvide que, como hemos visto en el capítulo 5, el gobierno británico ha hecho últimamente un gesto en esa dirección.

Una reflexión sobre los métodos feministas

Al abordar la tarea de hacer más visible para las geógrafas la vida de las mujeres en las distintas partes del mundo, las feministas se plantearon la posibilidad de encontrar otras formas de realizar su trabajo. La pregunta parecía especialmente importante para ciertas áreas de la geografía del desarrollo, urbana y social, en las que los métodos establecidos eran los cuestionarios, las entrevistas y los estudios de casos. ¿Existiría un modo netamente feminista de «administrar» un cuestionario, por ejemplo? En efecto, el propio verbo administrar, como aconsejan los textos tradicionales sobre los métodos de la geografía humana para mantenerse a distancia del «sujeto» investigado, impone ya la búsqueda de una objetividad y una falta de compromiso, por miedo a sesgar o contaminar las pruebas con la interacción personal. Todo ello es claramente contrario a ciertas ideas fundamentales del movimiento de las mujeres, tales como la participación, la empatía de unas con otras y el apoyo a nuestras «hermanas».

TABLA 3. *Datos más comunes para una geografía regional de género*

En teoría, todas estas variables pueden utilizarse a cualquier escala, de la local a la internacional, pero los datos no siempre están disponibles. (La mayoría se utilizan en algunas zonas, pero sólo las que aparecen con asterisco son internacionalmente accesibles; en cuanto a su calidad y posibilidades de comparación pueden ser aún pobres.) La clasificación de las variables es necesariamente torpe, y en muchas se superponen las clases. La diferenciación dentro de un mismo género es a veces tan importante como la que existe entre un género y otro.

EL GÉNERO Y LAS DIVISIONES ESPACIALES DEL TRABAJO: ¿QUIÉN HACE QUÉ Y CUÁNDO, DÓNDE Y CÓMO LO HACE? (todos los datos por géneros)

Tiempo estimado.
Trabajo no remunerado: porcentajes de participación, tipos de actividad, cuota de trabajo.
Trabajo remunerado: a tiempo completo: porcentajes de participación*, cuota de mano de obra*, desempleo.
Trabajo remunerado: a tiempo parcial y/o temporal: porcentajes de participación, cuota de mano de obra.
Trabajo remunerado: porcentajes de participación de personas solteras, casadas y divorciadas, y por padres, edad y número de hijos dependientes.
Concentración y segregación ocupacional e industrial.
Duración de la vida laboral.
Ingresos, distribución de los ingresos, salarios/otros ingresos.
Afiliación sindical.
Proporción cubierta por la seguridad social o planes de seguros.
Proporción dependiente del apoyo estatal.
Propiedades, derechos de usufructo, acceso al crédito.
Tiempo libre, actividades de ocio.

EL GÉNERO Y EL CONTRATO SEXUAL

Porcentajes de sexualidades diferentes.
Edad legal y edad media del primer matrimonio, por géneros.
Índice de matrimonios, índice de divorcios.
Predominio del matrimonio consensual, predominio del matrimonio concertado.

continuación tabla 3

Porcentaje de adultos: solteros, siempre casados, divorciados, viudos, por géneros y edades.
Nacimientos por mujeres solteras y por mujeres adolescentes; porcentaje de mujeres sin hijos y de adopciones.
Estructura de la familia, porcentaje de casas mantenidas por mujeres, proporción de mujeres que viven solas.
Índice de prostitución, por edades y géneros.
Violencia: incidencia de violaciones maritales, de homicidios, agresiones, incestos, abusos de menores, por el género del agresor y de la víctima.
Mutilaciones genitales (ablación o infibulación en las niñas, castración en los niños), por géneros.

EL GÉNERO Y EL ESPACIO

Espacio personal, espacio de actividad (cotidiana y en el curso de la vida), utilización del transporte (público y privado) y emigración, por edades y géneros.
Porcentaje de los sexos en el ámbito rural y urbano, por edades y géneros.
Residencial marital y matrimonio a distancia.
Incidencia de la reclusión, el velo y el purdah.
Acoso sexual no marital, violaciones, agresiones, homicidios: incidencia en la casa, el puesto de trabajo y los espacios públicos, por el género del agresor y de la víctima.
Papel que desempeña el Estado en el género.

Poder político formal (todos los datos por géneros)

Sufragio*, votantes registrados, afiliación a los partidos políticos.
Cargos a los distintos niveles de gobierno, poder legislativo y poder ejecutivo.

Derechos legales

Derechos individuales por géneros.
Derecho a la igualdad de oportunidades, igualdad de salario, etc., si existe*.
Derechos de los homosexuales.
Derechos de maternidad y paternidad, derecho al aborto.
Derechos paternos y maritales; derecho al divorcio, por géneros.
Herencia.

continuación tabla 3

Políticas estatales de género, p. ej., servicio militar obligatorio, subsidios por maternidad, censura.

EL GÉNERO Y EL BIENESTAR (todos los datos por géneros)

Esperanza de vida*, edad media.
Mortalidad por causas y edades, incluida la infantil* y por parto*.
Morbilidad, incluida la incidencia de la infertilidad y el índice de enfermedades de transmisión sexual.
Tipos definidos de incapacidad o invalidez.
Atención sanitaria, p. ej., inmunización.
Nutrición, edad de la pubertad.
Índice de suicidios, delincuencia, alcoholismo, etc.

EL GÉNERO Y LA REPRODUCCIÓN BIOLÓGICA

Porcentajes de los sexos* (especificado por edades y en conjunto).
Contracepción (tipo, acceso, grado de utilización*), porcentaje de abortos*.
Índices totales de fertilidad (mujeres*; raramente disponibles para hombres).
Índice de fertilidad* (número de hijos de menos de cinco años por cada mil mujeres adultas).
Preferencias en el sexo de los hijos, infanticidio, por géneros.

EL GÉNERO Y LA REPRODUCCIÓN SOCIAL

Ayuda para el cuidado de los hijos

Educación (todos los datos por géneros y, cuando sea posible, por edades).

Índice de alfabetización*.
Índice de matriculación* y asistencia.
Grados de realización y especialización.
Número de profesores por categorías, materias y nivel de alumnos.

Religión

Adscripción religiosa: significación por identidad de género, espacio de actividad y oportunidades.

Continuación tabla 3

Costumbres de género
Organizaciones de género, p. ej., clubes.
Representaciones del género y la sexualidad en los medios.
Actitud frente a las violaciones y el mal trato a las esposas.
Dote o compra de la novia.
Sistemas de parentesco.
Diversidad a nivel local, regional o nacional.
Etnicidad
Resistencia: el género y el cambio.
Organizaciones que persiguen el cambio de la actual construcción de género.
Casas de acogida para esposas maltratadas y víctimas de violaciones.

Fuente: J. G. Townsend, «Towards a Regional Geography of Gender», *Geographical Journal,* 157 (1991), págs. 26-7, tabla 1.

La tabla 4 está tomada de un estudio de principios de los años ochenta sobre las diferencias entre los métodos tradicionales de investigación y los métodos alternativos de una socióloga feminista, pero se puede aplicar igualmente a la geografía de la época (aunque resulta interesante comparar las semejanzas que presentan las características de los métodos alternativos con las discusiones entre los geógrafos de los años ochenta a propósito de las ventajas de los estudios de casos, véase Sayer y Morgan, 1985, por ejemplo).

TABLA 4. *Comparación de las aspiraciones de los métodos de investigación.*

Los métodos mayoritarios aspiran a	*Un método alternativo admitiría*
Ser exclusivamente racionales en la investigación y el análisis de los datos	Ser una mezcla racional e intuitiva, que obtiene resultados inesperados, en investigaciones y análisis
Ser científicos	Ser preciso pero artístico
Orientarse hacia estructuras cuidadosamente definidas	Estar orientado hacia el proceso
Ser completamente impersonales	Ser personal
Orientarse a la predicción y el control de hechos y cosas	Estar orientado a la comprensión de los fenómenos
Interesarse por la validez de los hallazgos para el mundo académico	Interesarse por el sentido de los hallazgos para el mundo académico y las comunidades interesadas
Ser objetivos	Ser una mezcla de orientaciones objetivas y subjetivas
Producir principios generales	Producir explicaciones específicas
Interesarse por hechos y procedimientos que se repiten	Estar interesado en un fenómeno único, aunque frecuente
Producir análisis completos de un problema de investigación	Limitarse a realizar descubrimientos parciales de acontecimientos que continúan produciéndose
Abordar los problemas con conceptos previamente definidos	Limitarse en generar conceptos en vivo, en el propio campo

Fuente: S. Reinharz, «Experiential analysis: a contribution to feminist research», en G. Bowles y R. Duelli-Klein (eds.), *Theories of Women's Studies,* Londres, Routledge y Kegan Paul, 1983, pág. 168, tabla 11.1.

Existía un general acuerdo en que los métodos participativos debían formar parte de una estrategia de investigación feminista. Toda mujer que entreviste a otra, se decía, debe reconocer y fomentar su comunidad de experiencia y provocar un intercambio de puntos de vista entre la investigadora y sus colaboradoras. De ahí el título de un influyente artículo de Ann Oakley, una socióloga feminista británica: «La entrevista a las mujeres: una contradicción en sus términos» (1981). Reconociendo nuestra condición humana, o mejor nuestra feminidad compartida, y acercándonos a los atributos documentados de las mujeres en una conversación interactiva, que no sea un interrogatorio o una mera entrevista, las feministas nos vimos estimuladas a compartir nuestras experiencias con otras mujeres y a obtener resultados útiles tanto para nosotras como para los sujetos que estudiamos. En la tabla 5, que amplía las series contrastadas de la 4, aparecen los atributos deseables de una investigación de estilo feminista, comparados con las formas convencionales de seguir una investigación.

TABLA 5. *Comparación del modelo feminista de investigación con el modelo convencional.*

	Convencional o patriarcal	*Alternativo o feminista*
Unidades de estudio	Definidas previamente, conceptos operativos establecidos como hipótesis	Los hechos naturales se insertan en los contextos en que están ocurriendo
Definición del enfoque	Limitado, especializado, específico y exclusivo	Amplio e inclusivo
Tipo de datos	Informes sobre conductas y actuaciones en cuestionarios, entrevistas y archivos	Sentimientos, conducta, pensamientos, intuiciones, actuaciones, como protagonista o como testigo
Tema de estudio	Un asunto manejable, procedente de la literatura especializada, seleccionado por la importancia de su contribución a la especialidad, a veces socialmente significativo	Problemas socialmente significativos, a veces relacionados con temas analizados en la literatura especializada

continuación tabla 5

Papel o investigación:		
en relación con el entorno	Se pretende el control, y se intenta manejar las condiciones de la investigación	Apertura, inmersión, trabajo apegado al medio y configurado por éste
en relación con los sujetos	Distanciamiento	Implicación, sentido del compromiso, participación, destino común
como persona	Irrelevante	Relevante, espera cambiar durante el proceso
influencia en el investigador	Irrelevante	Anticipada, registrada, comunicada y evaluada
Ejecución del método	Diseño previo, decidido *a priori*	Método determinado por las características únicas del campo elegido
Criterios de validez	Pruebas, evidencias, estadísticas, significación: el estudio debe ser reproducible y arrojar los mismos resultados para que los descubrimientos se consideren válidos	Completo, verosímil, ilustrativo, aporta conocimiento, sensible a la experiencia de los sujetos y de los lectores; el estudio no puede repetirse
El papel de la teoría	Decisivo, porque determina el diseño de la indagación	Surge de la realización de la investigación
Análisis de datos	Concertado *a priori*, descansa en la lógica deductiva. Se realiza cuando se tienen todos los datos	Realiza durante el estudio, depende de ideas que pueden cambiar a medida que progresa la investigación
Manipulación de los datos	Utilización del análisis estadístico	Creación de *gestalt* y de pautas de significado
Objetivos de la investigación	Probar hipótesis	Desarrollo del conocimiento mediante descripciones y conceptos fundados

continuación tabla 5

Formato de la presentación	Informe de la investigación, teniendo en cuenta la hipótesis de partida, o presentación de los datos obtenidos a partir de los instrumentos	Historia, descripción con conceptos nuevos que incluyen la documentación del proceso que condujo al descubrimiento
Fracaso	Insignificancia estadística, desacuerdos	El proceso no puede ilustrar el tema
Valores	La actitud del investigador carece de importancia, ni se reconoce ni se analiza, intenta no valorar y ser objetivo	La actitud de las investigadoras se describe y se analiza, el valor se reconoce, se demuestra y se califica
Papel del lector	Se remite a la comunidad de los especialistas, que evalúan el diseño de la investigación, su gestión y sus resultados	Se remite a las especialistas y a la comunidad interesada, que se comprometen; se valora la utilidad y la sensibilidad hacia las necesidades detectadas

Fuente: S. Reinharz, «Experiential analysis: a contribution to feminist research», en G. Bowles y R. Duelli-Klein (eds.), *Theories of Women's Studies,* Londres, Routledge y Kegan Paul, 1983, págs. 170-2, tabla 11.4.

La estrategia más común entre las feministas, esto es, entablar unas relaciones de colaboración, no de explotación, con las participantes, constituía una especie de variante de la metodología cualitativa, basada también en entrevistas profundas o en la observación participativa y los métodos de la investigación etnográfica. Se decía que el trabajo de campo cualitativo, detallista, a pequeña escala y en profundidad se adaptaba especialmente bien cuando las mujeres estudiaban a las mujeres, porque eran métodos utilizados para sacar el mayor provecho posible de la escucha, la empatía y la validación de las experiencias personales (compartidas). Se considera que los estudios de casos, en particular, permiten entablar una relación menos explotadora y más igualitaria entre la investigadora y los participantes que la de otros instrumentos y aproximaciones metodológicas.

Las relaciones e interconexiones que se crean con el tiempo entre una entrevistadora y sus informantes no son ya un problema a evitar, sino una parte valiosa del proceso indagador. Lo que se busca en los estudios de casos feministas no es la objetividad, sino la intersubjetividad, que se acepta como parte del resultado de la investigación, y no se excluye del producto final. Muchos textos sobre los métodos feministas de los años ochenta se ocupan de las formas interactivas de observación participativa, como método ideal de alcanzar los objetivos feministas. Según Duelli-Klein: «Una metodología que permite que las mujeres estudien a las mujeres en un proceso interactivo acabará con la explotación de la mujer como objeto de investigación» (1983: 95).

Cuando consideramos retrospectivamente estos argumentos nos damos cuenta de su exceso de optimismo. En efecto, en los intercambios de ideas más recientes sobre los métodos se reconoce, cada vez en mayor medida, que las relaciones de poder, incluso de explotación, no desaparecen sólo por el hecho de que seamos mujeres. Necesitamos reflexionar sobre nuestra posición, especialmente sobre el poder que implica. En 1992, la antropóloga feminista Helen Callaway decía que «el proyecto de "engendrar conocimiento" requiere que el estudio de otras sociedades, sus ideologías y sus relaciones de género, se realice junto a un estudio de nosotras mismas como identidades con género, lo que significa una autocrítica continua de las relaciones de poder que subyacen también a los discursos de nuestras sociedades» (véase Callaway, 1992: 30).

Una vez que hemos decidido a quién estudiar, hablar con otra mujer, ganarnos su confianza y descubrir cosas de todo tipo sobre su vida puede parecer lo más sencillo del mundo, pese a las diferencias de edad, clase y, a veces, nacionalidad que nos separan a las unas de las otras. Janet Finch, reflexionando sobre su estudio de las esposas de los clérigos y destaca «lo extremadamente fácil que le resulta a una investigadora, según mi experiencia, obtener material de otra mujer» (1983: 71). Pero esta facilidad para relacionarnos entre nosotras no nos libra de la relación de explotación social entre el

sujeto investigador y el sujeto investigado (aunque esto no quiere decir que el sesgo se incline siempre a favor del investigador) o incluso del peligro de traicionar a este último.

Judith Stacey (1988, 1990), una socióloga que se identifica como feminista, reconoce que su trabajo sobre las relaciones familiares en el Silicon Valley de California le hizo dudar de que los métodos cualitativos reduzcan la distancia entre la investigadora y sus sujetos, porque durante el curso de su detallado trabajo de campo etnográfico con dos familias extensas se vio mucho más atrapada en una red de relaciones de explotación, abandono y traición de sus informantes que en anteriores trabajos. Así, Stacey sostiene que «precisamente porque la investigación etnográfica depende de las relaciones humanas, del compromiso y del apego, los sujetos de la investigación corren el peligro de ser manipulados y traicionados por el investigador» (Stacey, 1988: 22-3). La autora describe varias situaciones (una relación lesbiana, un caso de paternidad secreta y unas actividades ilegales) cuyo conocimiento la puso «en una situación de falta de autenticidad, disimulo y traición potencial, quizá inevitable, que ahora me parece inherente al método del trabajo de campo» (pág. 23). Durante el desarrollo de mi tesis doctoral sobre los desvalidos inquilinos de los caseros del centro de Londres, me enfrenté a problemas muy parecidos, porque me hicieron confidencias que habría preferido no conocer o, lo que es aún peor, esperaban que yo pudiera aconsejarles o ayudarles en sus problemas con los caseros.

Daphne Patai, reflexionando sobre la posibilidad de una metodología interactiva —en su caso, para trabajar con mujeres del «Tercer Mundo»— reconoce la existencia de problemas semejantes, que resultan muy peligrosos cuando «las investigadoras feministas seducen inconscientemente a los sujetos de la investigación y despiertan expectativas e inducen a una forma de dependencia» (1991: 143). Las mujeres que estudian a otras mujeres se pueden encontrar con la circunstancia de ser más cultas, más poderosas y más ricas o de tener mayor acceso a todo tipo de recursos que sus sujetos. Es muy fácil despertar expectativas de intervención positiva

para favorecer a las mujeres estudiadas, y acabar traicionando o hiriendo sentimientos a ambos lados de la investigación.

La posibilidad de ser al mismo tiempo investigadora y activista política y feminista ha sido analizada por Nancy Scheper-Hughes, que prestó sus servicios de trabajadora sanitaria en un poblado chabolista de Brasil, al que luego volvió como antropóloga universitaria. Su libro, *Death without Weeping* (1992), es un emocionante relato de su largo compromiso en aquel lugar. El primer encuentro con el poblado ocurrió en su calidad de voluntaria de los Peace Corps. Scheper-Hughes tenía poco más de veinte años y trabajaba en la salud pública y el desarrollo comunal. Cuando volvió, quince años más tarde, doctorada en antropología, trató de relacionarse con las mujeres que había conocido durante su viaje anterior en un sentido más «académico» que personal, manteniendo una cierta distancia de ellas y de sus demandas cotidianas, pero en la visita final, cinco años después, se dio cuenta de que separar su papel académico de su anterior condición de amiga y activista no era ni posible ni apropiado. Vemos lo que opina de su cambio de situación en los siguientes extractos:

> Lordes, Tonieta, Biu y sus familias y amistades fueron mis vecinos más cercanos la primera vez que viví y trabajé en el poblado de chabolas de la colina desde 1964 hasta finales de 1966, y sus experiencias fueron una especie de varita mágica que siempre me llevaba a una antropología fenomenológica. Mi conocimiento de esa pequeña y atormentada comunidad humana se extiende ahora a un cuarto de siglo; por eso esta etnografía no procede de ningún enigma teórico (aunque también podrán encontrarse aquí), sino de dilemas y realidades prácticas (pág. 4).
>
> Durante este primer encuentro con Brasil, confieso que los antropólogos que traté ocasionalmente me parecieron individuos muy lejanos, más preocupados por esoterismos y cosas fuera de alcance que por las realidades prácticas cotidianas [...] Sin embargo, cuando volví habían pasado quince años y lo que me empujaba ya no era

> el activismo político, sino la antropología [...] En cuanto a Lordes, Biu y Tonieta, se unieron a mis antiguos vecinos y colegas para convertirse en —me temo que no es la mejor forma de llamarlos— «informantes» decisivos, «sujetos» de investigación, y ayudantes [...] al menos inicialmente (pág. 14).

Durante aquella visita, Scheper-Hughes estaba dispuesta a separar el trabajo académico del activismo político:

> Cada vez que las mujeres se acercaban a mí con sus peticiones, retrocedía, diciendo: «Este trabajo no tiene que ver con vosotras; ahora hago otra cosa. No puedo ser antropóloga y *companheira* vuestra al mismo tiempo.» Yo intentaba comunicarles mis nuevas reservas sobre la pertinencia de que una extraña desempeñara un papel activo en la vida de una comunidad brasileña, pero ellas hacían oídos sordos a mis argumentaciones (pág. 17).
>
> Cuando regresé cinco años después [dividí] mi tiempo, no siempre a partes iguales, entre el trabajo de campo y el trabajo comunal, tal como me definieron y me dictaron los activistas, mujeres y hombres, de la ciudad. Si ellos eran «mis» informantes, yo sería «su» *despachante* (un intermediario que facilita o acelera los asuntos) y me mantendría «a su disposición». Tuve que desempeñar un doble papel desde 1985, cuyo equilibrio fue muy difícil y casi nunca estuvo libre de conflictos (pág. 18).

En estos ejemplos, la investigadora tiene más poder que los sujetos, al menos en determinados sentidos, pero en algunas circunstancias las desigualdades de poder y el prestigio actúan en contra de ella. En mi propia investigación sobre la segregación laboral de género en los bancos comerciales, me tocó a mí suplicar y hacer antesala para que me recibiera gente poderosa que luego me dio muy poco a cambio. ¿Cuáles son los métodos más apropiados en estas circunstancias? Como subraya Finch, suele resultar fácil que otra mujer hable con nosotras, pero, según mi experiencia, las mujeres poderosas son mucho más reacias a compartir sus sentimientos y dar información sobre su vida. Otras veces, las investiga-

doras descubren que es también comparativamente fácil que los hombres se abran a ellas, acostumbrados como están a que les escuche una mujer comprensiva, aunque las relaciones entre un informante masculino y una investigadora son muy distintas a las que ésta puede entablar con un sujeto de su sexo.

¿Es ético utilizar la feminidad (incluso las «tretas» femeninas) para extraer información de un informante masculino?, y ¿qué tipo de imágenes de la feminidad, qué versión concreta de nosotras mismas, debemos presentar ante los distintos entrevistados? Aunque a una mujer le cueste poco facilitar el curso de la entrevista con un hombre, el hecho es, en sí mismo, frustrante, y demuestra lo difícil que resulta a veces romper el convencionalismo de las dicotomías hombre poderoso/mujer sumisa, hombre que habla/mujer que escucha. Yo he sostenido ya demasiadas entrevistas con hombres en posiciones de poder, que me decían lo que suponían que yo quería oír, sin pararse a escucharme.

Es evidente que entrevistar a un hombre, cuando se es mujer, constituye un reto a los supuestos metodológicos que han informado la investigación feminista. Las ideas dominantes sobre las experiencias comunes, al menos en términos de género, y el desarrollo de una relación comprensiva con la investigadora ya no valen. Esto no significa, sin embargo, que la crítica feminista de los métodos convencionales esté completamente equivocada. El hecho de que quien entrevista o es entrevistado sea hombre o mujer, comenta Callaway, se debe tomar muy en serio: «La comprensión profunda de nuestras identidades de género y de las complejidades codificadas de nuestro ser nos ofrece los mejores recursos para obtener datos de la vida de otras personas» (1992: 30).

Todos somos sujetos con género; por eso las interacciones de una investigación se ven influidas por las ideas establecidas al respecto —sobre el estatus y la autoridad, sobre el estar dentro o fuera de lugar—, que se relacionan con nuestra identidad de género. Los métodos de investigación reflexivos y los estilos de escritura que tienen en cuenta esas re-

laciones personales, en vez de ignorarlas, son válidos tanto para los sujetos femeninos como para los masculinos y para las relaciones entre ellos. Esos métodos, como sostiene Ramazanoglu, mejoran nuestra indagación.

No obstante, existen otros problemas éticos de difícil solución, que todos los investigadores que utilizan métodos cualitativos deben afrontar. Por ejemplo, ¿es ético revelar la finalidad de nuestro trabajo, e incluso nuestra ideología política, a los que simpatizan con nuestras ideas, y ocultárselo a los informantes que, sabemos a ciencia cierta, se negarían a hablar con nosotros si pudieran leernos el pensamiento? ¿Cómo reaccionar ante ideas que son ofensivas para nosotras —comentarios sexistas o racistas, por no ir más lejos— que los entrevistados expresan con toda libertad porque les ofrecemos confianza? En el siguiente fragmento de su texto, Carol Smart destaca algunos de los problemas que se le presentaron al entrevistar a un grupo de abogados y magistrados:

> Las posibilidades de emplear métodos de investigación feminista para entrevistar a abogados y magistrados son pocas. Desde luego, podía abrirme la puerta sola o declinar la ayuda para quitarme el abrigo, pero se consideraría un comportamiento revolucionario. En efecto, según mi experiencia las entrevistas dentro del mundo de la abogacía y la magistratura ofrecen pocas oportunidades para que surja una práctica feminista. Otra de las razones que lo explican es que casi todos los entrevistados creen compartir con la entrevistadora los mismos valores y quizá las mismas ideas políticas. Esto significa que para expresar una opinión contraria, la entrevistadora no sólo tiene que buscar la ocasión oportuna, sino también romper en el proceso la estructura que interfiere en el desarrollo de la entrevista. En otras palabras, ésta puede resultar imposible (1984: 155-6).

Es patente que los problemas éticos de este tipo no afectan sólo a las mujeres o a los trabajos de inspiración feminista, como podemos comprobar en el siguiente párrafo de Mi-

chael Keith, un geógrafo dedicado al trabajo político sobre el antirracismo, que analiza así los problemas que surgieron durante su trabajo de campo para la tesis doctoral:

> Mi trabajo de observación participativa con la policía [...] fue, como cabía esperar, decepcionante, poco representativo, antidemocrático y quizá indefendible (abstracto).
>
> Yo estaba interesado en [...] los conflictos éticos que necesariamente surgen en un reportaje etnográfico [...] Dicho en términos directos y específicos del problema, ¿qué podía responder el etnógrafo al racismo, el sexismo y otras manifestaciones de intolerancia por parte de los sujetos investigados? Los protocolos convencionales nos dirían que es impropio manifestar abiertamente nuestro juicio sobre esos desahogos, porque abriría una brecha en la confianza etnográfica.
>
> Había pasado ocho horas sentado en la zona de aparcamiento de una de las divisiones de la Policía Metropolitana más conocida por su enfrentamiento con la comunidad negra, dando mi tácita aprobación a las opiniones de los dos oficiales que estaban en el coche, y tratando de no criticar los comentarios que me resultaban ofensivos; algunos, por no decir todos, se habrían podido tachar fácilmente de racistas, pero cuando me decidí a enfrentarme a mis «informantes», de repente, sus ideas se hicieron más generales y apenas conflictivas (1992: 553).

Y si mordernos la lengua puede ser permisible, y deseable en determinadas circunstancias, para no destruir las posibilidades de interacción, no hablar con franqueza o realizar la investigación bajo una «tapadera» plantea un problema aún más grave. ¿Resulta ético y permisible ocultar a los informantes nuestra auténtica condición?

Por ejemplo, un grupo de investigadoras, que se identificaban como feministas, entraron a trabajar en varias empresas para realizar una investigación sobre las relaciones de género en el puesto de trabajo, y grabaron a escondidas las palabras y las actuaciones de sus compañeros. Oigamos la reflexión de la geógrafa feminista Pamela Moss sobre su in-

vestigación doctoral y las razones que la decidieron a presentarse como estudiante e investigadora:

> Emprendí la cuarta fase de mi proyecto de investigación para mi programa doctoral en la universidad McMaster. [En la primera fase] había trabajado durante tres meses y medio como sirvienta en una contrata de servicios domésticos [...] Aunque me costó decidirlo, me incorporé al empleo anónimamente. Creí que una inmersión tan completa en el ambiente me proporcionaría una comprensión durante del proceso de trabajo que no podría obtener de otra forma. Me parecía que el hecho de estar inmersa en el proceso me ayudaría a encontrar objetivos eficaces para mí misma y a participar en la búsqueda de objetivos de emancipación para un cambio político y social real desde dentro (1995b: 83).
>
> Naturalmente, me preocupaban algunas cosas [...] a propósito de mi relación con las empleadas de la contrata, mis compañeras. ¿La experiencia de ser sirvienta, la relación con el poder, el trabajo y la normativa, habría sido la misma si hubiera declarado mi condición de estudiante de doctorado, de ideología marxista y feminista, que estaba allí para saber lo que significaba ser una sirvienta dentro de una organización posfordista de trabajo doméstico asalariado, y para encontrar la forma de organizar a mujeres que se dedicaban a un trabajo espacialmente fragmentado? Exagero el caso para dejar sentado que lo que yo quería era la experiencia de ser sirvienta en una contrata de servicios, no ser una estudiante que deseaba aquella experiencia, aunque sabía que era imposible (1995: 84).

Pamela Moss descubrió que la diferencia entre su conducta y sus experiencias y las de las restantes mujeres le impedía «encajar»; por ejemplo, veían programas de televisión distintos y se llevaban cosas distintas para almorzar, pero cree que esas diferencias quedaron superadas en cuanto aprendió a caminar con pies de plomo sobre la estrecha línea que separa la sinceridad de la ocultación.

«Siempre era sincera. No les mentí sobre mi condición, ni quise engañar a nadie con informaciones falsas, pero, y

aquí es donde se quiebra la sinceridad, siempre esperaba a que me preguntaran. Pese a la dificultad, me sirvió para sentir mi conciencia de mujer que tiene que pasar por alto unos sentimientos tan incómodos y que, en su mayor parte, lo consigue» (pág. 86).

Pero Moss no nos dice en su artículo si acabó por confesar la verdad a sus compañeras, ni si hizo algo por participar en alguna campaña para mejorar las condiciones de ese grupo de mujeres de la clase obrera. Por mi parte, debo decir que cuando leí sus declaraciones me produjeron un cierto desasosiego.

Uno de los dilemas más difíciles de resolver en la investigación encubierta es qué hacer cuando sale a la luz la verdadera identidad del investigador o incluso su participación en alguna actividad ilegal. En su fascinante obra, *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio* (1995), el antropólogo Philip Bourgois narra las decisiones que tuvo que tomar al salir a la calle con los traficantes de crack, cuya confianza prometió no defraudar nunca, salvo en el caso de que se jugara un arresto policial. Incluso su matrimonio se vio sometido a ciertas tensiones, porque los jóvenes que llevaba a casa mostraban a veces una conducta antisocial.

Los dilemas éticos que plantea la adopción de un método realizado en profundidad, cualitativo e interactivo no tienen una respuesta sencilla. Como demuestran los ejemplos que vemos aquí, ni siquiera son exclusivos de la indagación feminista. Arlene Daniels manifiesta lo siguiente en un artículo sobre su forma de engañarse y también de descubrir cosas de sí misma durante el trabajo de campo:

> Por su propia naturaleza, los problemas éticos no siempre son claros, ni fáciles, ni, en última instancia, solubles; y, por la propia naturaleza del trabajo de campo, una puede encontrarse metida hasta el cuello en un cenagal de lazos personales, experiencias íntimas y sentimientos elevados y mezquinos, según los retos que deban afrontar nuestro sentido de la decencia, de la vanidad o del ultraje (1983: 213).

Aunque no existe una guía general para solucionar todos estos problemas, creo que cada cual debe luchar por mantener su grado de decencia y comportamiento ético, y tratar a los demás como preferiría que le trataran si los papeles del investigador y el investigado se dieran la vuelta.

La deconstrucción de las mujeres

Durante aquellos primeros y apasionantes años de la llegada de las mujeres a la comunidad académica geográfica quizá fuimos culpables de tomar por un hecho natural la diferencia entre los hombres y las mujeres, asumiendo que ellas tenían intereses en común, pero la investigación más reciente ha puesto en duda ambos supuestos. La investigación feminista ha variado sus enfoques y ya no se centra exclusivamente en las mujeres, sino que abarca la construcción social de la feminidad y la masculinidad, y los estudios de la construcción y mantenimiento de las múltiples identidades de género en un amplio conjunto de lugares, circunstancias y escalas geográficas, que van del hogar a la nación, pasando por el puesto de trabajo. Por otra parte, presta más atención al simbolismo y el significado, y a las representaciones de las relaciones de género en el arte, en los medios y en la cultura, minoritaria o popular, a lo que habría que añadir un mayor interés de las geógrafas (feministas) en las relaciones sociales materiales. Como dije en el capítulo introductorio, esta reorganización de los intereses forma parte de un giro generalizado hacia los problemas del significado y la representación en el conjunto de la geografía social y cultural.

Un cambio parecido nos ha llevado a aceptar, a veces con mucho dolor, que las mujeres estamos insertas en redes de relaciones desiguales de poder. Este reconocimiento supone un reto a las antiguas ideas de la comunión entre las mujeres, y obliga a investigar los fundamentos y el alcance de los intereses que nos separan. Como han señalado las mujeres de color, su situación en las sociedades occidentales, escindidas por el racismo, no puede compararse a la de las

blancas. Pero también nos separan la clase social, la edad y la situación familiar, las inclinaciones sexuales y la salud y la enfermedad (Chouinard y Grant, 1995). En distintos lugares y circunstancias, estas divisiones sociales separan a los distintos grupos de mujeres, produciendo líneas de diferenciación, y en determinadas circunstancias pueden enfrentar sus intereses. Así pues, para las investigadoras feministas de los años noventa, el primer paso consistirá en descartar que las mujeres sean un grupo de investigación *per se,* y en preguntarse qué mujer se quiere estudiar, por qué y en qué condiciones. ¿Qué es lo que hace de un grupo de mujeres una categoría susceptible de ser investigada? Con una mirada retrospectiva, como apuntaba Alison Scott a propósito de la inclusión de los hombres en la investigación feminista, ahora nos parecen evidentes las diferencias de una mujer a otra.

La atención a las diferencias y la multiplicidad de voces que existen entre las mujeres ha tenido efectos interesantes en la forma de presentar los resultados de la investigación feminista. Como se desprende de las tablas 3 y 4 del artículo de Reinharz, publicado hace ya muchos años, las estudiosas feministas siempre han asumido las ideas sobre la provisionalidad de sus resultados y la forma de representarlos. En los últimos estudios, sin embargo, se aprecia un intento novedoso y muy adecuado de deconstruir la naturaleza autoritaria de la voz del autor académico. Al contar las historias provisionales de la vida de unos determinados hombres y unas determinadas mujeres, la autora suele convertirse en participante de su propia investigación. El hecho de que sus propias experiencias y el curso de su vida le induzcan a plantear ciertas preguntas a los participantes en el proyecto de investigación constituye una parte válida de un proceso que ya no se guía por la «objetividad» académica. La investigación se comienza a considerar una historia entre muchas, incluso una «ficción». En este punto resulta instructivo el trabajo de reescribir las historias y las geografías coloniales, porque contrapone a la concepción de los anteriores geógrafos —por lo general, hombres blancos— las reinterpretaciones más recientes de las «pruebas»: cartas y documentos del Imperio, a

los que se han añadido diarios femeninos y cartas de mujeres que «sólo» eran esposas, para contar una historia más compleja y multidimensional, como he sostenido en el capítulo 7.

Pero cuando el reconocimiento de la variedad de voces llegue a formar parte de la propia comprensión de la identidad de género, surgirá un grave problema para los fundamentos de la investigación feminista. La tendencia de la filosofía posmoderna a la deconstrucción se ha combinado con los últimos desarrollos dentro de los estudios feministas para derrocar al sujeto racional y centrado de otros tiempos. Esto plantea problemas de difícil solución para los métodos de la investigación feminista, que asumen o dan por descontada la distinción entre el hombre y la mujer, y la condición de cada cual como identidad coherente. Las conexiones entre el género, la clase y la etnicidad, por ejemplo, ponen en cuestión el predominio automático de las divisiones de género, como comenta Gerry Pratt en el análisis retrospectivo de su obra: «Comenzamos a desentrañar el género [y] a narrar una historia matizada y expandida [...] un relato hecho de ambigüedad, contradicciones, diversidad y dimensiones cruzadas de poder de clase y poder de género, resistencia y cambio» (1993: 55).

La aceptación de la complejidad y la ambigüedad ha hecho dudar a algunas autoras del futuro de la investigación feminista. Durante una reflexión sobre las implicaciones del «giro posmoderno» en la investigación geográfica feminista, K. Gibson-Graham ha escrito en un artículo pesimista titulado «¡Que me maten si lo sé!»:

> Si tenemos que aceptar que no hay ni unidad ni centros ni realidades que descubrir en las mujeres, ¿para qué hacemos investigación feminista? ¿Cómo podemos hablar de nuestra experiencia de mujeres? ¿Aún podemos utilizar esa experiencia como fuente del análisis social? ¿La investigación es posible para las mujeres? ¿Cómo negociar las múltiples y descentradas identidades de la mujer? (1994: 206).

Por lo que vemos en la cita, Gibson-Graham (en realidad, dos feministas, Julie Graham y Kathy Gibson, cuya combinación es un gesto pensado para desestabilizar la autoridad individual del autor) aún se comprometen con el ideal emancipador de la investigación *para* las mujeres y de la construcción del género como una división binaria (mujeres y hombres), pero los últimos trabajos han descompuesto la división binaria en género, cuerpo y sexualidad, tal como hemos visto en los capítulos anteriores. En el primero tuvimos oportunidad de comprobar que algunas estudiosas consideraban que el género es fluido y está abierto al cambio a través de prácticas autorreflexivas.

La coincidencia del pensamiento feminista y posmoderno en la naturaleza construida y discursiva de la identidad, en las ideas sobre el espectáculo y la representación, han cambiado el carácter mismo de la investigación feminista en el ámbito de la geografía, conduciéndola a lo que hemos llamado el terreno cultural. Cada vez son más los trabajos que analizan cómo reflejan la masculinidad y la feminidad los textos y cómo son reflejados por ellos, y los símbolos y las creaciones materiales del cine y la literatura, de la cultura minoritaria o popular, los monumentos y los paisajes. Esto significa que las geógrafas debemos aprender formas de observar e investigar que no existían hace unas décadas. El análisis textual y visual, por ejemplo, forma parte ya de la preparación que se recibe en las facultades de geografía, para complementar, y a veces para suplantar, los métodos de examen social de los antiguos estudios feministas influidos por las ciencias sociales.

En efecto, Michelle Barrett afirmaba hace algunos años que «las ciencias sociales han perdido su garra dentro del feminismo; ahora los astros ascendentes son las artes, las humanidades y la filosofía» (1992: 204-5). Un examen de los artículos publicados por *Gender, Place and Culture* sería muy instructivo, aunque otras revistas de geografía publican aún muchos más ejemplos. En la medida en que no perdamos de vista la importancia de las estructuras materiales de la desigualdad, creo que el análisis de las estructuras simbó-

licas de la diferenciación de género resultará estimulante y liberadora.

Conclusión

Finalmente, al acabar un libro que ha presentado un grupo de estudiosas feministas en el ámbito de la geografía, se vienen a las mientes varias preguntas: ¿Cuenta aún el género? ¿Se trata de una categoría tan fluida que ha perdido su significado? ¿Es posible aún la investigación feminista? ¿Es necesaria una política feminista, una vez deconstruida la categoría «Mujer»?

Si el lector ha llegado conmigo hasta el final de la obra, espero que ya conozca mi respuesta. Sí, creo que tanto la investigación como la política siguen siendo necesarias para el feminismo. Aunque, al deconstruir las experiencias, no podemos decir que una mujer (o un hombre) es *sólo* mujer (u hombre) (en todos los capítulos he tratado de demostrar que el género no puede separarse de la clase, la raza, la edad e incluso de la apariencia, por ejemplo), lo cierto es que nuestras sociedades se estructuran según unas relaciones de poder. En las sociedades industriales contemporáneas, las relaciones sociales capitalistas dividen a la población en clases; los hombres y las mujeres de la clase obrera pueden tener intereses comunes que una trabajadora no comparte con una mujer de clase media, y lo mismo puede ocurrir entre blanca y negras; sin embargo, el desenfrenado sexismo de todas esas sociedades une a las mujeres. A lo largo del tiempo y en distintas sociedades, la significación relativa de las dimensiones del poder puede cambiar si las relaciones de poder se estructuran de otro modo. El significado de la raza, la clase, el género y la casta en la India, por ejemplo, no es el mismo de antes. Las relaciones de poder varían, y las categorías analíticas que estructuran nuestra investigación deben reflejar esas variaciones. No quiero decir con ello que las divisiones entre nosotras sean infinitas, ni tampoco tan fluidas como para verse sometidas a un rápido cambio. La vida está

estructurada por unas cuantas relaciones de poder decisivas, y el género es una de ellas. Como acepta Susan Bordo: «Nos guste o no, en nuestra cultura las actividades están *codificadas* como "masculinas" y "femeninas", y así han de funcionar dentro del sistema predominante de "relaciones de poder y género"» (1990: 152, la cursiva es suya).

La investigación geográfica feminista tiene una importante tarea que cumplir: mostrar la variación de esas relaciones de género y poder, su tendencia a la reproducción y las posibles formas de impedirlo. En este sentido, podemos comprometernos con el proyecto de superar las limitadas formas de ser hombre o mujer que pretenden imponernos.

Otras lecturas

Existen muchos libros sobre los métodos feministas, aunque pocos están dedicados a las geógrafas, y los métodos geográficos tienden a ignorar la investigación feminista. Con todo, me parece útil *Doing Feminist Research,* de Helen Robert (1981), aunque hace ya muchos años que se publicó. *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History,* de S. Gluck y D. Patai (1991) también lo es, y el artículo de Judith Stacey, «Can there be a feminist ethnography?» (1988) aborda temas importantes y difíciles que no han perdido relevancia. Los artículos sobre la investigación feminista de las geógrafas recogidos en *The Professional Geographer,* 1994, y 1995, *The Canadian Geographer,* 1995, y *Antipode,* 1995, son un buen comienzo para las interesadas en los métodos y la investigación, pero, a mi parecer, lo mejor para la reflexión en las formas de investigar es leer los trabajos de base empírica y los libros publicados por las estudiosas feministas. La revista *Gender, Place and Culture* podría ser un modo de empezar, al que podrían añadirse con el tiempo las principales publicaciones de nuestra disciplina, donde pueden encontrarse excelentes artículos sobre investigación feminista.

Bibliografía

ABDO, N. y YUYAL, N. (1995), «Palestine, Israel and the Zionist settler project», en D. Stasiulis y N. Yuval-Davis (eds.), *Unsettling Settler Societies,* Londres, Sage.

ACKER, J. (1990), «Hierarchies, jobs, bodies: a theory of gendered organisations», *Gender and Society,* 4, 139-58.

ADLER, S. y BRENNER, J. (1992), «Gender and space: lesbians and gay men in the city», *International Journal of Urban and Regional Research,* 16, 24-34.

AFSHAR, H. (ed.) (1991), *Women, Development and Survival in the Third World,* Londres, Longman.

AINLEY, R. (ed.) (1998), *New Frontiers of Space, Bodies and Gender,* Londres, Routledge.

ALCOFF, L. (1988), «Cultural feminism versus post-structuralism», *Signs,* 3, 404-36.

ALCOFF, L. y POTTER, S. (eds.) (1993), *Feminist Epistemologies*, Nueva York, Routledge.

ALEXANDER, S. (1987), «Women, class and sexual differences», en A. Phillips (ed.), *Feminism and Equality,* Oxford, Blackwell.

ALLEN, G. y CROW, G. (eds.) (1989), *Home and Family: Recreating the Domestic Sphere,* Basingstoke, Macmillan.

ALLEN, J. y MCDOWELL, L. (1989), *Landlords and Property,* Cambridge, Cambridge University Press.

ALLEN, J., MASSEY, D. y COCHRANE, A. (eds.) (1998), *Rethinking the Region,* Londres, Routledge.

AMADIUME, I. (1987), *Male Daughters, Female Husbands: Gender and Sex in an African Society,* Londres, Zed Books.

AMOTT, T. y MATTHAEI, J. (1991), *Race, Gender and Work: A Multicultural Economic History of Women in the United States,* Montreal y Nueva York, Black Rose Books.
ANDERMAHR, S., LOVELL, T. y WOLKOWITZ, C. (1997), *A Glossary of Feminist Theory,* Londres, Arnold.
ANDERSON, B. (1991), *Imagined Communities* (1983) (edición revisada y ampliada), Londres, Verso.
ANKER, R. y HEIN, C. (eds.) (1986), *Sex Inequalities in Urban Employment in the Third World,* Basingstoke, Macmillan.
ANZALDUA, G. (1987), *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza,* San Francisco, Aunt Lute.
APPADURAI, A. (1990), «Disjuncture and difference in the global cultural economy», *Theory, Culture and Society,* 7, 295-310.
ARDENER, S. (ed.) (1981), *Women and Space: Ground Rules and Social Maps,* Londres, Croom Helm.
ASHCROFT, B., GRIFFITHS, G. y TIFFIN, H. (eds.) (1995), *The Post-Colonial Studies Reader,* Londres, Routledge.
ATWOOD, M. (1996), *Alias Grace,* Londres, Bloomsbury.
AUGÉ, M. (1993), *Los no Lugares: espacios del anonimato: antropología sobre modernidad,* Barcelona, Gedisa.
AUSTER, C. (1996), *The Sociology of Work: Concepts and Cases,* Pine Thousand Oaks Calif., Pine Forge Press.
BACHELARD, G. (1993), *La poética del espacio* (1957), Madrid, FCE.
BAHLOUL, J. (1992), *The Architecture of Memory: A Zemish-Muslim Household in Colonial Algeria, 1937-1962,* Cambridge, Cambridge University Press.
BARNES, T. y DUNCAN, J. (eds.) (1992), *Writing Worlds: Discourse, Text and Metaphor in the Representation of Landscape,* Londres, Routledge.
BARNETT, C. (1996), «'A choice of nightmares': narration and desire in *Heart of Darkness», Gender, Place and Culture,* 3, 277-91.
BARRETT, M. (1992), «Words and things: materialism and method in contemporary feminist analysis», en M. Barrett y A. Phillips (eds.), *Destabilizing Theory: Contemporary Feminist Debates,* Cambridge, Polity Press.
BARRETT, M. y PHILLIPS, A. (eds.) (1992), *Destabilizing Theory: Contemporary Feminist Debates,* Cambridge, Polity Press.
BARRON, R. y NORRIS, G. (1976), «Sexual divisions and the dual labour market», en D. Barker y S. Allen (eds.), *Dependence and Exploitation in Work and Marriage,* Londres, Longman.
BARROWS, S. (1981), *Distorting Mirrors: Visions of the Crowd in Late Nineteenth Century France,* New Haven, Yale University Press.

BAUDELAIRE, C. (1963), «The painter of modern life (1864)», en *The Painter of Modern Life and Other Essays,* ed. J. Mayne, Oxford, Phaidon Press.
BAUMANN, P. (1996), *Contesting Culture: Discourses of Identity in Multi-ethnic London,* Cambridge, Cambridge University Press.
BECKER, G. S. (1975), *Human Capital,* Princeton, National Bureau of Economic Research, Princeton University Press. [Trad. española de Marta Casares, *El capital humano,* Madrid, Alianza, 1983.]
BEECHEY, V. (1977), «Some notes on female wage labour in capitalist production», *Capital and Class,* 3, 45-46.
— (1987), *Unequal Work,* Londres, Verso.
BELL, D. (1995), «[Screw]ing Geography: guest editorial», *Environment and Planning D: Society and Space,* 13, 127-31.
BELL, D. y VALENTINE, G. (1995), *Mapping Desire,* Londres, Routledge.
— (1997), *Consuming Geographies: We Are Where We Eat,* Londres, Routledge.
BELL, D., BINNIE, J., CREAM, J. y VALENTINE, G. (1994), «All hyped up and no place to go», *Gender, Place and Culture,* 1, 31-48.
BEST, S. (1995), «Sexualizing space», en E. Grosz y E. Probyn (eds.), *Sexy Bodies: The Strange Carnalities of Feminism,* Londres, Routledge.
BEYNON, H., HUDSON, R., LEWIS, J., SADLER, D. y TOWNSEND, A. (1988), «'It's all falling apart here': coming to terms with the future in Teesside», en P. Cooke (ed.), *Localities: The Changing Face of Urban Britain,* Londres, Unwin Hyman.
BHABHA, H. (1990), «The third space: interview with Homi Bhabha», en J. Rutherford (ed.), *Identity: Community, Culture, Difference,* Londres, Lawrence and Wishart.
— (1994), *The Location of Culture,* Londres, Routledge.
BLEE, K. (1991), *Women of the Klan: Racism and Gender in the 1920s,* Berkeley, University of California Press.
BLOMLEY, N. (1996), «'I'd like to dress her all over': masculinity, power and retail space», en N. Wrigley y M. Lowe (eds.), *Retailing, Consumption and Capital: Towards the New Retail Geography,* Harlow, Longman.
BLUNT, A. (1994), *Travel, Gender and Imperialism,* Londres, Guilford.
BLUNT, A. y ROSE, G. (1994), *Writing Women and Space: Colonial and Postcolonial Geographies,* Nueva York, Guilford.
BONDI, L. (1990), «Progress in geography and gender: feminism and difference», *Progress in Human Geography,* 14, 438-45.
— (1991), «Gender divisions and gentrification: a critique», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 16, 190-98.

(1992), «Gender and dichotomy», *Progress in Human Geography,* 16, 98-104.
(1998), «Gender, class and urban space: public and private space in contemporary urban landscapes», *Urban Geography,* 19, 160-85.
BOOTH, C., DARKE, J. y YEANDLE, S. (eds.) (1996), *Changing Places: Women's Lives in the City,* Londres, Paul Chapman.
BORDO, S. (1990), «Feminism, postmodernism and gender scepticism», en L. Nicholson (ed.), *Feminism/Postmodernism,* Londres, Routledge.
— (1992), «Review essay: postmodern subjects, postmodern bodies», *Feminist Studies,* 18, 159-75.
— (1993), *Unbearable Weight: Feminism, Western Culture and the Body,* Berkeley, University of California Press.
BOURDIEU, P. (1991), *El sentido práctico,* Madrid, Taurus.
— (1991), *La distinción,* Madrid, Taurus.
— (1989), «Social space and symbolic power», *Sociological Theory,* 7, 14-25.
BOURGOIS, P. (1995), *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio,* Cambridge, Cambridge University Press.
BOWLBY, R. (1985), *Just Looking: Consumer Culture in Dreiser, Gissing and Zola,* Londres, Methuen.
BOWLES, G. y DUELLI-KLEIN, R. (1983), *Theories of Women's Studies,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
BOYS, J. (1984), «Is there a feminist analysis of architecture?», *Built Environment,* 10, 25-34.
— (1990), «Women and the designed environment», *Built Environment* 16, 249-56.
BOZZOLI, B. (1991), *The Women of Phokeng,* Londres, Currey.
BRADLEY, H. (1989), *Men's Work, Women's Work,* Cambridge, Polity Press.
BRAIDOTTI, R. (1994), *Nomadic Subjects,* Nueva York, Columbia University Press.
BREITBART, M. M. y PADER, E.-J. (1995), «Establishing ground: representing gender and race in a mixed housing development», *Gender, Place and Culture,* 2, 5-20.
BREWER, R. M. (1993), «Theorizing race, class and gender», en S. M. James y A. P. A. Busia (eds.), *Theorizing Black Feminisms: The Visionary Pragmatism of Black Women,* Londres, Routledge.
BRION, M. (1994), «Snakes and ladders? Women and equal opportunities in education and training for housing», en R. Gilroy y R. Woods (eds.), *Housing Women,* Londres, Routledge.
BRISTOW, J. (1997), *Sexuality,* Londres, Routledge.

BRYDON, L. y CHANT, S. (eds.) (1989), *Women in the Third World: Gender Issues in Rural and Urban Areas,* Londres, Edward Elgar.
BUCK-MORSS, S. (1991), *The Dialectics of Seeing: Walter Benjamin and the Arcades Project,* Cambridge Mass., MIT Press.
BURGESS, J. (1996), «Focusing on fear», *Area,* 28, 130-35.
BURGESS, J., HARRISON, C. y LIMB, M. (1988), «People, parks and the urban green: a study of popular meanings and values for open spaces in the city», *Urban Studies,* 25, 455-73.
BUTLER, J. (1990a), *Gender Trouble,* Londres, Routledge.
— (1990b), «Gender trouble: feminist theory and psychoanalytic discourse», en L. Nicholson (ed.), *Feminism/Postmodernism,* Londres, Routledge.
— (1993), *Bodies that Matter,* Londres, Routledge.
CAIN, M. (1986), «Realism, feminism, methodology and the law», *International Journal of the Sociology of Law,* 14, 255-67.
CALLAWAY, H. (1992), «Ethnography and experience: gender implications in fieldwork and texts», en J. Okely y H. Callaway (eds.), *Anthropology and Autobiography,* Londres, Routledge.
CAMERON, D. (1985), *Feminism and Linguistic Theory,* Londres, Macmillan.
CAMPBELL, B. (1984), *Wigan Pier Revisited,* Londres, Virago.
— (1988), *Unofficial Secrets: Child Sex Abuse – the Cleveland Case,* Londres, Virago.
— (1993), *Goliath: Britain's Dangerous Places,* Londres, Methuen.
CARSTEN, J. y HUGH-JONES, S. (eds.) (1995), *About the House: Lévi Strauss and Beyond,* Cambridge, Cambridge University Press.
CASEBOURNE, J. (1997), «Lesbian gentrification in San Francisco», Unpublished dissertation, Department of Geography, University of Cambridge.
CASEY, C. (1995), *Work, Self and Society: After Industrialism,* Londres, Routledge.
CASSADY, S. (1990), *Off the Road,* Londres, Black Spring.
CASTELLS, M. (1979), *La cuestión urbana,* Madrid, Siglo XXI.
— (1986), *La ciudad y las masas,* Madrid, Alianza.
CAVENDISH, R. (1983), *Women on the Line,* Basingstoke, Macmillan.
CHANT, S. (1991), *Women and Survival in Mexican Cities: Perspectives on Gender, Labour Markets and Low Income Households,* Manchester, Manchester University Press.
CHANT, S. y MCILLWAINE, C. (1995), *Women of a Lesser Cost: Female Labour, Foreign Exchange and Philippine Development,* Londres, Pluto.
CHATWIN, B. (1979), *In Patagonia,* Londres, Picador. [Trad. española de Eduardo Goligorsky, *En la Patagonia,* Barcelona, Muchnik, 1994.]

(1987), *The Songlines,* Londres, Cape. [Trad. española de Eduardo Goligorsky, *Los trozos de la canción,* Barcelona, Muchnik, 1994.]
(1988), *Utz,* Londres, Cape. [Trad. española de Eduardo Goligorsky, *Utz,* Barcelona, Muchnik, 1989.]
CHAUNCEY, G. (1995), *Gay New York, The Making of the Gay Male World 1890-1940,* Londres, Flamingo.
CHOUINARD, V. y GRANT A. (1995), «On not being anywhere near 'the project'», *Antipode,* 27, 137-66.
CHRISTOPHERSON, S. (1989), «On being outside 'the project'», *Antipode,* 21, 83-89.
CLIFFORD, J. (1988), *The Predicament of Culture,* Cambridge, Harvard University Press.
— (1997), *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century,* Cambridge, Harvard University Press.
COCKBURN, C. (1983), *Brothers: Male Dominance and Technological Change,* Londres, Pluto Press.
— (1986), *Machinery of Dominance,* Londres, Pluto Press.
— (1991), *In the Way of Women: Man's Resistance to Sex Equality in Organisations,* Basingstoke, Macmillan.
COLLINSON, D. y HEARN, J. (1994), «Naming men as men: implications for work, organisation and management», *Gender, Work and Organization,* 1, 2-22.
COLOMINA, B. (ed.) (1992), *Sexuality and Space,* Princeton, Princeton Architectural Press.
CONNELL, R. W. (1987), *Gender and Power,* Cambridge, Polity Press.
— (1995), *Masculinities,* Cambridge, Polity Press.
COSGROVE, D. (1993), «Commentary: On 'The reinvention of cultural geography' by Price and Lewis», *Annals of the Association of American Geographers,* 83, 515-17.
COSGROVE, D. y DANIELS, S. (1988), *The Iconography of Landscape,* Cambridge, Cambridge University Press.
COWAN, R. S. (1983), *More Work for Mother: The Ironies of Household Technology from the Open Hearth to the Microwave,* Nueva York, Basic Books.
COWARD, R. (1983), *Patriarchal Precedents: Sexuality and Social Relations,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
— (1984), *Female Desire,* Londres, Paladin.
CRAIG, C., RUBERY, J., TARLING, R. y WILKINSON, F. (1982), *Labour Market Structure, Industrial Organisation and Low Pay,* Cambridge, Cambridge University Press.

CRAIG, S. (ed.) (1992), *Men, Masculinity and the Media,* Newbury Park, California, Sage.
CRANG, P. (1994), «It's showtime», *Environment and Planning D: Society and Space,* 12, 675-704.
CROMPTON, R. y SANDERSON, K. (1990), *Gendered Jobs and Social Change,* Londres, Unwin Hyman.
DANIELS, A. K. (1983), «Self-deception and self-discovery in fieldwork», *Qualitative Sociology,* 6, 195-214.
DAVIDOFF, L. y HALL, C. (1987), *Family Fortunes: Men and Women of the English Middle Class,* Londres, Hutchinson. [Trad. española de Pepa Linares, *Fortunas familiares,* Madrid, Cátedra, 1994.]
DAVIES, M. L. (1978), *Maternity: Letters from Working Class Wives* (1915), Londres, Virago.
DAVIS, A. (1981), *Women, Race and Class,* Nueva York, Random House.
DAVIS, K. (1991), «Remaking the She-Devil: a critical look at feminist approaches to beauty», *Hypatia,* 6, 23-34.
DAVIS, M. (1989), *City of Quartz,* Londres, Verso.
DE ALMEIDA, M. V. (1996), *The Hegemonic Male: Masculinity in a Portugese Town,* Oxford, Berghahn.
DE BEAUVOIR, S. (2000), *El segundo sexo* (1949), Cátedra, Madrid.
DEBORD, G. (1994), *The Society of the Spectacle,* Nueva York, Zone Books. [Trad. española de Carme López, *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo,* Barcelona, Anagrama, 1990.]
DE CERTEAU, M. (1988), *The Practice of Everyday Life,* trad. S. Rendall, Berkeley, University of California Press.
DELEPERVANCHE, M. (1989), «Women, nation and the state in Australia», en N. Yuval-Davis y F. Anthias (eds.), *Women-Nation-State,* Londres, Macmillan.
DENNIS, N., HENRIQUES, F. y SLAUGHTER, C. (1956), *Coal is our Life,* Londres, Tavistock.
DEX, S. (1985), *The Sexual Division of Labour,* Brighton, Wheatsheaf. [Trad. española, *División sexual del trabajo,* Madrid, Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, 1991.]
DI LEONARDO, M. (1991), *Gender at the Crossroads of Knowledge: Feminist Anthropology in the Postmodern Era,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press.
DIPROSE, R. y FERRELL, R. (eds.) (1991), *Cartographies: Poststructuralism and the Mappings of Bodies and Spaces,* Sydney, Allen and Unwin.
DOMOSH, M. (1988), «Geography and gender: home, again?», *Progress in Human Geography,* 22, 276-82.

(1991a), «Toward a feminist historiography of geography», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 16, 95-104.
(1991b), «Beyond the frontiers of geographical knowledge», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 16, 488-90.
(1996a), *Invented Cities: The Creation of Landscape in Nineteenth Century New York and Boston,* New Haven y Londres, Yale University Press.
(1996b), «The feminized retail landscape: gender, ideology and consumer culture in nineteenth century New York City», en N. Wrigley y M. Lowe (eds.), *Retailing, Consumption and Capital: Towards the New Retail Geography,* Harlow, Longman.

DONALDSON, M. (1991), *Time of our Lives: Labour and Love in the Working Class,* Sydney, Allen and Unwin.

— (1993); «What is hegemonic masculinity?», *Theory and Society,* 22, 643-57.

DONZELOT, J. (1990), *La policía de las familias,* Valencia, Pre-Textos.

DOUGLAS, M. (1966), *Purity and Danger,* Londres, Routledge and Kegan Paul. [Trad. española de Edison Simons, *Pureza y Peligro,* Madrid, Siglo XXI, 1991.]

— (1973), *Natural Symbols,* Harmondsworth, Penguin. [Trad. española de Carmen Criado, *Símbolos naturales,* Madrid, Alianza, 1988.]

DOWLER, L. (1998), «'And they think I'm just a nice old lady': women and war in Belfast, Northern Ireland», *Gender, Place and Culture,* 5, 159-76.

DOWLING, R. (1993), «Femininity, place and commodities: a retail case study», *Antipode,* 25, 295-319.

DRIVER, F. (1992), «Geography's empire: histories of geographical knowledge», *Environment and Planning A: Society and Space,* 10, 23-40.

DUBERMAN, M., VICINUS, M. y CHAUNCEY, G. (eds.) (1991), *Hidden from History: Reclaiming the Gay and Lesbian Past,* Londres, Penguin.

DUCILLE, A. (1996), *Skin Trade,* Londres, Harvard University Press.

DUELLI-KLEIN, R. (1983), «How to do what we want to do: thoughts on feminist methodology», en D. Bowles y R Duelli-Klein (eds.), *Theories of Women's Studies,* Londres, Routledge and Kegan Paul.

DU GAY, P. (1996), *Consumption and Identity at Work,* Londres, Sage.

DUNCAN, J. (1990), *City as Text,* Cambridge, Cambridge University Press.

DUNCAN, J. y DUNCAN, N. (1988), (Re)reading the landscape, *Environment and Planning D: Society and Space,* 6, 117-26.

DUNCAN, J. y LEY, D. (1994), *Place/Culture/Representation,* Londres, Routledge.
DUNCAN, N. (1996a), «Renegotiating gender and sexuality in public and private spaces», en N. Duncan (ed.), *BodySpace,* Londres, Routledge.
DUNCAN, N. (ed.) (1996b), *Body-Space,* Londres, Routledge.
DWORKIN, A. (1974), *Woman-Hating,* Nueva York, Dutton.
DYCK, I. (1993), «Ethnography: a feminist method?», *Canadian Geographer,* 37, 50-52.
— (1995), «Hidden geographies: the changing life worlds of women with disabilities», *Social Science in Medicine,* 40, 307-20.
— (1996), «Women with disabilities and everyday geographies: home space and the contested body», en R. A. Kearns y W. M. Gesler (eds.), *Putting Health into Place: Landscape, Identity and Well-being,* Syracuse, Syracuse University Press.
EHRENREICH, B. (1997), *Blood Rites: Origins and the History of War,* Nueva York, Metropolitan Books.
EHRLICH, A. (1987), «Israel: conflict, war and social change», en C. Creighton y M. Shaw (eds.), *The Sociology of War and Peace,* Londres, Macmillan.
EISENSTEIN, Z. (1979), *Capitalist Patriarchy and the Case for Socialist Feminism,* Nueva York, Monthly Review Press.
— (1994), *The Colour of Gender: Reimaging Democracy,* Londres, University of California Press.
ELSHTAIN, J. (1987), *Women and War,* Nueva York, Basic Books.
ELSON, D. y PEARSON, R. (1981), «'Nimble fingers make cheap workers': an analysis of women's employment in Third World export manufacturing», *Feminist Review,* 7, 87-107.
ENGELS, F. (1987), *Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado* (1884), Madrid, Fundamentos.
ENGLAND, K. (1994), «Getting personal: reflexivity, positionality and feminist research», *Professional Geographer,* 46, 80-89.
ENGLAND, K. (ed.) (1997), *Who Will Mind the Baby?,* Londres, Routledge.
ENGLAND, K. y STIELL, B. (1997), «'They think you're as stupid as your English is': constructing foreign domestic workers in Toronto», *Environment and Planning A,* 29, 195-215.
ENLOE, C. (1983), *Does Khaki Become You? The Militarization of Women's Lives,* Boston, South End Press.
— (1989), *Bananas, Beaches and Bases: Making Feminist Sense of International Politics,* Londres, Pandora.
— (1993), *The Morning After: Sexual Politics and the End of the Cold War,* Berkeley, University of California Press.

ESPING-ANDERSEN, G. (1990), *The Three Worlds of Welfare Capitalism,* Cambridge, Polity Press. [Trad. española de Begoña Arregui, *Tres mundos del estado del bienestar,* Valencia, Alfons el Magnànim, 1993.]
EVANS, M. (1997), *An Introduction to Contemporary Feminist Thought,* Cambridge, Polity Press.
EVANS, M. y REDCLIFT, N. (1987), *Engels Revisited,* Londres, Tavistock.
FALK, P. (1994), *The Consuming Body,* Londres, Sage.
FAULKNER, A. y LAWSON, V. (1991), «Employment versus empowerment: a case study of the nature of women's work in Ecuador», *Journal of Development Studies,* 27, 1647.
FEATHERSONE, M., HEPWORTH, M. y TURNER, B. (eds.) (1991), *The Body: Social Process and Cultural Theory,* Londres, Sage.
FINCH, J. (1983), «'It's great to have someone to talk to': ethics and politics of interviewing women», en C. Belland y H. Roberts (eds.), *Social Researching: Politics, Problems, Practice,* Londres, Routledge.
FINCHER, R. y JACOBS, J. M. (eds.) (1998), *Cities of Difference,* Nueva York, Guildford.
FINE, M., WEIS, L., ADDLESTON, J. y MAZUZA, J. (1997), «(In)secure times: constructing white working class masculinities in the late twentieth century», *Gender and Society,* 11, 52-68.
FISKE, J. (1992), *Reading the Popular* (1989), Londres, Routledge.
— (1993), *Power Plays, Power Works,* Londres, Verso.
FITZGERALD, F. (1986), *Cities on the Hill,* Nueva York, Pantheon.
FITZGERALD, S. F. (1971), «My lost city», en A. Trachtenberg, P. Neill y P. C. Bunnell (eds.), *The City: American Experience,* Nueva York, Oxford University Press.
FLAX, J. (1990), *Thinking Fragments: Psychoanalysis, Feminism, and Postmodernism in the Contemporary West,* Berkeley, University of California Press.
FOREST, B. (1995), «West Hollywood as a symbol: the significance of place in the construction of a gay identity», *Environment and Planning D: Society and Space,* 13, 133-57.
FOUCAULT, M. (1994), *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión,* Madrid, Siglo XXI.
— (1992), *Historia de la sexualidad,* vol. 1: *La volundad de saber,* Madrid, Siglo XXI.
— (1993), *Historia de la sexualidad,* vol. 2: *El uso de los placeres,* Madrid, Siglo XXI.
— (1987), *Historia de la sexualidad,* vol. 3: *La inquietud de sí,* Madrid, Siglo XXI.

FOX-GENOVESE, E. (1986), «The claims of a common culture: gender, race, class and the canon», *Salmagundi,* 72, 119-32.
FRANKENBERG, R. (1993), *White Women, Race Matters: The Social Construction of Whiteness,* Londres, Routledge.
FRASER, N. (1990), «Rethinking the public sphere: a contribution to the critique of actually existing democracy», *Social Text,* 25-26, 56-80.
— (1991), «False antitheses: a response to Seyla Benhabib and Judith Butler», *Praxis International,* 11, 166-77.
— (1994), «After the family wage: gender equity and the welfare state», *Political Theory,* 22, 591-618.
— (1995), «From redistribution to recognition? Dilemmas of justice in a 'post-socialist' age», *New Left Review,* núm. 212, 68-93.
— (1997a), «A rejoinder to Iris Young», *New Left Review,* núm. 223, 126-29.
— (1997b), *Justice Interruptus: Critical Reflections on the 'Postsocialist' Condition,* Nueva York, Routledge.
FRIEDMAN, J. (1997), «Simplifying complexity: assimilating the global in a small paradise», en K. F. Olwig y K. Hastrup (eds.), *Siting Culture: The Shifting Anthropological Object,* Londres, Routledge.
FRISBY, D. (1992), *Fragmentos de la modernidad,* Madrid, Visor.
FRÖBEL, F., HEINRICHS, J. y KREYE, O. (1980), *La nueva división internacional del trabajo,* Madrid, Siglo XXI.
FUENTES, A. y EHRENREICH, B. (1983), *Women in the Global Factory,* Boston, South End Press.
FUSS, D. (1990), *Essentially Speaking,* Londres, Routledge.
GAME, A. y PRINGLE, R. (1984), *Gender at Work,* Londres, Pluto.
GATENS, M. (1991), «A critique of the sex/gender distinction», en S. Gunew (ed.), *A Reader in Feminist Knowledge,* Londres, Routledge.
GATENS, M. (1992), «Power, bodies and difference», en M. Barrett and A. Phillips (eds.), *Destabilizing Theory: Contemporary Feminist Debates,* Cambridge, Polity Press.
GAVRON, H. (1968), *The Captive Wife,* Harmondsworth, Penguin.
GELTMAKER, T. (1992), «The queer nation acts up: health care, politics and sexual diversity in the County of Angels», *Environment and Planning D: Society and Space,* 10, 609-50.
GEWERTZ, D. (1984), «The Tchambuli view of persons: a critique of individualism in the works of Mead and Chodorow», *American Anthropologist,* 86, 615-29.
GIBSON, J. W. (1994), *Warrior Dreams: Paramilitary Culture in Post-Vietnam America,* Nueva York, Hill and Wang.

GIBSON, K. (1991), «Company towns and class processes», *Environment and Planning D: Society and Space,* 9, 285-308.
GIBSON-GRAHAM, J. K. (1994), «'Stuffed if I know!': reflections on postmodern feminist social research», *Gender, Place and Culture,* 1, 205-24.
(1996), *The End of Capitalism (as we knew it): A Feminist Critique of Political Economy,* Oxford, Blackwell.
GIDDENS, A. (1995), *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea,* Barcelona, Edicions 62.
– (2000), *La transformación de la intimidad,* Madrid, Cátedra.
GIDDINGS, P. (1984), *When and Where I Enter...: The Impact of Black Women on Race and Sex in America,* Nueva York, William Morrow.
GILBERT, M. (1994), «The politics of location: doing feminist research at 'home'», *Professional Geographer,* 46, 90-95.
GILMAN, C. Perkins (1966), *Women and Economics* (1898), Nueva York, Pantheon Books.
— (1979), *Herland* (1915), Nueva York, Pantheon Books.
— (1981), *The Yellow Wallpaper* (1892), Londres, Virago.
GILMORE, D. (1994), *Hacerse hombre: concepcioones culturales de la masculinidad,* Barcelona, Paidós Ibérica.
GILROY, P. (1987), *There Ain't No Black in the Union Jack,* Londres, Hutchinson.
— (1993), *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness,* Londres, Verso.
GLENN, E. W. (1992), «From servitude to service work: historical continuities in the racial division of paid reproductive labour», *Signs,* 18, 1-43.
GLUCK, S. y PATAI, D. (eds.) (1991), *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History,* Londres, Routledge.
GLUCKSMANN, M. (1995), «Why 'work'? Gender and 'the total social organization of labour'», *Gender, Work and Organization,* 2, 275-94.
GORHAM, C. (1997), «Benign intentions», *The Guardian* 2, 19 de febrero, pág. 7.
GREED, C. (1991), *Surveying Sisters: Women in a Traditional Male Profession,* Londres, Routledge.
— (1994), *Women and Planning: Creating Gendered Realities,* Londres, Routledge.
GREER, G. (1970), *The Female Eunuch,* Londres, MacGibbon and Kee.
— (1985), *Sex and Destiny: The Politics of Human Fertility,* Londres, Picador.
— (1997), «Do what I say», *Observer Review,* 11 de enero, pág. 5.
GREGORY, D. (1994), *Geographical Imaginations,* Oxford, Blackwell.

GREGSON, N. y LOWE, M. (1994), *Servicing the Middle Classes,* Londres, Routledge.
GRONOW, J. (1997), *The Sociology of Taste,* Londres, Routledge.
GROSSBERG, L. (1996), «Identity and cultural studies: is that all there is?», en S. Hall y P. du Gay (eds.), *Questions of Cultural Identity,* Londres, Sage.
GROSZ, E. (1990), «Inscriptions and body maps: Representations and the corporeal», en T. Threadgold y A. Cranny-Francis (eds.), *Feminine, Masculine and Representation,* Sydney, Allen and Unwin. (Hay una versión editada de su trabajo en L. McDowell y J. Sharp (eds.), *Space, Gender, Knowledge,* Londres, Arnold, 1997.)
— (1992), «Bodies-Cities», en B. Colomina (ed.), *Sexuality and Space,* Nueva York, Princeton Architectural Press.
— (1994), *Volatile Bodies: Toward a Corporeal Feminism,* Bloomington, Indiana University Press.
GUNEW, S. (ed.) (1990), *Feminist Knowledge: Critique and Construct,* Londres, Routledge.
— (1991), *A Reader in Feminist Knowledge,* Londres, Routledge.
HALFORD, S. (1989), «Spatial divisions and women's initiatives in British local government», *Geoforum,* 20, 161-74.
— (1992), «Feminist change in a patriarchal institution: the experience of women's initiatives in local government», en M. Savage y A. Witz (eds.), *Gender and Bureaucracy,* Oxford, Blackwell.
HALFORD, S. y SAVAGE, M. (1995), «Restructuring organisations, changing people», *Work, Employment and Society,* 9, 97-122.
HALFORD, S., SAVAGE, M. y WITZ, A. (1997), *Gender, Careers and Organisations,* Londres, Macmillan.
HALL, C. (1982), «The butcher, the baker, the candle-stick maker: the shop and the family in the industrial revolution», en E. Whitelegg *et al.* (eds.), *The Changing Experience of Women,* Oxford, Martin Robertson.
— (1992), *White, Male and Middle Class: Explorations in Feminism and History,* Cambridge, Polity Press.
HALL, S. (1990), «Cultural identity and diaspora», en J. Rutherford (ed.), *Identity: Community, Culture, Difference,* Londres, Lawrence and Wishart. (Reimpreso en L. McDowell (ed.), *Undoing Place?,* Londres, Arnold, 1997b.)
HAMNETT, C. (1991), «The blind man and the elephant: explanations of gentrification», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 16, 173-89.
HANNERZ, U. (1996), *Transnational Connections: Culture, People, Places,* Londres, Routledge.

HANSON, S. (1992), «Geography and feminism: worlds in collision», *Annals of the Association of American Geographers,* 82, 569-86.
HANSON, S. y JOHNSTON, I. (1985), «Gender differences in work-trip length», *Urban Geography,* 6, 193-219.
HANSON S. y MONK, J. (1982), «On not excluding half of the human in human geography», *Professional Geographer,* 34, 11-23.
HANSON, S. y PRATT, G. (1995), *Gender, Work and Space,* Londres, Routledge.
HARAWAY, D. (1991), *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature,* Londres, Free Association Books.
HAREVEN, T. (1982), *Family Time and Industrial Time,* Cambridge, Cambridge University Press.
HARRIS, O. (1980), «The power of signs: gender, culture and the wild in the Bolivian Andes», en C. MacCormack y M. Strathern (eds.), *Nature, Gender and Culture,* Cambridge, Cambridge University Press.
HARRISON, C. y BURGESS, J. (1994), «Social constructions of nature: a case study of the conficts over Rainham Marshes SSSI», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 19, 291-310.
HARRISON, C., LIMB, M. y BURGESS, J. (1987), «Nature in the city: popular values for a living world», *Journal of Environmental Management,* 25, 347-62.
HARVEY, D. (1971), *Social Justice and the City,* Londres, Edward Arnold.
— (1989), *The Condition of Postmodernity,* Oxford, Blackwell.
— (1992), «Social justice, postmodernism and the city», *International Journal of Urban and Regional Research,* 16, 588-601.
— (1996), *Justice, Nature and the Geography of Difference,* Oxford, Blackwell.
HAUG, K. (1992), «Myth and matriarchy: an analysis of the mammy stereotype», en J. Fuenmayer, K. Haug y F. Ward (eds.), *Dirt and Domesticity: Constructions of the Feminine,* Nueva York, Whitney Museum of American Art.
HAYDEN, D. (1976), *Seven American Utopias: The Architecture of Communitarian Socialism, 1790-1935,* Cambridge Mass., MIT Press.
— (1981), *The Grand Domestic Revolution,* Cambridge, Mass., MIT Press.
— (1984), *Redesigning the American Dream,* Nueva York, Norton.
— (1995), *The Power of Place,* New Haven, Yale University Press.
HEARN, J. y PARKIN, P. (1987), *Sex at Work,* Brighton, Wheatsheaf.
HEILBRUN, C. G. (1988), *Writing a Woman's Life,* Nueva York, Ballantine Books. [Trad. española de Ángel G. Loureiro, *Escribir la vida de una mujer,* Madrid, Megazul, 1994.]

HERDT, G. (1981), *Guardians of the Flute,* Nueva York, McGraw Hill.
— (ed.) (1992), *Gay Culture in America,* Boston, Beacon Press.
HERON, L. (ed.) (1983), *Streets of Desire: Women's Fiction in the Twentieth Century City,* Londres, Virago.
HERZFELD, M. (1985), *The Poetics of Manhood,* Princeton, Princeton University Press.
HEWITT, V. (1994), *Beauty and the Banknote: Images of Women on Paper Money,* Londres, British Museum Press.
HINDLE, P. (1994), «Gay communities and gay space in the city», en S. Whittle (ed.), *The Margins of the City: Gay Men's Urban Lives,* Londres, Arena.
HIRST, P. y THOMPSON, G. (1996), *Globalization in Question,* Cambridge, Polity Press.
HONDAGNEU-SOTELO, P. y ÁVILA, E. (1997), «'I'm here, but I'm there' the meanings of Latina transnational motherhood», *Gender and Society,* II, 548-71.
hooks, b. (1982), *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism,* Londres, Pluto Press.
— (1991a), «Choosing the margin as a space of radical openness», en *Yearning: Race, Gender and Cultural Politics,* Londres, Turnaround Books.
— (1991b), «Homeplace: a site of resistance», en *Yearning: Race, Gender and Cultural Politics,* Londres, Turnaround Books.
— (1991c), «Representations of whiteness in the black imagination», en *Black Looks: Race and Representation,* Boston, South End Press.
— (1994), *Outlaw Culture: Resisting Representations,* Londres, Routledge.
HUMPHRIES, J. (1977), «Class struggle and the persistence of the working-class family», *Cambridge Journal of Economics,* 1, 241-58.
HUTTON, W. (1995), *The State We're In,* Londres, Cape.
IGNATIEFF, M. (1992), «Why 'community' is a dishonest word», *Observer,* 3 de mayo.
IRIGARAY, L. (1987), «Sexual difference», en T. Moi (ed.), *French Feminist Thought: A Reader»,* Oxford, Blackwell.
JACKSON, S. (1993), *Women's Studies: Essential Readings,* Nueva York, New York University Press.
JACOBS, J. (1995), *Edge of Empire,* Londres, Routledge.
JACOBUS, M., FOX KELLER, E. y SHUTTLEWORTH, S. (eds.) (1990), *Body/Politics: Women and the Discourses of Science,* Londres, Routledge.
JAGGER, A. y BORDO, S. (eds.) (1989), *Gender/Body/Knowledge: Femi-*

ist Reconstructions of Being and Knowing, New Brunswick: Rutgers University Press.

JAMESON, F. (1991), *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism,* Londres, Verso. [Trad. española de José Luis Pardo, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado,* Paidós Ibérica, 1991.]

JAROSZ, L. (1992), «Constructing the dark continent: metaphors as geographic representation of Africa», *Geografiska Annaler,* 74B, 105-15.

JOHN, A. (1980), *By the Sweat of their Brow: Women Workers at Victorian Coal Mines,* Londres, Croom Helm.

JOHNSON, N. (1995), «Cast in stone: monuments, geography and nationalism», *Environment and Planning D: Society and Space,* 13, 51-65.

JOHNSTON, L. (1996), «Flexing femininity: female body-builders refiguring the body», *Gender, Place and Culture,* 3, 327-40.

JOHNSTON-ANUMONWO, I. (1992), «The influence of household type on gender differences in work-trip distance», *Professional Geographer,* 44, 161-69.

JONES III, J. P., NAST, H. y ROBERTS, S. (eds.) (1997), *Thresholds in Feminist Geography,* Nueva York y Oxford, Rowman and Littlefield.

KANDIYOTI, D. (1988), «Bargaining with patriarchy», *Gender and Society,* 2, 274-90.

KANTER, R. (1977), *Men and Women of the Organisation,* Nueva York, Basic Books.

— (1992), *The Challenge of Organisational Change,* Nueva York, Free Press.

KAPLAN, C. (1996), *Questions of Travel: Postmodern Discourses of Displacement,* Durham N. C., Duke University Press.

KATZ, C. (1994), «Playing the field: questions of fieldwork in geography», *Professional Geographer,* 46, 67-72.

KATZ, C. y SMITH, N. (1993), «Spatializing metaphors: towards a spatialized politics», en M. Keith y S. Pile (eds.), *Place and the Politics of Identity,* Londres, Routledge.

KAUFMAN, M. (1993), *Cracking the Armour: Power, Pain and the Lives of Men,* Toronto, Viking.

KEITH, M. (1992), «Angry writing: (re)presenting the unethical world of the ethnographer», *Environment and Planning D: Society and Space,* 10, 551-68.

KELLY, M. P. FERNANDEZ (1994), «Towanda's triumph: social and cultural capital in the transition to adulthood in the urban ghetto», *International Journal of Urban and Regional Research,* 18, 88-111.

KERFOOT, D. y KNIGHTS, D. (1994), «The gendered terrain of paternalism», en S. Wright (ed.), *Anthropology of Organisations,* Londres, Routledge.
KEROUAC, J. (1992), *On the Road* (1957), Londres, Penguin. [Trad. española de Martín Lendínez, *En el camino,* Barcelona, Anagrama, 1993.]
KIMMEL, M. (1988), *Changing Men: New Research on Masculinity,* Londres, Sage.
KINSMAN, P. (1993), «Landscapes of national non-identity: the landscape photography of Ingrid Pollard», *Working Paper* 17, Department of Geography, University of Nottingham.
— (1995), «Landscape, race and national identity: the photography of Ingrid Pollard», *Area,* 27, 300-10.
KIRBY, A. (1995), «Straight talk on the PomoHomo question», *Gender, Place and Culture,* 2, 89-95.
KIRBY, K. (1996), *Indifferent Boundaries: Spatial Concepts of Human Subjectivity,* Londres, Guilford Press.
KLEIN, A. M. (1993), *Little Big Men: Body Building, Subculture and Gender Construction,* Albany, N.Y., SUNY Press.
KNIGHTS, D. y WILLMOTT, H. (eds.) (1986), *Gender and the Labour Process,* Aldershot, Gower.
KNOPP, L. (1987), «Social theory, social movements and public policy: recent accomplishments of the gay and lesbian movements in Minneapolis, Minnesota», *International Journal of Urban and Regional Research,* 11, 243-41.
— (1990), «Some theoretical implications of gay involvement in an urban land movement», *Political Geography Quarterly,* 9, 337-52.
— (1992), «Sexuality and the spatial dynamics of capitalism», *Environment and Planning D: Society and Space,* 10, 651-669.
— (1995), «If you are going to get all hyped up you'd better go somewhere»,*Gender, Place and Culture,* 2, 85-89.
KOBAYASHI, A. (1994), «Colouring the field: gender, 'race' and the politics of fieldwork», *Professional Geographer,* 46, 73-79.
KOBAYASHI, A. y PEAKE, L. (1994), «Unnatural discourse: 'race' and gender in geography», *Gender, Place and Culture,* 1, 225-453.
KOOLHAAS, R. (1978), *Delirious New York, A Retroactive Manifesto for Manhattan,* Londres, Thames and Hudson.
KOONTZ, C. (1986), *Mothers in the Fatherland: Women, the Family and Nazi Politics,* Londres, Cape.
KRISTEVA, J. (1986), «Women's time (1979)», en T. Moi (ed.), *Kristeva Reader,* Oxford, Blackwell.

LAQUEUR, T. (1990), *Making Sex: Body and Gender from the Greeks to Freud,* Cambridge, Harvard University Press.
LAMPHERE, L., RAGONÉ, H. y ZAVELLA, P. (1997), *Situated Lives: Gender and Culture in Everyday Life,* Londres, Routledge.
LASLETT, P. (ed.) (1967), *Locke's Two Treatises on Government,* Cambridge, Cambridge University Press.
LAURIA, M. y KNOPP, L. (1985), «Towards an analysis of the role of gay communities in the urban renaissance», *Urban Geography,* 6, 152-69.
LAWS, G. (1994), «Social justice and urban politics: an introduction», *Urban Geography,* 15, 603-11.
— (1997), «Women's life course, spatial mobility and state policies», en J. P. Jones III, H. Nast y S. Roberts (eds.), *Thresholds in Feminist Geography,* Nueva York, Rowman and Littlefield.
LEAVITT, J. y SAEGERT, S. (1990), *From Abandonment to Hope: Community Households in Harlem,* Nueva York, Columbia University Press.
LEFEBVRE, H. (1991), *The Production of Space,* trad. de D. Nicholson-Smith, Oxford, Blackwell.
LEIDNER, R. (1991), «Selling hamburgers and selling insurance», *Gender and Society,* 5, 154 77.
— (1993), *Fast Food, Fast Talk,* Berkeley, University of California Press.
LÉVI-STRAUSS, C. (1983), *The Way of the Masks,* trad. de S. Modelski, Londres, Jonathan Cape.
— (1987), *Anthropology and Myth: Lectures 1951-82,* Oxford, Blackwell.
LEWIS, C. y PILE, S. (1996), «Woman, body, space: Rio Carnival and the politics of performance», *Gender, Place and Culture,* 3, 23-42.
LEYSHON, A. y THRIFT, N. (1996), *Money/Space. Geographies of Monetary Transformation,* Londres, Routledge.
LIM, L. (1983), «Capitalism, imperialism and patriarchy: the dilemma of third world women workers in multinational factories», en J. Nash y M. P. Fernandez Kelly (eds.), *Women, Men and the International Division of Labour,* Albany, N. Y., SUNY Press.
LITTLE, J. (1994), *Gender, Planning and the Policy Process,* Oxford, Pergamon Press.
LITTLE, J., PEAKE, L. y RICHARDSON, P. (eds.) (1988), *Women in Cities,* Londres, Macmillan.
LIVINGSTONE, D. (1992), *The Geographical Tradition: Episodes in the History of a Contested Enterprise,* Oxford, Blackwell.
LOFTUS, B. (1990), *Mirrors: William III and Mother Ireland,* Dundrum, Picture Press.

LONGHURST, R. (1995), «The Body and Geography», *Gender, Place and Culture,* 2, 97-105.
LONGHURST, R. (1996), «Refocusing groups: pregnant women's geographical experiences of Hamilton, New Zealand/Aotearoa», *Area,* 28, 143-49.
— (1997), «(Dis)embodied geographies», *Progress in Human Geography,* 21, 486-501.
LONGHURST, R. y JOHNSTON, L. (1998), «Embodying places and emplacing bodies: pregnant women and women body builders», en R. DuPleiss y L. Alice (eds.), *Feminist Thought in Aotearoa/New Zealand,* Auckland, Oxford University Press.
LOVELL, T. (ed.) (1990), *British Feminist Thought: A Reader,* Oxford, Blackwell.
LOWE, M. y CREWE, L. (1996), «Shop work: image, customer care and the restructuring of retail employment», en N. Wrigley y M. Lowe (eds.), *Retailing, Consumption and Capital: Towards the New Retail Geography,* Harlow, Longman.
LUXTON, M. (1980), *More than a Labour of Love,* Toronto, Women's Press.
LYONS, M. (1996), «Employment, feminisation and gentrification in London 1981-1993», *Environment and Planning A:* 28, 341-56.
LYOTARD, J.-F. (1989), *The Lyotard Reader,* ed. de A. Benjamin (incluye pasajes de *Le Mur du Pacifique,* trad. al inglés de P. Brochet, N. Royle y K. Woodward), Oxford, Blackwell.
MACCANNELL, D. (1994), «Cannibal tours», en L. Taylor (ed.), *Visualizing Theory,* Londres, Routledge.
MCCLINTOCK, A. (1994), *Imperial Leather,* Londres, Routledge.
MACCORMACK, C. y STRATHERN, M. (1980), *Nature, Culture and Gender,* Cambridge, Cambridge University Press.
MCDOWELL, L. (1983), «Towards an understanding of the gender division of urban space», *Environment and Planning D: Society and Space,* 1, 15-30.
— (1991a), «Life without Father and Ford: the new gender order of post-Fordism», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 16, 400-19.
— (1991b), «The baby and the bathwater: deconstruction, diversity and feminist theory in geography», *Geoforum,* 22, 123-34.
— (1992a), «Space, place and gender relations», parte 1: «Feminist empiricism and the geography of social relations», *Progress in Human Geography,* 17, 157-79.
— (1992b), «Space, place and gender relations», parte 2: «Identity, dif-

ference, feminist geometries and geographies», *Progress in Human Geography,* 17, 305-18.
(1992c), «Doing gender: feminism, feminists and research methods in human geography», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 17, 399-416.
(1994a), «Making a difference: geography, feminism and everyday life - an interview with Susan Hanson», *Journal of Geography in Higher Education,* 18, 19-32.
— (1994b), «The transformation of cultural geography», en D. Gregory, M. Martin y G. Smith (eds.), *Human Geography,* Londres, Macmillan.
— (1994c), «Polyphony or commodified cacophony: making sense of other worlds and pedagogic authority», *Area,* 26, 241-48.
— (1994d), «Social justice, organisational culture and workplace democracy», *Urban Geography,* 15, 661-80.
— (1996), «Off the road: an alternative view of mobility, resistance and the Beats», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 21, 412-19.
— (1997a), *Capital Culture: Gender at Work in the City,* Oxford, Blackwell.
— 1997b: *Undoing Place?* Londres, Arnold.
— (1997c), «The new service class: housing, consumption and lifestyle among London bankers in the 1990s», *Environment and Planning A,* 29, 2061-78.
McDOWELL, L. y MASSEY, D. (1984), «A woman's place?», en D. Massey y J. Allen (eds.), *Geography Matters!* Cambridge, Cambridge University Press.
McDOWELL, L. y PEAKE, L. (1990), «Women in geography revisited», *Journal of Geography in Higher Education,* 14, 19-30.
McDOWELL, L. y SHARP, J. (eds.) (1997), *Space, Gender, Knowledge: Readings in Feminist Geography,* Londres, Arnold.
— (1999), *A Glossary of Feminist Geography,* Londres, Arnold.
McKAY, G. (1995), *Senseless Acts of Beauty,* Londres, Verso.
McNAY, L. (1992), *Foucault and Feminism,* Cambridge, Polity Press.
MACKENZIE, S. (1989), *Visible Histories: Women and Environments in a Post-war British City,* Londres, McGill-Queen's University Press.
MACKENZIE, S. y ROSE, D. (1983), «Industrial change, the domestic economy and home life», en J. Anderson, S. Duncan y R. Hudson (eds.), *Redundant Spaces and Industrial Decline in Cities and Regions,* Londres, Academic Press.

MADIGAN, R. y MUNRO, M. (1991), «Gender, house and "home": social meanings and domestic architecture in Britain», *Journal of Architecture and Planning Research,* 8, 116-31.
MAFFESOLI, M. (1990), *El tiempo de las tribus,* Barcelona, Icaria.
MAIRS, N. (1989), *Remembering the Bone House: An Erotics of Place and Space,* Nueva York, Harper and Row.
MALIK, S. (1992), «Colours of the countryside – a whiter shade of pale», *Ecos,* 13, 33-39.
MALSON, M. R., MUDIMBE-BOYI, E., O'BARR, J. F. y WYER, M. (eds.) (1990), *Black Women in America: Social Science Perspectives.* Chicago, University of Chicago Press.
MANGAN, J. y WALVIN, J. (1992), *Manliness and Morality: Middle Class Masculinity in Britain and America 1800 to 1940,* Manchester, Manchester University Press.
MARCUS, G. (ed.) (1994), *Perilous States: Conversations on Culture, Politics and Nation,* Chicago, University of Chicago Press.
MARSHALL, J. (1984), *Women Managers: Travellers in a Male World,* Londres, John Wiley.
MARTIN, E. (1987), *The Women in the Body: A Cultural Analysis of Reproduction,* Boston, Beacon Press.
MASCIA-LEES, F., SHARP, P. y COHEN C. B. (1989), «The postmodern turn in anthropology: cautions from a feminist perspective», *Signs* 15, 7-33.
MASSEY, D. (1984), *Spatial Divisions of Labour,* Londres, Macmillan.
— (1991), «A global sense of place», *Marxism Today,* 24-29 de junio. (También reimpreso en T. Barnes y D. Gregory (eds.), *Reading Human Geography,* Londres, Arnold, 1996, y S. Daniels y R. Lee (eds.), *Human Geography: A Reader,* Londres, Arnold, (1996.)
— (1992), «Politics and space/time», *New Left Review,* núm. 196, 65-84.
— (1994), *Space, Place and Gender,* Cambridge, Polity Press.
— (1995), «Masculinity, dualisms and high technology», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 20, 487-99.
— (1997), «Economic/non-economic», en D. Lee y J. Wills (eds.), *Geographies of Economies,* Londres, Arnold.
— (1998), «Living in Wythenshawe», en I. Borden, J. Kerr, A. Pivaro, y J. Russell (eds.), *Unknown City,* Brighton, Wiley.
MASSEY, D. y ALLEN, J. (eds.) (1984), *Geography Matters!* Cambridge, Cambridge University Press.
MASSEY, D. y JESS, P. (1995) (eds.), *A Place in the World? Places, Culture and Globalisation,* Oxford, Oxford University Press.
MATRIX (1984), *Making Space: Women and the Man-Made Environment,* Londres, Pluto Press.

MATTINGLY, D. (1996), «Domestic service, migration and local labour markets on the US-Mexican border», PhD dissertation, Graduate School of Geography, Clark University, Worcester, Mass.
MAUPIN, A. (1980), *Tales of the City,* Londres, Corgi.
(1984), *More Tales of the City,* Londres, Corgi.
(1986), *Babycakes,* Londres, Corgi.
MAYER, T. (ed.) (1994), *Women and the Israeli Occupation: The Politics of Change,* Londres, Routledge.
MEIGS, A. (1990), «Multiple gender ideologies and statuses», en P. R. Danday y R. Goodenough (eds.), *Beyond the Second Sex, New Directions in the Anthropology of Gender,* Filadelfia, University of Pennsylvania Press.
MERCHANT, C. (1980), *The Death of Nature: Women, Ecology and the Scientific Revolution,* San Francisco, HarperCollins.
MERTES, C. (1992), «There's no place like home: women and domestic labour», en J. Fuenmayer, K. Haug y F. Ward (eds.), *Dirt and Domesticity: Constructions of the Feminine,* Nueva York, Whitney Museum of American Art.
MERVES, E. S. (1992), «Homeless women: beyond the bag lady myth», en M. J. Robertson, y M. Greenblatt (eds.), *Homelessness: A National Perspective,* Nueva York, Plenum.
MESSNER, M. A. (1992), *Power at Play: Sports and the Problem of Masculinity,* Boston, Beacon Press.
METCALF, A. y HUMPHRIES, M. (eds.) (1985), *The Sexuality of Men,* Londres, Pluto.
MILKMAN, R. (1987), *Gender at Work: the Dynamics of Job Segregation by Sex During World War II,* Chicago, University of Chicago Press.
MILLER, N. (1988), *Subject to Change: Reading Feminist Writing,* Nueva York, Columbia University Press.
MILLS, C. (1988), «Life on the upslope: the postmodern landscape of gentrification», *Environment and Planning D: Society and Space 6,* 169-89.
MILLS, S. (1996), «Gender and colonial space», *Gender, Place and Culture,* 3, 125-47.
MIRZA, H. S. (ed.) (1997), *Black British Feminism,* Londres, Routledge.
MITCHELL, D. (1995), «The end of public space? People's Park, definitions of the public, and democracy», *Annals of the Association of American Geographers,* 85, 109-33.
MITCHELL, J. (1974), *Feminism and Psychoanalysis,* Harmondsworth, Penguin.

MOGHADAM, V. (ed.) (1994), *Identity Politics and Women: Cultural Reassertions and Feminisms in International Perspective,* Boulder Colo., Westview Press.
MOHANTY, C. T. (1991), «Cartographies of struggle», en C. T. Mohanty, A. Russo y L. Torres (eds.), *Third World Women and the Politics of Feminism,* Bloomington, Indiana University Press.
MOMSEN, J. (1980), «Women in Canadian Geography», *Canadian Geography,* 24, 177-83.
— (1991), *Women and Development in the Third World,* Londres, Routledge.
MOMSEN, J. y KINNAIRD, V. (1993), *Different Voices, Different Places,* Londres, Routledge.
MOMSEN, J. y TOWNSEND, J. (eds.) (1987), *Gender and Development in the Third World,* Londres, Hutchinson.
MONK, J. (1994), «Contextualizing feminism: international perspectives», *IGU Working Paper 27,* Commission on Gender and Geography, Washington, DC.
MOORE, H. (1986), *Space, Text and Gender,* Cambridge, Cambridge University Press.
— (1988), *Feminism and Anthropology,* Cambridge, Polity Press. [Trad. española de Jerónima García Bonafé, *Antropología y feminismo,* Madrid, Cátedra, 1991.]
— (1994), *A Passion for Difference,* Cambridge, Polity Press.
MORGAN, G. y KNIGHTS, D. (1991), «Gendering jobs: corporate strategy, managerial control and the dynamics of job segregation», *Work, Employment and Society,* 5, 181-200.
MORRIS, L. (1992), *The Workings of the Household,* Cambridge, Polity Press.
MORRISON, T. (1992), *Playing in the Dark: Whiteness in the Literary Imagination,* Londres, Harvard University Press.
MORT, F. (1995), «Archaeologies of city life: commercial culture, masculinity, and spatial relations in 1980s London», *Environment and Planning D: Society and Space,* 13, 573-90.
— (1996), *Cultures of Consumption: Masculinities and Social Space in Late Twentieth-Century Britain,* Londres, Routledge.
MORTON, M. (1995), *The Tunnel: The Underground Homeless of New York,* New Haven, Yale University Press.
MOSS, P. (1995a), «Inscribing workplaces: the spatiality of the production process», *Growth and Change,* 26, 23-57.
— (1995b), «Reflections of the 'gap' as part of the politics of research design», *Antipode,* 27, 82-90.
— (1997), «Spaces of resistance, spaces of respite: franchise housekee-

pers keeping house in the workplace and the home», *Gender, Place and Culture,* 4, 179-96.
MOSS, P. y DYCK, I. (1996), «Inquiry into environment and body: women, work and chronic illness», *Environment and Planning D: Society and Space,* 14, 737-53.
NASH, C. (1993), «Remapping and renaming: new cartographies of identity, gender and landscape in Ireland», *Feminist Review,* 44, 39-57.
— (1996a), «Men again: Irish masculinity, nature and nationhood in the early twentieth century», *Ecumene,* 3, 427-53.
— (1996b), «Reclaiming vision: looking at landscape and the body», *Gender, Place and Culture,* 3, 149-70.
NASH, J. y KELLY, M. FERNANDEZ (eds.) (1983), *Women, Men and the International Division of Labour,* Albany Nueva York, SUNY Press.
NAST, H. (1994), «Opening remarks on 'women in the field'», *Professional Geographer,* 46, 54-66.
— (1998), «Unsexy geographies», *Gender, Place and Culture,* 5, 191-206.
NAST, H. y KOBAYASHI, A. (1996), «(Re)corporalizing vision», en N. Duncan (ed.), *BodySpace,* Londres, Routledge.
NAST, H. y PILE, S. (eds.) (1998), *Places through the Body,* Londres, Routledge.
NEW, C. (1997), «Man bad, woman good? Essentialisms and ecofeminisms», en L. McDowell y J. Sharp (eds.), *Space, Gender, Knowledge: Readings in Feminist Geography,* Londres, Arnold.
NICHOLSON, L. (ed.) (1990), *Feminism/Postmodernism,* Londres, Routledge.
— (1995), «Interpreting gender», en L. Nicholson y S. Seidman (eds.), *Social Postmodernism: Beyond Identity Politics,* Cambridge, Cambridge University Press.
— (1973), *Portrait of a Marriage,* Londres, Weidenfeld and Nicolson.
NYE, R. (1993), *Masculinity and Male Codes of Honour in Modern France,* Oxford, Oxford University Press.
OAKLEY, A. (1974), *The Sociology of Housework,* Londres, Martin Robertson.
— (1981), «Interviewing women: a contradiction in terms», en H. Roberts (ed.), *Doing Feminist Research,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
— (1985), *Taking It like a Woman,* Londres, Flamingo.
OBERHAUSER, A. M. (1995), «Gender and household economic strategies in rural Appalachia», *Gender, Place and Culture,* 2, 51-70.
— (1997), «The home as 'field': households and housework in rural Appalachia», en J. P. Jones III, H. Nast y S. Roberts (eds.), *Thresholds in Feminist Geography,* Nueva York, Rowman and Littlefield.
O'HANLON, R. (1996), *Congo Journey,* Londres, Hamish Hamilton.

OKELY, J. (1975a), «Gypsy identity», en B. Adams *et al.*, *Gypsies and Government Policy in England,* Londres, Heinemann.
— (1975b), «Work and travel», en B. Adams *et al., Gypsies and Government Policy in England,* Londres, Heinemann.
— (1975c), «Gypsy women: models in conflict», en S. Ardener (ed.), *Perceiving Women,* Londres, Malaby Press.
— (1996), *Own or Other Culture,* Londres, Routledge.
OKELY, J. y CALLAWAY, H. (1992), *Anthropology and Autobiography,* Londres, Routledge.
OLWIG, K. F. y HASTRUP, K. (eds.) (1997), *Siting Culture: The Shifting Anthropological Object,* Londres, Routledge.
ORTNER, S. (1974), «Is female to male as nature to culture», en M. Rosaldo and L. Lamphere (eds.), *Women, Culture and Society,* Stanford, Stanford University Press.
ORTNER, S. B. y WHITEHEAD, H. (1981), *Sexual Meanings: The Cultural Construction of Gender and Sexuality,* Cambridge, Cambridge University Press.
PAHL, R. (1984), *Divisions of Labour,* Oxford, Blackwell. [Trad. española *Divisiones del trabajo,* Madrid, Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social, 1991.]
PAIN, R. (1991), «Space, sexual violence and social control», *Progress in Human Geography,* 15, 415-31.
PARK, C., RADFORD, J. y VICKERS, M. (1998), «Disability studies in human geography», *Progress in Human Geography,* 22, 208-33.
PARKER, A., RUSSO, M., SOMMER, D. y YAEGER, P. (eds.) (1992), *Nationalisms and Sexualities,* Londres, Routledge.
PATAI, D. (1991), «US academics and Third World women: is ethical research possible?», en S. Gluck y D. Patai (eds.), *Women's Words: The Feminist Practice of Oral History,* Londres, Routledge.
PATEMAN, C. (1987), «Feminist Critiques of the Public/Private Dichotomy», en A. Phillips (ed.), *Feminism and Equality,* Oxford, Blackwell.
— (1988), *The Sexual Contract,* Cambridge, Polity Press.
— (1989), *The Disorder of Women,* Cambridge, Polity Press.
PATEMAN, C. y GROSZ, E. (eds.) (1987), *Feminist Challenges,* Boston, North Eastern University Press.
PEAKE, L. (1993), «'Race' and sexuality: challenging the patriarchal structuring of urban social space», *Environment and Planning D: Society and Space,* 11, 415-32.
PEARSON, R. (1992), «Gender matters in development», en T. Allen y A. Thomas (eds.), *Poverty and Development in the 1990s,* Oxford, Oxford University Press.

PHILLIPS, A. (ed.) (1987), *Feminism and Equality,* Oxford, Blackwell.
PHILO, C. (1989), «'Enough to drive one mad': the organisation of space in nineteenth century lunatic asylums», en J. Wolch y M. Dear (eds.), *The Power of Geography,* Londres, Macmillan.
PHILO, C. y PARR, H. (1995), «Mapping 'mad' identities», en S. Pile y N. Thrift (eds.), *Mapping the Subject,* Londres, Routledge.
PHOENIX, A. (1988), «Narrow definitions of culture: the case of early motherhood», en S. Westwood y P. Bhachu (eds.), *Enterprising Women,* Londres, Routledge.
PHOENIX, A. (1991), *Young Mothers?,* Cambridge, Polity Press.
PIETERSE, J. N. (1995), *White on Black: Images of Africa and Blacks in Western Popular Culture,* New Haven, Yale University Press.
PILE, S. (1991), «Practising interpretative geography», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 16, 458-69.
— (1996), *The Body and the City: Psychoanalysis, Space and Subjectivity,* Londres, Routledge.
PILE, S. y THRIFT, N. (eds.) (1995), *Mapping the Subject: Geographies of Cultural Transformation,* Londres, Routledge.
POLLARD, I. (1989), «Pastoral interludes», *Third Text: Third World Perspectives on Contemporary Art and Culture,* 7, 41-46.
POLLOCK, G. (ed.) (1996), *Generations and Geographies in the Visual Arts: Feminist Readings,* Londres, Routledge.
PORTEOUS, D. (1990), *Landscapes of the Mind,* Toronto, University of Toronto Press.
POWER, M. (1983), «From home production to wage labour: women as a reserve army of labour», *Review of Radical Political Economics,* 15, 71-91.
PRATT, G. (1993), «Reflections on poststructuralism and feminist empirics, theory and practice», *Antipode,* 25, 51-63.
— (1997), «Stereotypes and ambivalence: the construction of domestic workers in Vancouver, British Columbia», *Gender, Place and Culture,* 4, 159-78.
PRATT, M. B. (1992), «Identity: skin blood heart (1988)», en H. Crowley y S. Himmelweit (eds.), *Knowing Women: Feminism and Knowledge,* Cambridge, Polity Press.
PRATT, M. L. (1992), *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation,* Londres, Routledge.
PREIS, A.-B. S. (1997), «Seeking place: capsized identities and contracted belonging among Sri Lankan Tamil refugees», en K. F. Olwig y K. Hastrup (eds.), *Siting Culture: The Shifting Anthropological Object,* Londres, Routledge.

PRINGLE, R. (1989), *Secretaries Talk,* Londres, Verso.
— (1998), *Sex and Medicine: Gender, Power and Authority in the Medical Profession,* Cambridge, Cambridge University Press.
PROBYN, E. (1990), «Travels in the postmodern: making sense of the local», en L. Nicholson (ed.), *Feminism/Postmodernism,* Londres, Routledge.
— (1995), «Lesbians in space: gender, sex and the structure of missing», *Gender, Place and Culture,* 2, 77-84.
PRYKE, M. (1991), «An international city going 'global': spatial change in the City of London», *Environment and Planning D: Society and Space,* 9, 197-222.
PUTNAM, T. y NEWTON, C. (eds.) (1992), *Household Choices,* Londres, Futures.
RABAN, J. (1980), *Arabia through the Looking Glass,* Londres, Fontana.
— (1986), *Old Glory,* Londres, Picador.
— (1995), *Coasting,* Londres, Picador.
RADCLIFFE, S. (1990), «Ethnicity, patriarchy and incorporation in the nation: female migrants as domestic servants in Peru», *Environment and Planning D: Society and Space,* 8, 379-93.
— (1996), «Gendered nations: nostalgia, development and territory in Ecuador», *Gender, Place and Culture,* 3, 5-21.
RADCLIFFE, S. y WESTWOOD, S. (1994), *Viva: Women and Popular Protest in Latin America,* Londres, Routledge.
— (1996), *Remaking the Nation: Place, Identity and Politics in Latin America,* Londres, Routledge.
RAMAZANOGLU, C. (1989), «Improving on sociology: the problems of taking a feminist standpoint», *Sociology,* 23, 427-42.
RAMAZANOGLU, C. (ed.) (1993), *Up against Foucault,* Londres, Routledge.
REINHARZ, S. (1983), «Experiential analysis: a contribution to feminist research», en G. Bowles y R. Duelli-Klein (eds.), *Theories of Women's Studies,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
RICH, A. (1980), «Compulsory heterosexuality and the lesbian existence», *Signs,* 5, 631-60.
— (1986), *Blood, Bread and Poetry: Selected Prose 1979-1985,* Nueva York, Norton.
ROBERTS, E. (1988), *Women's Work 1840-1940,* Londres, Macmillan.
ROBERTS, H. (ed.) (1981), *Doing Feminist Research,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
ROBERTS, M. (1991), *Living in a Man-Made World,* Londres, Routledge.
ROEDIGER, D. (1991), *The Wages of Whiteness: Race and the Making of the American Working Class,* Nueva York, Verso.

ROMERO, M. (1992), *Maid in the USA,* Londres, Routledge.
ROPER, M. y TOSH, J. (1991), *Manful Assertions: Masculinities in Britain Since 1800,* Londres, Routledge.
ROSE, D. (1989), «A feminist perspective of employment restructuring and gentrification: the case of Montreal», en J. Wolch y M. Dear (eds.), *The Power of Geography,* Londres, Macmillan.
(1993), «On feminism, method and methods in human geography: an idiosyncratic overview», *Canadian Geographer,* 37, 57-60.
ROSE, D. y VILLENEUVE, P. (1988), «Women workers and the inner city: some implications of labor market restructuring in Montreal, 1971-1981», en B. Andrew y B. M. Milroy (eds.), *Life Spaces: Gender, Household and Employment,* Vancouver, University of British Columbia Press.
ROSE, G. (1993), *Feminism and Geography: The Limits of Geographical Knowledge,* Cambridge, Polity Press.
— (1995a), «Making space for the female subject of feminism», en S. Pile y N. Thrift (eds.), *Mapping the Subject: Geographies of Cultural Transformation,* Londres, Routledge.
— (1995b), «The interstitial perspective: a review essay on Homi Bhabha's *The Location of Culture», Environment and Planning D: Society and Space,* 13, 365-73.
— (1997), «Engendering the slum: photography in East London in the 1930s», *Gender, Place and Culture,* 4, 277-300.
ROWBOTHAM, S. (1973), *Woman's Consciousness, Man's World,* Harmondsworth, Penguin.
— (1989), *The Past is before Us: Feminism in Action since the 1960s,* Londres, Pandora.
ROWE, S. y WOLCH, J. (1990), «Social networks in time and space: homeless women in Skid Row», *Annals of the Association of American Geographers,* 80, 184-204.
RUBERY, J. (ed.) (1988), *Women and Recession,* Londres, Routledge.
RUBIN, G. (1975), «The traffic in women: notes on the political economy of sex», en R. Reitner (ed.), *Toward an Anthropology of Women,* Nueva York, Monthly Review Press.
RUDDICK, S. (1995), *Young and Homeless in Hollywood,* Londres, Routledge.
— (1996), «Constructing difference in public space: race, class and gender as interlocking systems», *Urban Geography,* 17, 132-51.
SAID, E. (1978), *Orientalism,* Londres, Routledge and Kegan Paul. [Trad. española de María Luisa Fuentes, *Orientalismo,* Madrid, Libertarias-Prodhufi, 1990.]

— (1983), «Traveling theory», en *The World, the Text and the Critic,* Cambridge, Harvard University Press.
— (1994), *Culture and Imperialism,* Londres, Vintage.
SANDEL, M. (1996), *Democracy's Discontent: America in Search of a Public Philosophy,* Cambridge Mass., Belknap Press.
SARRE, P., PHILIPS, D. y SKELLINGTON, D. (1988), *Ethnic Minority, Housing,* Londres, Avebury Press.
SASSEN, S. (1990), *Global City,* Princeton, Princeton University Press.
SAYER, A. y MORGAN, K. (1985), «A modern industry in a declining region: links between theory, method and policy», en D. Massey y R. Meegan (eds.), *Politics and Methods,* Londres, Methuen.
SCHEPER-HUGHES, N. (1992), *Death without Weeping,* Berkeley, University of California Press.
SCOTT, A. (ed.) (1994), *Gender Segregation and Social Change,* Oxford, Oxford University Press.
SCOTT, J. (1988), *Gender and the Politics of History,* Nueva York, Columbia University Press.
SEAGER, J. (1997), *The State of Women in the World Atlas* (3.ª ed.), Nueva York, Penguin.
SEAGER, J. y OLSON, A. (1986), *Women in the World Atlas,* Londres, Pluto Press.
SEDGWICK, E. K. (1990), *Epistemology of the Closet,* Berkeley, University of California Press.
SEGAL, L. (1990), *Slow Motion: Changing Men, Changing Masculinities,* Londres, Virago.
SENNETT, R. (1994), *Flesh and Stone: The Body and the City in Western Civilization,* Londres, Faber.
SHARP, J. (1996), «Gendering nationhood: a feminist engagement with national identity», en N. Duncan (ed.), *Body Space,* Londres, Routledge.
SHIELDS, R. (1992), *Lifestyle Shopping,* Londres, Routledge.
SIBLEY, D. (1981), *Outsiders in Urban Societies,* Oxford, Blackwell.
— (1995), *Geographies of Exclusion,* Londres, Routledge.
SILVERSTONE, R. (ed.) (1992), *Consuming Technologies,* Londres, Routledge.
SILVERSTONE, R. (ed.) (1997), *Visions of Suburbia,* Londres, Routledge.
SIMPSON, M. (1994), *Male Impersonators,* Londres, Cassell.
SINCLAIR, U. (1982), *The Jungle* (1936). Harmondsworth, Penguin.
SKELTON, T. y VALENTINE, G. (eds.) (1997), *Cool Geographies,* Londres, Routledge.
SKLAR, J. (1991), *American Citizenship: The Quest for Inclusion,* Cambridge, Harvard University Press.

SMART, C. (1984), *The Ties that Bind: Law, Marriage and the Reproduction of Patriarchal Relations,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
SMITH, A. D. (1991), *National Identity,* Harmondsworth, Penguin.
SMITH, J. (1989), *Misogynies,* Londres, Faber.
SMITH, N. (1993), «Homeless/global: scaling places», en J. Bird, B. Curtis, T. Putnam, G Robertson y L. Tickner (eds.), *Mapping the Futures: Local Cultures, Global Change,* Londres, Routledge.
— (1996), *The New Urban Frontier: Gentrification and the Revanchist City,* Londres, Routledge.
SMITH, N. y KATZ, C. (1993), «Grounding metaphor: towards a spatialised politics», en M. Keith y S. Pile (eds.), *Place and the Politics of Identity,* Londres, Routledge.
SMITH, N. y WILLIAMS, P. (eds.) (1986), *Gentrification of the City,* Londres, Allen and Unwin.
SOPER, K. (1990), *Troubled Pleasures: Writings on Gender, Politics and Hedonism,* Londres, Verso.
SPAIN, D. (1993), *Gendered Spaces,* Chapel Hill, University of North Carolina Press.
SPIVAK, G. C. (1987), *In Other Worlds: Essays in Cultural Politics,* Londres, Methuen.
— (1988), «Can the subaltern speak? Speculations on widow sacrifice», en C. Nelson y L. Grossberg (eds.), *Marxism and the Interpretation of Culture,* Londres, Macmillan.
SPRING, M. (1995), *Running for Shelter,* Londres, Orion.
SPRING RICE, M. (1981), *Working Class Wives* (1939), Londres, Virago.
SQUIRES, J. (ed.) (1992), *Principled Positions,* Londres, Verso.
STACEY, J. (1988), «Can there be a feminist ethnography?», *Women's Studies International Forum,* 11, 21-27.
STACEY, J. (1990), *Brave New Families,* Nueva York, Basic Books.
STAEHELI, L. A. y LAWSON, V. A. (1994), «A discussion of 'women in the field': the politics of feminist fieldwork», *Professional Geographer,* 46, 96-101.
STAEHELI, L. A. y THOMPSON, A. (1997), «Citizenship, community and struggles for public space», *Professional Geographer,* 49, 28-38.
STASIULIS, D. y YUVAL-DAVIS, N. (eds.) (1995), *Unsettling Settler Societies,* Londres, Sage.
STICHTER, S. y PARPART, J. (1988), *Women, Employment and the Family in the International Division of Labour,* Londres, Macmillan.
STIELL, B. y ENGLAND, K. (1997), «Domestic distinctions: constructing

difference among paid domestic workers in Toronto», *Gender, Place and Culture,* 4, 339-60.
STODDART, D. (1986), *On Geography and its History,* Oxford, Blackwell.
— (1991), «Do we need a feminist historiography of geography and if we do, what should it be?», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 16, 484-87.
STRATHERN, M. (1992), *After Nature: English Kinship in the Late Twentieth Century,* Cambridge, Cambridge University Press.
SYNNOTT, A. (1993), *The Body Social: Symbolism, Self and Society,* Londres, Routledge.
TANNEN, D. (1994), *Talking 9 to 5: How Women's and Men's Conversational Styles Affect Who Gets Heard, Who Gets Credit and What Gets Done at Work,* Londres, Virago.
TAYLOR, B. (1983), *Eve and the New Jerusalem: Feminism and Socialism in the Nineteenth Century,* Londres, Virago.
THEROUX, P. (1979), *The Great Railway Bazaar,* Londres, Penguin.
— (1990), *Travelling the World,* Londres, Sinclair-Stevenson.
— (1992), *Oceania,* Londres, Penguin.
THOMPSON, W. (1825), *Appeal on behalf of one half of the human race, women, against the pretensions of the other half, men, to retain them in civil and domestic slavery,* Londres.
THRIFT, N. (1997), «The still point: resistance, expressive embodiment and dance», en S. Pile y M. Keith (eds.), *Geographies of Resistance,* Londres, Routledge.
TITMUSS, R. (1987), *The Philosophy of Welfare: Selected Writings of Richard Titmuss,* Londres, Allen and Unwin.
TÖNNIES, F. (1979), *Comunidad y asociación,* Barcelona, Edicions 62.
TOWNSEND, J. G. (1991), «Towards a regional geography of gender», *Geographical Journal,* 157, 25-35.
TRINGHAM, R. (1994), «Engendered places in prehistory», *Gender, Place and Culture,* 1, 169-203.
TSEELON, E. (1995), *The Masque of Femininity,* Londres, Sage.
TURNER, B. (1996), *The Body and Society: Explorations in Social Theory,* 2.ª ed., Londres, Sage.
TWINE, F. W. (1996), «Brown-skinned white girls: class, culture and the construction of whiteness», *Gender, Place and Culture,* 3, 205-24.
VALENTINE, G. (1990), «Women's fear and the design of public space», *Built Environment,* 16, 288-303.
— (1993a), «Desperately seeking Susan: a geography of lesbian friendships», *Area,* 25, 109-16.
— (1993b), «Negotiating and managing multiple sexual identities: les-

bian space-time strategies», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 18, 237-48.
(1996), «Children should be seen and not heard: the production and transgression of adults' public space», *Urban Geography,* 17, 205-220.
VENNESS, A. (1992), «Home and homeless in the United States: changing ideals and realities», *Environment and Planning D: Society and Space,* 10, 445-68.
VILLENEUVE, P. y ROSE, D. (1988), «Gender and the separation of employment from home in metropolitan Montreal, 1971-81», *Urban Geography,* 9, 155-79.
WALBY, S. (1986), *Patriarchy at Work,* Cambridge, Polity Press.
— (1989), Theorizing patriarchy, *Sociology,* 23, 213-34.
— (1990), *Theorizing Patriarchy,* Oxford, Blackwell.
— (1997), *Gender Transformations,* Londres, Routledge.
WALKER, L. (1995), «More than just skin-deep: fem(me)ininity and the subversion of identity», *Gender, Place and Culture,* 2, 71-76.
WALKOWITZ, J. (1992), *City of Dreadful Delight,* Londres, Virago.
WALTER, B. (1995), «Irishness, gender and place», *Environment and Planning D: Society and Space,* 13, 35-50.
WARD, K. (ed.) (1990), *Women Workers and Global Restructuring,* Ithaca, N. Y., ILR Press, Cornell University.
WARDE, A. (1991), «Gentrification as consumption: issues of class and gender», *Environment and Planning D: Society and Space,* 9, 223-232.
WARE, V. (1992), *Beyond the Pale: White Women, Racism and History,* Londres, Verso.
WARING, M. (1989), *If Women Counted,* Londres, Macmillan. [Trad. española de María Apreda, *Si las mujeres contaran,* Madrid, Vindicación feminista, 1994.]
WARNER, M. (1985), *Monuments and Maidens: The Allegory of the Female Form,* Londres, Picador.
WATSON, S. (1992), «Democratic feminisms», en M. Savage y A. Witz (eds.), *Gender and Bureaucracy.* Oxford, Blackwell.
WATSON, S. y AUSTERBERRY, H. (1986), *Housing and Homelessness: A Feminist Perspective,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
WEBSTER, J. (1986), «Word processing and the secretarial labour process», en K. Purcell (ed.), *The Changing Experience of Employment,* Londres, Macmillan.
WEEKES, D. (1997), «Shades of Blackness: young Black female constructions of beauty», en H. S. Mirza (ed.), *Black British Feminism.* Routledge, Londres.

WEEKS, J. (1986), *Sexuality,* Londres, Horwood and Tavistock. [Trad. española de Alberto Magnet, *Sexualidad y otros malestares,* Madrid, Talasa, 1992.]
WEKERLE, G. y WHITZMAN, C. (1995), *Safe Cities: Guidelines for Planning, Design and Management,* Londres, Van Nostrand Reinhold.
WEKERLE, G., PETERSON, R. y MORLEY, D. (eds.) (1980), *New Space for Women,* Boulder, Westview Press.
WEST, C. y ZIMMERMAN, D. H. (1987), «Doing gender», *Gender and Society,* 1, 125-51.
WEST, J. (1982), *Women, Work and the Labour Market,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
WESTWOOD, S. (1984), *All Day, Every Day,* Londres, Pluto Press.
WILLIAMS, P. (1976), «The role of institutions in the inner London housing market: the case of Islington», *Transactions of the Institute of British Geographers,* 3, 23-34.
WILLIAMS, P. J. (1991), *The Alchemy of Race and Rights,* Londres, Harvard University Press.
WILLIAMS, R. (1989), *The Politics of Modernism,* Londres, Verso.
WILLIAMS, W. (1986), *The Spirit and the Flesh: Sexual Diversity in American Indian Culture,* Boston, Beacon Press.
WILLIAMSON, J. (1985), *Consuming Passions: The Dynamic of Popular Culture,* Londres, Boyars.
WILLMOTT, P. y YOUNG, M. (1960), *Family and Class in a London Suburb,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
WILSON, E. (1977), *Women and the Welfare State,* Londres, Tavistock.
— (1991), *The Sphinx in the City,* Londres, Virago.
— (1992), «The invisible flâneuse», *New Left Review,* núm. 191, 90-110.
WINCHESTER, H. y COSTELLO, L. (1995), «Living on the street: social organisation and gender relations of Australian street kids», *Environment and Planning D: Society and Space,* 13, 329-48.
WING (Women, Immigration and Nationality Group) (1985), *Worlds Apart: Women under Immigration and Nationality Laws,* Londres, Pluto Press.
WITTIG, M. (1992), *The Straight Mind and Other Essays,* Londres, Harvester Wheatsheaf.
WOLF, N. (1991), *The Beauty Myth: How Images of Beauty are used Against Women,* Nueva York, Anchor Books. [Trad. española de Lucrecia Moreno, *El mito de la belleza,* Barcelona, Emecé, 1991.]
WOLFF, J. (1985), «The invisible flâneuse: women and the literature of modernity», *Theory, Culture and Society,* 2, 37-46.

(1992), On the road again: metaphors of travel in cultural criticism. *Cultural Studies,* 7, 224-39.
Women and Geography Study Group (1984), *Geography and Gender,* Londres, Heinemann.
Women and Geography Study Group (1997), *Feminist Geographies: Explorations in Diversity and Difference,* Londres, Longman.
Women Working Worldwide (ed.) (1991), *Common Interests: Women Organizing in Global Electronics,* Londres, Women Working Worldwide.
WOOLF, V. (1977), *Three Guineas* (1938), Harmondsworth, Penguin. [Trad. española de Andrés Bosch, *Tres guineas,* Barcelona, Lumen, 1983.]
WRIGHT, S. (1995), *The Anthropology of Organisations,* Londres, Routledge.
WRIGLEY, N. y LOWE, M. (eds.) (1996), *Retailing, Consumption and Capital: Towards the New Retail Geography,* Harlow, Longman.
YOUNG, I. M. (1990a), *Throwing like a Girl and Other Essays in Feminist Philosophy and Social Theory,* Bloomington, Indiana University Press.
— (1990b), *Justice and the Politics of Difference,* Princeton, Princeton University Press. [Trad. española de Silvina Álvarez, *La justicia y la política de la diferencia,* Madrid, Cátedra, 2000.]
— (1990c), «The ideal of community and the politics of difference», en L. Nicholson (ed.), *Feminism/Postmodernism,* Londres, Routledge.
— (1997), «Unruly categories; a critique of Nancy Fraser's dual systems theory», *New Left Review,* 222, 174-60.
— (1998), «Race and gender struggles», *Antipode,* 30.
YOUNG, M. y WILLMOTT, P. (1957), *Family and Kinship in East London,* Londres, Routledge and Kegan Paul.
YOUNG, R. (1995), *Colonial Desire: Hybridity in Theory, Culture and Race,* Londres, Routledge.
YUVAL-DAVIS, N. (1997), *Gender and Nation,* Londres, Sage.
YUVAL-DAVIS, N. y ANTHIAS, F. (eds.) (1989), *Women-Nation-State,* Londres, Macmillan.
ZOLA, Émile (1982), *The Ladies Paradise,* trad. de *Au bonheur des dames* (1882), introd. de Kristin Ross, Berkeley, University of California Press.
ZUKIN, S. (1988), *Loft Living: Culture and Capital in Urban Change,* Londres, Radius.
— (1995), *The Cultures of the City,* Londres, Blackwell.

Índice

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS 7

1. Introducción: el género y el lugar 11
2. Dentro y fuera de lugar: cuerpo y corporeidad 59
3. La casa, el espacio y la identidad 111
4. La comunidad, la ciudad y el barrio 145
5. El puesto de trabajo 183
6. La vida pública: la calle y los espacios de recreo y esparcimiento 219
7. El género y el Estado-nación 251
8. Desplazamientos 299
9. Posdata: reflexiones sobre los dilemas de la investigación feminista 329

BIBLIOGRAFÍA 365